William S. Burroughs

El almuerzo desnudo



El almuerzo desnudo, una de las novelas más míticas de la literatura norteamericana, es un descenso a los infiernos de la droga y una denuncia horrorizada y sardónica, onírica y alucinatoria de la sociedad actual, un mundo sin esperanza ni futuro. Burroughs dispara sus flechas contra las religiones, el ejército, la universidad, la sexualidad, la justicia corrupta, los traficantes tramposos, el colonialismo, la burocracia y la psiquiatría representada por el siniestro Dr. Benway, el gran manipulador de conciencias, el experto en Control total.

William S. Burroughs

El almuerzo desnudo

ePUB v1.0
GONZALEZ 08.05.12

Título original: *Naked Lunch*

Traducción de Martín Lendínez

ePub base v2.0

INTRODUCCIÓN

DECLARACIÓN:
TESTIMONIO SOBRE UNA ENFERMEDAD

Desperté de la *Enfermedad* a los cuarenta y cinco años, sereno, cuerdo y en bastante buen estado de salud, a no ser por un hígado algo resentido y ese aspecto de llevar la carne de prestado que tienen todos los que sobreviven a la *Enfermedad*... La mayoría de esos supervivientes no recuerdan su delirio con detalle. Al parecer, yo tomé notas detalladas sobre la *Enfermedad* y el delirio. No tengo un recuerdo preciso de haber escrito las notas publicadas ahora con el título de EL ALMUERZO DESNUDO. El título fue sugerido por Jack Kerouac. Hasta mi reciente recuperación no comprendí lo que significaba exactamente lo que dicen sus palabras: ALMUERZO DESNUDO: un instante helado en el que todos ven lo que hay en la punta de sus tenedores.

La *Enfermedad* es la adicción a la droga y yo fui adicto durante quince años. Cuando digo adicto quiero decir adicto a la droga (término genérico para el opio y/o sus derivados, incluyendo todos los sintéticos, del demerol al palfium). He consumido la droga bajo muchas formas: morfina, heroína, dilaudid, eucodal, pantopón, diccodid, diosane, opio, demerol, dolofina, palfium. La he fumado, comido, aspirado, inyectado en vena-piel-músculo, introducido en supositorios rectales. La aguja no es importante. Tanto da que la aspires, la fumes, la comas o te la metas por el culo, el resultado es el mismo: adicción. Cuando hablo de adicción a la droga no me refiero al kif, la marihuana o cualquier preparado de hachís, mescalina, *Bannisteria caapi*, LSD6, hongos sagrados, ni a ninguna droga del grupo de los alucinógenos... No hay pruebas de que el uso de algún alucinógeno produzca dependencia física. La acción de esas sustancias es fisiológicamente la opuesta a la acción de la droga. El celo de los departamentos de narcóticos de Estados Unidos y otros países ha dado lugar a una lamentable confusión entre las dos clases de drogas.

He visto el modo exacto en que actúa el virus de la droga a lo largo de quince años de adicción. La pirámide de la droga: cada nivel devora al de abajo (no es casualidad que los de arriba sean siempre gordos y los adictos de la calle siempre flacos) hasta el punto más alto, o los puntos más altos; porque hay muchas pirámides de la droga alimentándose de las gentes del mundo y todas construidas sobre los principios básicos del monopolio:

1. Nunca des por nada.
2. Nunca des más de lo que tienes que dar (tener al comprador siempre hambriento y hacerle esperar siempre).
3. Recupera siempre todo lo que te sea posible.

El traficante siempre lo recupera todo. El adicto necesita más y más droga para conservar forma humana... para espantar al Mono.

La droga es un molde de monopolio y posesión. El adicto aguanta mientras sus piernas drogadas le lleven directo a recaer sobre el rayo de droga. La droga es cuantitativa y mensurable con gran precisión. Cuanta más droga consumas menos tienes y cuanta más tengas más usas. Todos los que utilizan alucinógenos los consideran sagrados —hay cultos del peyote y la bannisteria, cultos del hachís y de los hongos («los hongos sagrados de México permiten al hombre ver a Dios»)—, pero nunca nadie ha sugerido siquiera que la droga sea sagrada. No hay cultos del opio. El opio es profano y cuantitativo como el dinero. He oído que en la India hubo una vez una droga beneficiosa y no adictiva. Se llamaba *soma* y se representa como una hermosa marea azul. Si el *soma* existió alguna vez, el traficante logró embotellarlo y monopolizarlo, y venderlo y convertirlo en la misma DROGA de toda la vida.

La droga es el producto ideal... la mercancía definitiva. No hace falta literatura para vender. El cliente se arrastrará por una alcantarilla para suplicar que le vendan... El comerciante de droga no vende su producto al consumidor, vende el consumidor a su producto. No mejora ni simplifica su mercancía. Degrada y simplifica al cliente. Paga a sus empleados en droga.

La droga produce una fórmula básica de virus «maligno»: El *álgebra de la necesidad*. El rostro del «mal» es siempre el rostro de la necesidad total. El drogadicto es un hombre con una necesidad absoluta de droga. A partir de cierta frecuencia, la necesidad no conoce límite ni control alguno. Con palabras de necesidad total: *«¿Estás dispuesto?»* Sí, lo estás. Estás dispuesto a mentir, engañar, denunciar a tus amigos, robar, hacer *lo que sea* para satisfacer esa necesidad total. Porque estarás en un estado de enfermedad total, de posesión total, imposibilitado para hacer cualquier otra cosa. Los drogadictos son enfermos que no pueden actuar más que como actúan. Un perro rabioso no puede sino morder. Adoptar una actitud puritana no conduce a nada, salvo que se pretenda mantener el virus en funcionamiento. Y la droga es una gran industria. Recuerdo una conversación con un norteamericano que trabajaba en la comisión para la fiebre aftosa, en México. Seiscientos al mes más gastos:

—¿Cuánto durará la epidemia? —pregunté.

—Mientras podamos hacerla durar... Sí... tal vez surjan otros focos en Sudamérica —dijo, como soñando.

Si se quiere alterar o anular una pirámide de números en relación serial, se altera o se elimina el número base. Si queremos aniquilar la pirámide de la droga, tenemos que empezar por la base de la pirámide: *el adicto de la calle*, y dejarnos de quijotescos ataques a los llamados «de arriba», que son todos reemplazables de

inmediato. *El adicto de la calle que necesita la droga para vivir es el único factor insustituible en la ecuación de la droga*. Cuando no haya adictos que compren droga, no habrá tráfico. Pero mientras exista necesidad de droga, habrá alguien que la proporcione.

Los adictos pueden ser curados o puestos en cuarentena (es decir, que se les adjudica una ración de morfina, bajo una mínima vigilancia, como a los afectados por el tifus). Si se llega a hacer esto, las pirámides de droga del mundo se derrumbarán. El único país que aplica este método al problema de la droga es, por lo que yo sé, Inglaterra. Hay unos quinientos adictos censados en el Reino Unido. En la próxima generación, cuando los adictos actualmente en cuarentena mueran y se descubran analgésicos que actúen sobre una base no opiácea, el virus de la droga será como la viruela, un capítulo cerrado, una curiosidad médica.

La vacuna que puede relegar el virus de la droga a un pasado sin futuro existe ya. Esa vacuna es el tratamiento de apomorfina descubierto por un médico inglés cuyo nombre debo ocultar hasta que me autorice a usarlo y a citar pasajes de su libro, que cubre treinta años de tratamiento de alcohólicos y adictos con apomorfina. La apomorfina es un compuesto que se forma al hervir morfina y ácido clorhídrico. Se descubrió años antes de ser utilizado para tratar a los adictos. Durante muchos años, la apomorfina, que no tiene propiedades narcóticas ni analgésicas, se aplicó únicamente como emético, para provocar vómitos en casos de envenenamiento. Actúa directamente sobre el centro del vómito, en el cerebro posterior.

Encontré esta vacuna al final del trayecto de la droga. Estaba viviendo en una habitación del barrio moro de Tánger. Hacía un año que no me bañaba ni me cambiaba de ropa, ni me la quitaba más que para meterme una aguja cada hora en aquella carne fibrosa, como madera gris, de la adicción terminal. Nunca limpié ni quité el polvo de la habitación. Las cajas de ampollas vacías y la basura llegaban hasta el techo. Luz y agua cortadas mucho tiempo por falta de pago. No hacía absolutamente nada. Podía pasarme ocho horas mirándome la punta del zapato. Sólo me ponía en movimiento cuando se vaciaba el reloj de arena corporal de la droga. Si venía a visitarme algún amigo —y rara vez lo hacían, puesto que quedaba poco que visitar de mí— seguía allí sentado sin importarme que hubiese entrado en mi campo visual —una pantalla gris cada vez más confusa y más débil—, ni cuando fuese a salir de él. Si se hubiese muerto en el sitio, yo hubiera seguido allí sentado mirándome el zapato y esperando para revisarle los bolsillos. ¿Tú no? Porque nunca tenía droga suficiente, nadie la tiene nunca. Dos gramos de morfina al día y seguía sin ser suficiente. Y largas esperas delante de la farmacia. En el negocio de la droga la demora es norma. El Hombre nunca llega a la hora. Y no por casualidad. No hay casualidades en el mundo de la droga. Al adicto se le enseña con precisión una y otra vez lo que sucederá si no consigue comprar su ración. Junta el dinero o ya sabes. Y

de repente mi hábito empezó a crecer y crecer. Tres, cuatro gramos al día. Y seguía sin bastarme. Y no podía pagar.

Allí estaba, con mi último cheque en la mano, y me di cuenta de que era mi último cheque. Tomé el primer avión a Londres.

El médico me explicó que la apomorfina actúa sobre el cerebro posterior para regular el metabolismo y normalizar el flujo sanguíneo de modo que el sistema enzimático de la adicción se destruye en un período de cuatro o cinco días. Una vez regulado el cerebro se retira la apomorfina y sólo vuelve a usarse si hay recaída. (Nadie toma apomorfina por placer. *No se ha registrado ni un solo caso de adicción a la apomorfina*.) Acepté someterme al tratamiento e ingresé en una clínica. Las primeras veinticuatro horas estuve literalmente loco y paranoico, como les pasa a muchos adictos con fuerte carencia. Veinticuatro horas de tratamiento intensivo de apomorfina disiparon el delirio. El doctor me mostró la ficha. Me habían puesto pequeñas cantidades de morfina que no bastaban para explicar la ausencia de los síntomas de carencia más severos, como calambres en piernas y estómago, fiebre y mi propio síntoma particular y personal, la quemadura fría, una especie de urticaria frotada con mentol por todo el cuerpo. Cada adicto tiene un síntoma particular y personal que escapa a todo control. Faltaba un factor en la ecuación de la carencia, y ese factor no podía ser más que la apomorfina. Vi que el tratamiento de apomorfina funcionaba de verdad. A los ocho días abandoné la clínica y comía y dormía normalmente. Permanecí dos años enteros sin drogarme, un récord desde hacía doce años. Recaí durante unos meses de resultas del dolor de una enfermedad. Otra cura de apomorfina me ha mantenido alejado de la droga hasta el momento en que escribo.

La cura de apomorfina es cualitativamente distinta de otros métodos de cura. Los he probado todos. Reducción rápida, reducción lenta, cortisona, antihistamínicos, tranquilizantes, curas de sueño, tolserol, reserpina. Ninguna de esas curas superó la primera oportunidad de reincidir. Puedo asegurar que nunca me curé *metabólicamente* hasta haber realizado la cura de apomorfina. La abrumadora frecuencia de las recaídas, según las estadísticas del Hospital de Narcóticos de Lexington, ha inducido a muchos médicos a declarar que la adicción es incurable. En Lexington practican una cura de reducción con dolofina y, que yo sepa, nunca han probado con la apomorfina. La realidad es que este tratamiento ha sido muy poco estudiado. No se han hecho investigaciones con variantes de la fórmula de la apomorfina ni con sintéticos. No hay duda de que podrían obtenerse sustancias cincuenta veces más potentes que la apomorfina y eliminarse el efecto secundario del vómito.

La apomorfina es un regulador metabólico y psíquico que puede suspenderse en cuanto ha cumplido su misión. El mundo está inundado de tranquilizantes y estimulantes y, sin embargo, no se presta atención a este regulador único. Ninguno de

los grandes laboratorios farmacéuticos ha investigado sobre él. Considero que el estudio de la síntesis de la apomorfina y de sus variantes abrirá las fronteras médicas más allá del problema de la adicción.

La vacuna de la viruela se encontró con la vociferante oposición de un grupo de lunáticos antivacunas. No hay duda de que si el virus de la droga se contrarresta, habrá un clamor de protesta lanzado por individuos interesados o desequilibrados. La droga es un negocio grande; siempre hay maníacos y especuladores. No se les debe permitir que interfieran la labor esencial de aplicar el tratamiento de inoculación y cuarentena. *El virus de la droga es el principal problema* de salud pública en el mundo de hoy.

Puesto que EL ALMUERZO DESNUDO trata de este problema, es brutal, obsceno y repugnante por necesidad. La *Enfermedad* suele tener detalles repulsivos no aptos para estómagos sensibles.

Ciertos pasajes del libro que han sido calificados de pornográficos están escritos como una proclama contra la pena de muerte, a la manera de *Una modesta proposición* de Jonathan Swift. Estas secciones pretenden poner al descubierto que la pena capital es un anacronismo obsceno, bárbaro y repugnante. Como siempre, el almuerzo está desnudo. Si los países civilizados quieren volver a los ritos druídicos de la horca en el Bosque Sagrado, a beber sangre con los aztecas o a alimentar a sus dioses con sangre de sacrificios humanos, que vean lo que de verdad comen y beben. Que vean lo que hay en la gran cuchara de las noticias.

Tengo casi terminada una secuela de EL ALMUERZO DESNUDO. Una extensión matemática del álgebra de la necesidad más allá del virus de la droga. Porque hay muchas formas de adicción, creo que todas ellas obedecen a ciertas leyes elementales. Con palabras de Heiderberg: «Quizá éste no sea el mejor de los universos posibles pero es muy probable que sea uno de los más simples. » Si el hombre logra *ver*.

Post scriptum... ¿Y tú no?

Y hablando *personalmente*, y si un hombre habla de cualquier otra manera ya podemos ir empezando a buscar a su Papaíto Protoplasma o Célula Madre... No *quiero oír más historias sabidas ni más mentiras sobre drogas*... Las mismas cosas repetidas un millón de veces y más cuando no vale la pena decir nada porque nunca pasa NADA en el mundo de la droga.

La única excusa para esta agotada ruta de muerte es la SENSACIÓN cuando el circuito de la droga se cierra por falta de pago y la piel drogada se muere por falta de droga y sobredosis de tiempo y la Piel Vieja ha olvidado el juego de la piel acortando el camino cubierto por la droga como hacen las pieles... Se precipita un estado de exposición total cuando el Adicto Golpeante no puede sino ver, oler y oír... Cuidado con los coches...

Está claro que la droga es una ruta-alrededor-del-mundo-empujando-una-bolita-de-opio-con-la-nariz. Estrictamente para escarabajos-vagabundo montón de basura-droga. Y por tanto listo para liquidación. Cansado de verlo por ahí.

Los yonquis siempre se quejan de *frío,* como ellos lo llaman; se levantan el cuello de sus chaquetas negras y se abrigan el flaco pescuezo... pura trampa de drogado. Un yonqui no quiere sentir calor, quiere estar fresco, más fresco, FRÍO. Pero quiere el FRÍO como quiere su droga, no FUERA, donde no le sirve de nada, sino DENTRO, para poder estar sentado por ahí con la columna vertebral como un gato hidráulico... y su metabolismo aproximándose al CERO absoluto. Muchas veces los adictos TERMINALES se pasan dos meses sin mover el vientre y los intestinos forman adherencias permanentes —¿a quién no?— que requieren la intervención de un descorazonador de manzanas o de su equivalente quirúrgico... Así es la vida en la Vieja Casa de Hielo. ¿Para qué moverse y perder el TIEMPO?

Hay sitio para uno más, señor.

Algunos individuos van de sensaciones termodinámicas. Inventaron la termodinámica... ¿No lo harías tú?

Y algunos de nosotros buscamos sensaciones diferentes y se hace abiertamente igual que me gusta ver lo que como y viceversa mutatis mutandis si se tercia. *El salón del almuerzo desnudo de Bill...* Pasen ustedes... Bueno para jóvenes y viejos, hombres y bestias. Nada como un poco de aceite de culebra para engrasar las ruedas y montar el número en la pista, Bautista. ¿De qué lado estás? ¿Congelado hidráulico? ¿O quieres echar un vistazo con el Buen Bill?

Este es, pues, el Problema de la Salud Mundial del que hablaba en el Artículo. El Panorama que se Despliega ante Nosotros, Amigos MÍOS. ¿Oigo murmurar algo sobre una navaja particular y un timador de segunda conocido porque inventó La Cuenta? ¿Tú no? La navaja perteneció a un hombre llamado Occam, y no fue un coleccionista de cicatrices. Ludwing Wittgenstein, *Tractatus Logicus-Philosophicus*: «Si una proposición NO ES NECESARIA, NO TIENE SENTIDO y se aproxima al SIGNIFICADO CERO.»

—¿Y qué hay más INNECESARIO que la droga si *Tú* no la necesitas?

Respuesta: —Los yonquis, si *Tú* no te drogas.

Os aseguro que he oído bastantes conversaciones lentas, pero ningún otro GRUPO SOCIAL puede compararse a la LENTITUD termodinámica de la droga. El adicto a la heroína no dice apenas nada, y eso puedo aguantarlo. Pero el «Fumador» de opio ya es más activo, puesto que tiene una tienda y una Lámpara... y tal vez 7-9-10 allí tendidos como reptiles que invernan y mantienen la temperatura a Nivel de Conversación: qué bajo han caído los otros yonquis «en cambio nosotros, NOSOTROS tenemos la tienda y la lámpara y la tienda y la lámpara y la tienda y aquí está agradable y caliente agradable y caliente agradable y AQUÍ y agradable y

FUERA HACE FRÍO... HACE FRÍO FUERA donde los comedores de basura y los chicos de la aguja no durarán dos años, no, ni siquiera seis meses durarán vagabundeando por ahí, no tienen nada de clase... En cambio nosotros estamos AQUÍ SENTADOS y nunca aumentamos la DOSIS... nunca-nunca aumentamos la dosis nunca excepto ESTA NOCHE que es una NOCHE ESPECIAL con todos esos comedores de basura y chicos de la aguja ahí fuera pasando frío... y nunca nos lo comemos, nunca, nunca, nunca lo comemos... Disculpe por favor, voy hasta la Fuente de las Gotas Vivas que todos tienen en el bolsillo y las bolitas de opio que se meten por el culo en un dedil mezcladas con las Joyas de la Familia y la otra mierda».

Hay sitio para uno más, señor.

Bueno, cuando el disco empieza a girar por el billonésimo año luz y el rollo no cambia jamás, nosotros los no-yonquis tomamos una actitud drástica y los hombres se separan de los jovenzuelos de la droga.

La única forma de protegerse de tan terrible peligro es venir AQUÍ y amancebarse con Caribdis... Te trataré bien, chico... Caramelos y cigarrillos.

Aquí estoy, después de quince años metido en esa tienda. Dentro y fuera dentro y fuera dentro y FUERA. CAMBIO Y CORTO. Escuchad pues al viejo tío Bill Burroughs que inventó el truco del regulador de la máquina de sumar Burroughs, basado en el principio del gato hidráulico, hagas lo que hagas con la palanca siempre el mismo resultado para unas coordenadas dadas. Sigue mis lecciones cuanto antes... ¿no quieres?

Bebés paregóricos del mundo, uníos. No tenemos nada que perder, sólo nuestros Traficantes. Y NO SON NECESARIOS.

Mirad, MIRAD bien el camino de la droga antes de viajar por él y liaros con las Malas Compañías.

Palabras para el que sabe.

WILLIAM S. BURROUGHS

UNO

Siento que la pasma se me echa encima, los siento tomar sus posiciones ahí fuera, organizar a sus soplones del demonio, canturreando en torno a la cuchara y el cuentagotas que tiré en la estación de Washington Square, al saltar el torniquete, un par de tramos escaleras de hierro abajo, cazo un directo ascendente... Un marica joven, guapo, de pelo muy corto, bien vestido y con pinta de ejecutivo sujeta la puerta para que pase. Está claro que personifico su idea de un personaje. Ya sabes, un tipo que anda con camareros y taxistas, que habla de ganchos de derecha y de béisbol y llama al barman de Nedick's por su nombre. Un tonto del culo. Y justo en ese momento aparece en el andén un estupa con trinchera blanca (imagínate, seguir a alguien llevando una trinchera blanca; supongo que para hacerse pasar por maricón). Ya lo estoy oyendo, con mis herramientas en la izquierda, la derecha en la sobaquera: «Me parece que se te cayó algo, amiguito.»

Pero el metro ya está en marcha.

—¡Adiós, pies planos! —le grito, para que el mariquita vea su película de malos. Miro al mariquita a los ojos, me fijo en sus dientes blancos, la piel bronceada, el traje de alpaca de doscientos dólares, la camisa de Brooks Brothers bien abotonada, el *News* que lleva como un apoyo: «Sólo leo las historietas de Little Abner.»

Un estrecho que quiere parecer enterado... Habla de «yerbas» y fuma de vez en cuando, y siempre tiene un poco para ofrecer a los golfos de Hollywood.

—Gracias, chaval —le digo—, ya veo que eres de los nuestros. —La cara se le ilumina como un billar eléctrico, con estúpidos efectos en rosa—. Me vendió el muy... —continué ásperamente. Me acerqué más a él y puse mis dedos sucios de drogado sobre la manga de alpaca—. Tú y yo somos hermanos de sangre de la misma aguja. En confianza, ése se merece un chute caliente.

(Nota: se trata de una cápsula de droga envenenada que se vende al adicto para liquidarlo. Se da mucho a los confidentes. Suele ser estricnina, de sabor y aspecto semejantes a la droga.)

—¿Nunca has visto cómo pega un chute caliente, chaval? Yo vi al Cojo meterse uno en Filadelfia. Pusimos en su cuarto uno de esos espejos transparentes por un lado que hay en las casas de putas y cobramos diez machacantes por mirar. No pudo sacarse la aguja del brazo. Si la dosis es buena, ninguno puede. Se los encuentra así, con el brazo azul y el cuentagotas lleno de sangre coagulada colgando. Y los ojos que puso cuando le pegó, chico... ¡eso sí que fue sabroso!

»Me acuerdo de cuando anduve embarcado con el Somatén, era el mejor sacacuartos de la vida. En Chicago... Nos trabajábamos a los maricones del parque Lincoln. Y una noche el Somatén se me presenta a trabajar con botas de vaquero y chaqueta negra, con una estrella de chapa y un lazo al hombro.

»Y yo le digo: "¿Qué pasa contigo? ¿Ya estás ciego?"

»Me mira sin más y dice: "Desenfunda, forastero", y va y saca un viejo seis tiros oxidado y yo echo a correr por el parque con las balas silbándome alrededor. Se cargó tres maricones antes de que le trincase la bofia. El Somatén se había ganado su mal nombre...

»¿Te has fijado alguna vez en la cantidad de expresiones que pasan de los maricas a los timadores? Como "levantar", haciendo creer al otro que estás en la misma historia.

»"¡Cógela!"

»"¡Coge al Chico Paregórico que se está trabajando a aquel primo!"

»"El Ansioso se lo camela demasiado deprisa. "

»El Zapaterías (le pusieron el nombre porque les sacaba la tela a los fetichistas en las zapaterías) dice: "Métesela a un primo con vaselina y volverá por más llorando. " Y cuando el Zapaterías descubre un primo empieza a respirar fuerte. Se le hincha la cara y se le ponen los labios morados como a un esquimal en celo. Luego, despacio, despacio, llega hasta el primo, sintiéndolo, palpándolo con dedos de ectoplasma podrido.

—El Paleto tiene una mirada de jovencito sincero, arde en él como neón azul. Parece sacado de una portada del *Saturday Evening Post*, de pescador con una ristra de pescados, está conservado en droga. Sus clientes no se enteran ni de media y los de la industria le tienen la aguja bien montada. Un día el Jovencito Azul empieza a patinar, y lo que le sale haría echar la pastilla a un auxiliar de ambulancia. El Paleto acaba por flipar, echa a correr por autoservicios vacíos y estaciones de metro gritando: «¡Vuelve, niño!, ¡vuelve!», y persigue al chaval hasta East River, se hunde entre condones y cáscaras de naranja, un mosaico de periódicos flotantes, se hunde en el cieno silencioso, negro, con gángsters hormigonados y pistolas aplastadas para evitar el dedo acusador de los expertos en balística curiosos.

Y el marica piensa: «¡Qué personaje! ¡Espera a que se lo cuente a los chicos en el Clark!» Es el típico coleccionista de personajes, sería capaz de aguantar sin moverse el número de la zapatilla en la jaula. Así que le saco diez bolos y quedo con él para venderle algunas «yerbas» como él dice, pensando: «Al panoli éste le coloco una de orégano.» (Nota: el orégano tiene un aspecto vagamente parecido a la marihuana y se vende como si lo fuera a los incautos o ignorantes.)

—Bueno —le dije dándome golpecitos en el brazo—, el deber me llama. Como dijo un juez a otro: «Sé justo, y si no puedes ser justo, sé arbitrario.»

Me meto en el autoservicio y allí está Bill Gains acurrucado en el abrigo de alguien con aspecto de banquero de 1910 con paresia y el viejo Bart, raído y gris, mojando bizcocho con los dedos sucios, que brillan por encima de la suciedad.

En la parte alta tenía algunos clientes que atendía Bill, y Bart conocía a unas

cuantas reliquias viejas de los tiempos en que se fumaba opio, porteros fantasma que barrían cansinamente con manos de viejo sus portales polvorientos, tosiendo y escupiendo a la hora sin droga del amanecer, peristas asmáticos retirados en hoteles de tres al cuarto, Rosa Pantopón, la antigua madama de Peoria, estoicos camareros chinos que nunca dan señales de enfermedad. Bart los buscaba con su andar de viejo yonqui paciente y cauteloso y lento y depositaba en sus manos sin sangre unas pocas horas de calor.

Una vez hice la ronda con él, por divertirme. ¿Sabes cómo son los viejos cuando comen, que pierden completamente la vergüenza y sólo verlos te hace vomitar? Los yonquis viejos son iguales con la droga. Babean y chillan al verla. Mientras la cuecen les cuelga la saliva por el mentón, les gruñe el estómago y se les retuercen todas las tripas en movimientos peristálticos y se les disuelve la poca piel decente que les queda, esperas que en cualquier momento se les salga una gran burbuja de protoplasma que rodee la droga. Algo realmente repugnante de ver.

«Bueno, mis chicos serán también así algún día —pienso con filosofía—. ¡Qué extraña es la vida!»

Así que vuelvo al centro por la estación de Sheridan Square por si el secreta acecha en un armario de escobas.

Ya dije que no podía durar. Sabía que andaban por allí fuera en aquelarre, preparando su magia negra pasmosa, pinchando muñecos con mi cara en Leavenworth. «A ése no sirve de nada clavarle agujas, Mike.»

He oído que a Chapin lo cazó un poli viejo con un muñeco. El eunuco aquel se sentaba en el sótano de la comisaría y se pasaba día y noche colgando un muñeco con su cara, año tras año. Y cuando ahorcaron a Chapin en Connecticut, se encontraron al viejo con el cuello partido.

—Se cayó por la escalera —dijeron. El camelo de siempre de la pasma.

La droga está rodeada de magia, tabúes, maldiciones y amuletos. En México encontraba a mi contacto por radar. «Esta calle no, la siguiente, a la derecha... ahora a la izquierda. Ahora, otra vez a la derecha», y ahí está su cara desdentada de vieja, sus ojos anulados.

Conozco un trafiqueta que se pasea tarareando una canción y todo el que pasa por su lado se queda con ella. Es tan gris y espectral y anónimo que no le ven y creen que son ellos mismos los que tararean. Y los clientes se acercan al compás de *Sonrisas* o *Tengo ganas de enamorarme* o *Dicen que somos demasiado jóvenes para amarnos*, o la canción que toque ese día. Hay veces que se ven hasta cincuenta yonquis desastrados que sueltan chillidos enfermos, trotando detrás de un chico que toca la armónica, y allí está su Hombre, sentado en un bastón-asiento echando pan a los cisnes, un travestí gordo paseando su afgano por la calle Cincuenta Este, un borracho viejo meando contra una columna del Elevado, un estudiante judío extremista

repartiendo panfletos en Washington Square, un ingeniero de montes, un exterminador, un publicitario marica en Nedick's que trata de tú al barman. La red mundial de los yonquis, tendida sobre un cable de lefa rancia, anudada en habitaciones amuebladas, estremecida en las mañanas enfermas sin droga. (Los hombres del viejo Pete aspiran el humo negro en la trastienda de la lavandería china y el Melancólico muere de una sobredosis de tiempo o de un corte de respiración en el pavo frío.) En Yemen, París, Nueva Orleans, México y Estambul; tiemblan bajo los martillos neumáticos y las excavadoras, se lanzan unos a otros maldiciones drogadas que los demás no oímos, y el Hombre pasa asomado a una apisonadora y yo recojo lo mío en un cubo de alquitrán. (Nota: Estambul, especialmente los barrios miserables de la droga, está siendo derribado y reconstruido. En Estambul hay más yonquis de heroína que en Nueva York.) Los vivos y los muertos, los enfermos de mono o los pasados, colgados o descolgados o vueltos a colgar, todos acuden al rayo luminoso de la droga y el Contacto se toma un chop-suey en la calle Dolores de México D. F., o moja bizcochos en el autoservicio, es perseguido en Exchange Place de Nueva Orleans por la gente del Grupo Especial.

El viejo Chino echa agua del río en una lata oxidada y lava un trozo de *yen pox* duro y negro como un tizón. (Nota: *yen* es opio, en chino; *yen pox* es la ceniza del opio ya fumado.)

Total, la pasma tiene mi cuchara y mi cuentagotas, y sé que están a punto de sintonizar mi frecuencia guiados por un soplón ciego al que llaman Willy el Disco. Willy tiene la boca redonda como un disco, perfilada por unos pelos negros, eréctiles y muy sensibles. Está ciego de pincharse en el globo del ojo, tiene la nariz y el paladar comidos de esnifar caballo, su cuerpo es una masa de cicatrices, de tejido duro y seco como madera. Ahora ya sólo puede tomar la mierda por la boca, a veces emite un largo tubo de ectoplasma que detecta la frecuencia silenciosa de la droga. Sigue mi rastro por toda la ciudad hasta las habitaciones que ya he dejado, y la pasma se topa con unos recién casados de Sioux Falls.

—¡Muy bien, Lee! ¡Sal de detrás de ese suspensorio! ¡Te conocemos! —Y arrancan el pene del novio de un solo golpe. Willy se va acercando más y más y se le oye gemir en la oscuridad (sólo funciona de noche), siento el ansia terrible de esa boca ciega rastreadora. Cuando entran para realizar el arresto, Willy pierde completamente el control y su boca se dispara y abre un agujero en la puerta. Si no estuvieran los polis para sujetarlo a porrazos, le chuparía la sangre a cada uno de los yonquis que atrapa.

Yo sabía, y lo sabía todo el mundo, que habían echado al Disco sobre mi pista. Y si mis jóvenes clientes llegaban a subir al estrado: «Me obligó a realizar toda clase de horribles actos sexuales a cambio de la droga», ya podía despedirme de la calle.

De modo que hicimos provisión de caballo, compramos un Studebaker de

segunda mano y nos fuimos hacia el Oeste.

El Somatén se salió con una historia de crisis esquizofrénica.

—Estaba delante de mí mismo tratando de evitar que los ahorcase con mis dedos fantasmales... Soy un fantasma que desea lo que todos los fantasmas —un cuerpo— después del Largo Tiempo que estuve cruzando avenidas inodoras del espacio sin vida al no olor incoloro de la muerte... Es imposible respirarlo, olerlo a través de las rosadas circunvoluciones del cartílago, adornadas con lazos de mocos cristalizados, mierda temporal y filtros de sangre y de carne negra.

Permanecía allí de pie en la sombra alargada de la sala del juicio, la cara como una película rota, retorcida por los deseos y el hambre de los órganos larvales que se agitan en la carne indecisa, ectoplásmica, de la carencia (diez días en frío cuando hizo la primera declaración), carne que se desvanece al primer toque silencioso de la droga.

Vi cómo sucedía. Casi cinco kilos perdidos en diez minutos de pie con la jeringuilla en una mano sujetándose los pantalones con la otra, la carne abandonada ardiendo con un frío halo amarillo... aquella habitación del hotel de Nueva York... la mesilla de noche llena de cajas de caramelos, colillas que rebosan de tres ceniceros, un mosaico de noches sin dormir y hambres repentinas de adicto que se descuelga y alimenta su carne de bebé...

El Somatén es juzgado por un Tribunal Federal, acusado de linchamiento, y va a parar a un manicomio federal especialmente concebido para custodiar fantasmas: preciso, prosaico impacto de objetos... lavabo... puerta... retrete... barrotes... ahí están... esto es... todas las líneas cortadas... nada más allá... No Hay Salida... y el No Hay Salida en cada rostro...

Al principio los cambios físicos fueron lentos, pero luego se precipitaron en golpes negros, cayendo a través de sus tejidos flojos, borrando toda la forma humana... En su mundo de oscuridad total los ojos y la boca son un órgano que salta hacia delante para morder con dientes transparentes... pero los órganos no mantienen posiciones ni funciones constantes... brotan órganos sexuales por todas partes... se abren rectos, defecan y se cierran... el organismo entero cambia de color y consistencia en ajustes de una fracción de segundo...

El Paleto es una carga para la sociedad con sus ataques como él los llama. El Primo Interior se le estaba despertando y ése es un chivato que no hay quien despiste; a la entrada de Filadelfia se baja para enrollarse un coche patrulla y en cuanto el poli le echa el ojo encima nos agarra a todos.

Setenta y dos horas y otros cinco yonquis enfermos más en nuestra celda. Como no quiero sacar mi provisión delante de esos parias hambrientos, hay que andar maniobrando y soltar pasta al de las llaves hasta conseguir una celda aparte.

Los yonquis precavidos —les llaman ardillas— llevan siempre un pellizquito por

si los encierran. Cada vez que me pego un pinchazo dejo caer unas gotas en el bolsillo del chaleco, tengo la tela almidonada de material. Llevaba un cuentagotas de plástico en el zapato y un imperdible prendido en el cinturón. Ya sabes cómo te cuentan la batalla del imperdible y el cuentagotas: «La tía cogió un imperdible todo oxidado y manchado de sangre, y se hizo un buen agujero en la pierna, parecía una boca abierta, llena de llagas, abierta, esperando la inefable unión con el cuentagotas que se hunde ahora en la herida babeante. Pero su terrible necesidad exagera la energía (el hambre de los insectos en los sitios secos) y le hace romper el cuentagotas que se hunde profundamente en la carne del muslo devastado (parece más bien un cartel sobre la erosión del suelo). ¿Acaso le importa? Ni siquiera se molesta en quitar los cristales rotos, se mira el anca llena de sangre con los ojos fríos e impasibles de un carnicero, qué le importa la bomba atómica, las chinches, la amenaza del cáncer, el Ocaso que espera para recuperar su carne delincuente... Dulces sueños, Rosa Pantopón.»

La escena real: pellizcas un poco de carne de la pierna y das un golpe seco con el imperdible para hacer un agujero.

Luego colocas el cuentagotas *encima, no dentro* del agujero y vas soltando el líquido despacio, con cuidado para que no se salga por los lados... Al apretar el muslo del Paleto la carne me pareció cera, se quedaba para arriba, rezumando una gota de pus por el pinchazo. Nunca en mi vida toqué un cuerpo vivo tan frío como el del Paleto de Filadelfia...

Decidí librarme de él aunque tuviera que recurrir a una «fiesta de sofocación». (Costumbre rural usada en Inglaterra para eliminar parientes ancianos e inválidos. La familia afligida por tal desgracia da una «fiesta de sofocación», durante la cual los invitados apilan colchones sobre la «carga para la familia», y se suben a emborracharse sobre los colchones.) El Paleto es un rémora para el negocio y habría que trasladarlo a las cloacas del mundo. (Esta es una costumbre africana. Un funcionario llamado «Expulsor» tiene la misión de llevar a los ancianos a la selva y abandonarlos allí.)

Los ataques del Paleto son ya algo crónico. Guardias, porteros, perros, secretarias, gruñen en cuanto se acerca. El dios rubio ha caído en la abyección de un intocable. Los tramposos no cambian, se rompen, se hacen pedazos —explosiones de materia en el frío espacio interestelar—, se desvanecen en polvo cósmico, dejan atrás su cuerpo vacío. Chorizos de todo el mundo, hay un primo al que no podéis camelar: el Primo Interior.

Dejé al Paleto plantado en una esquina, ladrillos rojos de casa barata hasta el cielo, bajo incesante lluvia de hollín.

—Voy a pegarle un toque a un matasanos que conozco aquí al lado. Vuelvo en seguida con morfa de farmacia, de la buena... No, tú espérame aquí... no quiero que te

guipe.

Espérame en la esquina todo el tiempo que haga falta, Paleto, espérame. Adiós, Paleto, adiós, muchacho... ¿Adonde van cuando se marchan dejando el cuerpo atrás?

Chicago: jerarquía invisible de italianinis descerebrados, olor a gángsteres atrofiados, un fantasma familiar se te aparece en la esquina de las calles Norte y Halstead, en Cicero, en el parque Lincoln, mendigando sueños, el pasado invade el presente, magia rancia de tragaperras y fondas de carretera.

En el Interior: una vasta urbanización, antenas de televisión contra el cielo sin sentido. En casas a prueba de vida se ciernen sobre los jóvenes para absorber algo de lo que ellos excluyen. Sólo los jóvenes aportan algo. Y la juventud no les dura mucho. (Por los bares de St. Louis yace muerta la frontera, los días de los barcos fluviales.) Illinois y Missouri, miasmas de los pueblos constructores de túmulos, el culto envilecido al Manantial del Alimento, festivales crueles y espantosos, el horror sin esperanza del Dios Ciempiés se extiende desde Moundville a los desiertos lunares de las costas peruanas.

América no es una tierra joven: ya era vieja y sucia y perversa antes de los indios. El mal está en ella, esperando.

Y policías, siempre: policías del Estado bien entrenados en la universidad, experimentados, corteses, ojos electrónicos que sopesan tu coche, tu equipaje, tu ropa, tu cara; detectives gruñones de las grandes ciudades, sheriffs rurales de voz pausada con algo negro y amenazador en sus ojos viejos del color de una camisa gastada de franela gris...

Y problemas con el coche, siempre: en Saint Louis cambié el Studebaker del 42 (tenía un defecto de fábrica, como el Paleto) por un viejo Packard seis plazas trucado que apenas pudo llegar a Kansas City, donde compré un Ford que resultó ser un quemador de aceite y lo di a cambio de un jeep al que le pisamos demasiado (no son buenos para andar por autopista) y le quemamos algo de dentro y reventó y volvimos al viejo Ford V-8, que nunca te deja tirado por mucho aceite que queme.

Y el tedio norteamericano nos va encerrando como ningún otro tedio del mundo, peor que el de los Andes, pueblos de alta montaña, viento frío que baja de los montes de tarjeta postal, aire fino como la muerte en la garganta, ciudades fluviales de Ecuador, malaria gris como la droga bajo un sombrero negro de vaquero, escopetas que se cargan por la boca, buitres que picotean las calles enfangadas... el que te ataca al bajar del ferry de Malmoe, en Suecia, te quita la trompa sin impuestos (en el ferry la priva no paga aduana) en un santiamén y te deja con la moral por los suelos: miradas huidizas y el cementerio en medio de la ciudad (todas las ciudades suecas parecen construidas en torno a un cementerio), y nada que hacer en toda la tarde, ni un bar, ni una película, quemé el último petardo que traía de Tánger y dije: «K. E., vamos otra vez al ferry ahora mismo.»

Pero no hay tedio como el tedio norteamericano. No lo ves ni sabes de dónde sale. Coge uno de esos bares elegantes, al final de una calle de un barrio nuevo (cada manzana tiene su bar y una botica y un supermercado y una tienda de bebidas). Entras y te topas con él. Pero ¿de dónde sale?

No es del camarero, ni de los clientes, ni de la tapicería de plástico color crema de los taburetes, ni de la luz confusa del neón. Ni siquiera de la televisión.

Y nuestras costumbres se reafirman en el tedio, como la cocaína te reafirma y te mantiene ante la depresión de la bajada de la coca misma. Y la droga se está acabando. Así que aquí estamos en esta ciudad sin caballo aguantando a base de jarabe para la tos. Y vomitar el jarabe y viajar y viajar, el frío viento de primavera silba por las rendijas del fotingo, hace temblar nuestros cuerpos enfermos, sudorosos, ese frío que siempre se te mete dentro cuando se va la droga... Seguimos a través del paisaje pelado, armadillos muertos en la carretera, buitres sobre los pantanos, cipreses talados. Moteles con paredes de viruta prensada, estufa de gas, mantas color rosa demasiado finas.

Los pinchetas itinerantes y los que bajan de Carnaval han quemado todos los matasanos de Texas...

Y nadie que esté en su sano juicio acudirá a uno de Louisiana. Legislación estatal de drogas.

Por fin llegamos a Houston, donde conocía un boticario. Hacía cinco años que no me veía pero en cuanto levantó la vista y me echó una mirada de refilón, hizo una señal con la cabeza y me dijo: «Espéreme en la barra.»

Me senté y tomé un café y al poco rato viene y se sienta a mi lado y me dice:

—¿Qué quiere?

—Un litro de paregórico y cien nembutales.

Asiente:

—Vuelva dentro de media hora.

Cuando vuelvo me da un paquete y dice:

—Son quince dólares... y tenga cuidado.

Pincharse jarabe paregórico es un follón tremendo; primero hay que evaporar el alcohol, luego enfriarlo para quitar el alcanfor y recoger el líquido marrón con un cuentagotas; hay que ponérselo en vena para que no se forme un absceso, aunque se inyecte donde se inyecte siempre se acaba teniendo el absceso. Lo mejor es bebérselo con barbitúricos... Así que lo metemos en una botella de Pernod y salimos para Nueva Orleans, y pasamos junto a lagos iridiscentes y llamaradas rojizas de los mecheros de gas, y montones de desperdicios, caimanes que se arrastran entre botellas rotas y latas vacías, arabescos de neón de los moteles, chulos solitarios que gritan obscenidades a los coches que pasan desde sus islas de basura.

Nueva Orleans es un museo muerto. Damos una vuelta por Exchange Place

apestando a jarabe y encontramos al Hombre sobre la marcha. Es un sitio pequeño y la pasma conoce a todos los que trafican de modo que piensa qué coño importa y le vendo a cualquiera. Hacemos provisión de caballo y damos marcha atrás, camino de México.

Otra vez el lago Charles y la tierra muerta de las tragaperras, el extremo sur de Texas, sheriffs asesinos de negros que nos vigilan y comprueban los papeles del coche. Se te quita algo de encima cuando cruzas la frontera de México y de repente el paisaje se te aparece desnudo, sin nada entre tú y él, desierto y montañas y buitres: puntos lejanos que dan vueltas, o tan cerca que puedes oír cómo cortan el aire con sus alas (un sonido seco, un chasquido), y cuando descubren algo surgen del cielo azul, ese maldito cielo azul, aplastante de México, y convergen en un torbellino negro... Conduje toda la noche y al amanecer llegamos a un pueblo cálido y brumoso, perros que ladran y murmullo de agua que corre.

—Tomás y Charli —dije.

—¿Qué?

—Es el nombre del pueblo. Nivel del mar. Desde aquí subiremos sin parar hasta más de tres mil metros.

Me metí un fije y me eché a dormir en el asiento de atrás. Ella conducía muy bien. Eso se le nota a cualquiera en cuanto toca el volante.

Ciudad de México, donde Lupita reparte sus papelinas de mierda adulterada, sentada como la diosa azteca de la Tierra.

—Vender es un vicio más fuerte que picarse —dice Lupita. Los vendedores no adictos están colgados del contacto, un hábito del que no te puedes descolgar. Y lo mismo les pasa a los policías. Ahí está Bradley el Comprador. El mejor sabueso de la brigadilla. Cualquiera que le vea lo tomaría por un pasado. O sea, que puede ir a ver a un traficante y comprarle directamente. Es tan anónimo, gris y espectral que después el vendedor no podrá recordar su aspecto. Y así va ligándose a uno detrás de otro... Bueno, pues el Comprador parece cada vez más un yonqui. No puede beber. No se le levanta. Se le caen los dientes. (Los yonquis pierden sus colmillos amarillentos dando de comer al mono, del mismo modo que a las embarazadas se les estropean los dientes por alimentar al feto.) Se pasa el tiempo chupando una barra de caramelo (le gustan, sobre todo, unos que se llaman Baby Ruth). «Da verdadero asco verle chupar siempre esos horribles caramelos», dice otro poli.

Al Comprador se le ha puesto un siniestro color gris verdoso. El hecho es que su cuerpo elabora su propia droga, o algún equivalente. El Comprador tiene un proveedor fijo. Un Hombre dentro de sí, podría decirse. O eso cree él. «Me limito a quedarme en mi habitación», dice. «Y me los jodo a todos. Unos estrechos todos, unos y otros. Soy el único hombre completo del negocio.»

Pero le asalta un deseo feroz como un vendaval negro, que le atraviesa los huesos.

Entonces atrapa un yonqui jovencito y le da una pápela para comprarlo.

—¡Oh! Estupendo —dice el muchacho—. ¿Y qué tengo que hacer?

—Lo único que quiero es frotarme contra ti y ponerme bien.

—Ejem... Bueno, vale... Pero ¿por qué no puede ir a lo físico como un ser humano?

Más tarde el jovencito está sentado con dos colegas en una cafetería, mojando bizcocho en la taza. Dice:

—La cosa más desagradable que me ha pasado en la vida. No sé cómo se volvió totalmente blando, y me envolvió como en una burbuja de gelatina, horrible. Luego se fue mojando de arriba abajo con una especie de baba verde. Supongo que es alguna forma asquerosa de correrse... Casi me desmayo con toda aquella cosa verde por encima y aquella peste a melón podrido.

—Bueno, de todas formas es un fije barato.

El muchacho suspiró con resignación:

—Sí, supongo que uno puede acostumbrarse a todo. He quedado otra vez con él para mañana.

Pero el vicio del Comprador sigue creciendo. Necesita recargarse cada media hora. A veces hace la ronda de las comisarías y soborna a los guardias para que le dejen entrar en una celda de yonquis. Hasta que llega el momento en que no se pone bien por muchos contactos que haga. Entonces es convocado por el Supervisor del Distrito:

—Bradley, su conducta ha levantado ciertos rumores (y espero por su bien que no sean nada más que rumores), tan increíblemente desagradables que... Es decir, la mujer del César... Ejem... desde luego la Brigada ha de estar por encima de cualquier sospecha... y sin la menor duda por encima de sospechas como las que, al parecer, ha provocado usted. Está usted haciendo descender el tono de esta casa. Estamos dispuestos a aceptar su dimisión inmediatamente.

El Comprador se arroja al suelo y se arrastra hasta el Supervisor:

—No, jefe, no... El departamento es toda mi vida.

Besa la mano del Supervisor y le mete los dedos en la boca (para que el Supervisor pueda sentir sus encías sin dientes) lamentándose de que ha perdido los dientes «en el chervichio».

—Por favor, jefe, le limpiaré el culo, lavaré sus condones usados, sacaré brillo a sus zapatos untándolos con la nariz...

—¡Esto sí que es realmente desagradable! ¿No tiene usted orgullo? He de decirle que estoy sintiendo verdadera repugnancia por usted. No sé, hay algo, no sé, podrido en usted, huele usted como un montón de estiércol —se pone un pañuelo perfumado ante la cara—. Tengo que pedirle que salga de este despacho inmediatamente.

—Haré lo que sea, *lo que sea*. —el rostro verdoso y estragado se abre con una

horrible sonrisa—. Soy joven todavía, jefe, y cuando se me calienta la sangre pego bastante fuerte.

El Supervisor vomita en su pañuelo y apunta hacia la puerta con mano trémula. El Comprador se levanta clavando una mirada perdida en el Supervisor. Su cuerpo comienza a inclinarse como la varita de un zahorí. Fluye hacia adelante...

—¡No! ¡No! —grita el Supervisor.

—Schlurp... schlurp, schlurp...

Una hora más tarde encuentran al Comprador dando cabezadas en el sillón del Supervisor. El Supervisor ha desaparecido sin dejar rastro.

JUEZ: —Todo indica que usted, de alguna forma inexplicable, ha... hum... asimilado al Supervisor del distrito. Por desgracia, no hay prueba alguna. Sería partidario de recomendar que se le recluyera, o más exactamente, se le contuviera, en alguna institución, pero no conozco un sitio adecuado para un individuo de su especie. Por tanto debo ordenar, de bien mala gana, que le pongan en libertad.

—A éste habría que tenerlo en un acuario —dijo el agente que lo detuvo.

El Comprador siembra el terror en el ambiente. Yonquis y policías desaparecen. Como si fuera un vampiro, suelta un efluvio narcótico, un vaho verde y húmedo que anestesia a sus víctimas y las deja indefensas ante su presencia envolvente. Y una vez recargado se queda varios días inactivo como una boa ahíta. Finalmente es sorprendido en el momento de engullirse al Delegado de Estupefacientes, y lo destruyen con un lanza-llamas. El Tribunal Constitucional dictaminó que tales métodos estaban justificados dado que el Comprador había perdido su ciudadanía humana y, consiguientemente, era una criatura sin especie y una amenaza para el negocio de estupefacientes a todos los niveles.

En México el truco está en encontrar un yonqui del lugar que tenga receta oficial, receta que le autoriza a comprar una cantidad mensual fija. Nuestro Hombre era el viejo Ike, que había pasado casi toda la vida en Estados Unidos.

—Estaba de viaje con Irene Kelly, una buena jugadora. En Butte, estado de Montana, le pegó un mal rollo de perico y salió corriendo por todo el hotel chillando que unos pasmarotes chinos la perseguían con machetes de carnicero. Conocí a un poli en Chicago, esnifaba un perico especial en cristalitos, cristales azules. Una vez se pasó y empezó a gritar que le buscaban los federales, echó a correr por el callejón y se metió de cabeza en un cubo de basura. Y yo le dije: «Pero ¿qué hace?», y él me dijo: «Largo de aquí o te pego un tiro. Estoy bien escondido.»

Esta vez compramos coca con receta. Métetela en la vena, hijito. Se huele cómo entra, limpia y fría, en la nariz y la garganta, luego una oleada de placer puro atraviesa el cerebro y enciende los interruptores de la coca. La cabeza se te estremece de explosiones blancas. A los diez minutos ya quieres otro pinchazo... serías capaz de cruzar la ciudad por otro pinchazo. Pero si no puedes conseguirlo, comes, duermes y

te olvidas del asunto.

La coca es un deseo puramente cerebral, una necesidad sin sensación, sin cuerpo, una necesidad de fantasma terrenal, ectoplasma rancio barrido por un viejo yonqui que tose y escupe en las mañanas enfermas.

Una mañana te despiertas y te pegas un cóctel de perico y caballo y sientes chinches debajo de la piel. Policías de 1890 de negros bigotes bloquean las puertas y se asoman a las ventanas apretando los labios desde sus placas azules desnudas. Unos yonquis desfilan por la habitación cantando la marcha fúnebre musulmana, llevan el cuerpo de Bill Gains, estigmas de aguja resplandecen suavemente con una llama azul. Detectives esquizofrénicos olfatean con aplicación el orinal.

Es el miedo de la coca... Siéntate y tómatelo con calma y pégate un buen chute de esa morfa militar.

Día de los Muertos: me entró un hambre ciega y me comí la calavera de azúcar del pequeño Willy. Se echó a llorar y tuve que ir a comprarle otra. Pasé junto al bar donde liquidaron al de las apuestas de frontón.

En Cuernavaca —¿o era Taxco?—, Jane conoce a un trombonista macarra y desaparece en una nube de humo de tila. El macarra es uno de esos que van de artistas, vibraciones y dietética y ese rollo, o sea que degrada al sexo femenino obligando a sus ligues a tragarse todas esas chorradas. Estaba siempre ampliando sus teorías... examinaba a las tías y las amenazaba con dejarlas si no se sabían de memoria hasta el último detalle de su último asalto a la lógica y a la imagen del hombre.

—Mira, nena, estoy aquí para dar. Pero si tú no quieres recibir no puedo hacer nada más.

Usaba todo un ritual para fumar yerba y era muy puritano respecto de la droga, como la mayoría de los grifotas. Aseguraba que la yerba le ponía en contacto con campos gravitatorios supracelestes. Tenía opiniones formadas sobre todo: la ropa interior más sana, cuándo beber agua y cómo limpiarse el culo. Tenía una cara roja y brillante con una gran nariz alargada y blanda, unos ojillos enrojecidos que se le encendían al mirar a las tías, y se apagaban al mirar cualquier otra cosa. Sus hombros eran tan anchos que hacían pensar en alguna deformidad. Actuaba como si los otros hombres no existieran, por ejemplo, en tiendas y restaurantes transmitía sus deseos al personal masculino a través de una intermediaria. Y ningún Hombre penetró jamás en su refugio, su casa secreta.

Así que habla mal de la droga y se enrolla con la grifa. Doy tres chupadas, Jane le miró y se le cristalizó la carne. Pegué un salto gritando: «¡Me dio el muermo!», y salí corriendo de la casa. Tomé una cerveza en una tasca —barra de mosaicos, resultados de fútbol y carteles de toros— mientras esperaba el autobús para la ciudad.

Un año después, en Tánger, me enteré de que Jane había muerto.

BENWAY

Me encargan que contrate los servicios del doctor Benway para Islam, S. A.

El doctor Benway ha sido llamado como consejero de la República de Libertonia, un lugar dedicado al amor libre y los baños continuos. Sus ciudadanos son equilibrados, conscientes, honrados, tolerantes y, por encima de todo, limpios. Pero el hecho de acudir a Benway indica que no todo anda bien tras esa higiénica fachada: Benway es manipulador y coordinador de sistemas simbólicos, un experto en todos los grados de interrogatorios, lavados de cerebro y control. No había vuelto a ver a Benway desde su precipitada marcha de Anexia, donde estaba a cargo de la D. T.: Desmoralización Total. Su primera medida fue suprimir los campos de concentración, las detenciones en masa y, excepto en algunas circunstancias especiales y limitadas, la tortura.

—Aborrezco la brutalidad —dijo—. No es eficaz. Y además, los malos tratos prolongados, sin llegar a la violencia física, causan, si se aplican adecuadamente, angustia y un especial sentimiento de culpa. Han de tenerse bien presentes unas cuantas normas o, mejor, ideas directrices. El sujeto no debe darse cuenta de que los malos tratos son un ataque deliberado contra su identidad por parte de un enemigo anti-humano. Debe hacérsele sentir que *cualquier* trato que reciba lo tiene bien merecido porque hay algo (nunca preciso) horrible en él que le hace culpable. Los adictos al control tienen que cubrir su necesidad desnuda con la decencia de una burocracia arbitraria e intrincada, de manera tal que el sujeto no pueda establecer contacto directo con su enemigo.

Todos los ciudadanos de Anexia fueron obligados a solicitar y llevar siempre encima una carpeta entera de documentos. Los ciudadanos podían ser interpelados por la calle en cualquier momento; y el Examinador, que podía ir vestido de calle o con diversos uniformes, con frecuencia en traje de baño o en pijama, otras veces desnudo completamente a no ser una insignia colgada del pezón izquierdo, después de comprobar todos los papeles, los sellaba. En la siguiente inspección, el ciudadano tenía que enseñar los sellos correspondientes a la última inspección. Si el Examinador detenía a un grupo numeroso se limitaba a comprobar y sellar los documentos de unos pocos. A partir de entonces los otros podían ser detenidos por no tener los papeles con los sellos correctos. La detención tenía carácter provisional, es decir, que el prisionero sería puesto en libertad cuando el Arbitro Adjunto de Explicaciones aprobase su Atestado de Explicaciones, debidamente firmado y sellado, si lo aprobaba. Dado que este funcionario rara vez aparecía por su despacho y el Atestado de Explicaciones tenía que presentarse personalmente, los explicadores se pasaban semanas y meses enteros esperando en oficinas heladas, sin sillas ni servicios higiénicos.

Los documentos, que se rellenaban con tinta volátil, se volvían papeletas de empeño caducadas. Constantemente se necesitaban nuevos documentos. Los ciudadanos corrían de una oficina a otra en un frenético intento de cumplir unos plazos imposibles.

Se hicieron desaparecer todos los bancos de plazas y parques, fueron desecadas las fuentes, destruidos flores y árboles. En el tejado de las casas de apartamentos (todos vivían en apartamentos), sonaban cada cuarto de hora unas sirenas tremendas. A menudo las vibraciones arrojaban a la gente de la cama. Grandes reflectores barrían la ciudad toda la noche (estaba rigurosamente prohibido usar persianas, cortinas, contraventanas o postigos).

Nadie miraba a nadie por miedo a las estrictas leyes que castigaban todo intento de molestar a otro, con o sin palabras, con cualquier propósito, sexual o no sexual. Cafés y bares estaban cerrados. Se necesitaba un permiso especial para comprar bebidas alcohólicas, y el licor así obtenido no podía ser vendido, regalado ni transferido a ninguna otra persona, y la presencia de cualquier otro en la habitación se consideraba prueba concluyente de tentativa de transferir alcohol.

Nadie estaba autorizado a cerrar la puerta con cerrojo, y la policía tenía llaves maestras de todas las habitaciones de la ciudad. Acompañados por un mentalista, irrumpían en las casas y se ponían «a buscarlo».

El mentalista los guía hacia lo que el individuo desea ocultar: un tubo de vaselina, una lavativa, un pañuelo con una corrida, un arma, bebidas de contrabando. Y siempre someten al sospechoso al registro más humillante para su persona, desnudándole y haciendo toda clase de comentarios burlones y despectivos sobre su cuerpo. Más de un homosexual en potencia acabó con camisa de fuerza después de que le metieran vaselina por el culo. O se paran delante de cualquier objeto. Un limpiaplumas o una horma.

—¿Y eso para qué sirve?

—Es un limpiaplumas.

—Dice que es un limpiaplumas, el tío.

—Desde luego, hay que oír de todo.

—Creo que no necesitamos más. Venga con nosotros.

Tras unos meses de este sistema, los ciudadanos se acurrucaban en los rincones como gatos neuróticos.

Naturalmente, la policía de Anexia utilizaba un sistema tipo producido en serie para el control de sospechosos, saboteadores y disidentes políticos. Sobre los interrogatorios de sospechosos, Benway dice lo siguiente:

—Si bien en general evito el empleo de torturas —la tortura localiza al oponente y moviliza la resistencia— la amenaza de tortura es útil para inducir en el sujeto el sentimiento adecuado de impotencia ante y gratitud hacia el interrogador que no llega

a usarla. Y la tortura puede usarse fructíferamente como pena cuando el sujeto ha adelantado en el tratamiento lo suficiente como para aceptar el castigo como cosa merecida. Con este fin ideé varias clases de procedimientos disciplinarios. Unos de ellos se conocía por «la centralita». En los dientes del sujeto se fijan unas fresas eléctricas que pueden ser puestas en marcha en cualquier momento y se indica al detenido que haga funcionar una centralita arbitraria, que introduzca determinadas clavijas en determinados agujeros en respuesta a unas señales de timbres y luces. Cada vez que comete un error las fresas giran durante veinte segundos. Las señales van siendo aceleradas gradualmente, siempre por encima del tiempo de reacción. Media hora en la centralita y el sujeto se derrumba como una máquina de pensar sobrecargada.

»El estudio de las máquinas pensantes nos enseña sobre el cerebro más de lo que podemos aprender con métodos introspectivos. El hombre occidental se exterioriza a sí mismo a través de artefactos. ¿Se han metido coca en la vena alguna vez? Pega directamente en el cerebro, activando conexiones de placer puro. El placer de la morfina es en las vísceras: después de un pinchazo se escucha el propio cuerpo. Pero la blanca es electricidad en el cerebro y el hambre de coca es puramente cerebral, una necesidad sin cuerpo ni sensaciones. El cerebro cargado de coca es un billar eléctrico enloquecido, lanzando destellos azules y rosa en un orgasmo eléctrico. Un cerebro electrónico puede sentir el placer de la coca, los primeros latidos de la repugnante vida invertebrada. El ansia de blanca dura sólo unas horas, mientras permanecen estimulados los conductos de la coca. Naturalmente, el efecto de la C podría ser producido mediante una corriente eléctrica que activase los conductos de la C...

«Después de un tiempo, esos conductos se gastan, como las venas, y el adicto tiene que encontrar otros nuevos. Siempre hay una vena que se recupera a tiempo, y con una rotación habilidosa de las venas, el yonqui puede arreglárselas perfectamente si no se excede en el uso. Pero las células del cerebro quemadas no tienen arreglo y el adicto sin células se queda en una posición terriblemente jodida.

»Aposentados sobre huesos viejos y excrementos y chatarra ferruginosa, en medio de un calor de altos hornos, un panorama de idiotas desnudos se extiende hasta el horizonte. En silencio absoluto —tienen destruido el centro del lenguaje— excepto el crujido de las chispas y chisporroteo de la carne chamuscada al aplicar electrodos a lo largo de la columna vertebral. Un humo blanco de carne quemada flota en el aire inmóvil. Un grupo de niños tiene a un idiota atado a un poste con alambre de espino y le encienden una hoguera entre las piernas y contemplan con curiosidad bestial el ascenso de las llamas por sus muslos. El fuego hace crepitar su carne con la agonía del insecto.

»Pero me estoy saliendo del tema, como de costumbre. Hasta que tengamos un conocimiento más preciso de la electrónica del cerebro, las drogas seguirán siendo

una herramienta esencial del interrogador en su ataque a la identidad del sujeto. Los barbitúricos resultan, desde luego, virtualmente inútiles. Es decir, quien pueda ser doblegado por ese medio, sucumbiría también bajo los métodos pueriles usados en cualquier comisaría norteamericana. La escopolamina suele ser eficaz para anular la resistencia, pero entorpece la memoria: el agente se muestra dispuesto a revelar sus secretos pero es incapaz de recordarlos, o se le mezclan inextricablemente las coartadas previstas con la información auténtica. La mescalina, la harmalina, el LSD6, la bufotenina, la muscarina tienen éxito en muchos casos. La bulbocapnina induce un estado próximo a la catatonia esquizofrénica... se han observado casos de obediencia automática. La bulbocapnina deprime el cerebro posterior, probablemente dejando inactivos los centros motores del hipotálamo. Otras de las drogas que han producido esquizofrenia experimental —mescalina, harmalina, LSD6— son estimulantes del cerebro posterior. En la esquizofrenia, el cerebro posterior es deprimido y estimulado alternativamente. A menudo, la catatonia va seguida de un período de excitación y actividad motriz durante el cual el demente corre por los pabellones haciendo pasar a todos un mal rato. Es frecuente que los esquizofrénicos profundos se nieguen a moverse y se pasen la vida en la cama. La "causa" (el pensamiento causalista nunca logra dar una descripción precisa del proceso metabólico... limitaciones del lenguaje en uso) de la esquizofrenia sería una perturbación de la función reguladora del hipotálamo. Dosis alternas de LSD6 y bulbocapnina —ésta potenciada con curare— permiten obtener un alto grado de obediencia automática.

»Hay otros procedimientos. Puede provocarse una profunda depresión en el sujeto administrándole grandes dosis de bencedrina durante varios días. Y la psicosis se induce mediante la administración continuada de dosis elevadas de cocaína o demerol, o la supresión brusca de barbitúricos tras un suministro prolongado. Puede también hacérsele adicto a la dihidroxiheroína y suprimirle después la droga (este compuesto es cinco veces más adictivo que la heroína, y el síndrome de carencia proporcionalmente severo).

»Hay varios "métodos psicológicos": el psicoanálisis compulsivo, por ejemplo. Se pide al sujeto que haga una hora de "libre asociación" todos los días (en casos en los que el tiempo no es fundamental): "Vamos, vamos. No seamos negativos, muchacho. Papá llamará al hombre malo. Se llevará al niño a dar un paseo hasta la centralita. "

»El caso de una agente que olvidó su verdadera identidad y se fusionó con su coartada —y sigue de intermediaria en Anexia—, me sugirió otro truquito. Un agente está entrenado para negar su condición de tal afirmando una coartada. Entonces ¿por qué no hacer jiu-jitsu psíquico y seguirle la corriente? Sugerirle que la identidad de la coartada es la suya y que no tiene otra. Su identidad de agente se vuelve inconsciente, es decir, escapa a su control; y así se la puede hacer salir a la superficie con drogas e

hipnotismo. Por este sistema se puede hacer un invertido de un ciudadano heterosexual cualquiera... es decir, reforzar y secundar el rechazo de las tendencias homosexuales generalmente latentes, y al mismo tiempo privarle de mujeres y someterlo a estímulos homosexuales. Luego, drogas, hipnosis, y... —Benway agitó una mano fláccida.

»Hay muchos sujetos vulnerables a la humillación sexual. Desnudez, estimulación con afrodisíacos, vigilancia constante para incomodar al sujeto e impedirle el alivio masturbatorio (durante el sueño, las erecciones hacen sonar automáticamente un enorme zumbador eléctrico que vibra la cama y arroja al sujeto a una bañera de agua fría, lo que reduce al mínimo el número de poluciones nocturnas). Trucos para hipnotizar a un sacerdote, explicarle que está a punto de consumar una unión hipostásica con el Cordero, y luego poner a un carnero verriondo a darle por el culo. Después de esto el Interrogador obtiene un control hipnótico absoluto, y el sujeto acudirá a su silbido, se cagará en el suelo con que le diga "ábrete sésamo". No es preciso decir que el sistema de humillación sexual está contraindicado en la homosexualidad declarada. (Es decir, hay que abrir bien los ojos y recordar las viejas consignas... nunca se sabe quién está escuchando.) Recuerdo a un chico al que condicioné para que se cagase al verme. Luego le limpiaba el culo y me lo follaba. Cosa sabrosa. Y además, era un chico encantador. Y a veces un sujeto se echa a llorar como un niño porque no puede evitar el eyacular cuando se lo folian. Bien, como se ve claramente, las posibilidades son infinitas, como los senderos que se bifurcan en un grande y hermoso jardín. Estaba empezando a rascar esa adorable superficie cuando fui depurado por los aguafiestas del Partido... En fin, son cosas de la vida.

Llego a Libertonia, el país más limpio e insípido que conozco. Benway es el director del C. R., Centro de Reacondicionamiento. Caigo por allí y los «¿Qué ha sido de tal y de cuál?» dan respuestas como «Sidi Idriss Smithers, alias el Bufaire, se vendió a la Ley por un suero de la eterna juventud. Para hacer tonterías no hay como una carroza». «Lestes Stroganoff Smunn, El Hassein, se volvió latah tratando de lograr el P. O. A. (Proceso de Obediencia Automática) perfecto. Un mártir de la investigación... » (El latah es un estado que aparece en el Sudeste asiático. Los latahs, que en otros aspectos son normales, imitan compulsivamente todos los movimientos una vez que se ha atraído su atención con un mero chasquido de dedos o una voz de mando. Una forma de compulsión hipnótica involuntaria. A veces se causan heridas a sí mismos al tratar de imitar los movimientos de varias personas al mismo tiempo.)

—Le contaré un secreto atómico. Interrúmpame si ya lo sabe.

El rostro de Benway conserva su forma bajo el flash de la urgencia, sujeto en cualquier momento a resquebrajamientos o metamorfosis indescriptibles. Parpadea como una imagen que entra y sale de foco.

—Venga —dice Benway—, le enseñaré el C. R.

Avanzamos por un largo vestíbulo blanco. La voz de Benway se infiltra en mi conciencia desde un lugar impreciso... una voz sin cuerpo, unas veces clara y sonora, otras apenas audible, como música en una calle ventosa.

—Grupos aislados como los indígenas del archipiélago Bismarck. Entre ellos no hay homosexuales declarados. El matriarcado de los cojones. Todos los matriarcados anti-homosexuales, conformistas prosaicos. Si se encuentra en un matriarcado camine, no corra, hacia la frontera más cercana. Si corre, algún polizonte marica frustrado o en potencia le pegará un tiro. ¿Así que hay quien quiera establecer una cabeza de puente de homogeneidad en unos mataderos de potenciales como Europa y EE. UU. ? Otro jodido matriarcado, mal que le pese a Margaret Mead... otro mal sitio. Pelea de bisturíes con un colega en el quirófano. Y mi ayudante, la babuino, saltó sobre el paciente y lo hizo pedazos. Los babuinos siempre atacan a la parte más débil en un altercado. Y hacen bien. No debemos olvidar nunca nuestra gloriosa herencia simiesca. El doctor Browbeck tuvo parte en la segunda parte. Abortista retirado, vendedor de droga (en realidad era veterinario), incorporado al servicio cuando la escasez de mano de obra. Bueno, el doctor se había pasado toda la mañana en la cocina del hospital tirando viajes a las enfermeras y cociéndose con gas ciudad y Klim; y justo antes de la operación se metió un lingotazo doble de nuez moscada, para darse ánimos.

(En Inglaterra, y especialmente en Edimburgo, los ciudadanos hacen pasar el gas ciudad a través de un filtro de Klim —una forma terrible de leche en polvo que sabe a tiza rancia— y se tragan el resultado. Empeñan todos sus bienes para pagar la factura del gas y cuando el hombre aparece para cortárselo por falta de pago, sus aullidos se oyen a kilómetros de distancia. Cuando un ciudadano está enfermo de carencia dice que «tiene la cocina limpia» o que «se le ha subido la estufa a la espalda».)

Nuez moscada. Cito de un artículo mío sobre estupefacientes aparecido en el *British Journal of Addiction* (ver «Apéndice»): «Presos y marineros recurren a veces a la nuez moscada. Se traga una cucharada con un poco de agua. Resultados vagamente similares a la marihuana más los efectos secundarios de náuseas y dolor de cabeza. Existen varios estupefacientes de la familia de la nuez moscada usados por los indios de América del Sur. Suelen usarse aspirando el polvo seco de la planta molida. Los hechiceros toman esas sustancias tóxicas y entran en estados convulsivos, y se atribuye significado profético a sus gestos y a sus parloteos incoherentes.»

—Yo tenía resaca de yage y no estaba en condiciones de aguantar las cagadas de Browbeck. Lo primero con lo que me sale es que tengo que hacer la incisión desde atrás en vez de delante, murmurando no sé qué estupideces sobre que si se corta la vesícula biliar se joderá la carne. Se creía que estaba en una granja limpiando un pollo. Le dije que metiera la cabeza en el horno y abriese el gas, y el tipo tuvo el

descaro de empujarme la mano con lo que me hizo seccionar la arteria femoral del paciente. Un chorro de sangre saltó a los ojos del anestesista que echó a correr dando voces por el vestíbulo. Browbeck intentó pegarme un rodillazo en la ingle, pero conseguí desjarretarlo de un tajo de bisturí. Se arrastró por el suelo tirándome puñaladas a las piernas. Mi ayudante Violeta, la baduino —la única mujer que me importó algo alguna vez—, estaba realmente cabreada. Me subí a la mesa y me disponía a saltar con los pies sobre Browbeck cuando entró la pasma.

»Bien, pues puede decirse que ese escándalo en el quirófano, "ese incalificable suceso" como dijo el Super, fue el golpe definitivo. Los lobos estaban acorralando ya a su presa. Crucifixión, es la palabra justa. Yo también había hecho alguna estupidez aquí o allá. ¿Quién no? Aquella vez, por ejemplo, que el anestesista y yo nos bebimos todo el éter y el paciente se despertó, y me acusaron de cortar la cocaína con detergente. Era cosa de Violeta. Tuve que protegerla, claro está...

»Total, y en resumen, que nos apearon a todos del negocio. No es que Violeta fuera una matasanos por lo legal, ni tampoco Browbeck, si nos ponemos así, pero llegar a poner en duda mi título... Además de que Violeta sabía más de medicina que toda una clínica junta. Tenía una intuición extraordinaria y un elevado sentido del deber.

»Así que me encontré en la calle y sin diploma. ¿Iba a cambiar de oficio? No. Llevaba la medicina en la sangre. Me las arreglé para mantenerme en forma haciendo abortos baratos en los retretes del metro. Me rebajé hasta a ofrecerme por la calle a las embarazadas. Algo decididamente poco ético. Entonces conocí a un gran tipo, Juan Placenta, el rey de las secundinas. Se lo montó en la guerra a base de abortones. (Los abortones son terneros prematuros que arrastran las secundinas y bacterias, y generalmente en malas condiciones de salubridad y viabilidad. Un ternero no puede venderse para carne hasta tener un mínimo de seis semanas. Antes de esa fecha se clasifica como abortón. El tráfico de estos terneros está rigurosamente penado.) Bien, pues Juanito controlaba una flota de cargueros bajo bandera abisina para eludir restricciones molestas. Me dio un puesto de médico a bordo del *Filiarisis,* el trasto más roñoso que haya surcado los mares. Operaba con una mano, apartaba a las ratas del paciente con la otra, chinches y escorpiones llovían del techo.

»Hasta que hay alguien que quiere homogeneidad en este momento. Se puede, pero cuesta. Me aburre todo el proyecto... Hemos llegado... El callejón del hastío.

Benway dibuja un esquema en el aire y se abre una puerta. Entramos y vuelve a cerrarse. Una gran sala con destellos de acero inoxidable, suelos de baldosas blancas, paredes de cristal. Camas a uno de los lados. Nadie fuma, nadie lee, nadie habla.

—Venga a verlos de cerca —dice Benway.

Me acerco y me detengo delante de un hombre que está sentado en la cama. Le miro a los ojos. Nadie, nada me devuelve la mirada.

—D.N.I. —dice Benway—. Deterioro Nervioso Irreversible. Liberación excesiva, podríamos decir... una rémora para el negocio.

Paso la mano ante los ojos del hombre.

—Sí —dice Benway—, todavía tiene reflejos. Mire esto.

Benway saca una chocolatina del bolsillo, le quita el papel y la pone delante de las narices del hombre. El hombre huele. Sus mandíbulas empiezan a moverse. Hace ademanes como de agarrar. La saliva se le sale de la boca y le escurre por la barbilla, en largos colgajos. El estómago hace ruidos. El cuerpo entero se retuerce con movimientos peristálticos. Benway da un paso atrás con la chocolatina en alto. El hombre cae de rodillas, echa la cabeza atrás y ladra. Benway le tira el chocolate. El hombre le lanza un bocado, falla, se revuelve por el suelo haciendo ruidos babosos. Se mete debajo de la cama, encuentra el chocolate y se lo empapuza a dos manos.

—¡Dios! Estos DNIs no tienen nada de clase.

Benway llama al enfermero que está sentado al fondo de la sala leyendo un libro de comedias de J. M. Barrie.

—Sáqueme a estos puñeteros DNIs de aquí. Son un corte. Es malo para el turismo.

—¿Qué hago con ellos?

—¿Y yo qué coño sé? Yo soy un científico. Un científico *puro*. Sáquelos de aquí y basta. No quiero tener que verlos más. Son gafes.

—Pero ¿cómo?, ¿dónde?

—Los conductos correspondientes. Avise al Coordinador de Distrito o como quiera que se llame... Cambia de nombre cada semana. Dudo que exista.

El doctor Benway se para ante la puerta y se vuelve a mirar a los DNIs.

—Nuestros fracasos —dice—. En fin, son gajes del oficio.

—¿Se recupera alguno?

—No volverán, una vez idos nunca volverán —canturrea Benway—. Esta otra sala tiene algún interés.

Los pacientes forman grupos, hablan y escupen en el suelo. La droga flota en el aire como una niebla gris.

—Es reconfortante —dice Benway— ver a estos adictos esperando a su Hombre. Hace seis meses estaban todos esquizofrénicos. Algunos no se habían levantado de la cama durante años. Mírelos ahora. En todos mis años de profesión, no he visto nunca un yonqui esquizofrénico, pese a que los yonquis suelen dar el tipo físico de los esquizos. Si quiere curar a alguien de algo, averigüe quiénes no lo tienen. Entonces, ¿quién no lo tiene? Los yonquis. Oh, a propósito, hay una región de Bolivia en la que no se dan psicosis. Gente cuerda del todo en esos montes. Quisiera ir allí antes que se eche a perder con alfabetizaciones, publicidad, televisión y automóviles. Hacer un estudio estrictamente a partir del metabolismo: alimentación, uso de drogas y alcohol,

sexo, etc. ¿A quién le interesa lo que piensan? Las mismas tonterías que pensamos todos, me atrevería a decir.

»¿Y por qué no padecen esquizofrenia los yonquis? Todavía no lo sé. Un esquizofrénico es capaz de ignorar el hambre y morirse de inanición si no le dan de comer. Pero nadie puede ignorar la carencia de heroína. La adicción es un hecho que obliga al contacto.

»Pero éste es sólo un aspecto. La mescalina, el LSD6, la adrenalina en mal estado, la harmalina, pueden producir una esquizofrenia aparente. Y el mejor producto es el que se extrae de la sangre de los esquizos; así pues, la esquizofrenia es como una psicosis por drogas. Es una conexión metabólica, un Traficante Interior se podría decir.

»En el estado terminal de la esquizofrenia, el cerebro posterior está deprimido permanentemente, mientras que el anterior carece casi de contenido, dado que el cerebro anterior sólo actúa como respuesta a los estímulos del posterior.

»La morfina actúa como antídoto de la estimulación del cerebro posterior, al igual que la sustancia esquizofrénica (nótese la similitud entre el síndrome de carencia y la intoxicación con ayahuasca o LSD6). Un posible efecto secundario de la droga —en especial los casos de adicción a la heroína en que el adicto tiene acceso a grandes dosis— es la depresión permanente del cerebro posterior y un estado muy parecido a la esquizofrenia terminal: falta absoluta de afectividad, autismo, virtual ausencia de actividad en el cerebro. El adicto puede pasarse ocho horas mirando la pared. Tiene conciencia de lo que le rodea, pero carece de connotaciones emocionales y, por consiguiente, de interés. Recordar un período de adicción fuerte es como escuchar una grabación de acontecimientos vividos sólo por el cerebro anterior. Relación escueta de acontecimientos exteriores. "Fui a la tienda y compré un poco de azúcar moreno. Llegué a casa y comí medio paquete. Me puse una inyección de tres gramos, etc. " Recuerdos totalmente desprovistos de nostalgia. Sin embargo, tan pronto como el nivel de droga desciende bajo par, el flujo de la carencia inunda el cuerpo.

»Si todo placer es alivio de tensiones, la droga suministra un alivio de todo el proceso vital, al desconectar el hipotálamo, control de la libido y de la energía psíquica.

»Algunos de mis doctos colegas (innombrables tontos del culo), han sugerido que la droga produce su efecto euforizante por estimulación directa del centro del orgasmo. Parece más probable que la droga lo que hace es interrumpir todo el ciclo, tensión, descarga, descanso. El orgasmo no cumple función alguna para el adicto. El aburrimiento, que indica siempre una tensión no descargada, jamás afecta al adicto. Puede pasar ocho horas mirándose los zapatos. Sólo pasa a la acción cuando se vacía el reloj de arena de la droga.

Al fondo de la sala, un enfermero levanta un cierre metálico y lanza un reclamo

para cerdos. Los yonquis se precipitan gruñendo y chillando.

—Un tipo listo —dice Benway—. Nada de respetar la dignidad humana. Ahora le enseñaré la sala de los delincuentes y pervertidos leves. Sí, aquí la delincuencia es una perversión menor. No niegan el contrato social de Libertonia. Se limitan a tratar de eludir alguna cláusula. Reprensible, pero no demasiado serio. Por aquí abajo... Dejaremos las salas 23, 86, 57 y 97... y el laboratorio.

—¿Los homosexuales están clasificados como pervertidos?

—No. Recuerde el archipiélago de Bismark. No hay homosexualidad declarada. Un estado-policía que funcione no necesita policía. A nadie se le ocurre que la homosexualidad sea una conducta concebible... En un matriarcado, la homosexualidad es un delito *político*. Ninguna sociedad tolera el rechazo declarado de sus principios fundamentales. Aquí no estamos en un matriarcado, *Insh'allah*. Conocerá usted el experimento que consiste en someter unas ratas a electroshock e inmersión en agua fría apenas se acercan a una hembra. Pronto se vuelven todas ratas maricas, y si una de esas ratas chillase «soy una loca y me encaaaaanta serlo» o «¿quién te la cortó, monstruo de dos agujeros?» sería una rata normal. Durante mi más bien breve experiencia psicoanalista —puntos de fricción con la Sociedad— a un paciente le dio un ataque de locura y salió corriendo por la Estación Central con un lanzallamas, dos se suicidaron y otro se me murió en el diván como una rata de selva (las ratas de selva llegan a morirse si se encuentran repentinamente en una situación desesperada). Sus parientes se cabrean y yo les digo: «Son gajes del oficio. Llévense este fiambre de aquí. Me deprime a los pacientes vivos.» Me di cuenta de que todos los pacientes homosexuales manifestaban fuertes tendencias heterosexuales inconscientes y los heteros tendencias homosexuales inconscientes.

—¿Y qué conclusiones saca usted?

—¿Conclusiones? Absolutamente ninguna. Era una observación de pasada.

Estamos almorzando en el despacho de Benway y suena una llamada.

—¿Cómo... ? ¡Monstruoso! ¡Fantástico... ! Siga con ello y espere.

Colgó el teléfono.

—Estoy dispuesto a aceptar de inmediato un cargo en Islam, S. A. Al parecer el cerebro electrónico se ha vuelto loco jugando al ajedrez de dimensiones con el Técnico y ha soltado a todos los sujetos del C. R. Hemos de llegar al tejado. Está prevista la Operación Helicóptero.

Desde el techo del C. R. asistimos a una escena de horror sin igual. Los DIs andan por delante de las mesas de café con largos hilos de saliva colgándoles de la barbilla y los estómagos haciendo sonoros gorgoteos, otros eyaculan a la vista de las mujeres. Las latahs imitan a los transeúntes con obscenidad de monos. Los yonquis han saqueado las farmacias, se chutan por las esquinas... Los catatónicos decoran los parques... Los esquizofrénicos se apresuran por las calles con gran agitación lanzando

gritos desgarradores, inhumanos. Un grupo de PRs —Parcialmente Reacondicionados— tienen rodeados a unos turistas homosexuales y les hacen ver sus cráneos nórdicos sobrepuestos con horribles sonrisas comprensivas.

—¿Qué quieren? —suelta una de las locas.

—Queremos *comprenderles*.

Un contingente de simiópatas dan aullidos colgados de farolas, balcones y árboles, cagando y meando encima de los transeúntes. (Un simiópata —no recuerdo el nombre científico de esa anomalía— es un ciudadano convencido de ser un mono, u otro simio. Es una anomalía propia de la vida militar que se cura con el licenciamiento.) Los enloquecidos de amok corretean cortando cabezas a su paso, con rostros dulces y remotos y sonrisa flotante... Ciudadanos con bang-utot incipiente se aferran a sus penes y piden auxilio a los turistas... Salteadores árabes lanzan gritos y alaridos, castran, destripan, arrojan gasolina inflamada... Unos bailarines hacen *strip-tease* con intestinos, hay mujeres que se meten genitales seccionados en el coño, los raspan, los golpean, los agitan ante el hombre elegido. Fanáticos religiosos en helicópteros arengan a las multitudes y hacen llover tabletas de piedra que contienen mensajes sin sentido. Hombres-leopardo desgarran a la gente con sus garras de hierro, entre toses y rugidos. Iniciados de la Sociedad de Canibalismo Kwakiutl arrancan narices y orejas a mordiscos...

Un coprófago recoge un plato, caga encima y se come la mierda, exclamando: «¡Mmmm, qué rica está!»

Un batallón de pelmazos desenfrenados merodea por calles y hoteles en busca de víctimas. Un intelectual de vanguardia: «Es evidente que la única literatura válida de hoy en día es la que se halla en los informes y las revistas científicas», le ha puesto a alguien una inyección de bulbocapnina y se dispone a leerle un folleto sobre «el uso de la neohemoglobina en el control de granuloma degenerativo múltiple». (Naturalmente el informe es una pura jerigonza, compuesta e impresa por él.)

Sus primeras palabras: «Me parece usted persona inteligente.» (Palabras de mal agüero siempre, muchacho... Cuando las oigas no debes preparar la huida, sino largarte de inmediato.)

Un oficial de colonias inglés ayudado por cinco policías jóvenes, ha detenido a un sujeto en la barra del club: «¿Conoce Mozambique?», y se lanza a la saga interminable de su paludismo:

—Así que el médico me dijo: «Lo único que le aconsejo es que abandone la región. De lo contrario acabaré enterrándole a usted.» El matasanos ese se dedica también a las pompas fúnebres. Un poco de aquí, otro poco de allí, digamos, y de vez en cuando se daba a sí mismo un trabajito que hacer. —A la tercera ginebra, cuando ya te va conociendo, se pasa a la disentería—. La evacuación es de lo más extraordinario. De un color más o menos amarillo blancuzco, como lefa rancia, y

pringosa, ya sabe.

Un explorador de salacot ha derribado a un ciudadano con una cerbatana de dardos con curare. Le hace la respiración artificial con un pie. (El curare mata por parálisis pulmonar. No tiene ningún efecto tóxico; no es, estrictamente hablando, un veneno. Si se le hace respiración artificial, el sujeto no morirá. El curare se elimina muy rápidamente por los riñones.)

—Eso era el año de la fiebre bovina, cuando se moría todo, hasta las hienas... Así que allí estaba yo, en las fuentes del Culodemono, y sin una gota de vaselina. Cuando llegó por paracaídas mi gratitud fue indescriptible. Por cierto, que hasta ahora no se lo había contado a ningún bicho viviente... plagas esquivas... —su voz resuena a través del vasto vestíbulo vacío de un hotel estilo 1890, terciopelos rojos, plantas, de caucho, dorados y estatuas—. Fui el único blanco iniciado en la infame Sociedad Agouti, que presenció y participó en sus ritos innombrables.

La Sociedad Agouti ofrece una fiesta Chimú. (Los Chimús del antiguo Perú eran muy dados a la sodomía y en algunas ocasiones libraban batallas a garrotazos, que llegaban a causar varios cientos de bajas en una tarde.) Los jóvenes, retándose y jugueteando con los garrotes, se agolpan en el campo. Comienza la batalla.

La fealdad del espectáculo, amable lector, sobrepasa toda descripción. ¿Quién puede ser un vil cobarde meado de miedo y al mismo tiempo un vicioso mandril culimorado, alternando tan deplorables estados como escenas de vodevil? ¿Quién puede cagar sobre un adversario caído que, moribundo, come la mierda y grita de júbilo? ¿Quién puede ahorcar a un débil mental para recibir su esperma en la boca como un perro vicioso? Con gusto, amable lector, haría gracia de estos detalles, pero mi pluma, como el viejo marinero, tiene su propia voluntad. ¡Oh, Cristo bendito, qué escena ésta! Un chulo joven y bestial hace saltar el ojo de su compañero y se la mete por el cerebro. «Este cerebro ya está atrofiado, y más seco que el coño de la abuela.»

Se convierte en un macarra rockero:

—A tomar por el saco la muy puta. Como un crucigrama, ¿qué relación tiene conmigo el resultado si hay resultado? ¿Mi padre ya o todavía no? A ti no puedo joderte, Jack, estás a punto de ser mi padre, mejor sería cortarte el cuello y follarme a mi madre a las claras que joder a mi padre o viceversa *mutatis mutandis* según y cómo, y cortarle el cuello a mi madre, bendita puta, aunque sería la mejor manera de atajar esa horda de palabras y congelar su cuenta corriente. O sea que cuando a uno lo paran en el cambio de agujas no sabe si poner el culo al «padre eterno» o hacerle un corte a la navaja a la señora. Dame dos conos y una picha de acero y procura no meter tu cochino dedo en mi plato, capullo, ¿qué te crees que soy, un receptor con el culo morado huido ya de Gibraltar? Macho y hembra. Los castró él. ¿Hay alguien que no distinga los sexos? Te cortaré el cuello, blanco hijo de puta. Sal a la luz como nieto mío y enfréntate a tu madre por nacer en dudosa batalla. La confesión jodió su

obra maestra. Le corté el cuello al portero por un puro error de identidad, era un polvo tan horrible como el viejo. Y en la carbonera todas las pollas son iguales.

Volvamos pues al campo de batalla. Un joven ha penetrado a su camarada en tanto otro amputa la parte más orgullosa del estremecido beneficiario de su vergajo de modo que el miembro visitante proyecta llenar el vacío que natura aborrece y eyacula en la Laguna Negra en la que impacientes pirañas devoran al niño aún no nacido ni —a la vista de ciertos hechos probados— probable.

Otro pelmazo anda con una maleta llena de trofeos y medallas, copas y cintas.

—Pues esto lo gané en Yokohama, el premio al artefacto sexual más ingenioso. (Sujétenlo, es un caso desesperado.) Me lo dio el emperador en persona y todos los demás participantes se castraron con cuchillos de harakiri. Y esta cinta la gané en un concurso de degradación en Teherán en las reuniones de Yonquis Anónimos.

—Me piqué toda la morfina de mi mujer que estaba en cama con una piedra en el riñón tan grande como el diamante Hope, y a ella le di media vagamina y le dije: «No esperes que te alivie del todo... Y cállate ya. Quiero disfrutar de mi medicación.»

—Robé un supositorio de opio del culo de mi abuela.

El hipocondríaco tira el lazo sobre un transeúnte, lo mete en una camisa de fuerza y empieza a hablarle de su septum podrido:

—Puede producirse una descarga de pus espantosa... espere un poco y la verá.

Hace un *strip-tease* y guía los dedos recalcitrantes de su víctima por las cicatrices de su operación:

—Toque esta hinchazón purulenta en la ingle, ahí tuve linfogranulomas. Y ahora quiero que palpe mis hemorroides internas.

(Una referencia al linfogranuloma, «bubones climáticos». Una enfermedad venérea viral propia de Etiopía.) «Por algo nos llaman puercos etíopes», se burla un mercenario etíope, venenoso como una cobra real, mientras sodomiza al Faraón. Los antiguos papiros egipcios hablan todo el tiempo de puercos etíopes.

Así que todo empezó en Addis Abeba, como el charlestón, pero éstos son otros tiempos. Un Solo Mundo. Ahora los linfogranulomas florecen en Shanghai y en Esmeraldas, en Nueva Orleans y en Helsinki, en Seattle y en Ciudad del Cabo. Pero el corazón añora la patria y la enfermedad: muestra una clara predilección por los negros, es la niña bonita de los racistas blancos. Pero se dice que los brujos del Mau Mau están cocinando una preciosidad de venérea sólo para blancos. No es que los caucásicos sean inmunes a esta enfermedad: en Zanzíbar la contrajeron cinco marineros británicos. Y en el condado de Negro Muerto, Arkansas («La gente más blanca y la roña más negra de Estados Unidos. Negro, no dejes que el sol se ponga contigo aquí»), el forense apareció con bubones a proa y a popa. Tan pronto como su estado interesante fue evidente, un comité de vecinos ultras lo quemó vivo en los excusados del juzgado, entre grandes disculpas. «Vamos, Clem, hazte idea que eres

una vaca aftosa.» «O un capón con la peste avícola.» «No os pongáis demasiado cerca, chicos. Igual le explotan los intestinos con el fuego.» En resumen, la enfermedad tiene habilidad para viajar, no como algunos virus desgraciados que están destinados a languidecer sin realizarse en las tripas de una garrapata o de un mosquito tropical, o en la saliva de plata de un chacal que agoniza bajo la luna del desierto. Tras una lesión inicial en el punto de infección, la enfermedad pasa a los ganglios linfáticos de la ingle, que se hinchan, revientan y dejan unas grietas que supuran durante días, meses, años, un flujo purulento y pringoso salpicado de sangre y linfa putrefacta. Frecuentemente se complica con elefantiasis de los órganos genitales, y se han señalado casos de gangrena para los que estaba indicada la amputación *in medio*, de cintura abajo, del paciente, aunque apenas merecía la pena. Las mujeres sufren generalmente infección secundaria del ano. Los varones que acceden al coito anal pasivo con un compañero infectado, como si fueran mandriles débiles a punto de poner el culo encarnado, pueden también dar cobijo a un pequeño forastero. A la proctitis inicial y al inevitable flujo purulento —que puede pasar inadvertido en el barullo— sigue una constricción del recto que requiere la intervención de un descorazonador de manzanas o su equivalente quirúrgico para que el infortunado paciente no se vea obligado a tirarse pedos por la boca ni a cagarse en los dientes dando lugar a casos de halitosis persistente e impopularidad con todos los sexos, edades y estados del *homo sapiens*. De hecho, un bujarrón ciego fue abandonado por su lazarillo, un perro policía, polizonte de corazón. Hasta muy recientemente no había tratamiento satisfactorio. «Se hace tratamiento sintomático», lo que en el oficio quiere decir que no hay ninguno. Ahora muchos casos ceden a la terapia intensiva con aureomicina, terramicina y algunos de los últimos inventos. No obstante, un porcentaje apreciable se muestra tan refractario como los gorilas de las montañas... Así pues, chicos, cuando esas lenguas de fuego jugueteen con vuestras pelotas y vuestras pijas y os trepen por el culo como un soplete azul invisible de orgones, en palabras de I. B. Watson, *Pensad* Dejaos de jadeos y empezad a palpar... y si palpáis un bubón, salíos fuera y decir con un gemido nasal y frío: «¿Crees que me interesa el contacto con tu horrible estado? No me interesa en absoluto.»

Gamberros rockeros adolescentes toman por asalto las calles de todas las naciones. Irrumpen en el Louvre y arrojan ácido al rostro de la Gioconda. Abren puertas de zoos, manicomios, cárceles, revientan las conducciones de agua con martillos neumáticos, rompen a hachazos el suelo en los lavabos de los aviones comerciales, apagan faros a tiros, liman los cables del ascensor hasta dejar un solo hilo, conectan las alcantarillas a los depósitos de agua, arrojan tiburones y rayas, angulas eléctricas y candirús a las piscinas (el candirú es un pez pequeño en forma de anguila o gusano de medio centímetro de grosor y de unos cinco de largo que circula por ciertos ríos de mala reputación de la cuenca del Amazonas, y que se cuela por la

picha o por el culo, o por el coño de las mujeres *faute de mieux*, y se queda allí enganchado gracias a sus espinas afiladas sin que se sepa bien con qué objeto porque no ha habido ningún voluntario que observe *in situ* el ciclo vital del candirú), meten el *Queen Mary* a toda máquina en el puerto de Nueva York vestidos de marineros, hacen carreras con aviones y autobuses de pasajeros, irrumpen vestidos de bata blanca en hospitales y clínicas llevando serruchos y hachas y bisturíes de un metro de largo; sacan a los paralíticos de sus pulmones de acero (imitan sus ahogos revolcándose por el suelo con ojos desorbitados), ponen inyecciones con bombas de bicicleta, desconectan los riñones artificiales, cortan a una mujer por la mitad con una sierra quirúrgica de dos manos, meten piaras de cerdos gritones en la Bolsa, cagan en el suelo de las Naciones Unidas y se limpian el culo con tratados, pactos, alianzas.

En avión y en coche, a caballo, camello o elefante, en tractores, en bicicletas o apisonadoras, a pie, en esquíes y trineos, muletas y saltadores, los turistas asaltan las fronteras, reclamando asilo con imperiosa exigencia «ante la situación indescriptible en que se encuentra Libertonia»; la Cámara de Comercio se esfuerza en vano por contener el desastre:

—Por favor, no pierdan la serenidad. Sólo son unos cuantos locos que se han escapado del manicomio.

JOSELITO

Y Joselito, que escribía poesía social mala, empezó a toser. El médico alemán hizo un breve examen, tocando las costillas de Joselito con sus dedos largos, delicados. El médico era también concertista de violín, matemático, maestro de ajedrez y Doctor en Jurisprudencia Internacional con licencia para ejercer en los retretes públicos de La Haya. El médico lanzó una mirada dura y distante a través del pecho moreno de Joselito. Miró a Carl y sonrió —sonrisa de un hombre cultivado a otro— y alzó una ceja, diciendo sin palabras:

—También hemos de evitar la palabra ante este campesino estúpido, ¿no? De lo contrario se cagaría de miedo. Koch y esputo son las dos palabras malas, ¿es eso? —Y en voz alta—: Es un catarro de los pulmones.

Carl habló con el médico fuera, bajo los estrechos soportales, la lluvia salpicaba las perneras de los pantalones, pensó a cuánta gente se lo habrá dicho, las escaleras, porches, jardines, paseos, pasillos y calles del mundo en los ojos del médico... agobiantes alcobas alemanas, cajas de mariposas hasta el techo, el ominoso olor callado de la uremia que rezuma bajo la puerta, el ruido del aspersor en los jardines de las afueras, en la tranquila noche tropical bajo las alas silenciosas del mosquito anofeles. (Nota: no es una metáfora. El anofeles es silencioso.) Un discreto sanatorio de Kensington: gruesas moquetas, una silla con encajes almidonados y una taza de té, la sala de estar de estilo sueco con jacintos de agua en una fuente amarilla; y fuera el cielo del norte de un azul china, nubes que flotan, acuarelas del estudiante de medicina que muere.

—Un schnaps tal vez, frau Underschnitt.

El médico habla por teléfono con un tablero de ajedrez ante sí:

—Una lesión realmente seria, me temo... desde luego sin verla por el fluoroscopio. Sí... ambos pulmones... sin la menor duda. —Cuelga el teléfono y se vuelve hacia Carl—. He observado que esta gente tiene una sorprendente capacidad de recuperación de las heridas, con un bajo índice de infecciones. Aquí son los pulmones claro... Neumonía y, naturalmente, el Viejo Amigo. —El médico agarra de la polla a Carl y pega un salto soltando una risotada grosera de campesino. Su sonrisa europea ignora el mal comportamiento de un niño o un animal. Continúa en su inglés etéreo, impersonal, sin acento—: Nuestro viejo y buen amigo el bacilo de Koch. —El médico choca los talones e inclina la cabeza—. Si no fuera así se multiplicarían tanto que hasta el mar se llenaría de campesinos de mierda, ¿no cree? —Da un chillido y acerca su cara a la de Carl. Carl se echa a un lado, tiene la cortina gris de la lluvia detrás.

—¿No hay algún sitio donde pueda recibir tratamiento?

—Creo que hay una especie de *sanitarium* —arrastra la palabra con ambigua

obscenidad— en la capital del distrito. Le anotaré la dirección.

—¿Terapia química?

Su voz suena plana y pesada en el aire húmedo.

—Quién sabe. Son todos unos campesinos estúpidos, y no hay peor campesino que el que se cree culto. Habría que impedir que esta gente aprendiese no sólo a leer, sino hasta a hablar. No hay necesidad de impedirles que piensen, eso ya lo ha hecho la naturaleza. Aquí está la dirección —susurró sin mover los labios.

Dejó una bolita de papel en la mano de Carl. Sus dedos sucios, brillantes por encima de la suciedad, se apoyaron en la manga de Carl.

—Queda la cuestión de mis honorarios.

Carl le deslizó un billete arrugado... y el doctor se desvaneció en el crepúsculo gris, estropeado y furtivo como un viejo yonqui.

Carl vio a Joselito en una habitación grande y limpia, llena de luz, con baño y terraza de cemento. Y nada de qué hablar en aquella habitación fría y vacía, jacintos de agua en una fuente amarilla y el cielo azul china y las nubes que flotan, y el miedo que se enciende y apaga en sus ojos. Cuando sonreía, el miedo desaparecía en trocitos de luz, acechaba enigmáticamente trepado a las frías esquinas del techo. Y, ¿qué podía decir yo, sintiendo la muerte a mi alrededor, y esas imágenes rotas que nos vienen antes del sueño, allí, en mi mente?

—Mañana me mandarán al sanatorio nuevo. Ven a verme. Allí estaré solo.

Tosió y se tomó una codeína.

—Doctor, tengo entendido, es decir, me han explicado, he leído y oído (yo no soy médico ni pretendo serlo) que la idea de los tratamientos en sanatorios ha sido más o menos desbancada, o como mínimo sustancialmente complementada, por la terapia química. ¿Es adecuado, en su opinión? Quiero decir, doctor, dígamelo con toda sinceridad, por favor, de ser humano a ser humano, ¿qué opina usted del enfrentamiento entre la terapia química y la de sanatorio? ¿Es partidario de alguna?

La cara de indio enfermo del hígado del médico era impenetrable como la de un traficante.

—Todo nuevo, como puede ver —señaló la habitación con dedos morados por la mala circulación—. Baño... agua... flores. Completo. —Terminó con una mueca de triunfo y acento cockney—. Le escribiré una cartita.

—¿Carta? ¿Para el sanatorio?

El médico hablaba desde una sierra de rocas negras y grandes lagunas marrones, iridiscentes:

—Los muebles... modernos y confortables. ¿No *encuentra* usted?

Carl no podía ver el sanatorio debido a un falso frente verde de estuco coronado por un complicado letrero de neón, recortado contra el cielo, muerto y siniestro en espera de la noche. El sanatorio había sido construido claramente sobre un gran

promontorio de caliza en el que rompían oleadas de parras y árboles en flor. El aire estaba cargado del olor de las flores.

El comandante se sentó en un largo caballete de madera, bajo un emparrado. No hacía absolutamente nada. Tomó la carta que le tendía Carl y la leyó en susurros, tocándose los labios con la mano izquierda. Clavó la carta en un clavo encima de un retrete. Comenzó a copiar de un libro registro lleno de números. Escribió y escribió.

Imágenes rotas explotaban suavemente en la cabeza de Carl, y sintió que se iba de sí mismo en un picado silencioso. Se vio desde una gran distancia con claridad y precisión, sentado en un comedor. Sobredosis de heroína. Su madre sacudiéndole y poniéndole delante una taza de café.

Fuera, un viejo yonqui vende sellos de Navidad vestido de Papá Noel.

—Para los tuberculosos, señores —susurra con su voz fantasmal de yonqui. Un coro del Ejército de Salvación, entrenadores de rugby homosexuales y sinceros, canta *El dulce adiós del adiós*.

Carl volvió a filtrarse en su cuerpo, humano espectro de droga.

—Podría sobornarlo, claro.

El comandante tamborilea en la mesa con un dedo y tararea *Con el güisqui de la tierra*. A lo lejos, luego repentinamente próximo como una sirena en la niebla fracciones de segundo antes de la colisión demoledora.

Carl hizo asomar un billete por el bolsillo del pantalón... El comandante estaba de pie junto a un amplio panel de depósitos y cajas de seguridad. Miró a Carl, ojos apagados de animal enfermo, muriendo por dentro, miedo sin esperanza que refleja el rostro de la muerte. El olor de las flores, el billete asomándole en el bolsillo, Carl sintió el vértigo cortarle el aliento, paralizarle la sangre. Caía hacia un punto negro arrastrado por un torbellino.

—¿Terapia química? —El grito de su carne cruzando cuarteles y barracones vacíos, mohosos hoteles de temporada, pasillos de sanatorios antituberculosos poblados de toses, el murmullo, los gargajos, el olor gris a comida rancia de asilos y hogares para ancianos, grandes y polvorientos almacenes y depósitos de aduanas, cruzando pórticos caídos y arabescos embadurnados, orinales de hierro tan finos como el papel corroídos por la orina de un millón de sarasas, letrinas abandonadas cubiertas de yerba y del olor rancio a mierda que regresa a la tierra, falos de madera erectos sobre la tumba de los moribundos que gimen como hojas al viento, atravesando el gran río cenagoso en el que flotan árboles enteros con serpientes verdes en las ramas y los ojos tristes de los lémures contemplan la costa más allá de una gran llanura (las alas de los buitres chasquean en el aire seco). El camino está sembrado de condones rotos y cápsulas de heroína vacías y tubos de vaselina aplastados tan secos como huesos esparcidos bajo el sol del verano.

—*Mis muebles*. —La cara del comandante arde como metal con el resplandor de

la urgencia. Sus ojos desaparecieron. Una vaharada de ozono flotó por la habitación. La «novia» murmuraba en una esquina sobre sus velas y sus altares.

—Todo es de Trak... moderno, excelente... —Da cabezadas y babea estúpidamente. Un gato amarillo tira a Carl del pantalón y corre hacia una terraza de cemento. Pasan nubes.

—Podría recuperar el depósito. Empezar un negocio pequeño en algún sitio. —Cabecea y sonríe como un juguete mecánico.

—Joselito! —Unos chicos que juegan al balón, al toro, hacen carreras de bicicletas en la calle, miran hacia arriba mientras el nombre pasa silbando y se desvanece lentamente.

—Joselito... ! ¡Paco... ! ¡Pepe... ! ¡Enrique... ! —Llamadas lastimeras que flotan en la noche cálida. El letrero de Trak se agita como una bestia nocturna y estalla en una llamarada azul.

LA CARNE NEGRA

—Nosotros amigos, ¿sí?

El pequeño limpiabotas puso su sonrisa de ligar y miró al Marinero a los ojos; ojos muertos, fríos, submarinos, ojos sin huella alguna de calor de lascivia, de odio, de cualquier sentimiento que el chico hubiera experimentado alguna vez en sí mismo, o visto en otro, fríos e intensos a la vez, impersonales y rapaces.

El Marinero se inclinó hacia adelante y puso un dedo en el brazo del chico, en la parte interior del codo.

Habló en un susurro apagado, de yonqui:

—Con venas como ésa, chaval, ¡cómo me lo iba a pasar!

Se rió con una risa de insecto negro que parecía cumplir alguna oscura función de orientación, como el chillido del murciélago. El Marinero rió tres veces. Paró de reír y siguió allí inmóvil escuchándose por dentro. Había cogido la frecuencia silenciosa de la droga. La cara se le fue ablandando como si sus pómulos prominentes fueran de cera amarilla. Esperó medio cigarrillo. El Marinero sabía cómo esperar. Pero los ojos le ardían con un hambre espantosa, pura. Giró lentamente su cara de emergencia controlada hasta enfocar al hombre que acababa de entrar. El Gordo Terminal se había sentado y barría el café con ojos neutros, como un periscopio. Cuando sus ojos pasaron sobre el Marinero hizo una mínima señal con la cabeza. Sólo los nervios al aire de la necesidad de droga habrían registrado algún movimiento.

El Marinero alargó una moneda al chico. Se deslizó hasta la mesa del Gordo con sus andares flotantes y se sentó. Estuvieron un largo rato sentados en silencio. El café estaba construido en uno de los lados de una rampa de piedra al pie de un cañón de altas paredes blancas. Los rostros de la ciudad pasaban silenciosos como peces, manchados por adicciones envilecedoras y lujurias de insectos. El café iluminado era una campana neumática desprendida de su cable, hundiéndose en los más negros abismos.

El Marinero se pulía las uñas contra la solapa de su traje a cuadros. Silbaba una cancioncilla entre los dientes amarillos y brillantes.

Cuando se movía, su ropa emanaba un olor rancio a vestuarios abandonados. Estudió sus uñas con una intensidad fosforescente.

—Tengo cosa buena, Gordo. Puedo darte veinte. Necesito un adelanto, por supuesto.

—¿En especie?

—Bueno, no llevo los veinte encima. Pero te digo que es cosa fina. Coser y cantar. —El Marinero se miraba las uñas como si estudiase un plano—. Sabes que cumplo siempre.

—Que sean treinta. Y diez tubos de adelanto. Mañana a la misma hora.

—Necesito uno ahora, Gordo.

—Vete a dar una vuelta, encontrarás uno.

El Marinero se deslizó hacia la Plaza. Un golfillo le metió un periódico por la cara para tapar la mano con que le ponía una pluma en el bolsillo. El Marinero no se detuvo. Sacó la pluma y la partió como una nuez entre sus dedos gruesos, fibrosos, encarnados. Sacó un tubo de plomo. Cortó un extremo con una navajita curva. Del tubo brotó un vapor negro que quedó suspendido en el aire como un visón hervido. La cara del Marinero se disolvió, su boca onduló hacia adelante como una larga manguera y sorbió la pelusa negra vibrando con peristaltismos supersónicos, desapareció en una explosión muda, rosácea. La cara volvió a enfocarse con insoportable precisión y claridad, el hierro amarillo de la droga que marca a fuego las ancas grises de un millón de yonquis llorones.

—Esto durará un mes —decidió tras consultar un espejo invisible.

Todas las calles del centro descienden entre cañones más y más profundos hasta una amplia plaza en forma de riñón, llena de oscuridad. Las paredes de calles y plazas están perforadas de cafés y cubículos habitados, algunos de muy poca profundidad y otros que se alargan hasta más allá de la vista formando una red de pasillos y habitaciones.

A todos los niveles se entrecruzan puentes, pasarelas, tranvías de cremallera. Jóvenes catatónicos vestidos de mujer con trajes de arpillera y andrajos podridos, caras intensa y groseramente pintadas de colores chillones sobre estratos de cardenales, arabescos de cicatrices supuradas abiertas hasta el hueso nacarado se aprietan contra los transeúntes con silenciosa y tenaz insistencia.

Traficantes de la Carne Negra, carne del gigantesco ciempiés acuático negro —que llega a alcanzar dos metros de longitud— hallada en una ruta de rocas negras y lagunas pardas, iridiscentes, exhiben crustáceos paralizados en unos escondrijos de la plaza y solamente visibles para los Comedores de Carne.

Practicantes de oficios inconcebibles y ya olvidados, estraperlistas de la Tercera Guerra Mundial, excisores de sensitividad telepática, osteópatas del espíritu, investigadores de infracciones denunciadas por suaves ajedrecistas paranoicos, ejecutores de autos fragmentarios de procesamiento escritos en taquigrafía hebefrénica que acusan inimaginables mutilaciones del espíritu, agentes de estados policía sin constituir, destructores de sueños exquisitos y nostalgias puestos a prueba en las células hipersensibilizadas por la enfermedad de la droga y canjeados por materias primas de la voluntad, bebedores de Fluido Pesado sellados en el ámbar translúcido de los sueños.

El Café de Reunión ocupa un lado de la Plaza, un laberinto de cocinas, restaurantes, covachas para dormir, peligrosos balcones de hierro y sótanos que llevan a los baños subterráneos.

Unos Chaqueteros desnudos, sentados sobre taburetes de satén blanco, sorben jarabes de colores translúcidos con pajitas de alabastro. Los Chaqueteros no tienen hígado y se alimentan exclusivamente de cosas dulces. Sus labios delgados, de un azul amoratado, cubren un pico de hueso negro afilado como una navaja barbera y con el que frecuentemente se hacen pedazos cuando se disputan clientes. Estas criaturas segregan por sus penes erectos un fluido adictivo que prolonga la vida retardando el metabolismo. (De hecho, se ha demostrado que todos los agentes que prolongan la vida son adictivos en razón directa a su eficacia real.) Los adictos al fluido de Chaquetero reciben el nombre de Reptiles. Varios de ellos derraman sobre las sillas sus huesos flexibles y su carne rosinegra. Detrás de las orejas tienen unos abanicos de cartílago verde cubierto de pelos eréctiles huecos a través de los cuales absorben el fluido. Estos abanicos, que se mueven de vez en cuando impulsados por corrientes invisibles, cumplen también alguna función de comunicación sólo conocida por los propios Reptiles.

Durante los Pánicos bienales, cuando la brutalidad desnuda de la Policía de los Sueños asola la ciudad, los Chaqueteros se refugian en las hendiduras más profundas de las paredes sellando ellos mismos sus cubículos de arcilla y permaneciendo varias semanas en bioestasis. En esos días de terror gris, los Reptiles corren de un lado a otro más y más deprisa, se gritan al cruzarse a velocidad supersónica, sus cráneos flexibles baten en el viento negro de insectos que agonizan.

La Policía de los Sueños se desintegra en grumos de ectoplasma podrido barridos por un viejo yonqui que tose y escupe en la mañana enferma. El contacto llega con unos tarros de alabastro llenos de fluido de Chaquetero, y los Reptiles pueden descansar.

El aire vuelve a estar claro y tranquilo, como glicerina.

El Marinero localizó a su Reptil. Se deslizó hasta él y pidió un jarabe verde. El Reptil tenía una boca de cartílago marrón pequeña, redonda como un disco, ojos verdes sin expresión casi cubiertos por un párpado de fina membrana. El Marinero tuvo que esperar una hora para que la criatura se diera cuenta de su presencia.

—¿Tienes algo para el Gordo? —preguntó, y sus palabras se agitaron entre los pelos del abanico del Reptil.

El Reptil necesitó dos horas para alzar tres dedos transparentes color de rosa cubiertos de pelusa negra.

Unos cuantos Comedores de Carne yacen entre charcos de vómito, demasiado débiles para moverse. (La Carne Negra es como un queso putrefacto, irresistible, deliciosa y nauseabunda, de tal modo que los Comedores comen y vomitan y vuelven a comer hasta que caen exhaustos.)

Un joven pintarrajeado se escurrió adentro y empuñó una de las grandes garras negras, inundando el café de un olor dulce y enfermo.

HOSPITAL

Notas sobre desintoxicación. Paranoia de la carencia inicial... Todo parece azul... Carne muerta, pastosa, atonal.

Pesadillas de la carencia. Un café con espejos en las paredes. Vacío... Esperando algo... Un hombre aparece por la puerta lateral... Un árabe flaco, bajito, con una chilaba parda, barba gris y cara gris... Tengo en la mano una vasija de ácido hirviendo... Sobrecogido por las convulsiones de la necesidad inaplazable, se lo arrojo a la cara...

Todos parecen drogadictos...

Un paseíto por el patio del hospital... Alguien ha usado mis tijeras en mi ausencia, están manchadas de una sustancia pringosa de un castaño rojizo... Seguro que la zorra de la criada arreglándose los trapos...

Europeos horrendos alborotan por la escalera; interceptan a la enfermera cuando necesito mi medicina, me echan meadas en el lavabo cuando me lavo, ocupan el retrete horas y horas, probablemente tratando de pescar el dedil lleno de brillantes que se embutieron en el culo.

En realidad el clan de los europeos entero se ha instalado aquí al lado... La madre tiene que operarse, y la hija la acompaña para asegurarse de que la vieja zorra está bien servida. Visitas extrañas, presumiblemente parientes... Uno de ellos lleva unas gafas que parecen esos chismes que los joyeros se enroscan en los ojos para examinar las piedras... Seguramente un tallador de diamantes acabado... El hombre que desgració el diamante Throckmorton, y fue expulsado de la industria... Todos aquellos joyeros vestidos de etiqueta, alrededor del Diamante, esperando a su Hombre. Un error de una milésima de centímetro arruinaría totalmente la piedra, y han traído expresamente de Amsterdam a aquel tipo para hacer el trabajo... Y se presenta borracho a morir con un enorme martillo pilón y deja el diamante hecho polvo.

No localizo a estos ciudadanos... ¿Vendedores de drogas de Aleppo...? ¿Traficantes de abortones de Buenos Aires? ¿Compradores de diamantes ilegales de Johannesburgo...? ¿Mercaderes de esclavos de Somalia? Colaboradores, como mínimo...

Sueños continuos de droga: estoy buscando un campo de amapolas.... Contrabandistas con sombrero vaquero negro me indican el camino de un café del Oriente Medio... Hay un camarero que vende opio yugoslavo.

Compro una pápela de heroína a una lesbiana malaya que lleva trinchera blanca con cinturón... Recojo el sobre en la sala tibetana de un museo. La tía trata de robármelo varias veces... Busco un sitio para picarme...

El punto crítico de la carencia no es la fase inicial de malestar agudo, sino el paso

final para quedar fuera del medio de la droga... Hay un intervalo terrorífico de pánico celular, la vida suspendida entre dos maneras de ser... En ese punto, el anhelo de droga se concentra en un último, absoluto deseo, y parece cobrar un poder nunca soñado: las circunstancias ponen la droga en tu camino... Te encuentras un pincheta de aquellos tiempos, un enfermero del rollo, un matasanos de receta fácil...

Un guarda con uniforme de piel humana, chaqueta negra de piel con botones amarillos de dientes cariados, una camisa elástica de cobre indio bruñido, pantalones de adolescente nórdico tostado por el sol, sandalias de suela de pie calloso de campesino malayo joven, un pañuelo pardo-ceniza anudado a la camisa. (El pardo-ceniza es un color como un gris *bajo* piel morena. Se encuentra algunas veces en mestizos de negro y blanco, en los que la mezcla no liga y los colores están separados como agua y aceite...)

El Guarda va de figurín, como no tiene nada que hacer se gasta toda su paga en comprarse ropa cara y se cambia tres veces al día delante de un enorme espejo de aumento. Tiene una cara suave de guapo latino, con bigotito fino, ojos negros, pequeños, inexpresivos y lascivos, ojos de insecto que no sueñan.

Cuando llego a la frontera el Guarda se precipita fuera de su caseta, lleva un espejo con marco de madera colgado del cuello... Es la primera vez que le sucede que alguien llegue hasta la frontera. El Guarda se ha herido la laringe al desprenderse el marco del espejo... Ha perdido la voz. Abre la boca y se ve la lengua dando saltos en el interior. La cara suave, joven e inexpresiva y la boca abierta con la lengua que se mueve dentro son algo increíblemente repugnante. El Guarda levanta una mano. Todo su cuerpo se sacude con una negación convulsiva.

Sigo adelante y suelto la cadena que cierra la carretera. Cae sobre el pavimento con sonido metálico. Atravieso. El Guarda queda allí, de pie entre la bruma, mirándome pasar. Luego engancha de nuevo la cadena, vuelve a la caseta y comienza a arrancarse pelos del bigote.

Acaban de traer lo que llaman almuerzo... Un huevo duro ya pelado que parece un objeto raro, nunca visto... Un huevo muy pequeño de un color pardo-amarillento... Quizá sea de ornitorrinco. La naranja tiene un gusano enorme y poca cosa más... el que llega primero tiene ración doble... En Egipto hay un gusano que se mete en los riñones y crece desmesuradamente. Al final, el riñón no es más que una fina corteza en torno al gusano. Los *gourmets* intrépidos estiman la carne del Gusano más que cualquier otra vianda. Se dice que es increíblemente sabrosa... Un forense de Interzonas al que llaman Ahmed Autopsias hizo una verdadera fortuna con el tráfico de este Gusano.

Justo enfrente de mi ventana está la escuela francesa y disfruto mirando a los chicos con mis prismáticos de ocho aumentos... Tan cerca que podría alargar la mano y tocarlos... Llevan pantalón corto... Puedo ver la carne de gallina de sus piernas en la

fría mañana de primavera... Me proyecto a través de los prismáticos, a través de la calle, un fantasma bajo el sol de la mañana, atormentado por una lujuria descarnada.

¿He contado lo de cuando Marv y yo pagamos 60 centavos a dos niños árabes para que follasen delante de nosotros? Entonces le pregunto a Marv:

—¿Crees que lo harán?

Y él dice:

—Creo que sí. Tienen hambre.

Y yo digo:

—Pues entonces me gusta más todavía.

Me hace sentirme como un viejo verde, pero son cosas de *la vida*, como dijo Soberba de la Flor cuando la pasma le soltó un sermón por liquidarse a una ja y llevarse a la muerta a un motel y echarle un polvo...

—Se las quería dar de estrecha —dice—. No tengo por qué aguantar ese disco. (Soberba de la Flor era un criminal mexicano condenado por varios asesinatos más bien gratuitos.)

El retrete lleva cerrado por lo menos tres horas. Creo que lo están usando de quirófano...

ENFERMERA. —No le encuentro el pulso, doctor.

DR. BENWAY. —A lo mejor se lo metió en un dedil por el jebe.

ENFERMERA. —¿Adrenalina, doctor?

DR. BENWAY. —El sereno se la chutó toda para divertirse. —Mira a su alrededor y coge uno de esos desatascadores de goma con un mango que se usan para retretes atascados... Avanza sobre la paciente—. Haga una incisión, doctor Limpf —dice a su aterrado ayudante—. Voy a darle masaje cardíaco.

Limpf se encoge de hombros e inicia la incisión. El doctor Benway lava el desatascador agitándolo en la taza del water...

ENFERMERA. —¿No deberíamos esterilizarlo, doctor?

DR. BENWAY. —Probablemente, pero no hay tiempo. —Se sienta en el desatascador como si fuera un bastón-asiento, y contempla cómo el ayudante hace la incisión—. Vosotros los jóvenes sois unos inútiles que no podéis sajar un grano sin bisturí eléctrico con drenaje automático y sutura más automática todavía... Dentro de poco estaremos operando por control remoto a unos pacientes que nunca habremos visto... No serviremos más que para apretar botones. La cirugía ya no necesitará habilidad... Ni conocimientos ni técnica... ¿Les he contado que una vez realicé una apendicectomía con una lata de sardinas oxidada? Y otra vez me encontré sin instrumental alguno y quité un tumor uterino con los dientes. Eso fue en el Alto Effendi, y además...

DR. LIMPF. —La incisión está lista, doctor.

El doctor Benway hace entrar la ventosa del desatascador por la incisión y

bombea arriba y abajo. La sangre salta sobre los médicos, la enfermera y las paredes... La ventosa produce un chapoteo espantoso.

ENFERMERA. —Creo que está muerta, doctor.

DR. BENWAY. —Bueno, son gajes del oficio. —Cruza la habitación hacia el botiquín... — ¡Algún jodido drogadicto me ha cortado la cocaína con detergente! ¡Enfermera! ¡Mande al chico a buscarme esa receta a paso ligero!

El doctor Benway opera en un auditorio lleno de estudiantes:

—Bien, jóvenes, no verán ustedes realizar esta operación con mucha frecuencia y hay una buena razón para ello... No tiene el más mínimo valor médico. Nadie sabe cuál era su finalidad, ni si tenía alguna finalidad. Personalmente creo que se trató de una creación puramente artística desde el principio. Al igual que el torero logra eludir con su habilidad y sabiduría el peligro que él mismo ha provocado, el cirujano hace peligrar deliberadamente al paciente de esta operación, para luego, con increíble rapidez y celeridad, rescatarle de la muerte en la última fracción de segundo disponible... ¿Alguno de ustedes ha visto actuar al doctor Tetrazzini? Digo actuar a sabiendas, porque sus operaciones eran auténticas. Comenzaba lanzando un bisturí sobre el paciente desde la puerta y luego hacía su entrada de bailarín de ballet. Su velocidad era increíble: «Así no les dejo tiempo para morirse», decía. Los tumores le provocaban un frenesí de rabia. «Jodidas células sin disciplina!», refunfuñaba avanzando sobre el tumor como un navajero.

Un joven se lanza al teatro de operaciones y avanza hacia el paciente empuñando un bisturí.

DR. BENWAY. —¡Un espontáneo! ¡Deténganlo antes de que me destripe al paciente!

Los subalternos forcejean con el espontáneo al que finalmente expulsan de la sala. El anestesista se aprovecha de la confusión para arrancar un grueso empaste de oro al paciente...

Paso ante la habitación 10 de la que me echaron ayer... Un parto, según creo... Cubetas llenas de sangre y compresas y sustancias femeninas sin nombre, suficientes para polucionar un continente... Si alguien va a visitarme a mi antigua habitación se creerá que he dado a luz un monstruo y el Departamento de Estado está intentando echar tierra al asunto.

Música de Soy un *americano...* Un viejo vestido de diplomático, con chaqueta negra y pantalón a rayas está sobre un estrado envuelto en una bandera norteamericana. Un tenor acabado, con corsé —en un traje de Daniel Boone a punto de estallar— canta *Barras y estrellas* acompañado por una orquesta completa. Canta con un ligero ceceo...

DIPLOMÁTICO (leyendo un gran rollo de cinta de telégrafo que no deja de crecer y enrollársele en los pies). —Y negamos categóricamente que un solo

ciudadano varón de Estados Unidos de América...

TENOR. —Deciz, no veiz... —Se le quiebra la voz, que salta a un falsete agudo.

En la sala de control, el Técnico se prepara un bicarbonato y eructa en la mano: «¡Ese puto tenor no es más que un artista del culo!», murmura agriamente. «¡Mike! Grompf» El grito se termina en un eructo. «Córtale el micro a ese marica pedorro y que se pire. Se le acabó el cuento desde ya... Mete a la marimacho aquella que se cambió de sexo... Por lo menos es un tenor con toda la barba.... *¡Traje!* ¡Y yo qué cojones sé de eso! No soy un figurinista marica de esos de guardarropía, ¿que? ¿Qué la guardarropía está cerrada por medidas de seguridad? ¿Y yo qué soy, un pulpo? Vamos a ver..., ¿qué tal un número indio? ¿Pocahontas o Hiawatha... ? No, eso no vale. Algún ciudadano soltará la gracia de que hay que devolvérselo a los indios... ¿Un uniforme de la Guerra Civil con guerrera del Norte y pantalones del Sur por lo que se han vuelto a juntar? Puede salir de Buffalo Bill o de Paul Revere, o el ciudadano ese seguirá de coña, bueno pues de soldado de infantería o de artillero o de soldado desconocido... Eso es lo mejor... Taparla con un monumento y así nadie tiene que verla... »

La Lesbiana, oculta en un Arco de Triunfo de *papier maché*, hincha sus grandes pulmones y suelta un monstruoso berrido.

—Decid, ondea aún la bandera de barras y estrellas...

Un gran desgarrón rasga de arriba abajo el Arco de Triunfo. El Diplomático se lleva una mano a la frente...

DIPLOMÁTICO. —Que un solo ciudadano de Estados Unidos haya dado a luz, ni en Interzona ni en ningún otro lugar...

—Sobre la tierra de los hombres LIBREEEEES...

La boca del Diplomático sigue moviéndose pero nadie logra oírle. El Técnico se aprieta los oídos con las manos: «¡Madre de Dios!», grita. Empieza a vibrarle el paladar como un arpa de dientes y de repente se le escapa de la boca... Le tira un mordisco, cabreado, falla y se tapa la boca con la mano.

El Arco de Triunfo se derrumba con estrépito dejando ver a la Lesbiana de pie sobre un pedestal sólo con un taparrabos de piel de leopardo y una gigantesca delantera postiza... Está allí de pie con una sonrisa estúpida flexionando sus músculos enormes... El Técnico se arrastra por el suelo de la sala de control buscando su paladar y bramando órdenes ininteligibles: «¡E tupetoni o! ¡Cota ete e ahí!»

DIPLOMÁTICO (secándose el sudor del entrecejo). —A criatura alguna de cualquier género o tipo...

—Y el solar de los bravos.

Al Diplomático se le ha puesto la cara gris. Se tambalea, se enreda en la cinta, se desploma sobre la barandilla, le brota sangre de ojos, nariz y boca, se muere de una hemorragia cerebral.

DIPLOMÁTICO (con voz apenas audible). —El Departamento niega... antinorteamericano... Destruido... perdón que nunca fue... Categor... (Muere.)

En la Sala de Control los paneles de instrumentos explotan... Fuertes descargas eléctricas restallan por la habitación... El Técnico, con el cuerpo desnudo, quemado, negro, se tambalea como un figurante del Gotterdämmerung, gritando: «¡Tupe toni o! ¡Ete ahí!»

El estallido final deja al Técnico reducido a cenizas.

Probar toda la noche
que allí permanecía nuestra bandera...

Nota sobre el hábito. Me pincho Eucodal cada dos horas. Tengo un sitio en el que puedo meter la aguja directamente en una vena, se queda abierta como una boca roja, llagada, hinchada y obscena, suelta una lenta gota de sangre y pus después del pinchazo...

El Eucodal es una variante química de la codeína, dihidroxicodeína.

Tiene un coloque más parecido a la C que a la M... Si te metes perico por la cañería te sube una oleada de placer puro a la cabeza... A los diez minutos quieres otro pinchazo... El placer de la morfina es en las vísceras... Después de un pinchazo se escucha el propio cuerpo... En cambio la C intravenosa es electricidad en el cerebro que activa las conexiones del placer de la coca. Con la C no hay síndrome de carencia. Es una necesidad puramente cerebral, una necesidad sin cuerpo ni sensaciones. La necesidad de un fantasma terrenal. El ansia de C dura sólo unas horas, mientras permanecen estimulados los conductos de la coca. Luego, se olvida. El Eucodal es como una combinación de opiáceos y coca. Nadie como los alemanes para confeccionar una mierda verdaderamente maligna. El Eucodal, como la morfina, es seis veces más fuerte que la codeína. La heroína seis veces más fuerte que la morfina. La dihidroxiheroína debería ser seis veces más fuerte que la heroína. Es perfectamente posible sintetizar una droga tan adicta que un pinchazo produzca una adicción para toda la vida.

Nota sobre e] *hábito, continuación*: Al coger la aguja la mano izquierda busca automáticamente el cordón para hacer el lazo. Lo tomo como una señal de que puedo pinchar la única vena utilizable en el brazo izquierdo. (Los movimientos de atar son tales que normalmente te atas el brazo con el que alcanzas el cordón.) La aguja penetra fácilmente al borde de una callosidad. Palpo alrededor. De pronto, un delgado chorro de sangre entra en la jeringa, firme y preciso como un cordón rojo durante unos segundos.

El cuerpo sabe en qué venas te puedes pinchar y transmite su sabiduría con los movimientos espontáneos que hace al prepararse para recibir el pinchazo... Hay veces

que la aguja señala como una varita de zahorí. Otras veces hay que esperar el mensaje. Pero cuando llega, siempre pincho en sangre.

Una orquídea roja floreció en la base del cuentagotas. Dudó un segundo cumplido, luego apretó la goma y observó el líquido que se precipitaba hacia la vena como aspirado por la silenciosa sangre sedienta. En el cuentagotas quedó una fina capa de sangre iridiscente, y el collar de papel blanco empapado en sangre, como un vendaje. Llenó el cuentagotas de agua. Al vaciarlo otra vez, el chute le pegó en el estómago, un golpe blando, dulce.

Me miro los pantalones, asquerosos, no me los he cambiado desde hace meses... Los días se deslizaban, amarrados a una jeringuilla con un largo hilo de sangre... Estoy olvidando el sexo y todos los placeres corporales precisos, soy un fantasma drogado, gris. Los chicos hispanos me llaman *El Hombre Invisible*... el hombre invisible.

Veinte planchas todas las mañanas. La droga elimina la grasa, deja los músculos prácticamente intactos. El adicto parece necesitar menos tejido... ¿Sería posible aislar las moléculas de droga que eliminan la grasa?

Más y más interferencias en la botica, murmullos de control como un teléfono descolgado... Me paso todo el día, hasta las ocho de la tarde, para conseguir dos cajas de Eucodal...

Me estoy quedando sin venas y sin dinero.

Sigo muy pesado. Anoche me desperté porque alguien me apretaba la mano. Era mi otra mano... Me duermo leyendo y las palabras adquieren un significado cifrado... Obsesionado por las claves... El hombre contrae una serie de enfermedades que descifran un mensaje en clave...

Me pego un pinchazo delante de D. L. Me busco una vena en el pie desnudo y sucio... Los yonquis carecen de vergüenza... Son impermeables a la repugnancia ajena. Es poco probable que la vergüenza pueda darse en ausencia de libido sexual... La vergüenza del yonqui desaparece con su sociabilidad asexual, también dependiente de la libido... El adicto considera su cuerpo impersonalmente, como un instrumento para absorber el medio en el que vive, valora su tejido con las manos frías de un tratante de caballos: «Es inútil tratar de pinchar aquí. » Ojos de pez muerto que revolotean sobre una vena destrozada.

Estoy tomando unas nuevas pastillas para dormir que se llaman Soneryl... No te sientes amodorrado... Pasas a dormir sin transición, caes bruscamente en medio de un sueño... He pasado años en un campo de concentración, padeciendo desnutrición...

El Presidente es un yonqui, pero no puede picarse directamente por estar donde está, así que se pone bien por mediación mía... De vez en cuando establecemos contacto, y lo recargo. Para un observador casual, estos contactos parecen prácticas homosexuales, pero la excitación que generan no es realmente sexual, y su clímax

está en la separación, al completarse la recarga. Los penes erectos se ponen en contacto (por lo menos al principio usábamos ese método, pero los puntos de contacto se desgastan igual que las venas). Ahora hay veces que tengo que meterle el pene debajo del párpado izquierdo. Claro que siempre puedo fijarle con una Recarga Osmótica, que corresponda a una subcutánea, pero eso es admitir la derrota. Una R. O. dejaría al Presidente de mal humor varias semanas, y podría muy bien precipitar una carnicería atómica: El Presidente paga un alto precio por su Cuelgue Oblicuo. Ha sacrificado todo el control, y depende tanto del otro como un niño antes de nacer. El Adicto Oblicuo sufre el espectro completo del horror subjetivo, el silencioso frenesí protoplasmático, la espantosa agonía de los huesos. Crecen tensiones, una energía pura sin contenido emocional acaba por abrirse paso por el cuerpo, haciéndolo retorcerse como un hombre en contacto con un cable de alta tensión. Si se le corta en seco la conexión de carga, el Adicto Oblicuo sufre unas convulsiones eléctricas tan violentas que los huesos se le descoyuntan y se muere con el esqueleto luchando por escapar de aquella carne insoportable y salir corriendo hacia el cementerio más cercano.

La relación entre un A. O. (Adicto Oblicuo) y su C. R. (Contacto de Recarga) es tan intensa que sólo pueden soportar la compañía del otro durante intervalos breves y poco frecuentes (por supuesto dejando aparte las sesiones de recarga, en las que cualquier contacto personal queda eclipsado por el proceso de recarga).

Leo el periódico... Algo sobre un triple asesinato en la rue de la Merde, en París: «Un ajuste de cuentas... » Sigo ojeando... «La policía ha identificado al autor... Pepe *el Culito*... el Culito, un diminutivo cariñoso.» ¿Dice realmente eso... ? Intento enfocar las palabras... Se separan en un mosaico sin sentido...

LÁZARO VUELVE

A través de imágenes difusas, tanteando la frontera, un territorio gris y lánguido, un hiato de miasmas de bostezos y pozos de sueño intermitente, Lee se enteró de que aquel joven yonqui que estaba allí, en su habitación, a las diez de la mañana, volvía de pasar dos meses en Córcega haciendo pesca submarina y descolgándose de la droga...

«Ha *venido a exhibir su cuerpo nuevecito*», decidió Lee con el escalofrío del despertar sin droga. Sabía que estaba viendo —ah, sí, *Miguel*, gracias— los últimos tres meses sentado en el Metropol completamente pasado ante un relámpago rancio, amarillo ya, que envenenaría a un gato dos horas después, y decidió que el esfuerzo necesario para ver a Miguel a las diez de la mañana era más que suficiente sin necesidad de añadir la tarea intolerable de corregir un error («¿Qué es esto, una puta granja?»), lo que fijaría la imagen presente de Miguel en territorios mucho más frecuentados, como un objeto demasiado grande, incómodo, que no cabe en la maleta.

—Estás estupendamente —dijo Lee, borrando con una servilleta sobada e indiferente los signos más evidentes de disgusto, mientras descubre en la cara de Miguel el rezumo gris de la droga, los surcos de la miseria, como si hombre y vestido hubieran deambulado años y años por los callejones del tiempo sin una sola estación espacial en la que reposar...

«Además, cuando pudiera corregir el error... Lázaro vuelve a casa... Paga a tu Hombre y vuélvete... ¿Para qué voy a querer ver tu vieja carne hipotecada?»

—Bueno, es estupendo que te hayas descolgado... Me alegro mucho por ti —Miguel nadaba por la habitación arponeando peces con la mano...

—Cuando estás allí abajo no piensas nunca en el caballo.

—Estás mucho mejor así —dijo Lee, acariciando distraídamente una cicatriz de aguja en el dorso de la mano de Miguel, siguiendo las arrugas y dibujos de la carne blanda, púrpura, con un lento movimiento sinuoso.

Miguel se rascó el dorso de la mano... Miró por la ventana... Su cuerpo se estremecía con pequeños movimientos, galvanizados a medida que se van encendiendo los conductos de la droga... Lee seguía sentado, esperando.

—Nadie se vuelve a enganchar por una esnifada, chico.

—Sé lo que hago.

—Eso dicen todos.

Miguel cogió la lima de las uñas. Lee cerró los ojos.

—Es demasiado aburrido.

—Hum, gracias, fue fabuloso —los pantalones de Miguel cayeron hasta los tobillos. Quedó allí de pie bajo su cobertura de carne informe que pasaba del marrón

al verde, se hacía incolora, a la luz de la mañana, se desprendía a goterones sobre el suelo.

Los ojos de Lee se movieron en la materia de su cara... Un leve destello frío, gris...

—Limpia eso —dijo—. Ya hay bastante porquería sin ello.

Lee quitó de en medio el paquete de heroína.

Lee vivía permanentemente en estado de tercer día de carencia con, naturalmente, ciertos intervalos para alimentar los fuegos que ardían en su materia gelatinosa amarillo-rosa-castaño y mantenían a distancia la carne que acecha. Al principio su carne era simplemente blanda, pero tan blanda que las partículas de polvo, las corrientes de aire o el roce de un abrigo la rajaban hasta el hueso, si bien el contacto directo con puertas o sillas no parecía causarle molestia alguna. Una carne blanda, titubeante, en la que las heridas no cicatrizaban... Largos tentáculos, blandos, fungosos, se enroscaban en torno a los huesos desnudos. Un olor mohoso a testículos atrofiados envolvía su cuerpo en un velo de pelusa gris...

La primera vez que tuvo una infección grave, el termómetro se puso a hervir y disparó una bala de mercurio que se alojó en el cerebro de la enfermera, que cayó muerta con un grito desgarrador. El médico echó una ojeada y cerró de un portazo las puertas de acero de la esperanza. Luego ordenó que el lecho ardiente y su ocupante fueran expulsados inmediatamente del recinto del hospital.

—¡Seguro que puede hacerse su propia penicilina! —rugió.

Pero la infección quemó el moho... Lee vivía ahora en grados de transparencia variables... No era exactamente invisible, sino más bien, difícil de ver. Su presencia apenas atraía la atención... La gente lo ocultaba con un proyecto o lo desechaba como un reflejo, una sombra: «Algún juego de luces o un anuncio de neón.»

Lee sintió los primeros temblores sísmicos de una vieja amiga, la Quemadura Fría. Empujó al Espíritu de Miguel hacia la puerta con un tentáculo amable pero firme.

—¡Dios mío! —dijo Miguel—, ¡tengo que irme! —Y salió corriendo.

Del resplandeciente núcleo de Lee brotaron llamaradas de histamina rosa que cubrieron su periferia descarnada. (Era una habitación a prueba de incendios, con las paredes de hierro salpicadas de ampollas y cráteres lunares.) Se saltó el régimen y se metió un fije doble.

Decidió ir a visitar a un colega, Joe el Inútil, que se había quedado enganchado a raíz de un ataque de bang-utot en Honolulú.

(Nota: *Bang-utot*, literalmente «gemir e intentar levantarse... ». La muerte se produce en el transcurso de una pesadilla... La enfermedad se registra entre varones originarios del sudeste de Asia... En Manila se cuentan unos doce casos mortales de bang-utot al año.

Un individuo que sobrevivió declaró que «un hombrecito» sentado sobre su pecho le asfixiaba.

Las víctimas saben casi siempre que van a morir, manifiestan el temor de que sus penes les penetren en el cuerpo y les maten. En algunos casos se aferran al pene en un estado de histeria aguda y chillan pidiendo ayuda por si el pene se escapa y les atraviesa el cuerpo. Las erecciones involuntarias, como las que se producen durante el sueño con toda normalidad, son consideradas especialmente peligrosas y susceptibles de originar un ataque fatal... Un hombre se montó un invento del tebeo para evitar las erecciones durante el sueño. Y se murió de bang-utot.

Una detenida autopsia de las víctimas del bang-utot no ha revelado ninguna razón orgánica para sus muertes. Son frecuentes las señales de estrangulación [¿qué las provoca?]; a veces ligeras hemorragias en páncreas y pulmones, insuficientes para provocar la muerte y también de origen desconocido. El autor considera que la causa de la muerte puede estar en un desplazamiento de la energía sexual que determinaría la erección de los pulmones y la consiguiente estrangulación... [Véase el artículo del doctor Nils Larsen, Los *hombres del sueño mortal*, en el *Saturday Evening Post*, del 3 de diciembre de 1955. También un texto de Erle Stanley Gardner en la revista *True*.])

El Inútil vivía bajo un terror permanente a las erecciones, con lo cual su cuelgue crecía y crecía. (Nota: es un hecho bien conocido y sabido, es un hecho notorio, manido y repetido hasta el aburrimiento, que todos los que se enganchan a causa de una enfermedad cualquiera, se verán obsequiados, durante los períodos de escasez o privación [esa cosa tan divertida, ya sabes], con una cuenta que crece en progresión geométrica, escandalosamente hinchada.)

El electrodo conectado a uno de sus testículos dio un leve chispazo y el Inútil se despertó al olor de carne quemada y alargó el brazo hacia una jeringa cargada. Adoptó una postura fetal y se introdujo la aguja en la columna vertebral. La sacó con una cuenta que crece en progresión geométrica, escandalosamente hinchada.

Estoy delante de una farmacia esperando las nueve, hora de abrir. Dos chicos árabes arrastran unos cubos de basura hasta la puerta de madera alta y robusta, en una pared encalada. Polvo salpicado de orina ante la puerta. Uno de los chicos se inclina para empujar los pesados cubos, los pantalones marcan un culo joven, esbelto. Me mira con la mirada neutra y apacible de un animal. Me despierto sobresaltado, como si el muchacho fuera real y me hubiera perdido la cita que tenía con él esta tarde.

—Esperamos compensaciones adicionales —dice el Inspector en una entrevista con este Reportero—. De lo contrario —el Inspector eleva una pierna con un típico gesto nórdico—, el descompresor, ¿verdad? Aunque quizá podamos suministrar la cámara de descompresión adecuada.

El Inspector se desabrocha la bragueta y empieza a buscarse ladillas, y se pone un ungüento que lleva en un tarrito de cerámica. Está claro que la entrevista ha

terminado.

—¿No se irá usted, verdad? —exclama—. Bien, como dijo un juez a otro juez: «Sé justo, y si no puedes ser justo, sé arbitrario.»

»Lamento no poder observar las obscenidades acostumbradas. —Levanta la mano derecha, cubierta de un apestoso ungüento amarillo.

Nuestro Reportero se abalanza para estrechar la mano pringosa entre las suyas.

—Ha sido un placer, Inspector, un placer inimaginable —dice quitándose los guantes y haciéndolos una pelota que arroja a la papelera—. A cuenta de la empresa —sonríe.

LA SALA DE JUEGOS DE HASSAN

Dorados, moqueta roja, Barra rococó, fondo de nácar rosa. Un perfume maligno empalagoso, como miel rancia, en el aire. Hombres y mujeres vestidos de noche beben digestivos en tubos de alabastro. Un Chaquetero del Oriente Medio está desnudo, sentado en un taburete tapizado de seda rosa. Con lengua negra y larga lame miel tibia en una copa de cristal. Tiene genitales perfectamente formados —pija circuncisa, pelo púbico negro brillante—. Los labios son finos y de un azul morado como los labios de un pene, los ojos inexpresivos con calma de insecto. Los Chaqueteros no tienen hígado, y se mantienen exclusivamente de dulces. El Chaquetero empuja a un esbelto joven rubio hasta un sofá y lo desnuda con mano experta.

—Ponte de pie y date la vuelta —ordena con pictogramas telepáticos. Le ata las manos a la espalda con un cordón rojo de seda—. Esta noche llegaremos hasta el final.

—¡No, no! —aúlla el muchacho.

—Sí, sí.

Pijas eyaculan silenciosos «síes». El Chaquetero abre unas cortinas de seda dejando ver una horca de madera de teca ante una pantalla luminosa de cuarzo rojo. La horca está sobre un estrado de mosaicos aztecas.

El chico cae de rodillas con un largo «OOOOOOOH», cagándose y meándose de terror. Siente la mierda tibia entre los muslos. Una potente oleada de sangre caliente le hincha labios y garganta. Su cuerpo se contrae en postura fetal y el esperma caliente le salta a la cara. El Chaquetero saca agua caliente perfumada de un recipiente de alabastro, lava pensativo culo y pija del chico, secándole con una suave toalla azul. Un aire cálido juega sobre el cuerpo del chico y los pelos flotan libres. El Chaquetero le pone una mano bajo el pecho y le hace levantarse. Sujetándole los codos le hace subir los escalones hasta quedar debajo del dogal. Queda de pie ante el chico, sujetando el dogal con ambas manos.

El chico mira a los ojos del Chaquetero, inexpresivos como espejos de obsidiana, estanques de sangre negra, mirillas de retrete que se cierran sobre la Ultima Erección.

Un viejo trapero de rostro fino y amarillo como el marfil chino, toca el Toque en su mellada corneta de latón, y el chulo hispano se despierta con un buen empalme. Puta que se tambalea entre polvo y mierda y cagadas de gatitos muertos, levando fardos de fetos abortados, condones rotos, paños higiénicos ensangrentados, mierda envuelta en tebeos de vivos colores.

Un amplio puerto tranquilo de agua iridescente. Llamaradas de pozo de gas abandonado arden en el horizonte humeante. Hedor a petróleo y cloacas. Tiburones enfermos nadan en las aguas negras, eructan azufre de sus hígados podridos, ignoran

un Ícaro roto, ensangrentado. Míster América, desnudo, ardiendo en frenético amor a sí mismo, grita:

—¡Mi culo vale más que el Louvre! ¡Mis pedos son de ambrosía y cago chorizos de oro puro! ¡Mi picha arroja diamantes blandos al sol de la mañana!

Se lanza desde el faro apagado, tirando besos y meneándosela ante el espejo negro, y se desliza oblicuamente entre condones crípticos y un mosaico de miles de periódicos a través de una ciudad sumergida de ladrillo rojo hasta asentarse en el barro negro, entre latas vacías y botellas de cerveza, gángsters en hormigón, pistolas aplastadas e irreconocibles para evitar la revista de inspección de los quisquillosos expertos en balística. Espera el lento *strip-tease* de la erosión en sus carnes fósiles.

El Chaquetero pasa el dogal por la cabeza del chico y aprieta el nudo suavemente detrás de la oreja izquierda. El pene del muchacho está retraído, los huevos tensos. Mira fijamente hacia delante respirando con fuerza. El Chaquetero da vueltas alrededor del chico incitándolo y acariciándole los genitales con jeroglíficos de burla. Se coloca detrás del chico con una serie de saltos y le embute la pija en el culo. Y allí se queda, moviéndose en giros circulares.

Los invitados cuchichean entre ellos, se dan codazos, hay risitas ahogadas.

De pronto, el Chaquetero empuja al chico hacia delante, al vacío, libre de su pija. Lo detiene poniéndole las manos en las caderas, alarga las manos en un estilizado jeroglífico y lanza un golpe seco al cuello del chico. Un estremecimiento recorre el cuerpo del muchacho, el pene se le endereza en tres grandes sacudidas que levantan la pelvis hacia arriba. Eyacula inmediatamente.

Chispas verdes explotan detrás de sus ojos. Un dulce dolor de muelas se dispara en el cuello, recorre la columna vertebral, llega hasta la ingle. Su cuerpo entero se escurre a través de la pija. Un espasmo final lanza un gran chorro de esperma como una estrella fugaz a través de la pantalla roja.

Con blanda succión intestinal, el chico cae entre un laberinto de máquinas tragaperras y fotos porno.

Un chorizo apretado sale inmediatamente de su culo. Pedos sacuden su esbelto cuerpo. Cohetes estallan en racimos verdes al otro lado de un ancho río. Oye el débil petardeo de una motora en el crepúsculo de la selva... Bajo alas silenciosas del mosquito anofeles.

El Chaquetero vuelve a metérsela en el culo. El chico se retuerce, empalado como un pez en el arpón. El Chaquetero se balancea sobre la espalda del chico contrayendo el cuerpo en un movimiento ondulante. Por la barbilla del muchacho corre sangre que fluye de su boca entreabierta, dulce y sombría en la muerte. El Chaquetero se deja caer con un ruido fluido, saciado.

Cubículo de paredes azules sin ventana. Sucia cortina color rosa cubre la puerta. Racimos de chinches rojas en los rincones trepando por la pared. Chico desnudo en

mitad del cuarto tañe un *uad* de dos cuerdas, dibuja un arabesco en el suelo. Otro chico tumbado en la cama fumando kif y echándose el humo sobre su pija en erección. Juegan con cartas de tarot sobre la cama a ver quién se folla a quién. Trampa. Pelea. Ruedan por el suelo gruñendo y escupiendo como cachorros. El perdedor sentado en el suelo, mentón entre las rodillas, se pasa la lengua por un diente roto. El ganador se arrebuja en la cama haciendo como que duerme. En cuanto el otro chico se le acerca le tira una patada. Alí lo aferra de un tobillo, se lo mete por el sobaco, cierra el brazo sobre la pantorrilla. El chico tira golpes desesperados a la cara de Alí. El segundo tobillo aprisionado. Alí da vuelta al chico sobre los hombros. La pija del chico se alarga sobre el estómago, flota libre latiendo. Alí se pone las manos sobre la cabeza. Se escupe en la pija. El otro suspira profundamente cuando Alí le mete la pija. Las bocas se frotan juntas untándose de sangre. Agudo dolor a moho del recto penetrado. Nimun entra como una cuña, hace que la otra pija lance su leche en largos chorros calientes. (El autor ha observado que las pijas árabes tienden a ser anchas y en forma de cuña.)

Un sátiro y un muchacho griego desnudo, con escafandras, esbozan un ballet de persecución en jarrón gigante de alabastro transparente. El sátiro atrapa al chico por delante y le da la vuelta. Se mueven con ondulaciones de pez. El chico deja escapar de su boca un torrente de burbujas de plata. Semen blanco irrumpe en el agua verde y flota perezosamente entre los cuerpos retorcidos.

Un negro coloca amablemente a un exquisito joven chino en una hamaca. Levanta las piernas del muchacho sobre su cabeza y se pone a horcajadas sobre la hamaca. Desliza su pija dentro del esbelto culo apretado del chico. Mece suavemente la hamaca adelante y atrás. El chico grita, un extraño lamento agudo de intolerable placer.

Un bailarín javanés en una silla giratoria de teca labrada, colocada sobre un alvéolo de nalgas de caliza, acerca a su pija a un chico americano —pelo rojo, brillantes ojos verdes— y lo empala con movimientos rituales. El chico queda sentado de cara al bailarín que comienza a girar en redondo, traspasando sustancia fluida al sillón.

—¡Uyyyyyyy! —chilla el chico cuando lanza un chorro de semen contra el torso moreno y delgado del bailarín. Un goterón se estrella contra sus labios y el chico se lo mete en la boca con el dedo y se echa a reír—: ¡Macho, eso sí que es succión!

Dos mujeres árabes con cara de bestias le han bajado los pantalones a un francesito rubio. Se lo están follando con pijas de goma roja. El chico gruñe, muerde, golpea, rompe a llorar cuando su pija se levanta y eyacula.

La cara de Hassan se inflama, congestionada de sangre. Sus labios se ponen amoratados. Se quita el traje de billetes de banco y lo tira a una cámara acorazada que se cierra sin ruido.

—¡Este es el Palacio de la Libertad, amigos! —grita con falso acento de Texas. Todavía con el sombrero tejano y las botas de vaquero puestas, baila la jiga del licuefaccionista, terminando con un can-can grotesco al ritmo de *She Started a Heat Wave* («Desencadenó una ola de calor»).

—*¡Adelante! ¡¡¡No hay agujeros prohibidos!!!*

Parejas colgadas de arneses barrocos con alas artificiales copulan en el aire gritando como urracas.

Trapecistas se hacen eyacular unos a otros en el espacio con un solo toque preciso.

Equilibristas se la chupan entre sí con destreza trepados en pértigas altísimas y sillas que oscilan en el vacío. Un viento cálido trae olor a ríos y selvas de profundidades brumosas.

Centenares de chicos caen del techo, estremeciéndose, pataleando al extremo de sus sogas. Cuelgan a diferentes alturas, unos cerca del techo y otros a pocos centímetros del suelo. Balineses y malayos exquisitos, indios mexicanos de rojas encías brillantes y cara de arrogante inocencia. Negros (dientes, uñas de pies y manos, y vello púbico pintados de oro), jóvenes japoneses suaves y blancos como la porcelana, venecianos de cabello tizianesco, norteamericanos con rizos rubios o negros sobre la frente (los invitados se los apartan tiernamente), polacos rubios, hoscos, de ojos castaños como de animal, golfillos árabes y españoles, muchachos austríacos, sonrosados y delicados, con una débil sombra rubia de vello púbico, jóvenes alemanes de brillantes ojos azules que ponen cara de desprecio y gritan «Heil Hitler!» cuando se abre la trampa bajo sus pies. Sollubis que se cagan y lloran.

Míster Rico-y-Basto, rijoso y desagradable, masca su habano despatarrado en una playa de Florida rodeado de rubios catamitas de sonrisa artificial:

—Un ciudadano tiene un latah que se trajo de Indochina. Se le ocurre ahorcar al latah y mandar a sus amigos por Navidad un corto de TV. Así que prepara dos cuerdas: una trucada que se estira, y la otra con el nudo bien hecho. Pero el latah se levanta cabreado y se pone un traje de Papá Noel y le pega el cambiazo. Llega el amanecer. El ciudadano se coloca una soga y el latah, haciendo como haría cualquier latah, se pone la otra. Al bajarse las trampas, el ciudadano se ahorca de verdad y el latah queda de pie con la soga de pega estirada hasta abajo. Bueno, pues el latah imita al otro hasta el último espasmo. Se corre tres veces. Un latah listo este joven, muy buen ojo. Lo puse a trabajar de expedidor en una de mis fábricas.

Sacerdotes aztecas despojan al Joven Desnudo de sus ropas de plumas azules. Lo ponen de espaldas sobre un altar de caliza, le ajustan una calavera de cristal en la cabeza asegurando ambos hemisferios, anterior y posterior, con tornillos de cristal. Sobre la calavera cae una cascada que rompe el cuello del chico. Eyacula en arcoiris bajo el sol naciente.

El acre olor a proteína del semen llena el aire. Los invitados acarician los cuerpos que se retuercen de los chicos, chupan las pollas, se cuelgan de sus hombros como vampiros.

Salvavidas desnudos transportan pulmones de acero llenos de jóvenes paralíticos.

Muchachos ciegos salen con dificultad de tartas gigantes, esquizofrénicos profundos brotan de un coño de goma, chicos con espantosas enfermedades cutáneas surgen de un estanque negro (unos peces mordisquean perezosamente cagadas amarillas en la superficie).

Un hombre con corbata blanca y pechera, desnudo de cintura para abajo, excepto un liguero negro, habla en tono elegante con la Abeja Reina (las Abejas Reinas son viejas que se rodean de mariquitas y forman un «enjambre». Es una costumbre mexicana siniestra).

—Pero ¿dónde está el cuadrista? —Habla por un lado de la cara, el otro se retuerce con la Tortura de un Millón de Espejos. Se masturba frenético. La Abeja Reina continúa la conversación sin darse cuenta de nada.

Divanes, sillas, el suelo entero empieza a vibrar, a agitar a los invitados que van pareciendo fantasmas borrosos, grises, que aúllan en agonía fálica.

Dos chicos se la menean bajo un puente del ferrocarril. El tren hace agitarse sus cuerpos, eyacular, se desvanece con un silbido distante. Croan las ranas. Los chicos se limpian de semen sus estómagos morenos, tersos.

Departamento de tren: dos yonquis jóvenes y enfermos camino de Lexington se arrancan los pantalones entre convulsiones de lujuria. Uno de ellos se enjabona la polla y la hace entrar en el culo del otro con un movimiento como de sacacorchos.

—Jeeeeeeesús!

Ambos eyaculan a la vez, de pie. Se alejan uno del otro y se suben los pantalones.

—Un matasanos de Marshall receta tintura y jarabe.

—Mi anciana madre con almorranas externas, desgarradas, sangrando, esperando un poco de Mierda Negra... Imagínese que es su madre, doctor, comida por dentro por las sanguijuelas, retorciéndose de mala manera... Desactiva esa pelvis, mamá, me da asco.

—Vamos a pararnos a sacarle una receta.

El tren atraviesa la noche brumosa de junio iluminada de neón.

Imágenes de hombres y mujeres, chicos y chicas, animales, peces, pájaros, el ritmo de la cópula universal cruza la habitación, una gran marea azul de vida. Zumbido vibrante, callado, de lo profundo del bosque; súbita calma de la ciudad cuando el yonqui encuentra. Un instante de quietud y ensoñación. Hasta los Oficinistas encienden los circuitos atascados de colesterol para buscar un contacto.

Hassan chilla:

—¡Esto es cosa tuya, A. J.! ¡Me has jodido la fiesta!

A. J. le mira con cara remota como de caliza:

—A tomar por culo, chino licuefacto.

Irrumpe una horda de norteamericanas verriondas. Conos chorreantes que llegan de la granja o el rancho para turistas, la fábrica, el burdel, el club de campo, el piso de lujo y los barrios residenciales, el motel, el yate o el bar elegante. Se quitan su ropa de montar, pantalones de esquí, trajes de noche, vaqueros, conjuntos de tarde, vestidos estampados, bermudas, bikinis y kimonos. Gritan y alborotan y aúllan, saltan sobre los invitados como perras rabiosas en celo. Arañan a los jóvenes ahorcados chillando:

—¡Marica! ¡Cabrón! Jódeme! Jódeme! Jódeme!

Los invitados huyen dando gritos entre los ahorcados, hacen caer los pulmones de acero.

A. J.: —¡Llamen a mis Sweitzers! ¡Maldita sea! ¡Protéjame de todas estas zorras!

Míster Hyslop, el secretario de A. J., levanta la vista de su tebeo:

—Sweitzers ya en licuefacción.

(La licuefacción supone separación de proteínas y reducción a líquido que es absorbido por el ser protoplásmico de algún otro. En este caso, el beneficiario probablemente sea Hassan, notorio licuefaccionista.)

A. J.: —¡Embusteros, mamones! ¿Qué es un hombre sin sus Sweitzers? Estamos entre la espada y la pared, caballeros. Nuestras pollas están en juego. Firmes para resistir el abordaje, señor Hyslop, y distribuya armas cortas a los hombres.

A. J. empuña un alfanje y empieza a decapitar norteamericanas. Canta con lujuria:

Quince hombres van en el cofre del muerto
Yo Jo Jo y la botella de ron.
La bebida y el diablo hicieron el resto
Yo Jo Jo y la botella de ron.

Míster Hyslop, aburrido y resignado:

—¡Dios santo! ¡Otra vez lo mismo! —Flamea desganadamente la bandera pirata.

Rodeado y peleando en abrumadora inferioridad numérica, A. J. echa la cabeza atrás y lanza una llamada para cerdos. Inmediatamente acude un millar de esquimales en celo que cae sobre las norteamericanas, gruñendo y chillando, con las caras congestionadas, ojos ardientes y enrojecidos, labios amoratados.

(La época de celo de los esquimales se produce durante su corto verano, en el que las tribus se reúnen para celebrar divertidas orgías. La cara se les hincha y los labios se les ponen morados.)

Un detective de la casa con un grupo de medio metro asoma la cabeza por la pared:

—¿Qué tiene ahí, un zoológico?

Hassan se retuerce las manos:

—¡Una carnicería! ¡Una carnicería asquerosa! ¡Por Alá que nunca vi nada tan absolutamente horrible!

Se vuelve hacia A. J. que está sentado sobre un cofre de barco, con un loro en el hombro y un parche en el ojo, bebiéndose un tanque de ron. Otea el horizonte con un enorme catalejo de metal.

Hassan: —¡Eres una zorra factualista barata! ¡Vete y no vengas a mancharme la sala de juegos nunca más!

CAMPUS DE LA UNIVERSIDAD DE INTERZONAS

Burros, camellos, llamas, rickshaws, carretillas empujadas por muchachos exprimidos, ojos saltones como lenguas de estrangulado: palpitantes, rojas de odio animal. Entre los estudiantes y el estrado del profesor cruzan rebaños de ovejas y cabras, reses cuernilargas. Los estudiantes se sientan en bancos de parque oxidados, bloques de caliza, sillas de jardín, cajones de embalaje, bidones de aceite, tocones, pufs de cuero polvoriento, colchonetas de gimnasia roñosas. Llevan vaqueros —chilabas... calzas y jubones—, beben aguardiente en tarros de mermelada, café en latas de conserva, fuman mandanga (marihuana) en cigarrillos hechos con papel de envolver y décimos de lotería... se chutan la droga con un imperdible y un cuentagotas, estudian quinielas de carreras de caballos, tebeos, códices mayas...

El profesor llega en bicicleta con una ristra de cabezones. Se sube al estrado sujetándose la espalda (una vaca muge balanceándose sobre su cabeza, colgada de una grúa).

PROFESOR. —Anoche me jodió todo el ejército del Sultán. Tengo la espalda dislocada al servicio de esa reina que tengo en casa... A la muy zorra no hay quien la eche. Necesito un electricista cerebral titulado que le desconecte sinapsis por sinapsis, y un alguacil quirúrgico que le ponga las tripas en la acera. Cuando la mami se mete en casa de alguien con maletas ya puedes pedir al infierno que te libre de semejante chupóptero...

Contempla los cabezones tarareando canciones de los años veinte.

—Me ha entrado la nostalgia, chicos, e irá saliendo por aquí y por allá... chicos que andan por la feria comiendo algodón de azúcar color de rosa... se meten mano en la barraca del sexshow... se la menean en la noria, lanzan esperma a la luna que se alza roja entre los humos de las fundiciones del otro lado del río. Frente al Palacio de Justicia un negro cuelga de un chopo... mujeres recogen gimiendo su esperma en sus vaginas dentadas... (Marido que mira al recién nacido con ojos escrutadores color camisa vieja de franela gris... «Doctor, tengo la sospecha de que es negro.» El doctor se encoge de hombros: «El mismo truco de siempre, hijo. Adivina en qué mano está... Visto y no visto... nada por aquí, nada por allá... »)

»Y el doctor Parker en la rebotica picándose caballo heroína tres granos por chute. "Tónico", murmura. "Siempre es primavera. "

»Benson el Manos, el degenerado de la localidad, tiene querencia a los retretes de escuela. (Querencia es un término taurino... El toro encuentra en la arena un lugar que le gusta y allí se queda y el torero tiene que ir a buscar al toro a su terreno o hacerlo salir de allí: lo uno o lo otro.) El sheriff A. Q. Larsen, el Chato, dice: "Tiene que saber cómo sacarlo de esa querencia... " Y la Vieja Mamá Lottie lleva diez años durmiendo con una hija muerta y en conserva en casa, despierta temblando en el amanecer del

Este de Texas... Aparecen los buitres sobre las aguas negras del pantano y los tocones del ciprés...

»Y ahora, caballeros —supongo que no habrá ningún travestí entre ustedes, ja, ja — y puesto que todos son caballeros según ley del Congreso, nos basta con declararles *machos humanos*, éste es un salón decente y bajo ningún concepto se admiten en él transexuales en cualquier dirección. Caballeros, presenten armas. Bien, todos ustedes han sido instruidos sobre la importancia de conservar sus armas bien engrasadas y dispuestas para cualquier acción por el flanco o la retaguardia.

ESTUDIANTES. —¡Oye! ¡Oye! —Se desabrochan perezosamente las braguetas. Hay uno que blande una erección gigantesca.

PROFESOR. —Y ahora, caballeros... ¿dónde estaba? ¡Ah, sí! Mamá Lottie... Se despierta temblando con la suave luz rosa del amanecer, rosa como las velas de la tarta de cumpleaños de la niña, rosa como algodón de azúcar, rosa como una concha de nácar, rosa como una pipa que late bajo la jodida luz roja... Mamá Lottie... grumpf... si no se corta tanta retórica sucumbirá a los achaques de la edad y se juntará con su hija en formaldehído.

»La oda del viejo marinero, del poeta Coleridge... Quiero llamar su atención sobre el simbolismo del *mismo* Viejo Marinero.

ESTUDIANTES. —El tío ese dice *él mismo*.

—Por tanto, llama la atención sobre su propia y poco apetecible persona.

—Eso no ha estado bien, profe.

Un centenar de delincuentes juveniles... Hojas de las navajas que chasquean como dientes avanzando hacia él.

PROFESOR. —¡Oh, cielo santo! —Intenta desesperadamente disfrazarse de vieja con botines negros y paraguas—... Si no fuera por mi lumbago, no puedo doblarme bien, me daría la vuelta y pondría el culito a su disposición como los mandriles... Si un mandril débil es atacado por otro más fuerte, el mandril débil o bien (a) ofrecerá su ejem rabadilla creo que se llama, caballeros, je, je, para el coito pasivo o bien (b) si es un mandril de diferente tipo, más extrovertido y mejor adaptado, atacará a otro mandril más débil todavía que él, si logra encontrarlo.

Recitadora remendada vestida con ropa años veinte que no se hubiera quitado desde entonces ni para dormir, ondula a la triste luz de neón de una calle de Chicago... El peso muerto de los Buenos Días Perdidos pende en el aire como un fantasma terrenal. Recitadora (voz aguardentosa de tenor): —Busca al mandril más débil de todos.

Saloon del Lejano Oeste: el Mandril Maricón con un trajecito azul de niña canta con voz resignada a los acordes de *Tengo una muñeca vestida de azul*: —Soy el más débil de todos los mandriles.

Un tren de mercancías separa al profesor de los juveniles... Cuando el tren

termina de pasar, ya tienen barriga y trabajos de responsabilidad...

ESTUDIANTES. —¡Lottie! ¡Lottie!

PROFESOR. —Eso era en otro país, caballeros... Como iba diciendo antes de ser tan bruscamente asaltado por una de mis múltiples personalidades... fastidiosas bestezuelas... consideramos al Viejo Marinero sin curare, lazo, bulbocapnina ni camisa de fuerza, y no obstante capaz de atraer y mantener al público vivo... ¿Cuál es su ejem truco? Ji, ji, ji, ji... No se limita como tantos que hoy se llaman artistas, a abordar a *cualquiera* y por ende a inflingir al azar molestias y penalidades no solicitadas... Aborda a quienes no tienen más alternativa que escuchar a causa de una relación previa entre el Marinero (aunque era Viejo) y el hum Invitado a la Boda... Lo que el Marinero diga no tiene demasiada importancia... Puede que tartamudee, que se salga del tema, que sea brutal o incluso irremediablemente senil. Pero algo le pasa al Invitado a la Boda, como pasa en psicoanálisis cuando pasa esto si pasa aquello... Conozco un analista que lo habla él todo, y los pacientes le escuchan con paciencia o sin ella... Cuenta sus recuerdos... chistes verdes (viejos), logra contrapuntos de estupidez no soñados por el Oficial de Juzgado. Ilustra así con cierta amplitud que nada puede realizarse a nivel verbal. Llegó hasta este método al observar que el Oyente —el Psicoanalista— no leía la mente del paciente... El paciente —El que Habla— era quien leía la suya... Es decir, el paciente tiene conciencia, por Percepción Extra-Sensorial, de los sueños y esquemas del psicoanalista, en tanto que el propio psicoanalista sólo entra en contacto con el paciente gracias al cerebro anterior... Muchos agentes utilizan este sistema: son pelmazos insoportables que no se callan nunca ni saben escuchar...

»Caballeros, voy a soltarles una perla: Se *sabe más de una persona hablando que escuchando*.

—No soy digno de comerle los pies —dice el cerdo más gordo de todos.

—De cualquier forma, son de barro.

LA FIESTA ANUAL DE A. J.

A. J. se vuelve hacia sus invitados:

—Mis queridos conos, pijas e indefinidos, esta noche les ofrezco... al mundialmente conocido empresario de cine porno y TV por circuito cerrado, al auténtico, al único, al Gran Degüellazorras.

Señala hacia un telón de terciopelo rojo de veinte metros de alto. Un rayo rasga la cortina de arriba abajo. Queda al descubierto el Gran Degüellazorras. Tiene un rostro inmenso, inmóvil como una urna funeraria chimú. Viste de rigurosa etiqueta, con capa y monóculo azules. Ojos grises enormes de minúsculas pupilas negras que parecen escupir agujas. (Sólo el Factualista Coordinado puede resistir su mirada.) Cuando se irrita, la fuerza que despide lanza el monóculo hasta la pared de enfrente. Más de un actor con mala estrella ha sentido la explosión helada de su disgusto:

—¡Largo de mi estudio, comicucho barato, quieroynopuedo! ¡A ver si te crees que me vas a colar ese orgasmo falsificado! ¡A mí, al GRAN DEGÜELLAZORRAS! ¡Yo sé si te corres sólo con mirarte el dedo gordo del pie! ¡Imbécil! ¡Escoria sin seso! ¡Maleta insolente! Vete y que te den por el saco a ver si aprendes que para trabajar con Degüellazorras hay que tener sinceridad y arte y dedicación. Nada de trucos falsos, de suspiros doblados, ni de cagadas de pega, ampollas de leche escondidas en la oreja ni pinchazos de yohimbina entre bastidores. (La yohimbina, derivada de la corteza de un árbol del África Central, es el afrodisíaco más seguro y eficaz. Actúa por dilatación de los vasos sanguíneos de la superficie cutánea, especialmente en la región genital.)

Degüellazorras lanza el monóculo. Sale volando del campo visual y regresa a su ojo como un bumerang. Hace una pirueta y desaparece entre una bruma azul, fría como aire líquido... Fundido...

En pantalla. Chico pelirrojo, ojos verdes, piel blanca, algunas pecas... besando a una chica morena, delgada, con pantalones. Vestimenta y peinado sugieren los bares existencialistas de todas las capitales del mundo. Están sentados en una cama baja cubierta de seda blanca. La chica le desabrocha los pantalones con dedos suaves y le saca la polla, pequeña y muy dura. En su punta reluce como una perla una gota de lubricante. Le acaricia suavemente el glande:

—Desnúdate, Johnny.

Se quita la ropa con movimientos rápidos y seguros y queda desnudo delante de ella, de pie, con la pija latiendo. La chica le hace un gesto para que se dé vuelta y él da unos cuantos pasos alrededor, con la mano en la cadera, parodiando a un modelo. Ella se quita la blusa. Tiene unos pechos altos y pequeños con pezones erectos. Se quita las bragas. Pelo púbico negro y brillante. El se sienta junto a ella y trata de cogerle un pecho. Ella detiene sus manos.

—Querido, quiero meterte la lengua por el culo —susurra.

—No, ahora no.

—Por favor, me apetece.

—Bueno, vale, voy a lavarme el culo.

—No, te lo lavaré yo.

—Oh, mierda, si no está sucio.

—Sí, lo está. Venga, vamos allá, Johnny.

Lo lleva al cuarto de baño.

—Muy bien, bájate.

Se pone de rodillas y le inclina hacia delante, hasta hacerle apoyar la barbilla en la alfombra de baño.

—Alá —dice él.

Mira para atrás y sonríe a la chica forzadamente. Ella lava el culo con jabón y agua caliente, metiéndole el dedo por el ojete.

—¿Duele?

—Nooooooo.

—Ven conmigo, pequeño. —Le lleva al dormitorio. El se tumba boca arriba, levanta las piernas hasta la cabeza y las sujeta abrazándolas por las rodillas. Ella se arrodilla y le acaricia los muslos, los huevos, hace correr los dedos por el perineo. Le separa las nalgas, se inclina y empieza a lamer el ano, describiendo un lento círculo con la cabeza. Oprime los bordes del orificio metiendo la lengua más y más adentro, haciéndole cerrar los ojos, retorcerse. Los huevos apretados, pequeños... Una gran perla guarda equilibrio sobre la punta de la pija circuncisa. La boca se cierra sobre el glande. Chupa rítmicamente, subiendo y bajando, haciendo una pausa al llegar arriba y moviendo la cabeza circularmente. Una mano juguetea suavemente con los cojones, se desliza hacia abajo y hace entrar el dedo del medio por el culo. Cuando chupa hasta la raíz de la polla, le da golpecitos burlones en la próstata. El chico sonríe con una mueca y se tira un pedo. Ahora ella se la chupa frenéticamente. El cuerpo empieza a contraerse, se encoje hacia el mentón. Cada contracción va siendo más larga.

—¡Yyyyyyyyy! —grita el chico, los músculos tensos, el cuerpo entero tratando de vaciarse a través de la pija. La chica bebe el semen que le llena la boca a borbotones calientes. El otro deja caer las piernas sobre la cama. Arquea la espalda y bosteza.

Mary se ajusta su pene de goma:

—Acero Tercer Dan de Yokohama —dice acariciando el aparato. Salta leche a través del cuarto.

—Asegúrate de que sea leche pasteurizada. No vayas a meterme alguna de esas enfermedades de las vacas, como el ántrax o el muermo o la fiebre aftosa...

—Cuando anduve de Pepito travestí en Chicago, trabajaba de exterminador. Ligaba con chicos guapos por la emoción de que me pegasen como a un hombre. Después cacé al chaval aquel, le gané a base de judo supersónico que aprendí de un viejo monje zen, una lesbiana. Lo ato, le quito la ropa con una navaja de afeitar y me lo jodo con el Acero Primer Dan. Se siente tan liberado que no lo castro, literalmente se corre por encima de mi pulverizador de chinches.

—¿Qué pasó con el Acero Primer Dan?

—Un virago me lo partió en dos. El apretón vaginal más terrorífico que sentí nunca. La tía era capaz de partir una tubería de plomo. Era uno de sus trucos de salón.

—¿Y el Acero Segundo Dan?

—Lo hizo trizas a bocados un candirú hambriento del Alto Culodemandril. Y esta vez no digas «Yyyyyyyyy».

—¿Por qué no? Es muy de chico.

—Muchachito, prueba tus pesos con la madame.

Mira hacia el techo, manos debajo de la cabeza, pija latiendo.

—¿Qué voy a hacer? No puedo cagar con su chisme metido. Me gustaría saber si es posible reír y correrse al mismo tiempo. Me acuerdo, durante la guerra, en el Jockey Club de El Cairo, Lu, mi compañero de culo y yo, un par de caballeros por ley del Congreso... nada podía habernos hecho algo así a ninguno de los dos... Así que nos echamos a reír con tantas ganas que nos meamos por encima y el camarero dice: «¡Malditos fumetas, largo de aquí!» Quiero decir que si puedo mearme de risa, tendría que poder correrme de risa. Así que cuéntame algo realmente divertido en cuanto empiece a venirme. Te darás cuenta por ciertos estremecimientos premonitorios de la glándula prostática...

Mary pone un disco, be-bop, cocaína metálica. Engrasa el chisme, dobla las piernas del chico hacia arriba hasta la cabeza y se lo mete por el culo con una serie de movimientos como de sacacorchos de sus caderas fluidas. Describe una lenta circunferencia, girando sobre el eje del aparato. Frota los duros pezones sobre su pecho, le besa el cuello y barbilla y ojos. El desliza las manos por su espalda hasta las nalgas, la empuja más adentro. Ella gira más deprisa, más deprisa. El cuerpo del chico tiembla y se retuerce con espasmos convulsivos.

—Por favor, date prisa —dice ella—. Se está enfriando la leche.

Pero él ya no la oye. Aplasta su boca contra la de él. Los dos rostros corren juntos. La esperma golpea los pechos de la chica con cálidos y leves lametones.

Mark está de pie junto a la puerta. Lleva un jersey de cuello alto, negro. Rostro frío, guapo, narcisista. Ojos verdes y pelo negro. Mira a Johnny con ligero desdén, cabeza ladeada, manos en los bolsillos de la chaqueta, un airoso gángster de ballet. Agita la cabeza y Johnny entra delante de él en el dormitorio. Mary va detrás.

—Muy bien, chicos —dice, sentándose desnuda en un estrado de seda roja que

domina la cama—. ¡Vamos a ello!

Mark empieza a desnudarse con movimientos fluidos, girando las caderas. Se desprende del jersey de cuello alto dejando ver un bello torso blanco en una parodia de danza del vientre. Johnny con camisa de polo, cara helada, respiración acelerada, labios secos, se quita la ropa y la va dejando caer al suelo. Mark deja resbalar sus calzoncillos hasta un pie. Levanta la pierna como una corista y los manda al otro lado de la habitación. Ahora está desnudo, la pija rígida, tensándose hacia arriba, hacia afuera. Pasea lentamente los ojos por el cuerpo de Johnny. Sonríe y se humedece los labios.

Mark pone una rodilla en el suelo, tirando de Johnny por un brazo, contra la espalda. Se incorpora y lo lanza sobre la cama, a un par de metros. Johnny aterriza de espaldas y rebota. Mark salta encima y le aferra los tobillos, le levanta las piernas hasta la cabeza. Los labios de Mark se retraen en una mueca tensa.

—Bien, Johnny, bien.

Contrae el cuerpo, lento y seguro como una máquina bien engrasada, mete la pija por el culo de Johnny. Johnny deja salir un fuerte suspiro, se retuerce en éxtasis. Mark enlaza las manos detrás de los hombros de Johnny, lo empuja hacia abajo contra su pija enterrada hasta la empuñadura en el culo de Johnny. La respiración silba fuerte entre los dientes. Johnny chilla como un pájaro. Mark frota su cara contra la de Johnny, desaparecida la mueca dura, tiene expresión inocente, infantil, cuando todo su líquido entra a borbotones en el cuerpo estremecido de Johnny.

Un tren brama a través de él, silbando... sirena de barco, señales antiniebla, cohete que explota sobre marismas petrolíferas... barracas de feria abriéndose a un laberinto de imágenes porno... salvas de rigor en el puerto... un grito desesperado por el blanco pasillo de un hospital... cruza una calle ancha, polvorienta, entre palmeras, silba por el desierto como una bala (alas de buitres chasqueando en el aire seco), mil adolescentes se corren a la vez en letrinas y retretes mugrientos de escuelas públicas, desvanes, sótanos, casetas de jardín, norias, casas abandonadas, cuevas de caliza, barcas de remos, garajes, cobertizos, escombreras de las afueras de una ciudad ventosa, paredes de adobe (olor a excremento seco)... polvo negro volando sobre cuerpos esbeltos, bronceados... pantalones harapientos dejados caer sobre unos pies descalzos, sangrantes, agrietados... (lugar donde los buitres pelean por las cabezas del pescado)... en las marismas de la jungla, peces viciosos lanzan dentelladas a la esperma que flota, blanca, sobre las aguas negras, los mosquitos de las playas pican el culo bronceado, los monos aulladores como el viento entre los árboles (una tierra de grandes ríos color tierra que arrastran flotando árboles enteros con serpientes de vivos colores en las ramas, lémures pensativos contemplan la orilla con ojos tristes), avión rojo traza arabescos en la sustancia azul del cielo, una serpiente de cascabel ataca, una cobra se yergue, se extiende, escupe veneno blanco, lluvia silenciosa y lenta de

escamas de ópalos y perlas cae a través de un aire transparente como glicerina. El tiempo salta como una máquina de escribir estropeada, los chicos ya son viejos, caderas jóvenes estremeciéndose y retorciéndose con espasmos juveniles se ensanchan y ablandan, asentadas en la taza de un retrete, un banco del parque, un muro de piedra bajo el sol de España, la cama hundida de una habitación amueblada (fuera, casas baratas de ladrillos rojos, luz diáfana del sol de invierno)... retorciéndose y temblando en ropa interior sucia, buscándose una droga en el amanecer enfermo sin droga, en un café moro murmurando y babándose—, los árabes susurran *Medyub* y se escabullen (un Medyub es un tipo determinado de lunático religioso musulmán... generalmente epiléptico entre otros trastornos).

—Los musulmanes han de tener sangre y semen... Mirad, mirad cómo la sangre de Cristo se vierte en el espermamento —aúlla el Medyub... Se yergue gritando y de su última erección brota un chorro de sangre negra y espesa, y allí queda, una estatua blanca, como si hubiera atravesado toda la Gran Barrera, con la misma inocencia y tranquilidad con la que un niño salta la cerca para pescar en el estanque prohibido —a los pocos segundos ha cogido un enorme barbo— de una caseta negra saldrá a toda prisa el Viejo, maldiciendo con un horquilla en la mano y el chico se escapará riendo por los campos de Misouri —en su carrera ve una hermosa sagitaria rosa y la corta al pasar con una elástica inclinación de músculos y huesos jóvenes— (sus brazos se funden con el campo, yace muerto junto a la cerca de madera con una escopeta al lado, su sangre sobre la helada arcilla roja embebe el rastrojo invernal de Georgia)... El barbo colea a su espalda... Llega a la cerca y lanza el barbo por encima sobre la yerba salpicada de sangre... el pescado se contorsiona y golpea la yerba. Salta la cerca. Recoge el pescado y desaparece por un camino de arcilla roja tachonado de piedras entre robles y placamineros de hojas pardas y rojizas que caen con el viento de un atardecer de otoño, verdes y empapadas de rocío en los amaneceres de verano, se recortan, negras, en los claros días de invierno... el Viejo lanza maldiciones tras él... los dientes se le vuelan de la boca y silban sobre la cabeza del chico, se dobla hacia adelante, los tendones del cuello tensos como flejes de acero, lanza un chorro espeso de sangre negra junto a la madreselva. Le brotan espinas entre las costillas, se rompen las ventanas de la caseta, astillas de vidrios llenos de polvo en la masilla negra —las ratas se pasean por el suelo del dormitorio oscuro y mugriento, en las tardes de verano los chicos se la menean y se comen las frutas que caen de su cuerpo y sus huesos, bocas embadurnadas de jugo morado...

El viejo yonqui ha encontrado una vena... la sangre florece en el gotero como una flor china... se mete la heroína y el chico que se la meneaba hace cincuenta años resplandece inmaculado a través de la carne destrozada, la letrina se llena del dulce olor a nueces de machos jóvenes en celo...

¿Cuántos años enganchados en una aguja de sangre? Con las manos caídas sobre

los muslos se sienta contemplando el amanecer de invierno con los ojos acabados de la droga. El viejo marica se sienta cuando pasan los adolescentes indios, abrazados por hombros y cinturas, y contrayendo su carne moribunda quisiera ocupar esas nalgas, esos muslos jóvenes, esos huevos tensos, esas pollas eyaculantes.

Mark y Johnny están sentados cara a cara en un sillón vibrador, Johnny ensartado en la pija de Mark.

—¿Listo, Johnny?

—Ponlo en marcha.

Mark da un manotazo a la llave y el sillón vibra... Mark inclina la cabeza mirando hacia Johnny, cara distante, ojos fríos y burlones ante la cara de Johnny... Johnny grita y gime... Su cara se desintegra como fundiéndose por dentro... Johnny grita como una mandrágora y al soltar el esperma cae desmayado, se derrumba sobre el cuerpo de Mark, un ángel cabeceando. Mark da unas palmaditas en el hombro de Johnny con aire ausente... Habitación como de gimnasio... El suelo es de gomaespuma forrada de seda blanca... Una pared es de cristal... El sol que está saliendo llena la habitación de luz rosa. Johnny aparece con las manos atadas, entre Mary y Mark. Johnny ve el patíbulo y se desploma con un fuerte:

—¡Ohhhhhhhhhh! —La barbilla se abate sobre la pija, las piernas doblándose por las rodillas. Chorro de esperma que traza un arco casi vertical ante su cara... Mary y Mark, de pronto, están impacientes y excitados... Empujan a Johnny hacia el estrado de la horca cubierto de camisetas y calzoncillos mohosos. Mark está ajustando el nudo corredizo.

—Bueno, allá vas. —Mark empieza a empujar a Johnny fuera de la plataforma.

Mary:

—No, déjame a mí.

Cierra las manos tras las nalgas de Johnny, apoya su frente contra la de él, le sonríe y retrocede empujándolo fuera del estrado, al vacío... La cara de Johnny se hincha de sangre... Mark se acerca con un movimiento elástico y le parte el cuello... ruido como de astilla partida entre toallas mojadas. Un estremecimiento recorre el cuerpo de Johnny de arriba abajo... un pie aletea como un pájaro atrapado... Mark se ha encaramado a un trapecio y mima los movimientos de Johnny, se retuerce, cierra los ojos y saca la lengua... La pija de Johnny se endereza y Mary la guía dentro de su coño, se frota contra él en una danza del vientre, gimiendo y chillando de gusto... sudor chorreándole por todo el cuerpo, le cuelgan mechones de pelo mojado por la cara.

—¡Corta la cuerda, Mark! —grita. Mark se acerca con una navaja automática y corta la soga, sujetando a Johnny cuando cae y depositándolo de espaldas con Mary todavía empalada y frotándose sin parar... Desgarra labios y nariz de Johnny a mordiscos y le sorbe los ojos que hacen ploop... Arranca grandes bocados de las

mejillas... Luego le devora la picha... Mark va hacia ella que levanta la vista de los genitales a medio comer de Johnny, tiene la cara cubierta de sangre, los ojos fosforescentes... Mark le pone el pie en el hombro y la tumba de espaldas de una patada... Salta sobre ella jodiéndola enloquecido... Ruedan de un extremo a otro de la habitación, dan vueltas como un molinillo, saltan por los aires como un pez enorme enganchado en el anzuelo.

—Déjame ahorcarte, Mark... Déjame ahorcarte... Por favor, Mark, ¡déjame ahorcarte!

—Claro que sí, pequeña. —La pone de pie brutalmente y le ata las manos a la espalda.

—No, Mark. ¡No! ¡No! ¡No! —grita Mary cagándose y meándose de terror mientras él la arrastra hasta el estrado. La deja sobre la plataforma entre una pila de condones usados, mientras prepara la cuerda al otro lado de la habitación... y vuelve trayendo el dogal en una bandeja de plata. La pone en pie de un tirón y le ajusta el nudo corredizo. Le mete la pija hasta dentro y valsea por la plataforma y salta al vacío describiendo un amplio arco...

—¡Yyyyyyyy! —grita y se convierte en Johnny. El cuello de Mary se rompe. Una enorme ola fluida ondula a través de su cuerpo. Johnny se deja caer al suelo, firme y alerta como un animal joven.

Da saltos por la habitación. Con un grito de deseo que hace temblar la pared de cristal salta al vacío. Masturbándose sin descanso, casi mil metros hacia abajo, la esperma flota a su lado, grita sin pausa contra el astillado azul del cielo, el sol naciente ardiendo en su cuerpo como gasolina, hacia abajo pasa entre grandes robles y placamineros, cipreses de las marismas y caobos, hasta deshacerse en un líquido tibio sobre una plaza en ruinas pavimentada de caliza. Yerbas y raíces crecen entre las piedras, unos pernos herrumbrosos de un metro de espesor se hunden en la piedra blanca, la mancha del color mierda del orín.

Johnny empapa de gasolina a Mary con una obscena jarra chimú de jade blanco... Riega su propio cuerpo... Se abrazan, caen al suelo y ruedan hasta quedar bajo una gran lente de aumento instalada en el techo... Estallan en llamas con un grito que hace trizas la pared de cristal, ruedan en el vacío, jodiendo y gritando por el aire, estallan en sangre y llamas y hollín sobre las rocas pardas bajo un sol del desierto. Johnny salta por la habitación en agonía. Con un grito que hace trizas la pared de cristal, se planta con los brazos abiertos frente al sol naciente, la pija eyaculando sangre... Un dios de mármol blanco, una serie de explosiones epilépticas se precipita en el viejo Meydub que se retuerce entre mierda y basura junto a una pared de adobe bajo un sol que hiere y pone la carne de gallina... Es un chico durmiendo apoyado en la pared de la mezquita, eyacula una polución mortuoria soñando con un millar de conos color de rosa y suaves como conchas marinas, sintiendo la delicia punzante del vello púbico

rozar su pene.

Johnny y Mary en la habitación de un hotel (música de Saint Louis Este Toodleoo). En la ventana abierta, una cálida brisa agita las cortinas de un rosa desteñido... Croan ranas en solares vacíos donde crece maíz y chiquillos cazan culebras verdes bajo estelas de caliza rotas manchadas de mierda y enlazadas con alambre de espinas oxidado...

Neón —verde clorofila, morado, naranja— en destellos.

Con su calibrador, Johnny extrae un candirú del coño de Mary... Lo echa en una botella de mescal donde se convierte en un gusano de maguey. Le hace una irrigación vaginal de ablandador de huesos de la selva, los dientes vaginales salen mezclados con sangre y quistes... El coño resplandece dulce y fresco como yerba de primavera... Johnny lame el coño de Mary, despacio al principio, con creciente excitación separa los labios y lame el interior sintiendo el cosquilleo de los pelos en la lengua tumefacta.

Mary yace con los brazos echados para atrás, pechos apuntando hacia arriba, traspasada por clavos de neón... Johnny le alza el cuerpo, su pija, con un ópalo redondo de resplandeciente lubricante en la ranura abierta, resbala sobre el vello púbico y se hunde en el coño hasta la empuñadura, se sumerge succionado por la carne hambrienta... Se le hincha la cara de sangre, luces verdes explotan detrás de sus ojos y cae por una montaña rusa entre chicas gritando...

Los pelos húmedos de detrás de sus cojones se secan como yerba bajo la brisa cálida de primavera. Valle alto de la selva, enredaderas que entran por la ventana. La pija de Johnny se hincha, se abren grandes brotes frescos. Una larga raíz de tubérculo sale del coño de Mary buscando la tierra. Los cuerpos desintegrándose con explosiones verdes. La caseta se derrumba, ruinas de piedra rota. El chico es una estatua de caliza con una planta que le nace en la polla, los labios abiertos en la sonrisa a medias de un yonqui pasado.

El Sabueso ha guardado la heroína en un billete de lotería.

Un chute más —la cura mañana.

El camino es largo. Frecuentes erecciones y descensos.

Largo camino sobre el pedregoso reg hasta el oasis de palmeras, donde los chicos árabes cagan en el pozo y rock'n'roll sobre la arena de playa dominguera comiendo perritos calientes y escupiendo dientes de oro en pepitas.

Sin dientes, venidos de un hambre de siglos, las costillas se marcan tanto que podrían usarse como tabla de lavar, se bajan temblando de la piragua y pasean por la costa de la Isla de Pascua con piernas rígidas y quebradizas, como zancos... Dan cabezadas tras las ventanas de los clubs... sumidos en la pesadez de la carencia-serenidad de vender un cuerpo delgado.

Las palmeras se han muerto por falta de contactos, el pozo se ha llenado de

mierda seca y mosaico de un millón de periódicos:

«Rusia desmiente... El Secretario del Interior considera con intensa inquietud... La trampilla se abrió a las 12.02 minutos. A las 12.30 horas el doctor se fue a comer unas ostras, volvió a las dos horas y dio al ahorcado unas palmaditas joviales en la espalda: "Qué, ¿todavía no se ha muerto usted? Me parece que tendré que ayudarle un poco. Ja! Ja! No puedo dejarle asfixiarse a este ritmo, el presidente me llamaría la atención. Y menudo desastre si el carro de los muertos se lo lleva vivo. Se me caerían los cojones de vergüenza y tendría que ponerme de aprendiz como un buey veterano. Una, dos, tres, ¡abajo!"»

El planeador cae silencioso como una erección, silencioso como cristal engrasado que el joven ladrón parte con manos de mujer vieja y ojos arruinados de droga... Con una explosión sin ruido, penetra en la casa allanada, sin pisar los cristales engrasados, un reloj suena con fuerza en la cocina, un bufonazo caliente le revuelve el cabello, la cabeza se desintegra con una perdigonada lobera... El Viejo saca el cartucho y da un salto en torno a la escopeta:

—¡Oh, caramba, chicos! Estaba a huevo... Como pescar en la pecera... Encontrar dinero en el banco... Era un paquete, con un cartucho bien engrasado en el cerebro y ya lo tienes tumbado en una postura poco decente... ¿Puedes oírme desde donde estás, chico? También yo fui joven una vez y oí los cantos de sirena del dinero fácil y las mujeres y el culo apretado de los chavales y por todos los santos no me calentéis que acabaré por contaros un cuento que os va a poner la pija dura y empezaréis a chillar para que vengan la perla rosada de un coñito joven o la canción de la mucosa castaña y palpitante de un culo de chaval a haceros sonar la pija como un disco... y cuando tocas la próstata perlas y brillantes afilados se amontonan en los cojones dorados del muchacho, inexorables como una piedra en el riñón... Perdona que tuviera que matarte... La yegua gris vieja ya no es lo que era... No puedo decepcionar al público... tengo que conseguir que el teatro se venga abajo con ese número, todo o nada... Como un león viejo destrozado por la caries necesita un buen dentífrico, amident mantiene su mordisco fresco en todo momento... Seguro que los viejos leones son unos devoradores de chicos... ¿Y quién se lo va a echar en cara con lo dulces y fríos y rubios que están en el depósito de Saint James? Vamos, hijo, no me vengas con el rigor mortis. Un poco de respeto con las pollas viejas... También tú acabarás teniendo un polvo de viejo aburrido algún día... Oh, ah, tú seguro que no... Tú has pisado el silo del cambio como aquel Ingenuo Congelado de Shropshire, el desvergonzado catamita de Housman... Pero no se puede matar a todos los chicos de Shropshire... los han ahorcado tantas veces que lo resisten todo igual que los gonococos medio castrados por la penicilina reúnen fuerzas suficientes para multiplicarse geométricamente... Propugnemos, pues, una absolución honorable y terminemos con esas bestiales exhibiciones en las que el agente de la ley percibe una libra de carne.

Sheriff:

—Les bajaré los pantalones por una libra, señores. En pie. Una exposición seria y científica sobre el punto exacto del Centro de la Vida. Ese individuo tiene veintitrés centímetros, señoras y caballeros, mídanlo ustedes mismos desde dentro. Sólo por una libra, un absurdo billete de tres dólares por ver al chico correrse tres veces por lo menos —nunca me rebajo a juzgar a un eunuco— y *completamente contra su voluntad*. En el momento en que su cuello se parta, les juro que este individuo se pondrá en presenten armas y se correrá por encima de ustedes.

El chico, de pie en la trampilla, descansa alternativamente sobre una y otra pierna:

—¡Rediós! ¡Lo que hay que tragar en este oficio! ¡Seguro que alguno de estos viejos horrendos se pone a tocar!

Cae la trampilla, la soga canta como viento en los alambres, el cuello se quiebra con un sonido seco, fuerte y claro como un gong chino.

El chico se corta la cuerda con una navaja automática, sale corriendo detrás de un maricón que chilla por el pasillo central. La maricona se lanza a través de la luna de un espectáculo sexy de feria y chupa el ojete de un negro que sonríe. Fundido en negro.

(Mary, Johnny y Mark, con los dogales en torno al cuello, hacen una reverencia. No son tan jóvenes como aparentan en las películas porno... Se les ve cansados y de mal humor.)

REUNIÓN DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE PSIQUIATRÍA TECNOLÓGICA

El doctor Schafer «El Dedos», Niño de las Lobotomías, se pone en pie y dirige a los congresistas el frío impacto azul de su mirada:

—Señores, el sistema nervioso humano puede ser reducido a un bloque compacto de columna vertebral. El cerebro anterior y posterior ha de seguir a ganglios, muela del juicio, apéndice... Les presento mi obra maestra: *El norteamericano desangustiado perfecto*.

Clarines vibrantes: dos Porteadores Negros introducen al Hombre desnudo y lo dejan caer sobre el estrado con brutalidad animal, despectiva... El Hombre se retuerce... Su carne se convierte en una jalea viscosa, transparente, que se va evaporando en una bruma verde, dejando al descubierto un monstruoso ciempiés negro. Oleadas de un olor desconocido invaden la sala, chamuscan los pulmones, corroen el estómago... Schafer se retuerce las manos sollozando:

—¡Clarence! ¿Cómo podéis hacerme esto? ¡Ingratos! ¡Todos son unos ingratos!

Los congresistas se echan para atrás entre murmullos consternados:

—Creo que Schafer ha ido demasiado lejos...

—Yo ya había avisado que...

—Schafer es un tipo brillante... pero...

—La gente hace lo que sea con tal de tener publicidad...

—Señores, esta innombrable criatura, ilegítima en todos los sentidos, hija del corrompido cerebro del doctor Schafer, no debe ver la luz... Nuestro deber hacia la especie humana está bien claro...

—Hombre que hizo ver luz —dice uno de los Porteadores Negros.

—Hay que machacar a ese bicho antiamericano —dice un médico gordo del Sur con cara de sapo que bebía whisky de maíz en un tarro de mermelada. Se adelanta con andares de borracho y se para asustado por el tamaño impresionante y el amenazador aspecto del ciempiés—. ¡Que traigan gasolina! —vocifera—. Tenemos que quemar a ese hijo de puta como si fuera un negro chuleta.

—Yo no quiero saber nada —dice un médico joven y progre que va colocado de LSD-25—. Cualquier fiscal un poco listo...

Fundido en negro.

—¡Orden en la Sala!

FISCAL. —Señores del jurado, estos caballeros tan «cultos» pretenden que la inocente criatura humana que tan irreflexivamente sacrificaron se convirtió de repente en un enorme ciempiés negro y que fue «su deber hacia la especie humana» destruir aquel monstruo antes de que pudiese, por cualquier medio a su alcance, perpetuar su especie... ¿Vamos a tragarnos semejante pila de mierda? ¿Vamos a dejar

que nos endilguen semejante camelo como si fuéramos tontos del culo? ¿Dónde *está* ese fantástico ciempiés? «Lo destruimos», dicen muy orgullosos... Pero yo quiero recordarles, señores y hermafroditas del jurado, que esa Gran Bestia —señala al doctor Schafer—, ha comparecido ya en varias ocasiones ante este tribunal acusado del incalificable delito de violación de cerebros... Dicho en cristiano —golpea con el puño la barandilla que le separa del jurado, su voz pasa a ser un grito—, dicho en cristiano, señores, *lobotomía por la fuerza*...

Los miembros del jurado se sofocan... Uno se muere de un ataque cardíaco... Otros tres caen al suelo retorciéndose en orgasmos de lascivia...

El Fiscal señala dramático:

—Ahí está... El y no otro, es quien ha reducido provincias enteras de nuestro hermoso país a un estado próximo a la idiocia más absoluta... El es quien ha llenado almacenes enormes con filas y filas, hileras e hileras, de indefensas criaturas a cuyas más mínimas necesidades hay que proveer... «Zánganos», los llama con cínica sonrisa que refleja la maldad en estado puro del intelectual... Señores, yo afirmo que el pérfido asesinato de Clarence Cowie no debe quedar sin castigo. ¡Los gritos de «Justicia» para crimen tan nefando resuenan al menos como los de un maricón herido!

El ciempiés se remueve, agitado.

—Hombre, el hijoputa este tiene hambre —grita uno de los Porteadores.

—Yo me largo de aquí.

Una oleada de horror eléctrico atraviesa la sala... los congresistas se precipitan hacia las salidas gritando y arañando...

EL MERCADO

Panorámica de la ciudad de Interzonas. Primeros compases del Saint Louis Este Toodleoo... unas veces fuertes y claros, otras débiles, intermitentes como música en una calle ventosa...

La habitación parece estremecerse y vibrar de movimiento. La sangre y sustancia de muchas razas: negros, polinesios, mongoles de las montañas, nómadas del desierto, políglotas del Cercano Oriente, indios... razas todavía no concebidas ni nacidas, mezclas aún sin realizar pasan a través de tu cuerpo. Migraciones, viajes increíbles a través de desiertos y selvas y montañas (éxtasis y muerte en valles cerrados de las montañas en los que las plantas nacen del sexo, inmensos crustáceos se incuban en el interior y rompen el cascarón del cuerpo) cruzando el Pacífico en piragua hasta la Isla de Pascua. La Ciudad Compuesta, por cuyo inmenso mercado silencioso se despliegan todas las posibilidades humanas.

Minaretes, palmeras, montañas, selva... Un río indolente en el que saltan peces malignos, amplios parques llenos de maleza donde chicos se tumban en la yerba, juegan crípticos juegos. Ni una sola puerta cerrada en toda la Ciudad. Cualquiera puede entrar en tu habitación en cualquier momento. El Jefe de Policía es un chino que se escarba los dientes y oye las denuncias presentadas por algún lunático. De vez en cuando, el chino se saca el palillo de la boca y observa la punta. Progres de suaves rostros bronceados recostados en los marcos de las puertas hacen girar sus llaveros, una cabeza reducida colgada de una cadena de oro, rostros inexpresivos, con la calma ciega de un insecto.

Detrás de ellos, a través de puertas abiertas, mesas y reservados y barras, y cocinas y baños, largas hileras de camas metálicas con parejas copulando, retículas de un millar de hamacas, yonquis poniéndose el torniquete para un chute, fumadores de opio, fumadores de hashish, gente comiendo hablando bañándose en medio de una nube de humo y vapor.

Mesas de juego donde se hacen apuestas increíbles. De vez en cuando, un jugador se levanta con un grito de desesperación: un viejo le ha ganado su juventud o se ha convertido en latah de su adversario. Pero hay apuestas más altas que la juventud o el latah, juegos en los que sólo dos jugadores en todo el mundo saben cuál es la apuesta.

Las casas de la Ciudad están todas juntas. Casas de tierra —mongoles de las montañas, entornados los ojos por el humo, en el umbral—, casas de bambú y de teca, casas de adobe, de piedra, de ladrillo rojo, casas del Pacífico Sur, casas de maoríes, casas en árboles y en gabarras de río, casas de madera de treinta metros de largo que acogen tribus enteras, chabolas de cartón y chapa de bidones vacíos donde unos viejos sentados entre andrajos cuecen su aguardiente casero, grandes vigas de hierro oxidado se elevan a más de cincuenta metros por encima de ciénagas y

basureros con peligrosos tabiques levantados sobre plataformas de varios niveles y hamacas que se columpian en el vacío.

Expediciones con propósitos desconocidos parten hacia lugares desconocidos. Llegan extranjeros sobre balsas de cajas de cartón atadas con cuerdas podridas, surgen tambaleantes de la selva con ojos hinchados, cerrados por picaduras de insectos, bajan por los senderos de las montañas con los pies destrozados, sangrantes, por los ventosos arrabales polvorientos de la ciudad, donde la gente defeca en fila junto a paredes de adobe y buitres pelean por unas cabezas de pescado. Se dejan caer sobre parques en paracaídas remendados... Un policía borracho los acompaña a registrarse en un amplio urinario público. Los papeles con los datos se ponen en unos clavos para que sirvan de papel higiénico.

Olores de cocinas de todos los países del mundo flotan sobre la Ciudad, una bruma de opio, hashish, el humo rojo, resinoso de la ayahuasca, olor a jungla y agua salada y a río putrefacto y excremento seco y sudor y órganos genitales.

Flautas de alta montaña, jazz y bebop, instrumentos mongoles de una sola cuerda, xilófonos gitanos, tambores africanos, gaitas arábigas...

Epidemias de violencia visitan la ciudad, y en las calles, buitres se comen los muertos abandonados. Albinos que parpadean bajo el sol. Chicos masturbándose lánguidamente sentados en árboles. Individuos devorados por enfermedades desconocidas observan a los transeúntes con ojos malignos de entendidos.

En el Mercado de la Ciudad está el Café de Reunión. Practicantes de oficios inimaginables ya desaparecidos garabatean en etrusco, adictos a drogas todavía no sintetizadas, traficantes de harmalina rebajada, droga reducida a puro hábito que ofrece una precaria serenidad vegetal, líquidos para inducir el latah; titónicos sueros de la vida eterna, estraperlistas de la Tercera Guerra Mundial, escisores de sensibilidad telepática, osteópatas del espíritu, investigadores de infracciones denunciadas por suaves ajedrecistas paranoicos, repartidores de autos de procesamiento fragmentarios y escritos en taquigrafía hebefrénica acusando de inconcebibles mutilaciones del espíritu, burócratas de oficinas espectrales, agentes de estados policía sin constituir, una tortillera enana que ha perfeccionado la operación bang-utot, erección pulmonar que asfixia al enemigo mientras duerme, vendedores de orgones envasados y máquinas de relajar, corredores de sueños y recuerdos exquisitos probados en las células sensibilizadas de la carencia de droga y permutadas por voluntad en bruto, médicos experimentados en el tratamiento de enfermedades latentes en el polvo negro de ciudades en ruinas, acumulando virulencia en la sangre blanca de gusanos sin ojos que avanzan lentamente hacia la superficie y su vehículo humano, enfermedades de las profundidades del océano y de la estratosfera, enfermedades de los laboratorios y la guerra atómica... Un lugar donde el pasado desconocido y el futuro que se anuncia confluyen en una vibración silenciosa...

Entidades larvarias en espera de un Ser Vivo...

(La descripción de la Ciudad y el Café de Reunión escrita en estado de intoxicación por yage... Yage, ayahuasca, pilde, natima son los nombres de indios de la *Bannisteria caapi*, una trepadora de crecimiento rápido propia de la región amazónica.)

Notas sobre los efectos del yage: Imágenes que caen lentas y silenciosas como la nieve... Serenidad... Caen todas las defensas... todo entra o sale libremente... El miedo es simplemente imposible... Una hermosa presencia azul fluye dentro de mí... Veo un sonriente rostro arcaico semejante a una máscara polinésica... Es un rostro azul púrpura salpicado de oro...

La habitación toma el aspecto de una casa de putas del Cercano Oriente —paredes azules y lámparas de borlas rojas... —, siento que me convierto en una negra, el color oscuro va invadiendo silenciosamente mi carne... Convulsiones de lujuria... Mis piernas adquieren una forma bien torneada, una calidad como polinésica... Todo se agita, cobra una vida furtiva, temblorosa... La habitación es el Cercano Oriente, lo negro, Polinesia, algún sitio familiar que no localizo... El yage es un viaje espacio-temporal... La habitación parece temblar, vibrar, entrar en movimiento... La sangre y sustancia de muchas razas negras: negros, polinesios, mongoles de las montañas, nómadas del desierto, políglotas del Cercano Oriente, indios... razas todavía no concebidas ni nacidas pasan a través del cuerpo... Migraciones, viajes increíbles a través de desiertos y selvas y montañas (éxtasis y muerte en valles cerrados de las montañas en los que las plantas nacen del sexo, inmensos crustáceos se incuban en el interior y rompen el cascarón del cuerpo) cruzando el Pacífico en piragua hasta la Isla de Pascua...

(Se me ocurre que esa náusea inicial de la ayahuasca es el mareo del transporte al reino del yage...)

—Todos los hechiceros lo utilizan en sus prácticas para predecir el futuro, encontrar objetos perdidos o robados, diagnosticar y curar enfermedades, identificar al que perpetró un delito.

Los indios (camisa de fuerza para Herr Boas —chiste del oficio— nada exaspera tanto a un antropólogo como el Hombre Primitivo) consideran que ninguna muerte es accidental y, por tanto, como no son conscientes de sus propias tendencias autodestructivas, a las que aluden despectivamente como «nuestros parientes desnudos», o quizá intuyen que esas tendencias están básicamente sometidas a la manipulación de voluntades ajenas y hostiles, que toda muerte es asesinato. El hechicero toma ayahuasca y la identidad del asesino le es revelada. Como se imaginará, las deliberaciones del hechicero durante esas investigaciones en la selva producen no poco nerviosismo entre sus representados.

—Mira que si el viejo Xiuptutol se nos pasa y acusa a uno de los nuestros...

—Tómate un curare y estate tranquilo. Todo está arreglado...

—Pero ¿y si se pasa? Está todo el tiempo dándole a la natima, debe llevar veinte años sin bajar al suelo... En serio, jefe, no se le puede pegar tanto al asunto... Te fríe los sesos...

—Entonces lo declararemos incapaz...

Así que Xiuptutol sale de la selva dando tumbos y dice que fueron los chicos del Bajo Tzpino, cosa que no sorprende a nadie... Fíate de los brujos viejos, querida, no les gustan nada las sorpresas...

Un entierro atraviesa el mercado. Ataúd negro —inscripciones arábigas en filigrana de plata— llevado por cuatro porteadores. Cortejo de plañideras cantando los cantos fúnebres... Clem y Jody se ponen a la altura del féretro. Un cerdo muerto emerge de dentro... Lleva puesta una chilaba, una pipa de kif en la boca, un paquete de fotos pornográficas en la pezuña y un mezuzzah colgado del cuello... Inscripción en el féretro:

«Fue el más noble de todos los árabes.»

Cantan una horrenda parodia del canto fúnebre en falso árabe. Jody hace una parodia de discurso chino que te puedes morir... es como un muñeco de ventrílocuo pero histérico. De hecho, provocó en Shanghai un motín contra los extranjeros que produjo tres mil víctimas.

—Levántate, Gertie, un poco de respeto a los amarillos del país.

—Eso *debiera*.

—Querido, estoy trabajando en el más maravilloso de los inventos... un chico que desaparece en cuanto te corres, y deja olor a hojas quemadas y un efecto sonoro como silbidos de un tren lejano.

—¿Has tenido alguna vez relaciones sexuales fuera de la gravedad? El esperma flota en el aire como un ectoplasma encantador, y las hembras son susceptibles de concepción inmaculada, o al menos indirecta... Me recuerda a un viejo amigo mío, uno de los hombres más guapos que he conocido, y uno de los más locos, absolutamente podrido de dinero. Solía ir a las fiestas con una pistola de agua cargada de esperma y la disparaba sobre las mujeres de carrera. Ganó todas las demandas de paternidad sin mover ni un solo dedo. Nunca usaba su propio semen, como comprenderás.

Fundido en negro...

—¡Orden en la sala!

ABOGADO DE A. J. —Pruebas concluyentes han demostrado que mi cliente no tiene hum relación personal alguna con el hum ligero accidente de la encantadora demandante... que tal vez está preparándose para emular a la Virgen María y concebir sin mácula adjudicando a mi cliente el papel de ejem alcahuete angélico... Quiero recordar un caso que se dio en la Holanda del siglo XV, cuando una joven acusó a un

anciano y respetable brujo de haber conjurado a un súcubo que tuvo entonces hum trato carnal con la joven en cuestión produciéndose el, dadas las circunstancias, lamentable resultado de un embarazo. El brujo fue así condenado por complicidad y descarado *voyeurismo* antes del hecho, en el hecho y después del hecho. Pero nosotros, señores del jurado, ya no damos crédito a esas hum leyendas, y cualquier joven que en este siglo de la razón atribuya su hum estado interesante a las atenciones de un súcubo, será considerada como una romántica, o para decirlo en cristiano, una puta mentirosa. Je je je je...

Y a continuación, La Hora del Profeta:

—Millins murió en las llanuras del opio. Sólo una calada directa a los pulmones.

»—Ojo, ojo, Capitán —dijo lanzando los ojos sobre el puente... —. ¿Y quién va a poner las cadenas esta noche? Es conveniente observar algunas precauciones con el viento de proa, puesto que el de popa no ha traído nada de provecho... Esta temporada en el infierno están de moda las señoritas y estoy cansado de la larga ascensión a un Vesubio en el que laten pollas extranjeras.

Necesito un Orient Express que me saque de aquí a ninguna parte, hay muchas minas en la zona... Cavar todos los días un poco ayuda a pasar el tiempo...

Fantasmas pajilleros susurran su cálido aliento en el oído...

Dispárate el camino hacia la libertad.

—*¡Cristo!* —dice desdeñoso el Santo viejo, vicioso y mariquita, dándose polvos de una copa de alabastro... —. ¡Un aficionado de tres al cuarto! ¿Crees que yo me rebajaría a realizar un milagro... ? Ese tendría que haberse dedicado a ir por las ferias: «Pasen, primos y panolis, pasen y traigan a sus niños también. Lo mejor para jóvenes y viejos, hombres y bestias... El verdadero *Hijo del Hombre* curará las purgaciones del joven con una mano, sólo con tocarlo, señores, y creará marihuana con la otra mientras camina sobre las aguas y echa vino por el culo... No se acerquen demasiado, señoras y señores, porque pueden sufrir las radiaciones que acumula nuestro artista.»

»Y además, cariño, lo conocí cuando... Me acuerdo que hacíamos un número de imitadores —de primera categoría, claro— en Sodoma, que es un sitio de mala muerte... Justo para escapar del hambre... Bueno, pues ese individuo, ese puto filibustero que venía de Baal o algún sitio así, va y me llama maricón de mierda en la misma pista. Y yo le dije: "Tres mil años en el mundo del espectáculo y nunca se ha podido decir nada de mí. Además, no tengo por qué aguantar las porquerías de ningún mamón sin circuncidar... " Después fue a mi camerino a pedirme perdón... Y resulta que era un gran médico. Y además, un tipo encantador...

»—*¿Buda?* Un yonqui metabólico, lo sabe todo el mundo... Se la fabrica él mismo, ¿entiendes? En la India no tienen sentido del tiempo, el Hombre llega muchas veces hasta con un mes de retraso... "Espérate a ver, ¿en qué monzón estamos, en el segundo o en el tercero? Tengo una cita en Ketchupore sobre poco más o menos. "

»Todos los yonquis sentados por aquí en postura de loto, escupiendo en el suelo y esperando al Hombre.

»Y entonces dice Buda: "No estoy dispuesto a aguantar más este coñazo. Como hay Dios que me metabolizaré mi propia droga. "

»—No puedes hacer eso, hombre, se te van a echar encima los de la contribución.

»—A mí no me tocan. Tengo un truco, ¿sabes? A partir de este momento me convierto en santón y que se jodan.

»—¡Coño, jefe, eso es vista!

»—Hay algunos ciudadanos que se pasan muchísimo cuando descubren la Nueva Religión. Son individuos frenéticos que no saben cómo desenvolverse. No tienen clase... Además, cualquier día los linchan porque, ¿quién aguanta a una gente que anda por ahí siendo mejor que todos los demás? "¿Qué pretendes, Jack, conseguir que la gente lo pase mal...?" Así que es mejor tomárselo con calma, ¿entiendes?, con calma... No hay más propuesta que tomarlo o dejarlo, amigos. No vamos a meternos nada en el alma por la fuerza como hacen algunos personajillos de mala muerte que no debemos mencionar, como si no existieran. Despejen la cueva, para el acto. Voy a metabolizar un *speed-ball* y soltar el Sermón del Fuego.

»—*¿Mahoma?* ¿Estás de broma? Se lo inventó la Cámara de Comercio de La Meca —y el guión lo escribió un publicitario egipcio en baja forma por empinar demasiado el codo.

»—Ponme otro más, Gus. Y después me iré a casa, por Alá, y recibiré una sura... Verás cuando llegue al zoco la edición de la mañana. Menudo palo le pego a Imágenes Reunidas.

»El barman levanta la vista de su boleto de apuestas:

»—Sí. Y su condena será terrible.

»—Oh... ah... del todo. Bueno, Gus, te rimaré un cheque.

»—Sus cheques sin fondos son más conocidos que el TBO en toda La Meca, señor Mahoma. Y yo no leo tebeos.

»—Bueno, Gus, puedo hacer dos clases de publicidad, a favor y de la otra. ¿Quieres que te haga un poco de la otra ya? Es muy posible que reciba una sura sobre los camareros que no fían a los que están necesitados.

»—Y su condena será terrible. Arabia vendida. —Salta por encima de la barra—. Se acabó lo que se daba, Ahmed. Recoge tus suras y largo. Bueno, yo te ayudaré. *Y no vuelvas*.

»—¡Ya verás lo que te cae por incrédulo, mamón! Te dejaré tan cerrado y reseco como el ojo del culo de un yonqui. Por Alá que dejaré seca la península entera.

»—Es ya un continente...

»—Lo que dijo Confucio puedes dejarlo con el niño Juanito y su perrito. ¿Lao-tzu? Ya está dado de baja... Y basta ya de tanto santurrón con cara patética de

consternación como si les estuvieran dando por el culo y no se dieran por enterados. ¿Hay alguna razón para dejar que un viejo aficionado sin suerte nos explique lo que es la sabiduría? "Tres mil años en el mundo del espectáculo y nunca se ha podido decir nada de mí... "

»—Primero se encarcela a todos los fácticos junto con los chulos de maricón y los que profanan a los dioses del comercio jugando a la pelota en las calles, y algún viejo cabrón de pelo blanco sale dando tumbos para ofrecernos los honores de su intelectualidad alcohólica. ¿Nunca nos veremos libres de ese necio de barba gris que se oculta en cada una de las cumbres del Tibet, que surge de una choza del Amazonas, que te sale al paso en el Bowery? "He estado esperándote, hijo mío", y te suelta el cargamento entero. "La vida es una escuela en la que cada alumno tiene una lección diferente que aprender. Y ahora abriré ante ti mi oculto Tesoro de Palabras... "

»—Mucho me lo temo.

»—Oh, no, nada detiene a la marea en su ascenso.

»—No puedo detenerle, chicos. *Sauve qui petu*.

»—Te juro que después de estar con el Sabio no me siento como un ser humano. Convierte los orgones de la vida en mierda muerta.

»—De modo que ahí va una exclusiva: ¿Por qué no suelto la palabra viva? Porque la palabra no puede ser expresada directamente... Puede indicarse quizá mediante un mosaico de yuxtaposiciones como los objetos abandonados en el armario de un hotel, definirse por negación y ausencia...

»—Creo que me haré reducir la barriga... puede que ya no sea joven, pero sigo siendo deseable.»

(La barriga se reduce con una intervención quirúrgica en la que se quita grasa del estómago y vientre, y al mismo tiempo se realiza un pliegue en la pared abdominal, creándose así un Corsé de Carne. Este, sin embargo, siempre correrá peligro de romperse y dejar que tus intestinos de toda la vida se desparramen por el suelo... Los modelos de C. de C. más favorecedores y adelgazantes son, naturalmente, los más peligrosos. De hecho, los modelos más exagerados se conocen en la profesión con las siglas S. U. N.: Sólo Una Noche.

El doctor Rindtfest, el Garabatos, declara con franqueza:

—La cama es lo más peligroso que hay para alguien con un C. de C.

El tema musical del C. de C. es «Ay, si todos estos dulces y juveniles encantos... » Evidentemente, un compañero de cama con C. de C. es susceptible de «escurrirse entre tus brazos como un regalo de las hadas que se desvanece».)

En una sala de museo blanca llena de luz desnudos rosa de veinte metros de alto. Amplio murmullo adolescente.

Barandilla plateada... precipicio de trescientos metros sobre los destellos del sol. Verdes huertos de repollos y lechugas. Jóvenes morenos con azuelas espiados por el

marica viejo desde el otro lado del canal de desagüe.

—Ay, querido, ¿crees que usarán excremento humano de abono? A lo mejor se ponen a hacerlo ahora mismo.

Hace aparecer unos gemelos de teatro de nácar. Mosaico azteca bajo el sol.

Una larga hilera de jóvenes griegos asciende con copas de alabastro llenas de mierda; las vacían en la oquedad de la marga caliza.

El viento de la tarde agita los álamos polvorientos al otro lado de la plaza de toros de ladrillo rojo.

Cubículos de madera en torno a una fuente termal... restos de muros en ruinas entre los chopos del soto... bancos como de metal pulido por las masturbaciones de un millón de chavales.

Muchachos griegos blancos como el mármol joden a lo perro en el pórtico de un gran templo dorado... un Chaquetero desnudo tañe el laúd.

Andando por las pistas con su jersey rojo se encontró a Sammy, el hijo del guarda del muelle, con dos chicos mexicanos.

—Eh, flacucho —dijo—, ¿quieres echar un polvo?

—Bueno... vale.

El mexicano le puso a cuatro patas encima de un colchón de paja —chico negro bailando alrededor de ellos, marcando el ritmo... el sol que entra por un agujero de la madera le ilumina en rosa la polla.

Restos de rosa intenso manchan el azul pastel del horizonte donde grandes colinas de hierro se estrellan en jirones.

—Está bien. —El dios grita sus tres mil años de espera a través de ti...

Una pirámide de cráneos de cristal deja hecho añicos el invernadero bajo la luna de invierno...

La Americana ha dejado tras ella un perfume de veneno que flota en la humedad del jardín... una fiesta de verano en Saint Louis.

Estanque cubierto de limo verde en un jardín francés abandonado. Enorme rana patética se eleva lentamente desde el agua tocando el clavicordio sobre un escenario de barro.

Un sollubi se precipita dentro del bar y se pone a limpiar los zapatos del Santo con la grasa de su nariz... El Santo le da una patada despectiva en la boca. El sollubi grita, gira sobre sí mismo y se caga encima de los pantalones del Santo. Luego sale zumbando a la calle. Un chulo le sigue con la mirada, pensativo...

El Santo llama al encargado:

—Pero, por Dios, Al, ¿qué clase de tugurio es éste? Unos acampanados de alpaca recién estrenados...

—Perdona, Santo. Se me coló.

(Los Sollubis son una casta de intocables de Arabia, notorios por la más abyecta

indignidad. Los cafés de lujo disponen de sollubis que lamen el culo de los clientes mientras comen —con tal propósito, los asientos están provistos de agujeros—. Los ciudadanos que desean ser humillados y degradados hasta el máximo —cosa que hace mucha gente hoy en día, con la esperanza de robar la salida— se ofrecen a los campamentos Sollubi como sujetos pasivos del coito anal... No hay nada como eso, según tengo entendido... De hecho, los sollubis tienden a hacerse ricos y arrogantes y a olvidar la abyección de su cuna. ¿Cuál es el origen de los intocables? Quizá una casta de sacerdotes en desgracia. De hecho, los intocables realizan una función sacerdotal al tomar sobre sí mismos toda la inmundicia humana.)

A. J. pasea por el mercado con capa negra y un buitre trepado en un hombro. Se detiene junto a la mesa de unos agentes.

—Les contaré algo bueno. Chico de quince años, en Los Angeles. El padre dice que ya es hora de que eche su primer polvo. El chico tumbado en el césped leyendo tebeos. Sale el padre y dice: «Hijo, aquí tienes veinte dólares; quiero que te busques una buena puta y le pegues un buen palo.»

»De manera que coge el coche y se lo lleva a una casa de putas finas y le dice: "Bueno, hijo. Arréglatelas tú solo. Llama al timbre y cuando te abran le das los veinte dólares a la mujer y le dices que quieres pegarle un palo. "

»—Vale, papi.

»Como al cuarto de hora, sale otra vez el chico.

»—Qué, hijo, ¿ya has echado el palo?

»—De buten. La fulana me abrió la puerta y le dije que quería pegar un palo y le solté los veinte machacantes. Subimos a su cuarto y se puso en pelotas y yo saqué mi cadena y le solté un palo del copón y la tía empezó a armar semejante cristo que tuve que coger un zapato y machacarle la sesera. Después me la follé para quedarme contento.

Sólo quedan los huesos, riendo, la carne pasa las colinas, a lo lejos, con el viento del amanecer y el silbido del tren. No ignoramos que el problema existe, las necesidades de nuestros representados están siempre presentes en nuestro pensamiento, en él residen con toda seguridad porque, ¿quién podría desahuciarlos de nuestras sinapsis alquiladas en permanencia?

Otro episodio de las aventuras de Clem Snide, el Ojete de Lince:

—Así que entro en el tugurio aquel y veo una furcia sentada en la barra y me digo: «Dios mío, una *poule de luxe*.» Quiero decir que era como si ya hubiese visto antes a la fulana aquella. Así que al principio no le hago caso y luego la descubro frotándose un muslo con otro y que levanta los pies hasta la cabeza y la baja para hacerse un tipo de lavaje con un chisme que le sale de la nariz que no hay cristiano que no se entere.

Iris —mitad china y mitad negra —adicta a la dihidroxiheroína —se pega un

chute cada cuarto de hora, con lo que se deja las agujas y goteros puestos por todo el cuerpo. Las agujas se oxidan dentro de la carne seca que, aquí y allá, las ha ido cubriendo completamente hasta formar quistes blandos de un marrón verdoso. Ante ella, sobre la mesa, un samovar con té y una cesta con diez kilos de azúcar morena. Nadie la ha visto nunca tomar otra cosa. Sólo justo antes de cada pinchazo oye lo que le dicen o dice algo ella. Hace alguna indicación aséptica, objetiva; referente a su propia persona.

—Se me está taponando el ojo del culo.

—Me salen unos jugos verdes terribles por el coño.

Iris es uno de los proyectos de Benway.

—El cuerpo humano puede funcionar a base de azúcar sólo, me cago en Dios... Soy consciente de que algunos de mis ilustres colegas que tratan de empequeñecer mi genial trabajo, pretenden que introduzco clandestinamente vitaminas y proteínas en el azúcar de Iris... Desafío a esos tontos del culo sin nombre a que se arrastren fuera de sus letrinas y hagan un análisis *in situ* del azúcar de Iris, y de su té. Iris es un coño norteamericano integral. Niego categóricamente que se esté alimentando de semen. Y permítanme aprovechar esta oportunidad para declarar que soy un científico respetable, no un charlatán, un iluminado, o un presunto hacedor de milagros... Nunca he pretendido que Iris pudiera subsistir exclusivamente por fotosíntesis... No he dicho que pueda aspirar dióxido de carbono y exhalar oxígeno... confieso que me he sentido tentado de hacer el experimento, pero naturalmente, mi ética profesional me detuvo... En resumen, las viles calumnias de mis ruines enemigos se volverán inevitablemente contra ellos, y vendrán al plato como buenos palomos.

GENTE NORMAL Y CORRIENTE

Comida del Partido Nacionalista con vistas al Mercado. Puros, whisky, eructos discretos... El líder del Partido se pasea en chilaba, tomando whisky y fumando un puro. Lleva zapatos ingleses caros, calcetines chillones, ligas, piernas musculosas, peludas... En conjunto, aspecto de gángster triunfador disfrazado.

LÍDER (señalando con gesto dramático). —Mire allí. ¿Qué ve usted?

LUGARTENIENTE. —Hum. Bueno, veo el Mercado.

LÍDER. —No, no ve eso. Ve hombres y mujeres. Gente *normal* y *corriente* haciendo las cosas normales y corrientes de todos los días. Viviendo sus vidas normales y corrientes. Eso es lo que necesitamos...

Un golfillo trepa hasta la barandilla de la terraza.

LUGARTENIENTE. —¡No, no queremos comprar condones usados! ¡Largo!

LÍDER. —¡Espera... ! Ven aquí, muchacho. Siéntate... Toma un cigarro... Tómate una copa.

Da vueltas alrededor del chico como un gato montes cachondo.

—¿Qué piensas de los franceses?

—¿Hu?

—Los franceses. Esos cabrones colonialistas que os están chupando los glóbulos vitales.

—Mire, míster. Chuparme los glóbulos son doscientos francos. No he bajado la tarifa desde el año de la peste, cuando murieron todos los turistas, hasta los escandinavos.

LÍDER. —¿Ve usted? Un chico de la calle perfecto, sin adulteraciones.

—Usted sí que sabe encontrarlos, jefe.

—M. I. nunca falla.

LÍDER. —Mira, chico, vamos a decirlo de otra manera. Los franceses os han arrebatado vuestra herencia.

—¿O sea, como el Banco de la Amistad... ? Tienen a un eunuco egipcio sin dientes para hacer el trabajo. Suponen que provoca menos antagonismo, ¿sabe?, siempre se baja los pantalones para que se vea su estado. «Mire, soy un pobre eunuco viejo y sólo trato de mantener mi hábito. Me gustaría darle otro plazo para el riñón artificial, señora, pero tengo que cumplir con mi trabajo, y punto... Desconectadla, chicos.» Deja ver las encías con un gruñido imperceptible. «Por algo me llaman Nellie el Embargos.»

»Así que desconectan a mi propia madre, esa santa zorra vieja, y empieza a hincharse y a ponerse negra y el zoco apesta a meados y los vecinos protestan a la Junta de Sanidad y mi padre dice: "Es la voluntad de Alá. Ya no volveré a tirar mi dinero por la cañería como si lo meara. "

»Los enfermos me dan asco. Cuando alguien empieza a hablarme del cáncer de próstata o de su tabique podrido y sus secreciones de pus, le digo: "¿Te crees que tengo el más mínimo interés en que me expliques tu asqueroso estado? No me interesa nada de nada. "

LÍDER. —Muy *bien*. Corta. Odias a los franceses, ¿no es cierto?

—Míster, yo odio a todo el mundo. El doctor Benway dice que es cosa metabólica, algo que tengo en la sangre... Los árabes y los norteamericanos la tenemos especial... El doctor Benway está preparando un suero.

LÍDER. —Benway es un agente occidental infiltrado.

LUGARTENIENTE 1. °. —Un puerco judío francés...

LUGARTENIENTE 2. °. —Un culo cagado de negro judío comunista de mierda.

LÍDER. —¡Cállate, imbécil!

LUGARTENIENTE 2. °. —Perdone, jefe. Estoy para que me destinen a oficinas.

LÍDER. —No te acerques a Benway. (Aparte: «Me pregunto si se tragará esto. Nunca se sabe lo primitivos que son.») En confianza, hace magia negra.

LUGARTENIENTE 1. °. —Tiene un demonio contratado.

—¡Aja!... ! Bueno, tengo que ir a ver a un cliente norteamericano con tela en cantidad. Un tío con clase de veras.

LÍDER. —¿No te das cuenta de que es una vergüenza arrendar tu culo a pijos infieles y extranjeros?

—Bueno, hay otros puntos de vista. Que ustedes lo pasen bien.

LÍDER. —Igualmente. —Sale el chico—. No tienen solución, se lo aseguro, no tienen solución.

LUGARTENIENTE 1. °. —¿Qué es eso del suero?

LÍDER. —No lo sé, pero suena peligroso. Será mejor que situemos un localizador telepático sobre Benway. No hay que fiarse de él. Puede hacer casi cualquier cosa... Convertir una matanza en una orgía sexual...

—O en una broma.

—Exactamente. Un tipo habilidoso... Sin principios...

UN AMA DE CASA NORTEAMERICANA (abriendo una caja de Lux). —¿Por qué no tiene una célula fotoeléctrica que abra la caja en cuanto me vea y se ponga sola en el Sirviente Perfecto Automático para que la meta en el agua... ? El Sirviente Perfecto está sin control desde el jueves y está empezando a pasar a lo físico sin que le haya puesto ese programa para nada... Y el Sistema de Trituración de Basuras me tira mordiscos y el cerdo del Turmix viejo queriendo meterme mano todo el rato... Tengo un catarro horroroso y el intestino fatal, estreñido... Voy a poner al Sirviente Perfecto el programa para que me dé lavativas.

VENDEDOR (está entre Latah agresivo y Emisor tímido). —Recuerdo cuando viajaba con K. E., el hombre con más ideas de toda la industria de electrodomésticos.

»—¡Imagínate! —suelta—. ¡Una desnatadora en su cocina!

»—Se me va la cabeza sólo de pensarlo, K. E.

»—Puede que falten cinco, diez, sí, tal vez veinte años... Pero llegará.

»—Esperaré, K. E. Esperaré todo lo que haya que esperar. Cuando empiecen a llamar a los primeros números en el más allá, allí estaré.

»K. E. fue el que sacó el Pulpo para salones de masaje, peluquerías y baños turcos, un chisme para administrar al cliente lavativas, masajes inmorales y champúes al mismo tiempo que le corta las uñas de los pies y le quita las espinillas. Y el Doctor Para Todo, para médicos muy ocupados que te quitaba el apéndice, te corregía una hernia, te operaba las almorranas y te hacía la circuncisión. Bueno, K. E. es un vendedor tan atómico que si se queda sin Pulpos sobre la marcha le vende un Doctor Para Todo al peluquero y algún ciudadano se despertará con las almorranas cepilladas...

»—Dios mío, Basilio, ¿qué clase de antro es éste? Me han violado en pandilla.

»—Bueno, se lo juro, lo único que quería era hacerle nuestra lavativa de regalo, gratuita, del día de Acción de Gracias. K. E. ha debido de venderme el material equivocado otra vez...

CHAPERO. —¡Lo que hay que aguantar en este trabajo! Si te cuento las proposiciones que me hacen no te lo creerías... Quieren jugar a latahs, quieren fusionarse con mi protoplasma, quieren una sesión de pinchar figuras, quieren chuparme los orgones, quieren quedarse con mi experiencia anterior y dejarme viejos recuerdos que me dan asco...

»Estaba jodiéndome el individuo aquel y pienso: "Por fin un cabrito normal", pero empieza a correrse y se convierte en una especie de cangrejo espantoso... Le dije: "Mira, tío, no tengo por qué aguantarte el numerito éste... puedes ir a montarlo a un cabaret de locas. " Hay gente que no tiene clase. Y otro personaje, un individuo espantoso, se sienta ahí y telepatiza y suelta la leche en los calzoncillos. Muy desagradable.

Los jóvenes vagabundos retroceden en medio de la confusión más absoluta hasta la linde de la red soviética donde los cosacos ahorcan a los rebeldes a los sones salvajes de las gaitas y los chicos suben por la Quinta Avenida para ser recibidos por Jimmy Walkover con las llaves del Reino y no hay ninguna atadura, llévalas sueltas en el bolsillo...

¿Por qué esa palidez, esa debilidad, bello bujarrón? Olor a sanguijuelas muertas en una lata oxidada abrochadas sobre la herida viva, sorben el cuerpo y la sangre y los huesos de Criiiiisto, le dejan paralítico de cintura para abajo.

Entrega tus papeles, chico, tu dulce papito pasó el examen tres años antes y sabe todas las respuestas para los Campeonatos del Mundo.

Traficantes de abortones persiguen a una vaca preñada hasta que alumbra. El

campesino inicia la covada, se revuelca en la mierda dando gritos. El veterinario pelea con un esqueleto de vaca. Los traficantes se ametrallan entre sí, regatean silos y tractores, artesas de grano, pacas de heno, pesebres, por el enorme establo rojo. Ha nacido el tercero. Las fuerzas de la muerte se funden en la mañana. Un joven campesino se arrodilla con devoción... Su garganta late bajo el sol naciente.

Yonquis sentados en las escaleras de la Audiencia esperando al Hombre. Aldeanos sureños con stetsons negros y levis raídos amarran a un chico negro a una vieja farola de hierro y lo empapan con gasolina ardiendo... Los yonquis se precipitan sobre él para aspirar el humo de la carne hasta bien dentro de sus pulmones doloridos... Un verdadero alivio...

EL OFICIAL DEL JUZGADO. —O sea, que yo estaba sentado delante de la tienda de Jed, allí en Coño Lamido, con la picha tan tiesa como un pino teca y apretando contra el levis, latiendo al sol... Bueno, pues pasa el bueno del doctor Scranton, un buen muchacho, no hay en todo el valle un tío mejor que el doctor Scranton. Tiene el ojo del culo prolapsado y cuando quiere que se lo folien te acerca el culo sacando un metro de in-tes-ti-no... Si está por la labor, suelta un trozo de tripa por la ventana de su despacho hasta la cervecería de Roy y lo pone a buscar una picha a tientas, palpando como un lución... Así que el bueno de Scranton ve mi pija y se para como un perro haciendo la muestra y me dice: «Luke, ¿te tomo el pulso desde aquí?»

Browbeck y el joven Seward luchan contra los capadores de cerdos por establos, gallineros y perreras alborotadas... caballos que relinchan dejando al aire grandes dientes amarillos, vacas que mugen, perros que aúllan, gatos que se aparean entre llantos de niño, una piara de cerdos enormes organiza un griterío tremendo, los lomos erizados. Browbeck el Nervioso ha caído bajo la espalda del joven Seward, aferra los intestinos azules que brotan de una raja de veinte centímetros. El joven Seward corta la pija de Browbeck y la blande, latiendo, en el rosa brumoso de la aurora...

Browbeck grita... los frenos del metro escupen ozono...

—¡Atrás, amigos... ! ¡Atrás!

—Dicen que le empujó alguien.

—Andaba dando bandazos como si no viese bien.

—Demasiado humo en los ojos, seguro.

En la taberna, Mary la Gobernanta Lésbica resbala sobre una compresa ensangrentada y cae al suelo... Un maricón de al menos ciento cincuenta kilos la pisotea hasta machacarla, mientras relincha apasionadamente.

Canta con una voz de falsete espantosa:

Pisa los racimos en las cubas que guardan las uvas de la ira,
Desata el rayo fatal de su espada terrible y veloz.

Desenfunda una espada de madera dorada y da tajos al aire. Se le suelta el corsé que sale zumbando contra la diana de los dardos.

El estoque del torero viejo pincha en hueso y sale zumbando contra el corazón del Espontáneo, deja clavado en el burladero su valor por demostrar.

—O sea, que un maricón elegante llega de Coño Lamido, Texas, a Nueva York, y resulta que es el marica más elegante de todos y se lo rifan todas las viejas del tipo de las que se nutren de mariquitas jóvenes, esas viejas depredadoras sin dientes, demasiado débiles y demasiado lentas para atrapar otras presas. Viejas tigresas apolilladas que se vuelven devoradoras de maricas por cojones... Así que como el individuo aquel era una mariquita muy dispuesta y mañosa, empezó a hacer cosas de pedrería y joyería. Todas las zorras viejas del Gran Nueva York quieren que les haga un aderezo y empieza a hacer dinero, el 21, el Morocco, el Stork, pero no hay tiempo para el sexo, todo el rato preocupado por su reputación... Empieza a jugar en las carreras; se supone que hay algo masculino en lo de jugar, sabe Dios por qué, y se imagina que será bueno para el negocio que lo vean por el hipódromo. Hay pocos maricones que apuesten a los caballos, y los que apuestan pierden más que los otros, son unos jugadores fatales, se meten de cabeza a todo cuando van perdiendo y se retiran cuando ganan... en fin, la misma historia de sus vidas... Y hasta los niños saben que en el juego hay una ley: el ganar y el perder vienen por rachas. Métete a fondo cuando estés ganando, retírate cuando pierdas. (Una vez conocí a un marica que metía la mano en el cajón, pero no metía dos mil a ganador por una cabeza o a Sing-Sing. No, Gertrie, no... Oh, no, sólo dos pavitos cada vez...)

»Así que pierde y pierde y vuelve a perder. Un día, en el momento de ir a poner una piedra en una joya, se le ocurre lo de siempre. "Naturalmente, luego la devolveré. " Ultimas palabras de lo más conocidas. Y aquel invierno, diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas y zafiros imperiales del gran mundo van siendo empeñados uno tras otro y sustituidos por imitaciones falsas...

»La noche de inauguración de la temporada de ópera llega una vieja cacatúa creyéndose resplandeciente con su tiara de brillantes. Y se le acerca otra vieja puta y le dice: "Oh, Miggles, cómo eres de lista... dejar las buenas en casa... debemos de estar locas para andar tentando al destino. "

»—Te equivocas, querida. Estas *son* las piedras buenas.

»—Pero, Miggles, mi amor, estás loca... Pregúntale a tu joyero... Bueno, pregúntaselo a *cualquiera*. Ja ja ja.

»O sea que convoca a toda prisa un aquelarre. (Lucy Bradshinkel, mira tus esmeraldas.) Todas las brujas aquellas examinan sus piedras como un individuo que descubre síntomas de lepra.

»—¡Mi rubí sangre de pichón!

»—¡Mis opeloz neglos! Vieja zorra casada tantas veces con tantos amarillos y

tantos hispanos que confundes los acentos con los pedos...

»—¡Mi zarifo imperial! —chilla una *poule de luxe*—. ¡Oh, qué espanto!

»—¡Pero si parecen totalmente de Woolworth... !

»—No hay más que una solución. Voy a llamar a la policía —dice un vejestorio valiente y decidido; y sale pisando fuerte con sus tacones bajos y llama a la bofia.

»Total, que a la maricona joven le caen dos años; en la trena conoce a un elemento que es una especie de chulo barato y nace el amor o por lo menos un facsímil que deja a ambas partes convencidas de ello. Y como exige el guión, los sueltan casi a la vez y fijan su residencia en un piso del Lower East Side... Y cocinan en casa y los dos trabajan en cosas modestas pero legales... Y así Brad y Jim son felices por primera vez.

»Entran fuerzas del mal... Lucy Bradshinkel viene a decir que todo está perdonado. Confía en Brad y quiere ponerle un estudio. Tendrá que cambiarse a la zona de las calles Sesenta Este, naturalmente... "Este sitio es imposible, querido, y tu amigo... " Y una gente conocida quiere a Jim para que lleve un coche. Es subir un peldaño, ¿entiendes? Que te lo ofrezcan unos individuos que apenas si te conocen de vista, quiero decir.

»¿ Volverá Jim a delinquir? ¿Sucumbirá Brad a los halagos de un vampiro envejecido, una loba voraz... ? No hace falta decir que las fuerzas del mal son rechazadas y salen gruñendo y rezongando amenazadoras:

»—Esto no le va a gustar nada al Jefe.

»—No sé cómo se me habrá ocurrido perder el tiempo con una mariquita como tú, ordinario.

»Los chicos pronto están junto a la ventana de su aposento, abrazados, mirando el puente de Brooklyn. Un tibio viento de primavera agita los rizos negros de Jim, los suaves cabellos teñidos con henna de Brad.

»—Bueno, Brad, ¿qué hay de cena?

»—Vete a la habitación y espera. —Lo echa de la cocina con un gesto juguetón y se pone el delantal.

»La cena es el coño de Lucy Bradshinkel, *saignant* a la papillote de tampax. Los chicos comen alegremente mirándose a los ojos. Les resbala la sangre por la barbilla.

Que el azul del alba atraviese la ciudad como una llamarada... Los patios están limpios de fruta y los cubos de ceniza dejan ir a sus muertos encapuchados...

—¿Cuál es el camino de Tipperary, señora?

Más allá de las colinas y lejos, hacia las praderas azules... A través de la hierba abonada, harina de huesos, hasta el estanque helado donde los peces de colores esperan inmóviles la primavera.

La calavera grita y rueda escaleras arriba para arrancar de una dentellada la pija del marido infiel que se aprovecha del dolor de oídos de su esposa para hacer lo que

no debe. El joven marino de agua dulce se pone el sueste y pega a su mujer en la ducha hasta matarla.

BENWAY. —No te lo tomes tan a pecho, niño... «Jeder macht eine kleine Dummheit.» (Todos cometen alguna estupidez.)

SCHAFER. —Le aseguro que no puedo evitar una sensación... no sé, de *maldad* en este asunto.

BENWAY. —Música celestial, muchacho... Somos hombres de ciencia... Científicos puros. Investigación desinteresada y maldito sea quien diga: ¡Alto, eso es *demasiado*! Esa gente no son más que charlatanes políticos.

SCHAFER. —Sí, sí, por supuesto... pero sin embargo... no puedo quitarme ese hedor de los pulmones...

BENWAY (irritado). —Ninguno de nosotros puede... Nunca hemos olido nada ni remotamente parecido... ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! ¿Qué sucedería si administrásemos curare y pulmón de acero durante un ataque de manía agudo? Posiblemente el paciente, incapaz de descargar sus tensiones mediante actividad motriz, sucumbiría de inmediato, como una rata de la selva. Una causa de muerte interesante, ¿eh?

Schafer no ha oído:

—¿Sabe? —dice impulsivamente—, me parece que voy a volver a la cirugía normal de toda la vida. El cuerpo humano es de una ineficencia escandalosa. En vez de tener una boca y un ano que se estropean, ¿por qué no tenemos un solo agujero para todo, para comer y para eliminar? Podríamos ocluir boca y nariz, rellenar el estómago y hacer un agujero para el aire directamente en los pulmones, que es donde debía de haber estado desde el principio...

BENWAY. —¿Y por qué no un glóbulo para todo? ¿Le conté alguna vez lo del hombre que enseñó a hablar a su culo? Movía el abdomen entero arriba y abajo, ¿entiende?, pedorreaba las palabras. Nunca había oído nada semejante.

»El habla del culo aquel tenía una especie de frecuencia intestinal. Te pegaba justo en los labios, y te entraban las ganas. Como cuando el colon avisa y sientes una especie de frío por dentro y sabes que no tienes más remedio que soltar la tripa, ¿entiendes? Pues aquella voz te pegaba justo ahí abajo, un sonido espeso, pringoso, borboteante, un sonido que se podía *oler*.

»El hombre trabajaba por las ferias, ¿entiende?, y al principio era como un número de ventrílocuo nuevo. Y muy divertido, además, por entonces. Hacía un número que se llamaba "El Ojo Mejor" que era la monda, se lo juro. Se me ha olvidado cómo era, pero era muy divertido. Algo como: "Oye, tú, ¿sigues ahí abajo todavía?"

»—¡No! ¡Me he ido a cagar!

»Al cabo de un tiempo, el culo empezó a hablar por sí solo. Salía a escena sin nada preparado y el culo se ponía a improvisar y le daba la réplica en los chistes todas

las veces.

»Luego fue desarrollando una especie de dientes, como ganchos ásperos curvados para adentro, y empezó a comer. Creyó que era algo simpático y montó un número con eso, pero el ojete se dedicaba a comerle los pantalones y quedar al aire y empezar a hablar por la calle, vociferando que quería igualdad de derechos. Y además se emborrachaba y le daban lloronas, que nadie le quería ni le besaban, todas las bocas. Y acabó por pasarse hablando todo el día y otra vez, darle puñetazos, meterle velas encendidas dentro, pero nada servía de nada y el ojete le dijo: "Al final serás tú el que se calle, no yo. Porque ya no haces ninguna falta. Y puedo hablar y comer y cagar. "

»Después empezó a despertarse por las mañanas con algo como una cola de renacuajo por la boca, llena de una gelatina transparente. Lo que los científicos llaman T. N. D., un Tejido No Diferenciado, que se reproduce en todo tipo de zonas del cuerpo humano. Se lo arrancaba de la boca y se le quedaban trozos pegados en las manos como gelatina de gasolina ardiendo y allí nacían, crecían en cualquier sitio en que le cayera una gota encima. Hasta que por fin se le obturó la boca y se le hubiera amputado espontáneamente la cabeza entera (¿sabías que en algunas zonas de África, y sólo entre los negros, se da una enfermedad en la que el dedo meñique se amputa espontáneamente?), de no ser por los *ojos*, ¿entiendes? Lo único que el ojo del culo *no podía* era ver. Necesitaba los ojos. Pero las conexiones nerviosas quedaron bloqueadas e infiltradas y atrofiadas y el cerebro no podía seguir dando órdenes. Estaba atrapado en el cráneo, tapiado. Durante un tiempo podía verse a través de los ojos cómo sufría el cerebro, silencioso e impotente, pero seguramente se murió porque los ojos *se apagaron*, y ya no reflejaban más sentimientos que un ojo de cangrejo en la punta de una antena.

»Es el sexo que escapa al censor, se cuela entre los distintos despachos, porque siempre hay un *intersticio*, en la música popular, en las películas de serie B, que deja ver la podredumbre fundamental de Norteamérica, que salta como un forúnculo aplastado, que salpica pegotes de T.N.D. que caen por todas partes y hacen brotar formas espantosas. Unas estarán formadas enteramente de tejido eréctil, como de pene, otras serán vísceras apenas recubiertas de piel, racimos de tres y cuatro ojos apiñados, revoltijos de boca y ojos de culo humanos agitados y servidos según salgan.

»El resultado final de la representación celular completa es el cáncer. La democracia es cancerígena y su cáncer es la burocracia. Una oficina arraiga en un punto cualquiera del Estado, se vuelve maligna como la Brigada de Estupefacientes, y crece y crece reproduciéndose sin descanso hasta que, si es controlada o extirpada, asfixia a su huésped, ya que son organismos puramente parásitos. (En cambio, una cooperativa *puede* vivir sin Estado. Es una ruta a seguir. Crear unidades independientes que satisfagan las necesidades de quienes participan en el

funcionamiento de cada unidad. Una oficina opera a partir del principio contrario *inventar necesidades* para justificar su existencia.) La burocracia es tan nefasta como el cáncer, supone desviar de la línea evolutiva de la humanidad sus inmensas posibilidades, su variedad, la acción espontánea e independiente, y llevarla al parasitismo absoluto de un virus.

»(Se cree que el virus es una degeneración de una forma de vida más completa. Es posible que en otros tiempos tuviese incluso vida independiente. Ahora ha descendido a la línea divisoria entre materia viva y muerta. Sólo presenta cualidades de ser vivo si tiene un huésped, si usa la vida de otro: es la renuncia a la vida misma, una *caída* hacia el mecanismo inorgánico, inflexible, hacia la materia sin vida.)

»La burocracia muere cuando se derrumba la estructura del Estado. Las oficinas son tan incapaces e inadecuadas para tener existencias independientes como una solitaria sin tripa, o un virus que ha matado a su huésped.

»Una vez en Timboctú vi un chico árabe que tocaba la flauta con el culo, y los mariquitas me contaron que en la cama era algo único. Te tocaba una canción subiendo y bajando por el órgano, apretando en los puntos erógenos, distintos en cada persona, claro está. Cada amante tenía su propia canción, la perfecta para él, para llevarle al orgasmo. El chico era un artista a la hora de improvisar nuevas combinaciones y orgasmos especiales, algunos eran notas en lo desconocido, arpegios de apariencia discordante que se desparraman súbitamente y se entrechocan con un impacto vistoso, cálido y dulce.

El «Gordo» Terminal ha organizado una batida de babuinos culirrojos en motocicleta.

Los Cazadores se han reunido en el bar El Enjambre a tomar un desayuno de caza. Los Cazadores se pavonean como unos imbéciles narcisistas, con sus cazadoras de cuero negro y sus cinturones claveteados, sacando músculo que hacen tocar a los maricas. Todos llevan enormes pectorales postizos. De vez en cuando, uno de ellos tira a un marica al suelo y le mea encima.

Beben ponche Victoria, una mezcla de paregórico, cantáridas, ron moreno fuerte, coñac Napoleón y aguardiente. Lo sirven de un gran babuino dorado hueco, agachado de pavor, que tira viajes a la lanza que lleva clavada en un costado. Si se le retuercen los huevos, sale el ponche por la pija. De tanto en tanto, suelta un sonoro pedo y le salen del culo entremeses calientes. Cada vez que eso sucede, los cazadores braman de risa animal, y los maricas chillan y se retuercen.

El Montero Mayor es el Capitán Siempredura, que fue expulsado del 69.° de la Reina por afanar un suspensorio en una partida de *strip-poker*. Motos que se inclinan, saltan, dan vueltas de campana. Babuinos que escupen, chillan, cagan, luchan cuerpo a cuerpo con los Cazadores. Motos sin piloto se arrastran por el polvo como insectos paralíticos, atacando a babuinos y Cazadores...

El Líder del Partido avanza en triunfo entre las masas vociferantes. Un anciano cargado de dignidad se caga ante su vista e intenta ofrecerse en sacrificio bajo las ruedas del automóvil.

LÍDER. —No sacrifiques tu reseca persona bajo las ruedas de mi flamante Buick Roadmaster automático, descapotable, neumáticos con banda blanca, ventanillas hidráulicas y toda clase de cromados. Es un truco barato de moros (¡ojo con el acento, Iván!), guárdalo para abono... Diríjase al servicio de conservación para consumar sus excelentes propósitos...

Las tablas de lavar han caído, se mandan las sábanas a la lavandería para quitarles esas manchas culpables... Emmanuel profetiza el Segundo Advenimiento...

Al otro lado del río, hay un chico con el culo como un melocotón; no era nadador, ay, y perdí a mi Clementina.

Un yonqui está sentado con la aguja en espera del mensaje de la sangre, y el timador palpa al primo con dedos de ectoplasma podrido...

La Hora de Higiene Mental del Doctor Berger... Fundido en negro.

TÉCNICO. —Bueno, escucha, lo repetiré bien despacio. «Sí» —asiente con la cabeza—. Y acuérdate de la sonrisa... *sonrisa* —enseña unos horrorosos dientes postizos como si parodiara un anuncio de pasta dentífrica—. «Nos gusta la tarta de manzana y nos gustan nuestros vecinos. Así de sencillo... », y haz que suene *sencillo*, a cosa de campo... Pon una expresión bovina, ¿vale? ¿Quieres la centralita otra vez? ¿O el cubo?

SUJETO (psicópata criminal reformado). —¡No... ! ¡No... ! ¿Qué es bovino?

TÉCNICO. —Que parece una vaca.

SUJETO (con cabeza de vaca). —Muuu, muuu.

TÉCNICO (echándose atrás). —¡Demasiado! ¡No! Limítate a parecer normal, ¿entiendes?, sencillo como un buen paleto...

SUJETO. —¿Un primo?

TÉCNICO. —Bueno, un primo exactamente no. Este individuo no tiene malicia. Ha tenido una ligera concusión... ¿Te das cuenta? Del tipo emisor y receptor telepáticos extirpados. Aspecto de recluta... Cámara, acción.

SUJETO. —Sí, me gusta la tarta de manzana —su estómago gorgotea larga y sonoramente. Estelas de saliva le cuelgan de la barbilla...

El doctor Berger levanta la vista de sus notas. Parece un búho judío con gafas negras, le molesta la luz. Dice:

—Me temo que sea un sujeto inutilizable... Ocúpese de que pase a liquidación.

TÉCNICO. —Bueno, podríamos quitar el gorgoteo de la banda sonora, meterle una sonda en la boca y...

BERGER. —No... Es *inutilizable* —mira al sujeto con asco, como si hubiera cometido un faux-pas tremendo, buscar ladillas en el vestidor de la duquesa, por

ejemplo.

TÉCNICO (resignado y exasperado). —Traigan al sarasa curado.

Entra el homosexual reformado... Camina encerrado en una línea invisible de metal incandescente. Se sienta ante la cámara y empieza a colocar el cuerpo en postura de campesino. Los músculos se ponen en su sitio como elementos de un insecto seccionado. Cara blanda y borrosa de estupidez pura:

—Sí —asiente y sonríe—, nos gustan nuestros vecinos. Así de sencillo —asiente y sonríe y asiente y sonríe y...

—¡Corten! —grita el Técnico. Se lleva al homosexual curado que asiente y sonríe.

—Vamos a verlo.

El Asesor Artístico mueve la cabeza:

—Le falta algo. Le falta salud, para ser exactos.

BERGER (se levanta de un brinco). —¡Ridículo! Si es la salud personificada.

ASESOR ARTÍSTICO (muy digno). —Bien, si puede usted iluminar mi ignorancia sobre el tema, *doctor* Berger, le agradecería que lo hiciera... Si puede llevar todo el proyecto usted solo con su mente privilegiada, no sé para qué tiene *necesidad* de un asesor artístico —sale con la mano en la cadera cantando por lo bajo «Cuando tú te hayas ido... yo seguiré estando aquí».

TÉCNICO. —Traigan al escritor curado... ¿Que tiene qué? ¿Budismo... ? Ah, que no puede hablar. Pues a ver si empieza por ahí, ¿vale? —se vuelve hacia Berger—. El escritor no puede hablar... Sobreliberación, diría yo. Desde luego, podríamos doblarle...

BERGER (cortante). —No, eso no nos sirve... que traigan a otro.

TÉCNICO. —Estos dos han sido mis niños mimados. Les he dedicado más de cien horas extras que todavía no me han sido compensadas.

BERGER. —Reclamación por triplicado... Formulario seis mil noventa.

TÉCNICO. —¿Ahora va a explicarme cómo reclamar? Vamos, doctor, usted dijo una vez que «hablar de un homosexual curado es como: cómo puede un individuo estar completamente sano con cirrosis terminal». ¿No recuerda?

BERGER. —Oh, sí. Eso está muy bien visto, desde luego —gruñe rabioso—. Pero no pretendo ser *escritor* —escupe la palabra con un odio tan feroz que el Técnico retrocede aterrado...

TÉCNICO (aparte). —Tiene un olor insoportable. A cultivos de reproducciones podridas... a pedo de planta carnívora... a eructo de Schafer —parodia la manera académica—. Curioso reptil... La cuestión es, doctor, ¿cómo pretende usted que un cuerpo goce de buena salud si le han lavado el cerebro... ? O dicho de otra manera, ¿puede un sujeto estar sano *in absentia*, por poderes?

BERGER (se levanta de un salto). —¡Yo tengo la salud... ! ¡Toda la salud! ¡Salud

suficiente para el mundo entero, para todo el jodido mundo entero! ¡Lo curo todo!

El Técnico le mira con acritud. Se prepara un bicarbonato y se lo bebe y eructa en la mano.

—Hace veinte años que la dispepsia me tiene mártir.

Dice Lu el Amable papi del cerebro lavado:

—A mí me van sólo los hombres, y estoy encantado... Un secreto, chicas: uso dan de acero japonés, ¿y vosotras no? Nunca me ha dejado tirado. Además, así es más higiénico y se evita cualquier clase de contacto molesto, pueden dejarte paralítico de cintura para abajo. Las mujeres sueltan jugos venenosos...

»O sea que le dije, digo: "Doctor Berger, no se crea que me va a encajar sus viejas beldades cansadas de lavarse el cerebro. Soy la maricona más antigua de todo el Alto Culodemono... "»

Cambia de envoltura en cueva de ladrones donde las golfantes te meten siempre un clavo que gane la casa 666 y menudas guarras las tías están todas enfermas purgaciones podridas hasta el corazón de mi pija por consumar. ¿Quién mató al Primavera... ? El gorrión cae bajo mi fiel Webley, y de su pico brota una gota de sangre.

Lord Jim se ha puesto de un amarillo subido bajo la luna triste y marchita de la mañana, como humo blanco contra el azul y un viento de primavera azota las camisas en los riscos calizos al otro lado del río, Mary, y el amanecer se parte en dos trozos como Dillinger escapando hacia la Historia. Olor a neón y gángsters atrofiados y el delincuente *manqué* se arma de valor para forzar un retrete de pago aspirando en un cubo de amoníaco...

—Al saco —dice—. A éste le doy por el saco, y al saco.

LÍDER (sirviéndose otro whisky). —Los próximos disturbios serán como un partido de fútbol. Hemos importado de Indochina mil latahs de primera, bien alimentados... Lo único que necesitamos es un buen agitador que los dirija.

Recorre la mesa con los ojos.

LUGARTENIENTE. —Pero, jefe, ¿no podemos hacer que empiece uno y que los otros vayan imitándolo tipo reacción en cadena?

La Recitadora serpentea por el mercado:

—¿Qué hace un latah cuando está solo?

LÍDER. —Eso es cuestión técnica. Habrá que consultar a Benway. Yo, por mi parte, creo que alguno debiera llevar la operación hasta el final.

—No lo sé —dijo a falta de los puntos y calificaciones necesarios para tener seguro el nombramiento.

—No tienen sensibilidad —dijo el doctor Benway—, sólo reflejos... Es imprescindible distraerlos.

—La edad para consentir es cuando aprenden a hablar.

—Que todos tus problemas sean pequeños —dijo un pederasta a otro.

—Lo que es mal augurio, querido, es cuando empiezan a probarse tus trajes y no puedes evitar la sensación de ser un doble...

Una loca frenética trata de aferrarse a la chaqueta de sport que se lleva el chico. Suelta un chillido:

—¡Mi chaqueta cachemir de doscientos dólares!

—Y entonces se lió con un latah; el idiota del viejo quería tener a alguien completamente dominado... El latah imita todas sus expresiones y sus hábitos y acaba simplemente por sorberle toda su persona, como un muñeco de ventrílocuo, algo siniestro... «Me has enseñado todo lo que eres... necesito un nuevo *amigo*.» Y el pobre Bubu no pudo ni contestarle porque no le quedaba ni identidad.

YONQUI. —De modo que estamos en esta ciudad sin caballo, únicamente jarabe para la tos.

PROFESOR. —La coprofilia... señores... podría ser denominada el... ejem vicio redundante...

—Veinte años de artista de películas porno y nunca he tenido que caer tan bajo como para fingir un orgasmo.

—La mala pécora drogada colgó al niño antes de que naciera... Las mujeres son mal asunto, niño...

—Me refiero al sexo a nivel consciente, muerto... es igual que llevar ropa vieja a la lavandería...

—Y en pleno arrebato de pasión me dice: «¿No tendrás una horma que te sobre?»

—Me contó que una vez la metieron en una mezquita cuarenta moros y la violaron, se supone que por turnos... Aunque son poco disciplinados... muy bien, ponte al final de la cola, Alí. La verdad, queridos míos, uno de los rollos de peor gusto que he oído jamás. A mí me acababa de violar un grupo selecto de pelmazos cualificados.

Un grupo de nacionalistas acérrimos está sentado ante el Sargazo, miran por encima del hombro a las locas y parlotean en árabe... Clem y Jody aparecen deslumbrantes caracterizados de Capitalistas de manual soviético.

CLEM. —Hemos venido para sacar provecho de vuestro atraso.

JODY. —En palabras del Bardo Inmortal, a engordar a costa de estos moros.

NACIONALISTA. —¡Puerco! ¡Asqueroso! ¡Hijo de perra! ¿No ves que mi gente tiene hambre?

CLEM. —Así es como me gustan.

El nacionalista cae muerto, envenenado de odio... El doctor Benway llega de inmediato:

—¡Todo el mundo atrás! Déjenme aire —toma una muestra de sangre—. Bien, bien, no se puede hacer nada. Cuando te llega la hora, te llega.

El regreso del marica, el árbol de Navidad arde alegremente sobre los montones de basura del pueblo, los chicos se la menean en los retretes de la escuela. ¿Cuántos espasmos jóvenes sobre la vieja tapa de roble desgastada, brillante como oro... ?

Largo sueño en el valle del Río Rojo, ventanas negras y huesos de chicos colgados de telas de araña.

Dos maricones negros se gritan:

MARICA 1.° —Cierra el pico, chocho barato y con granuloma... ¡Si en el ambiente todos te llaman Lu la Asquerosa!

RECITADORA. —La chica de la ingle interesante.

MARICA 2.° —Miau, miau —se ponen piel de leopardo y garras de acero.

MARICA 1.° —Oh, oh. Una dama de la buena sociedad.

Huye dando gritos por el Mercado. El travestí le persigue gruñendo y rugiendo...

Clem pone la zancadilla a un espástico y le quita las muletas... Se pone a imitarlo con descaro retorciéndose y babándose...

Se oyen disturbios a lo lejos... mil lulús de Pomerania en la histeria.

Cierres de tiendas caen como guillotinas. El pánico succiona a los clientes hacia el interior, vasos y bandejas quedan suspendidos en el aire.

CORO DE MARICAS. —Nos violarán a todos. Lo sé, lo sé.

Se precipitan hacia la farmacia y compran una caja entera de vaselina perfumada.

LÍDER (alza la mano con dramatismo). —La Voz del Pueblo.

Pearson el Cambiazos trasquila la yerba corta sujeto al tiránico comandante de Karma, oculto en un descampado, entre las culebras, venteado por el perro escrutable...

El Mercado está vacío, excepto un viejo borracho de nacionalidad indeterminada que se ha privado con la cabeza en una meadera. Los alborotadores irrumpen en el Mercado chillando y aullando «¡Mueran los franceses!», y despedazan al borracho.

SALVADOR HASSAN (retorciéndose ante el ojo de la cerradura). —¡Mira qué expresiones, el ser protoplasmático entero, bellísimo, *todos exactamente iguales*!

Un mariquita cae al suelo gimiendo en un orgasmo:

—¡Oh, Dios mío, esto es demasiado excitante! Como un millón de pijas empalmadas latiendo.

BENWAY. —Me gustaría hacerles un análisis de sangre a esos chicos.

Un hombre portentosamente anodino, barba gris y chilaba marrón caída, canta sin separar los labios con un ligero acento indefinible:

—*Ay mis muñecas, mis queridas lindas bonitas muñecas*.

Patrullas de policías de finos labios, narices grandes y ojos grises y helados penetran en el Mercado por todas las calles de acceso. Golpean con pies y porras a los manifestantes, con brutalidad fría y metódica.

Los manifestantes son retirados en camiones. Los cierres se levantan, los

ciudadanos de Interzonas salen a la plaza salpicada de dientes y sandalias y resbaladiza de sangre.

El cofre del marino muerto está en la embajada, y el vicecónsul avisa a su madre.

No hoy... Mañana... Madrugada... *N'existe plus*... Si lo supiera se lo diría con mucho gusto. En cualquier caso es un mal movimiento hacia el Ala Oriental... Se fue por una puerta invisible... Aquí no... Mire por todas partes... No bueno... No *good*... Yo buscando. Volvel vielnes.

(Nota: los pinchetas de los viejos tiempos, los veteranos con la cara marcada por el tiempo gris de la droga lo recordarán... Eran los años veinte, muchos trancantes chinos consideraron que Occidente era tan poco de fiar, tan poco honrado, tan falso, que cerraron la tienda en bloque, y cuando algún yonqui occidental iba a comprar, decían:

—No tenel... Volvel vielnes...)

ISLAM, S. A., Y LOS PARTIDOS DE INTERZONAS

Yo estaba trabajando en una empresa que se llamaba Islam, S. A., y que financiaba A. J., el famoso Mercader de Sexo que escandalizó a la buena sociedad internacional cuando se presentó en el baile del duque del Ventre disfrazado de pene andante y cubierto con un enorme condón que llevaba escrito el lema de A. J.: «¡No pasarán!»

—De bastante mal gusto, amigo mío —dijo el duque.

A lo que replicó A. J.:

—Levante el suyo con vaselina Interzonas —aludiendo al escándalo de la vaselina que todavía estaba incubándose por entonces. Las agudezas de A. J. se refieren frecuentemente a sucesos futuros. Es un maestro del corte de efecto retardado.

Salvador Hassan O'Leary, el rey de las secundinas, está metido también. Es decir, una de sus sociedades filiales ha hecho algunas contribuciones no especificadas, y una de sus personalidades subsidiarias ha sido agregada a la organización en funciones de asesoramiento sin compromiso ni colaboración algunos con la política, acciones u objetivos de Islam, S. A. Hay que mencionar también a Clem y Jody, los Hermanos Ergot, que diezmaron la República de Hassan con trigo envenenado, Ahmed Autopsias y Hal Hepatitis, el mayorista de frutas y verduras.

Los militantes que asisten a las reuniones (de las que los mandarines se abstienen con gran prudencia) forman una chusma de mulays y muftíes y mussines y caids y glauíes y jeques y sultanes y santones y representantes de todos los partidos árabes imaginables. A la entrada de cada reunión se registra cuidadosamente a los delegados, pero a pesar de ello, terminan invariablemente en un tumulto. Es frecuente rociar con gasolina a los oradores y prenderles fuego hasta que mueren, o que algún rústico jeque del desierto abra fuego contra sus oponentes con una ametralladora que había escondido en la barriga de su oveja mascota. Mártires nacionalistas con granadas metidas en el culo se mezclan entre los asistentes a la reunión y de repente hacen explosión y causan fuertes bajas... Y hubo una vez que el presidente Ra tiró al Primer Ministro británico al suelo y lo sodomizó por la fuerza, espectáculo televisado en directo para todo el mundo árabe. Los alaridos de felicidad se oían en Estocolmo. Una ordenanza de Interzonas prohíbe cualquier reunión de Islam, S. A., a menos de diez kilómetros de los límites de la ciudad.

A. J. (que en realidad es de una oscura extracción del Próximo Oriente) posó un tiempo de gentleman inglés. Su acento inglés se desvaneció con el Imperio Británico, y después de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en americano por ley del Congreso. A. J. es un agente como yo, pero nadie ha podido descubrir de quién o de qué. Se rumorea que representa a un trust de insectos gigantes de otra galaxia... Yo creo que está del lado factualista (como yo mismo); naturalmente, podría ser agente

licuefaccionista (el programa licuefactor versa sobre la eventual fusión de todos en El Uno a través de un proceso de absorción protoplasmática). En este negocio no se puede estar seguro de nadie.

¿La tapadera de A. J. ? Playboy internacional y bromista inofensivo. A. J. fue el que puso las pirañas en la piscina de Lady Sutton-Smith, y durante una recepción del 4 de julio en la Embajada de Estados Unidos alegró el ponche con una mezcla de ayahuasca, hashish y yohimbina, precipitando una orgía. A consecuencia de ello, diez eminentes ciudadanos (norteamericanos, por supuesto) murieron de vergüenza. Morirse de vergüenza es una hazaña exclusiva de indios kwaiutl y norteamericanos (otros dicen simplemente *«zut alors»* o *«son* cosas *de la vida»* o *«Alá, el Todopoderoso, me ha jodido»*).

Y cuando la Asociación Anti-Flúor de Cincinnati se reunió para festejar su victoria con agua pura de la fuente, se les cayeron todos los dientes al instante.

—Yo os digo, hermanos y hermanas del movimiento Anti-Flúor, que en este día hemos dado un gran paso por la pureza, un paso que ya nunca se desandará... ¡Fuera, proclamo, esos cochinos fluoruros extranjeros! Dejaremos esta hermosa tierra limpia y dulce como el tenso flanco de una adolescente... Y ahora, vamos a cantar nuestro himno *El viejo cubo de roble*.

Aparece un manantial iluminado por luces fluorescentes que juegan sobre él a base de colores espantosos de máquina de discos. Los antifluoristas pasan en fila junto al pozo, y cantan mientras van tomando su bebida del cubo de roble...

El viejo cubo de roble, el dorado cubo de roble... El glubylubleogle...

A. J. había adulterado el agua y metido una raíz sudamericana que convierte las encías en puré. (Oigo hablar de esa planta a un viejo buscador de minas alemán que se está muriendo de uremia en Pasto, Colombia. Se cree que crece en la región de Putumayo. Nunca localizó ninguna. No la buscó demasiado... El mismo individuo habla de un bicho parecido a un saltamontes grande que se llama xiucutil:

—Es un afrodisíaco tan potente que si se te posa uno encima y no puedes encontrar una mujer inmediatamente, te mueres. He visto a los indios correr de un lado a otro para escapar al contacto de ese animal.

Por desgracia, yo nunca pude conseguir un xiucutil...)

Noche de estreno en la Opera de Nueva York. A. J. protegido por un olor repelente suelta un enjambre de xiucutiles.

La señora Van der Blight, espantando a manotazos un xiucutil:

—¡Oh... ! ¡Oh... ! ¡Ooooooooh!

Gritos, cristales rotos, telas rasgadas. Intenso crescendo de gruñidos y chillidos y lamentos y gemidos y jadeos... Hedor a semen y coño y sudor y el olor rancio de los

rectos penetrados... Brillantes, pieles, trajes de noche, orquídeas, smokings y paños menores salpican el suelo cubierto por una masa resollante de cuerpos desnudos, contorsionados, frenéticos.

Una vez, A. J. reservó mesa con un año de antelación en *Chez Robert*, donde un gourmet enorme y gélido cuida de la más exquisita comida del mundo. Tan venenosa y despectiva es su mirada, que más de un cliente ha caído fulminado y se ha revolcado por el suelo meándose por encima en un intento convulsivo de obtener gracia.

Así que llega A. J. con seis indios bolivianos que mascan coca entre plato y plato. Y cuando Robert se apoya con toda su majestad gastronómica sobre la mesa, A. J. mira por arriba y dice a grandes voces:

—¡Hombre, macho! Tráeme un poco de ketchup.

(Variante: A. J. saca un frasco de ketchup y riega con él la *haute cuisine*.)

Treinta gourmets paran de masticar al unísono. Podría oírse bajar un *soufflé*. Robert, por su parte, suelta un berrido de rabia como de elefante herido, corre a la cocina y se arma de un gran machete de carnicero... El sommelier lanza horribles rugidos, la cara se le pone de un extraño morado iridiscente... Rompe una botella de champán brut del 26... Pierre, el jefe de rango, agarra un cuchillo de trinchar. Los tres persiguen a A. J. por el restaurante entre gritos entrecortados de rabia inhumana... Mesas derribadas, vinos escogidos y viandas incomparables se estrellan contra el suelo. Gritos de «¡Hay que lincharlo!», surcan el aire. Un gourmet anciano, con ojos inyectados en sangre de mandril enloquecido, prepara una soga de ahorcado con un cordón de cortinaje de terciopelo rojo... Al verse acorralado y en peligro de inminente descuartizamiento como mínimo, A. J. juega su último triunfo. Echa la cabeza atrás y lanza una llamada de cerdos, y cerdos famélicos que había situado en las cercanías se precipitan en el restaurante, hozando en la *haute cuisine*. Robert cae como un gran árbol, derribado por un infarto, y los cerdos lo devoran en el suelo:

—Pobres cabrones, no entienden lo suficiente para apreciarlo —dice A. J.

Paul, el hermano de Robert, emerge de su retiro en un manicomio de la localidad y toma posesión del restaurante para servir algo que se llama «Cocina Trascendental»... La calidad de la comida va descendiendo imperceptiblemente hasta llegar a ser basura en sentido literal; los clientes están demasiado intimidados por la reputación de *Chez Robert* y no se atreven a protestar.

Ejemplo de menú:

La Sopa Clara de Meados de Camello con Lombrices de Tierra al vapor

---

El Filete de Raya madurado al Sol, macerado en Eau de Cologne y guarnecido de Ortigas

---

La Suprema de Boeuf a la Placenta en aceite de caja de cambios usado, servida con una salsa picante de yemas de huevo podrido y puré de chinches

---

El Queso de Limburgo curado al azúcar de orina de diabético y bañado en Matarratas casero flameado

Así que los clientes van muriendo discretamente de botulismo... Un día A. J. vuelve rodeado de árabes refugiados del Oriente Medio. Toma un bocado y grita:

—¡Basura, maldita sea! ¡Cocinadme a ese listo en sus propias inmundicias!

Y así la leyenda de A. J., el simpático, el encantador, el excéntrico, creció y creció... Fundido a Venecia... Cánticos de gondoleros y gritos patéticos se elevan desde San Marcos y Harry's.

Encantadora anécdota veneciana de viejos tiempos sobre este puente: parece ser que algunos navegantes venecianos hacen un viaje alrededor del mundo y todos se vuelven maricas y se folian al camarero del barco y cuando llegan de vuelta a Venecia es necesario que pasen por el puente mujeres con los pulmones al aire para despertar los deseos de tan poco claros ciudadanos. Un batallón de choque travestido ocupa San Marcos.

—Chicas, estamos en la Operación Todo al Aire. O. T. A. Si vuestras tetas no los detienen, destapad los conos y confundid a esos maricones.

—¡Oh, Gertie, era verdad! ¡Todo era verdad! Tienen una raja espantosa en vez de una cosa excitante.

—No puedo soportarlo.

—Es para dejarlo a uno de piedra.

Paul decía más de lo que sabía, es realmente un mal bicho, al hablar de los hombres que se acuestan con hombres y hacen cosas inconvenientes. Inconvenientes es la palabra. Quién quiere pasar por una pija camino de un coño, y cuando un individuo está salido con muchas ganas de tirarse a una zorra, aparece de inmediato un perverso desconocido y le hace cosas inconvenientes en el culo.

A. J. corre por San Marcos acuchillando palomas con un machete:

—¡Bastardos, hijos de puta! —grita...

Sale dando tumbos a bordo de su barcaza, un artefacto monstruoso, dorado y rosa y azul con velas de terciopelo morado. Lleva un absurdo uniforme de marino cubierto de pasamanería y cordones y medallas, sucio y harapiento, la chaqueta mal abrochada... A. J. se llega hasta una enorme urna griega de imitación coronada por una estatua de oro de un joven con el pene en erección. Retuerce los huevos de la estatua y brota un chorro de champán hasta su boca. Se limpia los labios y mira a su

alrededor.

—¿Dónde están mis nubios, maldita sea? —brama.

Su secretario levanta la vista de un tebeo:

—Entrompándose... De putas...

—¡Mamones! ¡Estafadores! ¡Soplapollas! ¿Qué vale un hombre sin sus nubios?

—Búsquese una góndola, ¿quiere?

—¿Una góndola? —grita A. J.—. ¿Acabo de pagar este chupa-sangre y voy a tener que ir en góndola? Ice la mayor y estibe los remos, señor Hyslop... Iremos con el auxiliar.

Hyslop se encoge de hombros con resignación. Empieza a accionar un tablero de mandos con un dedo... Las velas caen, los remos vuelven al casco.

—Y suelte el perfume, este canal apesta demasiado.

—¿Gardenia? ¿Sándalo?

—No, no, ambrosía.

El señor Hyslop aprieta otro botón y la barcaza queda envuelta en una espesa nube de perfume. A. J. se pone al timón sobre un estrado más alto.

—¡Contacto! —La barcaza comienza a vibrar—. *¡Avanti!* ¡Maldita sea!

A. J. grita y la barcaza despega por el canal a tremenda velocidad volcando góndolas llenas de turistas, librando por centímetros a los motoscafi, derivando de uno a otro lado del canal (la estela inunda las aceras y empapa a los transeúntes), haciendo pedazos una flotilla de góndolas amarradas, y termina por estrellarse contra un muelle y salir rebotada en mitad del canal... Una columna de agua de dos metros de altura brota de un agujero del casco.

—Accione las bombas, señor Hyslop. Hacemos agua.

La barcaza da una sacudida brusca y A. J. es despedido y cae al canal.

—¡Abandonen el barco, maldita sea! ¡Sálvese quien pueda!

Fundido a música de mambo.

Inauguración de la Escuela Amigo para jóvenes delincuentes de origen latino, dotada por A. J. Asisten profesores y periodistas. A. J. aparece tambaleante sobre el estrado, envuelto en banderas norteamericanas.

—En palabras inmortales del padre Flanagan, no existen chicos malos del todo... ¿Dónde coño está la estatua, maldita sea?

TÉCNICO. —¿La quiere ahora?

A. J. —¿Y qué cojones cree que estoy haciendo aquí? ¿Voy a tener que descubrir al hijo de puta ese *in absentia*?

TÉCNICO. —Bueno... bueno. Ya viene.

Llega un tractor Graham Hyme con la estatua; la deja delante del estrado. A. J. aprieta un botón. Unas turbinas que hay bajo el estrado se ponen en marcha con estruendo ensordecedor. El viento se lleva las telas de terciopelo rojo que cubrían la

estatua. Se enredan en los miembros del profesorado de la primera fila... Nubes de polvo y residuos azotan a los espectadores. Las sirenas se apagan lentamente. El claustro se desembaraza de sus paños... Todos contemplan la estatua en medio de un silencio sepulcral.

PADRE GONZÁLEZ —¡Madre de Dios!

EL HOMBRE DEL TIME. —¡No puedo *creerlol*

Daily News. —Una pura mariconada.

Coro de silbidos de los chicos.

Cuando el polvo se disipa, aparece una creación monumental de piedra de color rosa brillante. Un chico desnudo se inclina sobre un camarada desnudo con evidente intención de despertarle con una flauta. Una mano sujeta la flauta y la otra se alarga hacia un trozo de tela que envuelve el talle del que duerme. La tela está significativamente abultada. Ambos chicos llevan una flor detrás de la oreja, tienen idéntica expresión soñadora y brutal, depravada e inocente. La escultura se alza sobre una pirámide de piedra caliza en la que hay un mosaico de letras de porcelana (rosa y azul y oro) con la inscripción: «*Con ello y por ello*», el lema de la escuela.

A. J. se adelanta y rompe una botella de champán contra las nalgas turgentes del chico.

—Y no olvidéis, chicos, de ahí viene el champán.

Serenata de Manhattan. A. J. y su séquito entran en una sala de fiestas de Nueva York. A. J. lleva un babuino de culo morado con una cadena de oro. A. J. va vestido de lino a cuadros combinado con chaqueta de cachemir.

DIRECTOR. —Un momento, *un momento*. ¿Qué es eso?

A. J. —Es un caniche ilirio. El animal más selecto que se puede tener. Hará subir de categoría a su cuchitril.

DIRECTOR. —A mí me parece un babuino de culo morado y se va a quedar fuera.

UNO DEL SÉQUITO. —¿No lo conoce? Es A. J., el último de los grandes derrochadores.

DIRECTOR. —Que se lleve a su jodido babuino y se vaya a derrochar a otro sitio.

A. J. se para ante otro club y echa una ojeada:

—Maricones elegantes y zorras viejas, ¡coño!, éste es el mejor sitio. ¡Avanti, ragazzi!

Clava una estaca de oro en el suelo y ata al mandril. Empieza a hablar con acento elegante y los del séquito le siguen el rollo.

—¡Fantástico!

—¡Increíble!

—¡Qué maravilla!

A. J. se pone una larga boquilla en la boca. Está hecha de un material obscenamente flexible. Se curva y ondula como si fuera un reptil asqueroso y vivo.

A. J. —Allí estaba yo boca abajo a diez mil metros.

Unos cuantos maricones de los más cercanos levantan la cabeza como animales que ventean el peligro. A. J. se endereza de un salto con un rugido inarticulado.

—¡Mamón de mierda, culo morado! —grita—. ¡Yo te enseñaré a cagarte en el suelo!

Saca un látigo del paraguas y cruza el culo del mandril. El babuino aúlla y arranca la estaca. Salta sobre la mesa más próxima y se agarra a una vieja que muere instantáneamente de un ataque al corazón.

A. J. —Perdone, señora. La disciplina, ya sabe.

Azota frenéticamente al babuino de un extremo a otro del bar. El babuino aúlla, ruge, se caga de miedo, se abraza a los clientes, se sube a la barra, se baja, se columpia de cortinajes y lámparas...

A. J. —Si no aprendes a cagar en donde debes, no podrás cagar ni aquí ni en ningún otro sitio.

UNO DEL SÉQUITO. —Debería darte vergüenza: hacer enfadar a A. J. después de todo lo que ha hecho por ti.

A. J. —¡Ingratos! ¡Todos son unos ingratos! Palabra de maricona vieja.

Naturalmente nadie se cree su historia. A. J. pretende ser un «independiente», es decir, «ocúpese de sus propios asuntos». Ya no quedan independientes... La Zona está rebosante de encantos, pero no hay ningún neutral. Un neutral al nivel de A. J. es algo inimaginable, naturalmente.

Hassan es un conocido Licuefaccionista y se sospecha que es un Emisor secreto.

—Bobadas, chicos —dice con una sonrisa que desarma—. Soy un viejo cáncer en plena floración y tengo que proliferar.

Pone un acento tejano a lo Dutton Agujero Seco, el prospector pirata de Dallas, y lleva botas vaqueras y sombrero gigante a todas horas, dentro y fuera de casa... Los ojos son invisibles detrás de unas gafas negras; la cara tensa e inexpresiva como la cera, un traje bien cortado hecho totalmente de billetes de banco de alto valor todavía verdes. (Los billetes de banco son moneda verdadera, pero antes de poder ser negociados tienen que madurar... Los billetes llegan a valer hasta un millón de pavos cada uno.)

—Crían sin parar encima de mí —dice con timidez—... Es como, bueno, no sé cómo decirlo. Es como si yo fuera un escorpión hembra y llevara todos los billetes de cría calentándose sobre mi cuerpo y sintiéndolos crecer... Dios mío, espero que no les estaré aburriendo con todo esto...

Salvador, Sally para los amigos, lleva siempre consigo unos «amigos» a los que paga por hora. Se curó en el negocio de los abortones en la Segunda Guerra Mundial.

(Curarse quiere decir hacerse rico. Expresión usada por los petroleros téjanos.) El Ministerio de Alimentación y Drogas tiene su foto en ficheros, un hombre de cara grande, con aspecto de embalsamado, como si le hubieran inyectado parafina debajo de la piel, una piel tersa, brillante y sin poros. Tiene un ojo de color gris mate, redondo como una canica, con estrías y manchas opacas. El otro es negro y brillante, un ojo de insecto de sueños.

Normalmente no se le ven los ojos, detrás de sus gafas negras. Tiene un aspecto siniestro y enigmático (sus gestos y ademanes no son todavía comprensibles) como la policía secreta de un estado larval.

En los momentos de excitación, Salvador tiende a hablar en un inglés imperfecto. En esos momentos, su acento sugiere una extracción italiana. Sabe leer y hablar etrusco.

Toda una serie de expertos contables dedica su vida a investigar el expediente internacional de Sal... Sus actividades se extienden por todo el mundo en una red inextricable y cambiante de filiales, sociedades ficticias y nombres supuestos. Ha tenido veintitrés pasaportes y ha sido deportado cuarenta y nueve veces; tiene procesos de deportaciones pendientes en Cuba, Pakistán, Hong Kong y Yokohama.

Salvador Hassan O'Leary, alias el Niño de la Zapatería, alias Marv el Equivocado, alias Leary Secundinas, alias Pete el Prematuro, alias Juan Placenta, alias Ahmed Vaselina, alias El Chinche, alias El Culito, etc., etc., quince buenas páginas de expediente, tuvo su primer encuentro con la ley en Nueva York cuando viajaba con un individuo al que la policía de Brooklyn conocía por Wilson El Llorón, que se sacaba la pasta para sus barbitúricos exprimiendo a los fetichistas en las zapaterías. Hassan fue acusado de algo como chantaje de tercer grado y tentativa de disfrazarse de agente de policía. Había aprendido la regla de oro de todo chantajista: S. C. (Soltar la Chatarra), que corresponde al M. V. V. (Mantener la Velocidad de Vuelo) de los pilotos... Como dice El Somatén:

—Si ves que hay un lío, suelta la chatarra aunque tengas que tragártela.

O sea que no le cogieron con chapa de marica clavada en la solapa. Hassan declaró contra Wilson al que le cayó prisión indefinida (la sentencia más larga según la ley de Nueva York para delitos menores. En teoría es por tiempo indefinido, pero supone tres años en Riker Island). Los cargos contra Hassan se dejaron de lado.

—Si no hubiera dado con un policía decente, me hubieran caído cinco años —dijo Hassan.

Y Hassan dio con un policía decente cada vez que le pescaron. En su expediente hay tres páginas de apodos que aluden a su proclividad a cooperar con la ley, a «colaborar» como dice la pasma. Otros lo llaman de distinta manera. Ab el Amante de la Bofia, Marv el Chivato, Hebe el Cantante, Alí el Bufaire, Sal el Soplos, El Hispano Llorón, La Soprano de Lujo, La Opera del Bronx, El Monago de los Polis,

El Contestador Automático, El Charlatán Sirio, El Mamón Berreante, La Mariquita Musical, El Culo Chungo, La Loca Chivata, Leary el Estupa, El Duendecillo Cantarín... Gert Lengua suelta...

Puso una vez un sex-shop en Yokohama, vendió droga en Beirut, hizo de pincho en Panamá. Durante la Segunda Guerra Mundial pasó a cosas mayores, se hizo con una Central Lechera en Holanda y cortó la mantequilla con grasa de máquinas usada, controló el mercado de vaselina en el norte de África, y acabó por dar el gran golpe con los abortones. Prosperó y proliferó, inundando el mundo de medicinas adulteradas y mercancías falsificadas de todas clases. Repelente contra tiburones falsos, antibióticos cortados, paracaídas de desecho, contravenenos pasados, vacunas y sueros caducados, botes salvavidas agujereados.

Clem y Jody, dos viejos cómicos de vodevil van de agentes rusos, cuya única función es presentar a Estados Unidos de forma impopular. Cuando arrestaron a Clem en Indonesia por sodomía, dijo al juez instructor:

—No es como si fuera marica. Al fin y al cabo no son más que chinos.

Aparecieron por Nigeria con sombreros vaqueros negros y tirantes rojos:

—Entonces le pegué un tiro a un negro viejo y cayó de lado con una pata levantada y dando pataditas.

—Sí... ¿nunca quemaste a ningún negro?

Se pasean constantemente por los barrios de chabolas fumándose unos habanos enormes:

—Aquí habría que meter unas cuantas excavadoras, Jody. Limpiar toda esta basura.

Les siguen muchedumbres morbosas con la esperanza de presenciar algún ultraje norteamericano superlativo.

—Treinta años en el mundo del espectáculo y nunca me había encontrado con un número como éste. Tengo que desahuciar a los de todas las chabolas, pegarme un buen chute de caballo, mearme en la Piedra Negra, llamar a la Oración con mi disfraz de cerdo, suprimir la Ayuda Americana, y que me den por el culo, todo a la vez... ¡Ni que fuera un pulpo! —se lamenta Clem.

Están tramando apoderarse de la Piedra Negra con un helicóptero y sustituirla por una pocilga con cerdos amaestrados que lancen el grito del Bronx en cuanto aparezca un peregrino:

—Hay que tratar de enseñar a esos cabrones gruñones para que canten *Tres hurras por el Rojo, Blanco y Azul*, pero no hay manera...

—En Panamá nos ponemos en contacto con Alí Wong Chapultepec para lo del trigo. Nos dice que es mierda de primera, que un capitán finlandés se murió en la casa de putas del pueblo y dejó el cargamento a la madame. «Era como una madre para mí», dijo, y fueron sus últimas palabras. De modo que se lo compramos a la vieja

zorra con toda nuestra buena fe. Le dimos trescientos gramos de caballo.

—Heroína de la buena, además. Aleppo de la buena.

—Sólo tenía un poco de lactosa para conservarle la fuerza.

—A caballo regalado no se le mira el culo.

—¿No es cierto que cuando llegaron a Hassan dieron un banquete al Caid y sirvieron cuscús hecho con aquel trigo?

—¡Claro que sí! Y los tipos aquellos estaban tan pasados de marihuana que en mitad del banquete se pusieron todos a dar saltos... Yo sólo había tomado pan y leche... úlcera, ya sabe.

—Más o menos.

—Entonces todos corren arriba y abajo gritando que se queman y la mayoría se mueren a la mañana siguiente.

—Y el resto al otro día.

—¿Qué se puede esperar de gente que se pudre con esos vicios orientales?

—Muy curioso, todos aquellos tipos poniéndose de color negro y cayéndoseles las piernas.

—El temible resultado de la adicción a la marihuana.

—A mí me pasó exactamente lo mismo.

—Así que tratamos directamente con el viejo sultán, que es un latah muy conocido. Después todo fue como la seda, podríamos decir.

—Y lo increíble es que algunos elementos descontentos nos persiguieron hasta nuestro barco.

—Un poco bajos de forma por la falta de piernas, desde luego.

—Y el problema de la cabeza.

(El cornezuelo es un hongo venenoso que crece en el trigo podrido. En la Europa medieval, la población quedaba periódicamente diezmada por brotes de ergotismo, la enfermedad producida por el cornezuelo, llamada Fuego de San Antón, que con mucha frecuencia produce gangrena y hace que las piernas se pongan negras y se desprendan.)

Descargan una partida de paracaídas de desecho para el Ejército del Aire ecuatoriano. Maniobras: los chicos caen a plomo colgados de paracaídas que flamean como condones rotos, sangre joven salpica las barrigas gordas de los generales... Estruendosa onda sónica mientras Clem y Jody desaparecen tras los Andes en un jet preparado para la huida...

Los objetivos precisos de Islam, S. A., son oscuros. No hace falta decir que cada uno de los implicados tiene un enfoque distinto, y que todos ellos pretenden engañar a los otros en algún momento.

A. J. hace agitación en favor de la destrucción de Israel: —Con todo este estado de ánimo en contra de Occidente, uno tiene que procurar dedicarse a las jóvenes

delicias árabes... La situación es poco menos que intolerable... Israel constituye pura y simplemente un estorbo —coartada típica de A. J.

Clem y Jody insinúan que están interesados en la destrucción de los campos petrolíferos de Oriente Medio, para así hacer subir el valor de sus intereses en Venezuela.

Clem escribe una canción con la música de *Crawdad* (Big Bill Broomzy).

¿Qué harás cuando se acabe el petróleo?
Sentarme y ver cómo se mueren los árabes.

Salvador lanza una espesa cortina de finanzas internacionales para encubrir, al menos de cara a la clase de tropa, sus actividades licuefaccionistas... Pero después de unos cuantos toques de ayahuasca muestra su juego a los amigos.

—Islam ya no es más que pura agua de borrajas —dice bailando la jiga del licuefaccionista... Y luego, incapaz de contenerse, suelta su horrible falsete:

Está temblando en el borde
un empujón y al agujero
eh, Maw, prepara mi velo.

—Total, que los fulanos aquellos contrataron a un judío de Brooklyn que anda por ahí de reencarnación de Mahoma... La verdad es que el doctor Benway lo extrajo de un Santón de La Meca mediante cesárea...

—Si Ahmed no sale... entraremos nosotros por él.

Los árabes aceptan crédulamente y sin preguntas este camelo tan descarado.

—Estos árabes son buena gente... buenos e ignorantes —dice Clem.

Así que el farsante aquel suelta sus suras por la radio todos los días:

—Bien, amigos radioyentes, aquí está Ahmed, su profeta amigo... Hoy quiero hablarles de la importancia de ser finos y besar con frescura en todo momento... y para estar bien seguros, nada como las pastillas de clorofila de Jody, amigos.

Y ahora unas palabras sobre los partidos de Interzonas... Resulta evidente desde el principio que el Partido Licuefaccionista está compuesto enteramente, con excepción de un hombre, de panolis, aunque no se puede saber quién engaña a quién hasta la absorción final... Los Licuefaccionistas son muy dados a toda clase de perversiones, en especial a las prácticas sadomasoquistas.

Por lo general, los Licuefaccionistas saben de qué va el asunto. Los Emisores, por el contrario, son conocidos por su ignorancia de la naturaleza y el estado terminal de la emisión, por sus modales bárbaros y petulantes, y por su miedo cerval a cualquier *hecho*. Si no hubiera sido por la intervención de los Factualistas, los Emisores

hubieran metido a Einstein en un manicomio y hubieran destruido su teoría. Puede decirse que sólo unos pocos Emisores saben lo que hacen y ésos, los más importantes, son los seres más peligrosos y malignos del mundo... Al principio, las técnicas de emisión eran rudimentarias. Fundido a Congreso Nacional de Electrónica en Chicago.

Los congresistas están poniéndose el abrigo... El orador habla con voz plana, de dependienta:

—Para terminar, quiero decir unas palabras de advertencia... El desarrollo lógico de la investigación encefalográfica es el biocontrol, es decir, control de movimiento físico, procesos mentales, reacciones emocionales e imprecisiones sensoriales *aparentes*, con señales bioeléctricas inyectadas en el sistema nervioso del individuo.

—Más fuerte... y más gracioso... —Los congresistas van saliendo entre nubes de polvo.

—Poco después del nacimiento, un cirujano podría colocar las conexiones en el cerebro. Implantaría un receptor de radio en miniatura y el sujeto sería controlado desde los transmisores del Estado.

El polvo se va depositando en el aire inmóvil del gran salón vacío. Olor a vapor y a hierro caliente; a lo lejos canta un radiador... El orador pone sus notas en orden y sopla para quitarles el polvo...

El aparato de biocontrol es el prototipo del control telepático unilateral. Se podría lograr que el sujeto se mostrase sensible al transmisor por medio de drogas o de otros sistemas sin instalar aparato alguno. En el estadio final, los Emisores utilizarán exclusivamente la transmisión telepática... ¿Han visto alguna vez un código maya? Pienso que sería así: los sacerdotes (más o menos el uno por ciento de la población), usarían Emisores telepáticos unidireccionales para dar instrucciones a los trabajadores sobre qué y cuándo deben sentir... Un Emisor telepático tiene que emitir todo el tiempo. No puede recibir nunca porque si recibe es que algún otro tiene sensaciones propias y puede interrumpir su funcionamiento. El Emisor tiene que emitir todo el tiempo, pero no puede recargarse sin contacto y antes o después se queda sin sensaciones que emitir. No se puede sentir a solas. Tan a solas como el Emisor, porque ya saben que no puede haber más que un único Emisor en un espacio-tiempo. Finalmente, la pantalla se queda en blanco... El Emisor se ha convertido en un ciempiés gigante... Y entonces los trabajadores entran en foco y queman al ciempiés y eligen un nuevo Emisor por consenso de la voluntad general... Los mayas estaban limitados por el aislamiento... Así pues, el Emisor podría controlar el planeta... *Como ven, el control no puede ser nunca un medio ni llegar a un fin práctico... No puede ser nunca sino un medio de llegar a un control superior como la droga*.

Los Divisionistas ocupan una posición intermedia y de hecho se los podría

calificar de moderados... Se les llama Divisionistas porque se dividen, en sentido literal. Se cortan trocitos minúsculos de su propia carne de los que crecen copias exactas de sí mismos en embriones gelatinosos. Parece probable que, eventualmente, y a menos que se ponga término al proceso de división, acabará por no haber en todo el planeta más que copias de un sexo: es decir, una sola persona en el mundo con millones de cuerpos distintos... ¿Son esos cuerpos realmente independientes ? ¿Pueden desarrollar con el tiempo características distintas? Lo dudo. Las copias tienen que recargarse periódicamente en la Célula Madre. Para los Divisionistas que viven atemorizados por una posible revolución de sus copias, éste es un artículo de fe... Algunos Divisionistas creen que se puede interrumpir el proceso poco antes del eventual monopolio de una copia. Dicen:

—Pondré sólo unas cuantas copias más aquí y allá para no sentirme solo cuando viajo... Y tenemos que controlar estrictamente la división de los indeseables.

Cualquier copia que no sea la propia puede eventualmente ser un «indeseable». Naturalmente, si alguien empieza a inundar una zona de «copias idénticas», todo el mundo sabe lo que pasa. Los otros ciudadanos tienen que declarar la «Schluppit» (exterminio al por mayor de toda copia identificable). Para evitar el exterminio de sus copias, los ciudadanos las tiñen, deforman y modifican con postizos en la cara y cuerpo. Sólo los individuos más dejados y sin principios se atreven a fabricar esas C. I. («Copias Idénticas»).

Un caid albino retrasado mental, producto de una larga línea de genes recesivos (boquita minúscula sin dientes rodeada de pelos negros, cuerpo de cangrejo gigante, garras en vez de brazos, ojos proyectados sobre antenas), acumuló veinte mil C. I. S.

—Hasta donde alcanza la vista no hay sino copias —dice reptando por una terraza y hablando con extraños chirridos de insecto—. No tengo necesidad de vagabundear como un gilipollas desconocido creando copias en mi letrina y sacándolas disfrazadas de fontaneros o de repartidores... Mis copias no ven su asombrosa belleza estropeada por cirugías estéticas, tintes bárbaros, ni productos blanqueadores. Se yerguen desnudas al sol para que todos las vean en plena adoración incandescente de cuerpo, rostro y alma. Las he hecho a mi imagen y semejanza, y las he animado para que aumenten y se multipliquen en progresión geométrica, porque ellas heredarán la Tierra.

Trajeron a un hechicero profesional para hacer que los cultivos de copias del jeque Arácnido quedasen estériles para siempre... El hechicero estaba a punto de lanzar un bombardeo de antiorgones cuando el doctor Benway le dijo:

—No malgaste energías. La ataxia de Frederick se encargará de limpiar este nido de copias. Estudié neurología en Viena, con el profesor Dedoenculo... que se conocía hasta el último nervio del cuerpo. Viejo magnífico... Tuvo un final lamentable... Se le escaparon los hemorroides externos yendo en el Hispano-Suiza del duque del Ventre

y se le engancharon en la rueda trasera. Se destripó completamente y sólo quedó la cáscara vacía sentada sobre la tapicería de piel de jirafa... Hasta los ojos y el cerebro salieron con un espantoso sonido de succión. El duque del Ventre dice que llevará ese terrible sonido dentro hasta el mausoleo.

Como no hay ningún medio seguro para reconocer a una copia disfrazada (aunque todo Divisionista tiene algún método que considera infalible), los Divisionistas son histéricamente paranoicos. Si alguien se atreve a expresar una opinión liberal, habrá invariablemente otro que gruña:

—¿Y usted quién se cree que es? Seguro que es la copia blanqueada de algún negro apestoso.

Las bajas por peleas en bares son tremendas. De hecho, el miedo a las copias de negros (que pueden ser rubias y con ojos azules) ha despoblado regiones enteras. Los Divisionistas son todos homosexuales latentes o declarados. Carrozas pérfidas que dicen a los jóvenes:

—Si os vais con mujeres, vuestras copias no crecerán.

Y los ciudadanos están siempre echando mal de ojo a las copias de los demás. Gritos de: «¡Echa mal de ojo a mi cultivo, Biddy Blair!», seguidos de efectos sonoros de mutilación, recorren constantemente el barrio... Los Divisionistas son muy dados a las prácticas de magia negra en general, y tienen innumerables fórmulas de eficacia variable para destruir la Célula Madre, también llamada Papá Protoplasma, torturando o matando a una copia cautiva... Las autoridades han terminado por desistir de todo intento de controlar los delitos de asesinatos y producción ilegal de copias entre los Divisionistas. Pero montan redadas preelectorales y destruyen grandes cultivos de copias en las regiones montañosas de Interzonas, donde se ocultan los productores clandestinos de copias.

El acto sexual con una copia está estrictamente prohibido, y es casi universalmente practicado. Hay bares de mariquitas en los que individuos desvergonzados copulan abiertamente con sus copias. Los detectives del local meten la cabeza en las habitaciones de los hoteles diciendo:

—¿Tiene usted alguna copia aquí?

Los bares expuestos a ser inundados por los amantes de copias de clase baja ponen letreros con comillas: «No se sirva a S. » Se puede decir que el Divisionista medio vive en una crisis permanente de miedo y rabia, incapaz de lograr tanto la presuntuosa complacencia de los Emisores como la tranquila depravación de los Licuefaccionistas... No obstante, en la práctica, los partidos no están separados sino entremezclados en todas las combinaciones posibles.

Los Factualistas son anti-Licuefaccionistas, anti-Divisionistas y sobre todo anti-Emisores.

Boletín del Factualista Coordinado sobre la cuestión de las copias:

«Debemos rechazar la fácil solución de inundar el planeta de "copias deseables". Es altamente dudoso que existan copias auténticamente deseables, tales criaturas constituyen un intento de esquivar proceso y cambio. Incluso las copias más inteligentes y perfectas desde un punto de vista genético constituirían con toda probabilidad una amenaza intolerable para la vida del planeta... »

B. P. —Boletín Provisional; Licuefacción:

«No debemos rechazar o negar nuestro núcleo protoplasmático, esforzándonos por mantener en todo momento la máxima flexibilidad sin caer en la ciénaga de la licuefacción... »

Boletín Provisional e Incompleto:

«No nos oponemos en absoluto a la investigación telepática. De hecho, la telepatía, entendida y usada adecuadamente, puede constituir la última defensa contra cualquier forma de tiranía o coerción organizada por parte de grupos de presión o de adictos individuales al control. Nos oponemos, lo mismo que nos oponemos a la guerra atómica, al uso de esos conocimientos para controlar, coartar, reducir, explotar o aniquilar la individualidad de otra criatura viva. La telepatía no es en su naturaleza misma un proceso unidireccional. Las pretensiones de establecer un sistema de emisión telepática unidireccional deben entenderse como un mal absoluto... »

B. D. —Boletín Definitivo:

«El Emisor vendrá definido por lo negativo. Un área de bajas presiones, un vacío que absorbe. Será portentosamente anónimo, incoloro, sin rostro. Nacerá, probablemente, con discos de piel blanda en lugar de ojos. Siempre sabe adonde va; como los virus, no necesita ojos.»

—¿No podría existir más de un Emisor?

—¡Oh, sí! Al principio, muchos. Pero no por mucho tiempo. Algunos individuos sensibles creerán que pueden emitir cosas eficientes, sin darse cuenta de que el mal es precisamente el emitir. Los científicos dirán:

»—Emitir es como la energía atómica... si es manejada adecuadamente...

»En ese momento, un técnico anal se prepara un bicarbonato de sosa y aprieta el botón que deja la Tierra reducida a polvo cósmico.

»—Brruump... Este pedo se va a oír hasta en Júpiter.

»Los artistas confundirán emisión y creación. Irán por ahí chillando lo de "un nuevo medio" hasta que deje de darles pasta... Los filósofos hablarán y hablarán del rollo de los fines y de los medios, sin saber que *emitir no puede ser nunca más que un medio para emitir más, como la Droga*. Trate usted de utilizar la droga como medio para otra cosa... Algunos individuos con hábitos de control tipo "Coca-Cola y Aspirina" hablarán del perverso encanto de la emisión. Pero ninguno hablará mucho tiempo de nada. Al Emisor no le gusta la charla.»

El Emisor no es un ser humano... Es el Virus Humano (todos los virus son células

deterioradas que llevan una existencia parásita... Tienen una afinidad especial con la Célula Madre; así, las células hepáticas deterioradas buscan el dulce hogar de la hepatitis, etcétera. De tal manera que cada especie tiene su Virus Maestro: Imagen Deteriorada de esa especie.)

La imagen rota del Hombre avanza minuto a minuto, célula a célula... Pobreza, odio, guerra, delincuencia policíaca, burocracia, locura, síntomas todos del Virus Humano.

Ahora puede ser aislado y tratado el Virus Humano.

EL OFICIAL DEL JUZGADO

El Oficial del Juzgado tiene su despacho en un enorme edificio de ladrillo rojo conocido por El Viejo Tribunal. De hecho, allí es donde tramitan los casos civiles, prolongándose los trámites de modo inexorable hasta que los litigantes mueren o retiran su caso. Esto se debe al enorme número de expedientes que se ocupan de absolutamente todo, expedientes que están archivados en lugares equivocados, de modo que nadie excepto el Oficial del Juzgado y su equipo de ayudantes pueden encontrarlos, aunque a veces se pasa años buscándolos. De hecho, todavía anda buscando los documentos relativos a una causa por daños y perjuicios que fue resuelta de modo extrajudicial en 1910. Muchas partes del Viejo Tribunal están en ruinas y otras son altamente peligrosas, debido a los frecuentes derrumbamientos. El Oficial del Juzgado asigna a sus asistentes las misiones más peligrosas, y muchos de ellos han perdido la vida en el servicio. En 1912, 207 ayudantes quedaron atrapados en un derrumbamiento del ala Nor-nordeste.

Cuando se inicia procedimiento contra alguien de la Zona, sus abogados intentan que el caso sea transferido al Viejo Tribunal. Una vez hecho esto, el demandante ha perdido el caso de modo que los únicos casos que llegan a ser juzgados en el Viejo Tribunal son los litigados por excéntricos y paranoicos que desean «una vista pública», cosa que raramente consiguen dado que sólo la más desesperada necesidad de noticias atraerá a un reportero al Viejo Tribunal.

El Viejo Tribunal está situado en el pueblo de Palomar, fuera de la zona urbana. Los habitantes de esta localidad y de la zona circundante de pantanos y espesos bosques son gente de tan profunda estupidez y tan bárbaras costumbres que la Administración ha considerado conveniente mantenerlos en cuarentena en una reserva rodeada por un muro radiactivo de ladrillos de hierro. En represalia, los habitantes de Palomar han llenado la localidad de carteles: *«Urbanita, no permitas que el sol se pose sobre ti aquí. »* Advertencia innecesaria, pues nada, excepto asuntos urgentes, haría que un urbanita visitase Palomar.

El asunto de Lee es urgente. Tiene que presentar una certificación de que padece peste bubónica para evitar que lo expulsen de la casa que lleva ocupando diez años sin pagar renta. Vive en una cuarentena permanente. Así que llena su cartera de mano de certificaciones y exhortos y declaraciones juradas y coge un autobús hacia la Frontera. El inspector de aduanas urbanita lo deja pasar:

—Espero que no lleve una bomba atómica en esa cartera de mano.

Lee se traga un puñado de píldoras tranquilizantes y penetra en la barraca de la aduana de Palomar. Los inspectores se pasan tres horas manoseando sus papeles, consultando polvorientos registros y tarifas de los que leen pasajes incomprensibles y siniestros que terminan con: «Y por lo tanto está sujeto a multa y prisión de acuerdo

con el artículo 666. » Y lo miran significativamente.

Revisan sus papeles con una lente de aumento.

—A veces ponen chistes verdes entre líneas.

—A lo mejor piensa venderlos como papel higiénico. ¿Esta mierda es para su uso personal?

—Sí.

—Dice que sí.

—¿Y cómo podemos saberlo?

—Tengo una certificación.

—Un tipo listo. Quítese la ropa.

—Sí. A lo mejor tiene tatuajes pornográficos.

Le palpan el cuerpo revisándole el culo en busca de contrabando y lo examinan para encontrar pruebas evidentes de sodomía. Le mojan el pelo y mandan el agua a analizar:

—Quizá lleve drogas en el pelo.

Por fin, le confiscan la cartera; y Lee sale de la barraca tambaleándose con más de veinte kilos de documentos.

Una docena o así de Archiveros se sientan en los podridos escalones de madera del Viejo Tribunal. Observan cómo se acerca con ojos azul pálido, girando lentamente la cabeza sobre cuellos arrugados (las arrugas llenas de polvo) para seguir a Lee que sube los escalones y atraviesa la puerta. Dentro, polvo suspendido en el aire como bruma, desprendiéndose del techo, levantándose del suelo en nubes mientras camina. Asciende una peligrosa escalera —condenada desde 1929—. En una ocasión su pie atraviesa la madera y astillas secas se le clavan en la carne de la pierna. La escalera termina en un andamio de pintor unido con una cuerda deshilachada y poleas a una viga casi invisible en la polvorienta lejanía. Se alza cautelosamente hasta el asiento de una noria. Su peso pone en movimiento un mecanismo hidráulico (sonido de agua corriendo). La noria se mueve suave y silenciosamente hasta parar junto a un oxidado balcón de hierro agujereado aquí y allá como la suela de un zapato viejo. Camina por un largo pasillo flanqueado por puertas, la mayor parte de ellas cerradas con tablones clavados. En un despacho, *Exquisiteces del Próximo Oriente* pone en una placa de bronce verde, el Chaquetero caza termitas con su larga lengua negra. La puerta del despacho del Oficial del Juzgado está abierta. El Oficial del Juzgado está sentado dentro esnifando rapé rodeado de seis ayudantes. Lee se detiene en el umbral de la puerta. El Oficial del Juzgado sigue hablando sin levantar la vista:

—El otro día me tropecé con Ted el Grifo... uno de los veteranos, además. No hay un tipo mejor que Ted el Grifo en toda la Zona... Bueno, era viernes, lo recuerdo porque la Vieja tenía dolores de menstruación y fue a la botica de Parker, en la calle

Dalton, justo enfrente del Salón de Masajes Éticos de Mamá Green, donde solían estar las antiguas cuadras de Jed... Pues bien, Jed, en seguida recordaré su apellido, tenía el ojo izquierdo distraído y su mujer procedía de algún lugar del Este, Argelia creo que era, y cuando Jed murió se casó otra vez, se casó con uno de los chicos de Hoot, con Clem Hoot si la memoria no me falla, también un buen chico, bueno, creo que Hoot tenía unos cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años en aquella época... Así que le dije al matasanos de Parker: «Mi vieja está doblada con los dolores de la menstruación. Véndeme la mitad de cuarto de paregórico.»

»Y el médico dice: "Bueno, Arch, tienes que firmar en el libro. Nombre, dirección y fecha de la compra. Es la ley. "

»Entonces le pregunté a Parker qué día era, y él dijo: "Viernes, trece."

»Entonces yo dije: "Supongo que tendré bastante con eso. "

»—Bueno —dijo el médico—, estuvo aquí esta mañana un tipo de la ciudad. Vestía de modo llamativo. Fíjate, traía una receta para un bote entero de morfina... Una receta con pinta rara escrita en papel higiénico... Y le dije directamente: "Señor, sospecho que es usted un maldito drogado. "

»—Las uñas me crecen hacia adentro, abuelo. Estoy que me muero de dolor —dice.

»—Bien —digo yo— debo andarme con cuidado. Pero como usted sufre una dolencia legítima y tiene una receta de un auténtico médico colegiado, me sentiré honrado atendiéndole.

»—Ese matasanos está colegiado —dice—... Bueno, supongo que una mano no sabía lo que estaba haciendo la otra cuando le entregué un bote de detergente equivocado... Así que supongo que también él tuvo lo suyo.

»—Justo lo que el tipo necesitaba para depurarse la sangre.

»—Ya sabes, eso mismo se me ocurrió a mí. Debe de ser bastante mejor que azufre y melaza... Ahora, Arch, no pienses que me meto en lo que no me importa; pero un hombre no debe tener secretos para Dios y para su boticario, como yo siempre digo... ¿Todavía montas a esa Vieja Yegua Gris?

»—Verás, doctor Parker... Ya debes saber que soy padre de familia y antiguo miembro de La Iglesia de la Primera Comunión No-Sextaria, y que no he catado un culo de burro desde que ambos éramos niños.

»—¡Qué tiempos aquellos, Arch! ¿Recuerdas la vez que confundí la grasa de ganso con la mostaza? Yo siempre era el que me equivocaba de bote, como dijo un amigo. Se podían oír tus gritos desde el Condado del Coño Lamido, chillabas como un armiño con las pelotas arrancadas.

»—Estás saliéndote de madre, doctor. Fuiste tú el que se puso la mostaza y yo el que tuvo que esperar a que te enfriaras.

»—Te equivocas, Arch. Una vez leí acerca de eso en una revista que encontré en

los retretes de detrás de la estación... Pero creo, Arch, que no me entendiste correctamente antes... Me refería a tu mujer cuando hablé de la Vieja Yegua Gris... Quiero decir, que ya no es lo que era con todas esas cataratas y almorranas y sabañones y aftosa que tiene.

»—Así es, doctor, Liz está seriamente enferma. No volvió a ser la misma tras su último aborto... Hubo algo raro a propósito de eso. El doctor Ferris me miró directamente, dijo: "Arch, no está bien que sigas haciendo lo mismo. " Y me lanzó una mirada que hizo que me estremeciera... Bueno, lo has dicho correctamente, doctor. Ya no es lo que era. Y tus medicinas no parece que sirvan de nada. De hecho, ya ni siquiera es capaz de distinguir día y noche desde que usa las gotas para los ojos que me vendiste el mes pasado... Pero, deberías saber, doctor, que ya no monto a Liz, esa vieja vaca, dicho sea con todo respeto hacia la madre de mis monstruos muertos. Y mucho menos ahora que tengo a ese bombón de quince años... Ya sabes, esa chica mulata que solía trabajar en el Salón de Belleza de Marylou blanqueando pieles y alisando cabellos, allá en el barrio negro.

»—Así que comiéndote pollitas negras, ¿eh, Arch? Probando el pan negro, ¿verdad?

»—Déjalo estar, doctor. Déjalo estar. Bien, como dijo aquel tipo, el deber me está metiendo el dedo en el culo para ver si tengo huevo dentro. Ahora tengo que volver al viejo manicomio.

»—Apuesto algo a que necesita un buen engrase.

»—Doctor, tiene el agujero totalmente seco... Bien, gracias por el paregórico.

»—Y gracias por la compra, Arch... Je Je Je... Oye, Arch, muchacho, una noche de estas cuando tengas un compromiso difícil ven por aquí y tómate yohimbina conmigo.

»—Lo haré, doctor, seguro que lo haré. Igual que en los viejos tiempos.

»O sea que volví a casa y calenté agua y mezclé el paregórico con clavo y canela y azafrán y se lo di a Liz, y eso la calmó algo. Por lo menos dejó de molestarme... Bueno, después volví otra vez a la botica de Parker para conseguir un condón... y justo cuando salía me tropiezo con Roy Blane, también un buen tipo. No hay en toda la Zona un tío mejor que Roy Blane... Así que va y me dice: "Arch, ¿ves a ese viejo negro en el descampado? Todas las noches viene por aquí hacia las ocho y media, se mete en ese solar y se frota con virutas de metal... Me dijeron que era un predicador ambulante. "

»Y así es cómo conseguí saber más o menos la hora que era aquel viernes trece, y no puede haber sido más de veinte minutos o media hora después de eso, había tomado tintura de cantáridas en la botica de Parker y estaba empezando a hacerme efecto por Vertedero Grennel abajo camino del barrio negro... Bueno, el vertedero hace una curva, donde solía estar la chabola del negro... Quemaron al viejo negro allá

en Coño Lamido. El negro tenía la aftosa y se había quedado completamente ciego... Y entonces aquella chica blanca de Texarkana suelta:

»—Roy, ese viejo negro me está mirando de un modo asqueroso. Por el amor de Dios, me estoy sintiendo toda sucia.

»—No te preocupes, preciosa. Yo y los chicos le vamos a prender fuego.

»—Que queme despacio, guapo. Que queme despacio. Me ha levantado dolor de cabeza.

»Así que quemaron al negro y ese tipo sureño cogió a su mujer y se volvió a Texarkana sin pagar la gasolina y el viejo Lou, el Murmurador, lleva la estación de servicio, y durante todo el otoño no habló de otra cosa: "Estos tipos de la ciudad vinieron y quemaron a un negro y ni siquiera pagaron la gasolina. "

»Bueno, Chester Hoot tiró abajo la chabola del negro y la volvió a levantar en la parte de atrás de su casa de Valle Desangrado. Tapó todas las ventanas con tela negra y lo que pasa allí dentro no es para hablar de ello... Bueno, Chester tiene algunas rarezas... Bueno, fue justo donde solía estar la chabola del negro, justo enfrente del terreno del viejo Brooks que se inunda cada primavera, sólo que entonces ya no pertenecía a Brooks... pertenecía a un tipo llamado Scranton. Pues bien, ese terreno fue medido allá por 1919... Aseguro que también conozco al tipo que lo midió... Un individuo llamado Hump Clarence solía buscar agua por allí... Un buen muchacho también, no hay hombre mejor en esta Zona que Hump Clarence... Bueno, precisamente fue más o menos por allí donde me encontré con Ted el Grifo fabricando una muñeca de barro.

Lee se aclaró la garganta. El Oficial del Juzgado le miró por encima de sus gafas.

—Ahora, joven amigo, si tiene la bondad de esperar a que acabe me ocuparé de su asunto.

Y comenzó a contar una anécdota de un negro que cogió hidrofobia de una vaca.

—Así que mamá me dice: «Termina tus deberes, hijo, y vamos a ver al negro... » Tenían al negro atado a la cama, y mugía como una vaca. Pero en seguida tuve bastante del viejo negro. Bueno, si me disculpan me ocuparé de mis asuntos privados. Ji Ji Ji.

Lee le oyó horrorizado. El Oficial del Juzgado a veces se pasaba semanas enteras en el retrete viviendo de escorpiones y catálogos de grandes almacenes. En varias ocasiones sus ayudantes tuvieron que forzar la puerta y sacarle en avanzado estado de desnutrición. Lee decidió jugar su última carta.

—Señor Anker —dijo—, apelo a usted como un Jabalí a otro —y sacó su tarjeta de Jabalí, un recuerdo de su lasciva y agitada juventud.

El Oficial del Juzgado contempló desconfiadamente la tarjeta:

—No me parece que sea un Jabalí de buena fe que se alimenta de bellotas... ¿Qué piensa usted de los judíos... ?

—Bien, señor Anker, sabe usted perfectamente que los judíos sólo quieren meter mano a las muchachas cristianas... Uno de estos días los liquidaremos a todos.

—Bueno, para ser un tipo de la ciudad habla usted acertadamente... Vean lo que quiere y atiéndanle... Es un buen chico.

INTERZONAS

El único nativo de Interzonas que ni es maricón ni está disponible es el chófer de Andrew Keif, lo cual no constituye afectación ni perversidad por parte de Keif, sino un pretexto cómodo para romper relaciones con cualquiera a quien no tenga ganas de ver:

—Anoche se insinuó usted a Arácnido. No quiero volverle a ver por casa.

La gente de la Zona siempre anda sin control, lo mismo si han bebido que si no, así que nadie puede asegurar que no se ha insinuado al poco apetecible Arácnido.

Arácnido es un chófer muy malo, difícilmente capaz de conducir. En cierta ocasión atropello a una mujer preñada que bajaba de las montañas con una carga de carbón a la espalda, y la mujer abortó un sanguinolento niño muerto en plena calle, y Keif se bajó y se sentó en el bordillo de la acera, removiendo la sangre con un palo mientras la policía interrogaba a Arácnido y finalmente arrestaba a la mujer por violar el Código Sanitario.

Arácnido es un joven horrible nada atractivo con una cara alargada de un extraño color azul pizarra. Tiene una nariz enorme y grandes dientes amarillos de caballo. Cualquiera es capaz de encontrar un chófer agradable, pero sólo Andrew Keif pudo haber encontrado a Arácnido; Keif, el brillante, el joven novelista decadente que vive en un urinario público reconvertido de la zona de las putas del Barrio Indígena.

La Zona es el único edificio enorme. Las habitaciones están hechas de un cemento plástico que se comba para acomodar a la gente, pero cuando hay demasiadas personas en una habitación se produce un suave ¡PLOF! y alguien pasa a través de la pared hasta la casa de al lado, es decir, a la cama de al lado, dado que las habitaciones son fundamentalmente camas donde se llevan a cabo los negocios de la Zona. Un rumor de sexo y comercio agita la Zona como si fuera una vasta colmena.

—Dos tercios del uno por ciento. No me muevo de esa cifra, ni por mis muertos.

—Pero ¿dónde está la documentación de la carga, amor mío?

—No donde tú estás mirando, cariño. Es demasiado evidente.

—Un cargamento de pantalones vaqueros con petos falsos incorporados. Fabricado en Hollywood.

—Bueno, de tipo norteamericano.

—¿Cuánto es la comisión?... La comisión... La comisión.

—Sí, guapo, un cargamento de vaselina hecha de auténticos desechos de ballena del Atlántico Sur, de momento puesto en cuarentena por la Junta de Sanidad de Tierra del Fuego. ¡La comisión, querido! Si sacamos adelante este asunto nadaremos en la abundancia. (Los desechos de ballena son el material que se acumula en el proceso de despedazar y cocer una ballena. Una apestosa masa que se huele a kilómetros de distancia. Nadie ha encontrado aplicación para ella.)

Importaciones Ilimitadas de Interzonas, formada por Marvie y Leif El Malasuerte, ha cerrado el asunto de la vaselina. De hecho, su especialidad son productos farmacéuticos y la complementan con un centro (Profiláctico) abierto las veinticuatro horas del día, seis tratamientos distintos de proa a popa (hasta ahora se han identificado seis clases diferentes de enfermedades venéreas).

Marvie y Leif caen sobre el negocio. Prestan servicios innombrables a un consignatario griego, y a un turno completo de inspectores de aduanas. Los dos socios riñen y se denuncian mutuamente en la Embajada que los manda al Departamento de No Queremos Oír Hablar de Eso y allí son despedidos por una puerta de servicio que da a un vertedero lleno de mierda donde buitres se pelean por las cabezas de pescado. Discuten histéricamente.

—¡Estás tratando de joderme la comisión!

—¡Tu comisión! ¿Qué comisión? ¿La tuya? ¿Quién olió este negocio primero?

—Pero la documentación de la carga la tengo yo.

—¡Monstruo! Pero el cheque lo extenderán a mi nombre.

—¡Hijoputa! No verás la documentación de la carga hasta que ingreses mi parte en mi cuenta.

—Bueno, besémonos y hagamos las paces. Nadie puede hablar mal de mí.

Se estrechan las manos sin entusiasmo y se besuquean las mejillas. El negocio se prolonga durante meses. Contratan los servicios de un Expedidor. Por fin, Marvie aparece con un cheque de 42 kurdos turquestanos extendido contra un banco anónimo de Sudamérica, a liquidar a través de Amsterdam, un procedimiento que llevará once meses más o menos.

Ahora pueden descansar en los cafés de La Plaza. Marvie muestra una fotocopia del cheque. Nunca mostraría el original, claro está, temiendo que algún ciudadano envidioso eche borratintas sobre la firma o estropee el cheque de algún modo.

Todo el mundo le pide que pague unas copas y lo celebre, pero él sonríe jovialmente y dice:

—La cuestión es que ni yo mismo puedo tomármelas. Ya me gasté todos los kurdos comprando estreptomicina para las purgaciones de Alí. Está invadido otra vez. Casi saco volando al hijoputa a través de la pared hasta la casa de al lado, es decir, a la cama de al lado. Pero todos sabéis que soy un viejo sentimental.

En cualquier caso, Marvie pide un corto de cerveza para él, y se saca de la bragueta una moneda renegrida poniéndola en la mesa.

—Quédate con el cambio —dice.

El camarero retira la moneda con el recogedor de basura, escupe encima de la mesa y se aleja.

—¡Mal perdedor! Tiene envidia de mi cheque.

Marvie llevaba en Interzonas desde «el año antes del primero de todos», como él

decía. Había sido despedido de algún cargo poco claro del Departamento de Estado, «agradeciéndole los servicios prestados». Era evidente que en algún momento de su vida había sido un joven universitario, pero su cara se ha vuelto fofa y la piel le forma bolsas como de parafina fundida bajo la barbilla. Y tiene michelines en la cintura.

Leif el Malasuerte era un noruego alto y delgado con un parche sobre un ojo, la cara congelada en una permanente mueca obsequiosa. Tras él quedaba una saga épica de empresas fallidas. Había fracasado criando ranas, chinchillas, luchadores de Siam, raminas y perlas cultivadas. Había intentado varias veces y sin ningún éxito, montar un Cementerio de Pichoncitos Los Dos En El Mismo Ataúd, monopolizar el mercado de condones durante la crisis de la goma, dirigir un prostíbulo por correspondencia, vender penicilina como producto patentado por él. Había utilizado sistemas de apuestas desastrosos en los casinos europeos y en los hipódromos norteamericanos. Sus reveses en los negocios se equiparaban con las increíbles desdichas de su vida personal. Unas bestias de matinos le habían arrancado a patadas los dientes de delante en Brooklyn. Unos cuervos le habían sacado un ojo cuando, después de beberse casi un litro de paregórico, quedó sin sentido en un parque de Panamá capital. Estuvo cinco días atrapado en un ascensor entre dos pisos mientras padecía una crisis de carencia de heroína, y sufrió un ataque de *delirium tremens* durante una travesía clandestina escondido entre la carga. Después, también estaba la vez que tuvo oclusión intestinal, perforación de estómago y peritonitis, todo al mismo tiempo, en El Cairo, y como el hospital estaba tan lleno, lo ingresaron en una letrina, y el cirujano griego le metió un mono vivo dentro por error y luego le cosió, y fue violado por varios auxiliares, y uno de los empleados robó la penicilina sustituyéndola por detergente; y la vez que cogió unas purgaciones culeras y un médico inglés muy puritano le curó con un enema de ácido sulfúrico caliente, y también estaba el profesional de la Medicina Tecnológica, un alemán que le quitó el apéndice con un abrelatas oxidado y unos trozos de hojalata (consideraba la teoría de la asepsia «una estupidez»). Animado por el éxito comenzó a dar tijeretazos y a cortar todo lo que veía delante:

—El cuerrpo humano está lleno de parrtes innesesarias. Se puede vivirr con un riñón. ¿Porr qué tenerr dos? Sí, esto es un rriñón... Las parrtes interriorres no deben estarr tan serca unas de otras. Nesesitan lebensraum, como la Vaterland.

Aún no había pagado al Expedidor y Marvie encaraba la perspectiva de mantenerlo durante once meses, hasta que cobrara el cheque. Se decía que el Expedidor había nacido en el ferry que iba de la Zona a la Isla. Su cometido consistía en acelerar el envío de mercancías. Nadie sabía con seguridad si sus servicios tenían alguna utilidad o no, y mencionar su nombre siempre provocaba discusiones. Se citaban casos en los que se demostraba su milagrosa eficiencia, y casos donde quedaba de manifiesto su absoluta inutilidad.

La Isla era una base naval y militar británica situada directamente frente a la Zona. Inglaterra poseía la Isla merced a un alquiler anual gratuito, con lo que todos los años renueva puntualmente el arriendo y el permiso de residencia. Aparece toda la población —la asistencia es obligatoria— reunida en el vertedero municipal. El Presidente de la Isla está obligado por costumbre a arrastrarse entre la basura y a entregar el Permiso de Residencia y renovación de Alquiler, firmado por todos los ciudadanos de la Isla, ante el propio Gobernador Residente, que lo espera de pie, resplandeciente en su uniforme de gala. El Gobernador coge los documentos y se los guarda en el bolsillo de la guerrera.

—Bien —dice con una tensa sonrisa—, así que han decidido permitir que nos quedemos otro año más, ¿no es eso? Muy amable por su parte... ¿Y todos están de acuerdo?... ¿Hay alguien que no esté de acuerdo?

Soldados en jeeps hacen girar las ametralladoras apuntando a la multitud con lento movimiento amenazador.

—Todos felices y contentos. Eso está muy bien. —Se vuelve jovial hacia el Presidente postrado entre la basura—. Guardaré estos documentos por si acaso hicieran falta. Ja! Ja! Ja! —Su pesada risa metálica resuena por el vertedero y la multitud ríe con él ante la amenaza de las ametralladoras.

En la Isla se aplican escrupulosamente los ritos de la democracia. Hay un Senado y un Congreso que celebran sesiones interminables para discutir la eliminación de la basura y la inspección de retretes, los únicos asuntos sobre los que tienen jurisdicción. Durante un breve período a mediados del siglo XIX se les permitió controlar el Mantenimiento de los babuinos, pero este privilegio fue suprimido ante el absentismo en el Senado.

Piratas del siglo XVII trajeron los babuinos de culo morado de Trípoli a la Isla. Hay una leyenda que dice que cuando los babuinos abandonen la Isla, ésta se hundirá. No se especifica ante quién o de qué manera concreta, y ahora es un delito capital matar a un babuino, aunque la molesta conducta de estos insoportables animales molesta a los ciudadanos más de lo creíble. De vez en cuando, alguien se vuelve frenético, mata a varios babuinos y luego se suicida.

El cargo de Presidente siempre recae en un ciudadano particularmente molesto e impopular. Ser elegido Presidente es la mayor desgracia que puede ocurrirle a un Isleño. La ignominia y las humillaciones son tales que pocos presidentes llegan a vivir todo el período de su mandato, normalmente mueren descorazonados al cabo de un año o dos. El Expedidor había sido Presidente en cierta ocasión y duró los cinco años de su mandato. Posteriormente se cambió de nombre y se sometió a la cirugía estética, para borrar todo lo posible el recuerdo de su desgracia.

—Sí, naturalmente... le pagaremos —estaba diciendo Marvie al Expedidor—. Pero tómeselo con calma. Puede pasar algo de tiempo todavía...

—¡Tomarlo con calma! ¡Algo de tiempo... ! Escuche.

—Sí, lo sé perfectamente. La compañía financiera quiere quitarle el riñón artificial que financia a su esposa... Piensan sacar a su abuela el pulmón de acero.

—Todo eso es de bastante mal gusto, amigo... Francamente, habría preferido no verme metido en este hum asunto. Esa maldita grasa tenía demasiado ácido fénico. Bajé hasta la aduana un día de la semana pasada. Metí el palo de una escoba en uno de los tambores, y la grasa carcomió el extremo en un momento. Además, el hedor es capaz de hacer que un hombre se caiga de espaldas. Debería darse una vuelta por el puerto.

—No haré una cosa semejante —soltó Marvie. En la Zona es señal de buen gusto no tocar nunca, ni acercarse tan siquiera, a lo que se vende. Hacerlo levanta sospechas de que es un vendedor, es decir, un vulgar traficante. Gran parte de la mercancía de la Zona se vende a través de vendedores callejeros.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¡Es demasiado sórdido! Deje que los reventas se preocupen de esas cosas.

—Oh, todo eso está muy bien para vosotros, amigos, procedéis de abajo del todo. Pero yo tengo una reputación que mantener... De este asunto se hablará, ¡y cómo!

—¿Insinúa que hay algo *ilegítimo* en esta operación?

—No exactamente *ilegítimo*. Pero sí bajo. Definitivamente bajo.

—Vamos, ¡vuélvase a su Isla antes de que se hunda! Le conocemos perfectamente desde que ponía el culo al punto en los meaderos de la Plaza por cuatro perras.

—Y, por cierto, no tenía muchos clientes —añadió Leif. Esta referencia a su origen isleño era más de lo que el Expedidor podía aguantar... Estaba estirándose, esforzándose para soltar una expresión gélida, cortante, «aplastante», pero en lugar de eso, salió de sus labios un lamentoso, sollozante y quejoso gruñido perruno. Su cara de antes de la cirugía estética emergió en un arco voltaico de odio incandescente... Empezó a escupir maldiciones en las odiosas guturales estranguladas del dialecto de la Isla.

Todos los isleños hacen profesión de ignorancia del dialecto, o simplemente niegan su existencia.

—Somos británicos —dicen—. No tenemos ningún maldito dialecto.

Asomaba espuma en las comisuras de los labios del Expedidor. Escupía pequeñas bolas de saliva como trozos de algodón. La pestilencia de la bajeza espiritual estaba suspendida en el aire como una nube verde. Marvie y Leif retrocedieron temblando, alarmados.

—Se ha vuelto *loco* —susurró Marvie—. Vámonos de aquí. —Cogidos de la mano se alejaron precipitadamente entre la bruma que cubre la Zona durante los meses de invierno como un baño turco frío.

EL RECONOCIMIENTO

Carl Peterson se encontró una tarjeta postal en el buzón citándole con el doctor Benway a las diez en punto en el Ministerio de Higiene y Profilaxis...

«¿Qué coño pueden querer de mí? —pensó irritado—. Un error, lo más probable.»

Pero él sabía que ellos no cometen errores... Indudablemente, no errores de identidad...

A Carl no se le habría ocurrido faltar a la cita aunque dejar de presentarse no estaba penado... Libertonia era un estado de bienestar social. Si un ciudadano quería algo, desde un saco de huesos hasta un compañero sexual, había un departamento dispuesto a ofrecerle ayuda efectiva. La amenaza implícita en esta envolvente benevolencia apagaba cualquier idea de rebelión...

Carl atravesó la Plaza del Ayuntamiento... Desnudos niquelados de veinte metros de altura con genitales de bronce enjabonándose bajo surtidores resplandecientes... La cúpula del Ayuntamiento, de ladrillo y cristal y bronce, alzada hacia el cielo.

Carl sostuvo la mirada de un turista norteamericano homosexual que bajó la vista y manipuló los filtros de luz de su Leica...

Carl penetró en el esmaltado laberinto metálico del Ministerio, se dirigió directamente a la ventanilla de información y... presentó su tarjeta.

—Quinto piso... Despacho veintiséis....

En el despacho veintiséis una enfermera lo examinó con fríos ojos submarinos.

—El doctor Benway le está esperando —dijo sonriendo—. Entre.

«Como si no tuviera otra cosa que hacer que esperarme», pensó Carl...

El despacho estaba en completo silencio, y lleno de una luz lechosa. El médico estrechó la mano de Carl manteniendo sus ojos fijos en el pecho del joven.

«He visto antes a este hombre —pensó Carl—, pero ¿dónde?»

Se sentó y cruzó las piernas. Miró distraídamente el cenicero de encima de la mesa y encendió un cigarrillo... Se volvió hacia el médico lanzándole una mirada fija e interrogadora en la que había algo más que insolencia.

El médico pareció embarazado... Se movió inquieto y tosió... y manoseó unos papeles.

—Grunf —dijo al fin—. Su nombre es Carl Peterson, creo. —Sus gafas se deslizaron hasta la punta de la nariz como parodiando un gesto académico... Carl asintió en silencio... El médico no le miraba, pero parecía entregado a registrar el acuse de recibo... Volvió a ponerse las gafas en su lugar y abrió una carpeta sobre la mesa esmaltada de blanco.

—Mmmmmmmmm, Carl Peterson —repitió el nombre lentamente, frunció los labios y asintió con la cabeza unas cuantas veces. Volvió a hablar bruscamente—:

Naturalmente usted sabe lo que intentamos. A veces no tenemos éxito, por supuesto. —Su voz se convirtió en un hilo diáfano y tenue. Se llevó la mano a la frente—. Se trata de adaptar el Estado, un instrumento simplemente, a las necesidades de cada individuo. —Su voz surgió tan inesperadamente profunda y grave que Carl se sobresaltó—. Esa es la única función del Estado, según nosotros vemos las cosas. Nuestros conocimientos... incompletos, claro está... —Hizo un ligero gesto de desprecio—. Por ejemplo, *por ejemplo...* consideremos el asunto de... ejem... *la desviación sexual*. —El médico se balanceó adelante y atrás en su sillón. Las gafas le resbalaron de nuevo por la nariz. De pronto, Carl se sintió incómodo.

—Consideramos que es una desgracia... una enfermedad... indudablemente nada que deba ser censurado o... uh... castigado más que, digamos... la tuberculosis... Sí —repitió enérgicamente como si Carl hubiera puesto alguna objeción—, la tuberculosis. Por otra parte, puede ver inmediatamente que *cualquier* enfermedad impone ciertas, podríamos decir, *obligaciones*, ciertas *exigencias* de carácter profiláctico a las autoridades responsables de la salud pública, tales exigencias se imponen a su vez, ni es necesario decirlo, con un mínimo de molestias y de incomodidades al infortunado individuo que sin tener nada que ver en ello, ha sido uuuum infectado... Es decir, naturalmente, el mínimo de molestias compatibles con la protección adecuada de los demás individuos que no están infectados... No consideramos la vacunación antivariólica obligatoria una medida poco razonable... Ni el aislamiento para ciertas enfermedades contagiosas... Estoy seguro de que convendrá en que los individuos infectados con grunf lo que los franceses llaman «Les maladies galantes» je je je deben ser obligados a seguir un tratamiento si no se prestan a ello voluntariamente. —El médico seguía balanceándose en un sillón como si fuera un juguete mecánico... Carl comprendió que estaba esperando a que él dijera algo.

—Parece razonable —dijo.

El médico dejó de balancearse. De pronto, se había quedado inmóvil.

—Ahora volvamos a ese hum asunto de la desviación sexual. Francamente, no pretendemos comprender, al menos por completo, por qué algunos hombres y mujeres prefieren la uh compañía sexual de alguien de su mismo sexo. Sabemos que uh el fenómeno es bastante corriente y que en determinadas circunstancias es asunto de competencia de uh este departamento.

Por primera vez, los ojos del médico miraron directamente a Carl. Ojos sin rastro alguno de calor o de odio o de cualquier emoción que Carl hubiera experimentado o visto en otros, una mirada a la vez fría e intensa, voraz e impersonal. De repente, Carl se sintió atrapado en la silenciosa caverna submarina de una habitación, separado de todas las fuentes de calor y seguridad. La imagen de sí mismo, allí, sentado tranquilamente, alerta, dando evidentes muestras de bien educado desinterés, se hizo opaca, como si la vitalidad hubiera sido extraída de su cuerpo mezclándose con el

ambiente gris lechoso de la habitación.

—El tratamiento de estos desarreglos es, por el momento, grunf sintomático. —El médico se arrellanó súbitamente en el sillón y explotó en estrepitosas carcajadas metálicas. Carl le observó asustado... «Este tipo está loco» —pensó. El rostro del médico adquirió el aspecto inexpresivo del de un jugador. Carl sintió una extraña sensación en el estómago, como cuando se detiene súbitamente el ascensor.

El doctor estudiaba la carpeta que tenía delante. Habló con un ligero tono de condescendencia divertida:

—No se asuste tanto, joven. Sólo es una broma profesional. Decir que el tratamiento es sintomático significa solamente que se intenta que el paciente se sienta lo más cómodo posible. Y precisamente eso es lo que tratamos de hacer en estos casos. —Carl sintió una vez más el impacto de aquel frío interés clavado en su rostro —. Es decir, ayuda cuando se necesita ayuda... y, naturalmente, contacto adecuado con otros individuos de tendencias semejantes. No se recomienda el aislamiento... la enfermedad no es más contagiosa que el cáncer. El cáncer, mi primer amor —la voz del médico volvió a apagarse. En realidad, parecía que se había largado por una puerta invisible dejando su cuerpo vacío sentado allí frente a la mesa.

Súbitamente volvió a hablar con tono mordaz:

—Y ahora, seguramente se preguntará usted por qué nos ocupamos de un asunto semejante, ¿no es así? —esbozó una sonrisa brillante y fría como la nieve bajo el sol.

Carl se encogió de hombros:

—Eso no es asunto mío... lo que me pregunto es por qué me ha pedido que viniera aquí y por qué me cuenta todos estos... estos...

—¿Absurdos?

Carl se sintió molesto al darse cuenta de que estaba sonrojándose.

El médico se recostó en el asiento y juntó la punta de los dedos:

—Los jóvenes —dijo con indulgencia— siempre tienen prisa. Quizá algún día comprendan el significado de la paciencia. No, Carl... ¿puedo llamarte Carl? No estoy esquivando tu pregunta... te tutearé si no te molesta. Bien, en casos de presunta tuberculosis, nosotros, es decir, el departamento adecuado, podemos pedir, incluso *exigir*, a alguien que se presente para someterse a un reconocimiento fluoroscópico. Algo rutinario, ya comprenderás. La mayor parte de esos reconocimientos dan resultado negativo. Así que has sido citado para, digamos, ¿una fluorescencia psíquica? Puedo añadir, que después de haber hablado contigo estoy relativamente seguro de que, a efectos prácticos, el resultado será negativo...

—Pero todo este asunto es ridículo. Sólo me interesan las mujeres. En la actualidad tengo novia y pienso casarme.

—Sí, Carl, lo sé. Y por eso estás aquí. Un análisis de sangre antes del matrimonio, es razonable, ¿no?

—Por favor, doctor, hábleme sin rodeos.

El médico no pareció oírle. Se levantó y empezó a caminar por detrás de Carl, su voz lánguida e intermitente como música lejana por una calle ventosa.

—Debo decirte de modo estrictamente confidencial que tenemos pruebas definitivas de la existencia de un factor hereditario. La presión social. Desgraciadamente muchos homosexuales latentes y declarados se casan. Esos matrimonios generalmente terminan en... El factor del ambiente infantil. —La voz del médico seguía y seguía. Hablaba de esquizofrenia, cáncer, disfunción hereditaria del hipotálamo.

Carl dormitaba. Estaba abriendo una puerta verde. Un hedor horrible invadió sus pulmones y se despertó bruscamente. La voz del médico era extrañamente igual y sin vida, una voz susurrante de yonqui:

—La prueba Kleiberg-Stanislouski de floculación del semen... un medio de diagnóstico... indicativo al menos en sentido negativo. En ciertos casos útil, considerado como parte de todo el cuadro... Quizá en estas *circunstancias* —la voz del médico se disparó en un chillido demente—. La enfermera le tomará uh *las muestras*.

—Por aquí, por favor... —La enfermera abrió la puerta de un cubículo desnudo de paredes blancas. Le tendió una jarrita.

—Use esto, por favor. Sólo tiene que darme una voz cuando haya terminado.

Había una caja de vaselina sobre un estante de vidrio. Carl se sintió avergonzado como si su madre le estuviera ayudando. Un discreto letrero decía algo así como: «Si yo fuera un coño abriríamos una mercería.»

Ignorando la vaselina, eyaculó en la jarra, un frío polvo brutal a la enfermera arrinconada contra una pared de ladrillos de cristal. «Viejo coño de cristal», pensó burlonamente y vio un coño lleno de trozos de cristal coloreados bajo la Aurora Boreal.

Se lavó el pene y se abrochó los pantalones.

Algo estaba observando cada uno de sus pensamientos y actitudes con frío odio burlón, la oscilación de sus testículos, las contracciones de su recto. Estaba en una habitación invadida de luz verde. Había una cama sucia de madera tamaño matrimonio, un armario negro con espejo de cuerpo entero. Carl no podía verse la cara. Alguien estaba sentado en un sillón negro de hotel. Llevaba una camisa blanca con pechera almidonada y una corbata de papel sucia. La cara hinchada, deshuesada, blanda. Ojos como pus ardiente.

—¿Algo va mal? —dijo la enfermera con aire indiferente. Le estaba ofreciendo un vaso de agua. Le observó con aire ausente mientras bebía. Luego, se volvió y cogió la jarra con evidente desagrado.

Se volvió hacia él:

—¿Espera algo en particular? —soltó. A Carl nunca le habían hablado así en toda su vida—. ¿No? —añadió la enfermera—, entonces puede marcharse —y se volvió hacia la jarra. Con una leve exclamación de disgusto se limpió una gota de semen que se le había caído en la mano. Carl cruzó la habitación y se detuvo en la puerta.

—¿Tengo que volver?

La enfermera le miró con desaprobadora sorpresa:

—*Por supuesto*, se le avisará. —Se detuvo a la entrada del cubículo y le contempló mientras atravesaba otro despacho y abría la puerta. Cuando se volvió e intentó despedirse, la enfermera no se movió ni cambió de expresión. Al bajar las escaleras, su mueca decaída y falsa le encendió la cara de vergüenza. Un turista homosexual le miró y alzó una ceja con aire de enterado:

—¿Algo anduvo *mal*?

Carl se dirigió corriendo a un parque y encontró un banco vacío junto a un fauno de bronce con címbalos.

—No te sulfures, muchacho. Te sentirás mejor —el turista se inclinaba sobre Carl, su cámara se balanceaba sobre él como una enorme teta pendulona.

—¡Vete a tomar por el culo!

Carl vio algo indigno y odioso reflejado en el fondo de los ojos castaños de animal capado del marica.

—Chica, si yo estuviera en tu situación, no andaría por ahí insultando a la gente. A ti también te engancharon. Te vi salir del Instituto.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Carl.

—Oh, nada. Nada en absoluto, querida.

—Bien, Carl —empezó el médico sonriendo y manteniendo los ojos a la altura de la boca de Carl—. Tengo que darte buenas noticias. —Sacó un papel azul de un cajón de la mesa y para leerlo realizó una detallada pantomima—. Tus pruebas... la prueba de floculación de Robinson-Kleiber...

—Yo creía que se trataba de la prueba de Blomberg-Stanlouski.

—No, querido —el médico se rió entre dientes—. Estás yendo demasiado de prisa. Debes de haber entendido mal. Bien, bien... te diré que la prueba de Blomberg-Stanlouski es algo completamente distinto. Y *espero...* que no necesaria —rió entre dientes otra vez—. Pero como decía antes de ser tan agradablemente interrumpido... por mi grunf inteligente joven colega. Tu KS parece que es —dejó el papel al alcance de la mano—, completamente uh negativo. Por tanto, quizá no tengamos que molestarte más. Así que... —Dobló cuidadosamente el papel de una carpeta. Hojeó la carpeta. Finalmente se detuvo y frunció el ceño y se pasó la lengua por los labios. Cerró la carpeta y puso la mano sobre ella y se inclinó hacia delante.

—Carl, cuando hacías el servicio militar... Debe de haber habido... de hecho hubo períodos en los que te encontrabas privado de uh los consuelos y uh los *favores* del

sexo débil. Durante esos difíciles y duros períodos, ¿no tenías ni siquiera la foto de una chica ligerita de ropa pegada en la pared? O a lo mejor era todo un harén de esas chicas de calendario, ¿verdad? Je je je...

Carl miró al doctor con franco desagrado.

—Sí, naturalmente —dijo—, todos las teníamos.

—Pues ahora, Carl, me gustaría enseñarte algunas fotos de chicas de ésas —sacó un sobre de uno de los cajones—. Y quisiera que, por favor, elijas la que más te gustaría echarle je je je... ya sabes. —De pronto se echó hacia delante agitando las fotografías ante el rostro de Carl—. Coge una chica, ¡la que quieras!

Carl extendió los dedos entumecidos y tocó una de las fotografías. El médico volvió a meter la foto en el mazo y barajó, cortó y lo colocó sobre la carpeta de Carl y le dio una ligera palmada. Extendió las fotos hacia arriba delante de Carl.

—¿Está entre éstas?

Carl negó con la cabeza.

—Claro que no. Está donde tiene que estar. En el lugar adecuado para una mujer, ¿no? —Abrió la carpeta y sacó la foto de la chica unida a una de las láminas de Roschach.

—¿Es ésta?

Carl asintió en silencio.

—Tienes buen gusto, hijo mío. Debo decirte de un modo estrictamente confidencial que alguna de estas chicas... —con hábiles dedos de jugador dispuso las fotos como si fueran cartas cuando se jugaba al monte—... son realmente *chicos. Travestís*, creo que es la palabra exacta. —Sus cejas subían y bajaban con increíble rapidez. Carl no estaba seguro de haber visto nada extraño. La cara del médico estaba frente a él absolutamente inmóvil y sin expresión. Carl experimentó una vez más la sensación de que estómago y genitales flotaban como en la súbita parada de un ascensor.

—Sí, Carl, parece que corres nuestra pequeña carrera de obstáculos en plan de ganador... Seguramente estás pensando que todo esto es un tanto estúpido, ¿verdad?

—Bueno, a decir verdad... pues sí.

—Eres sincero, Carl... Eso está bien... Y ahora... Carl... —arrastró el nombre con voz acariciadora como el pestañí haciéndose el bueno al ofrecerte un Old Gold (muy propio de la pasma fumar cigarrillos Old Gold) y muy metido en su papel...

El policía bueno iniciando un breve paso de baile.

—¿Por qué no le haces una oferta al Jefe? —señala con la cabeza hacia su ceñudo super-ego, al que siempre se refiere en tercera persona. Es «El Jefe» o «El Teniente».

—El Teniente es así, tú juegas limpio con él y él juega limpio contigo... Nos gustaría que no te comieras demasiadas cosas... Claro que si nos ayudaras un poco. —Sus palabras se abren a un desolado páramo de cafeterías y cruces de calles y

restaurantes baratos. Yonquis parecen mirar a otro lado masticando un trozo de pastel.

—El Marica no está en la cosa.

El Marica se ha desplomado en el sillón de un hotel, grogui, atiborrado de barbitúricos con la lengua colgándole fuera.

El pestañí está liando a un chorizo.

—¿Conoces a Marty el Duro? —meneo.

—Sí.

—¿Puedes conseguir que te pase algo? —meneo, meneo.

—No se fía.

—Pero puedes conseguir que te pase algo esta semana —meneo, meneo, meneo... —. Consigue que te venda algo hoy —no hay meneo.

—¡No! ¡No! ¡Eso no!

—Mira, ahora vas a cooperar con nosotros —tres meneos amenazadores—. ¿Lo haces... o prefieres que el Jefe te zurre la badana? —levanta una ceja.

—Entonces, Carl, por favor, serías tan amable de decirme cuántas veces y en qué circunstancias has uh consentido en prácticas homosexuales —su voz se esfumó—. Si nunca has hecho una cosa así tendré que pensar que eres un joven de alguna manera atípico. —El médico levantó un dedo amenazador bonachonamente—. En cualquier caso... —golpeó la carpeta y esbozó un gesto odioso. Carl notó que la carpeta tenía unos quince centímetros de espesor. De hecho, le pareció que había engordado mucho desde que entrara en la habitación.

—Bueno, cuando hacía el servicio militar... cuando estaba sin blanca.

—Sí, claro, Carl —el médico rebuznó cordialmente—. En tu situación yo también habría hecho lo mismo, no me importa decírtelo, je, je, je... Bueno, supongo que podemos uh *considerar irrelevantes* esos uh comprensibles métodos de conseguir uh *fondos*. Y ahora, Carl, quizá hubo —un dedo golpeó la carpeta que soltó tenues efluvios de zotal y de suspensorios mohosos— ciertas ocasiones en las que no intervinieron factores de tipo uh económico.

Un resplandor verde estalló en el cerebro de Carl. Vio el delgado cuerpo moreno de Hans... enlazándose con el suyo, agitada respiración en el hombro. El resplandor se apagó. Un inmenso insecto revoloteaba en su mano.

Todo su ser vibró en un espasmo eléctrico de repulsión.

Carl se puso en pie temblando de rabia.

—¿Qué está escribiendo ahí? —preguntó.

—¿Sueles dormirte a menudo como ahora? ¿En medio de una conversación?

—No estaba dormido.

—¿No lo estabas?

—Lo que pasa es que *todo esto* es irreal... Ahora me marcho. No me interesa. No puede obligarme a seguir aquí.

Caminaba por la habitación en dirección a la puerta. Llevaba caminando mucho tiempo. Un entumecimiento paralizador iba invadiendo sus piernas. La puerta parecía retroceder ante él.

—¿Dónde vas, Carl? —la voz del médico le llegó desde una gran distancia.

—Fuera... Lejos... Por la puerta...

—¿La puerta Verde, Carl?

La voz del médico era difícilmente audible. La habitación entera estaba explotando en el vacío.

¿HAS VISTO A ROSA PANTOPON?

No te acerques a la estación de Queen Plaza, hijo mío... Un sitio maldito frecuentado por la pasma acechando al ligón drogadicto... Demasiados ángulos de tiro... La bofia sale aplastante del meandro apestando a amoníaco... como leones ardiendo... caen encima de una vieja ratera que roba a borrachos y la acojonan a tope... por lo menos, cinco meses y veintinueve días... o más incluso.

Así que andaos con ojo, Marica, Alguacil, Irlandés, Marinero... Cuidado, cuidado con esa línea antes de poneros a trabajar allí...

El metro pasa como una exhalación con negro estruendo de hierro...

—Queen Plaza es mal sitio para desvalijar borrachos... Demasiados ángulos de tiro y escondites para la pasma del metro... imposible cubrirse cuando se hace el pase...

Cinco meses y veintinueve días: condena que se aplica por «vago y maleante», esto es, por acercarse a un primo con evidente intención... Personas inocentes pueden ser condenadas por asesinato, pero no por «vagos y maleantes».

El Marica, el Alguacil, el Irlandés, el Marinero, viejos tiempos, yonquis y rateros de borrachos a los que conozco... La antigua basca de la calle Ciento Tres... Marinero e Irlandés se colgaron en el talego... El Alguacil murió de una sobredosis y el Marica se hizo soplón...

—¿Has visto a Rosa Pantopón? —preguntó el viejo yonqui... —. Hora de trabajar. —Se puso un abrigo negro y a hacer acera... Avenida abajo hacia el Museo de la calle del Mercado muestra toda clase de masturbaciones y prácticas solitarias. Los jóvenes necesitan algo especial...

El gángster baja rodando dentro de cemento por el canal del río... Hicieron un rodeo con él en la sauna... ¿Es este tipo Gio Culos de Cereza el palanganero de Madame Gillig, la Vieja Tita de Westminster Place? Sólo dedos muertos hablan en Braille...

El Mississippi arrastra grandes peñascos de piedra caliza avenida silenciosa abajo...

—¡Arriba la mayor! —gritó el capitán del *Tierra Móvil*...

Distante ruido de tripas... Palomas envenenadas llueven de auroras boreales... Los depósitos están vacíos... Estatuas de bronce se estrellan contra las plazas y calles hambrientas de la ciudad hueca...

Buscando una vena en el amanecer enfermo por falta de droga... Estrictamente con jarabe para la tos...

Un millar de yonquis asaltan las clínicas...

En la cueva de caliza encontré a un hombre con la cabeza de Medusa dentro de una sombrerera y dijo: «Tenga cuidado», al vistas de aduana... Congelado para

siempre, y una mano a dos centímetros del doble fondo...

Los limpiaparabrisas gritan por toda la estación, golpean a los cajeros...

—Fractura múltiple —dijo el gran médico—. Soy sumamente técnico.

Se aprecia aumento ostentoso de consumo bajo los soportales resbaladizos por los esputos llenos de bacilos de Koch...

El ciempiés socava la oxidada puerta de hierro hasta convertirla en delgado papel negro por la orina de un millón de mariquitas...

No es una buena dosis bien cargada, sólo es polvo cortado, algodones usados, el esqueleto de un fije...

PARANOIAS DE LA COCA

El sombrero de fieltro gris y el abrigo negro del Marinero cuelgan retorcidos en atrofiada espera de opio. Sol matinal nimbaba al Marinero en la llamarada color naranja de la droga. Había una servilleta de papel debajo de su taza de café —la marca de los que esperan mucho tiempo sentados ante un café en las plazas, restaurantes, terminales y salas de espera del mundo. Un yonqui, incluso al nivel del Marinero, vive en el Tiempo-droga, y cuando irrumpe inoportunamente en el Tiempo de los otros, como todos los viajantes, debe esperar (¿cuántos cafés en cada hora?).

Un chico entró y se sentó en el mostrador dibujando las líneas rotas de la prolongada y enferma espera de la droga. El Marinero se estremeció. La cara se le desdibujó desenfocada en una temblorosa neblina marrón. Sus ojos trazaron breves caídas y círculos siguiendo los rizos de pelo castaño sobre el cuello del chico con un movimiento lento y anhelante.

El chico se movió inquieto y se rascó el cuello:

—Me picó algo, Joe, ¿qué clase de tugurio diriges?

—Paranoias de la coca, joven —dijo Joe sosteniendo unos huevos a contraluz—. Viajaba con Irene Kelly en cierta ocasión, una chica deportiva. En Butte, estado de Montana, agarró las paranoias de la coca y se puso a correr por todo el hotel gritando que la perseguían policías chinos con hachas de cortar carne. Yo sabía el caso de aquel policía de Chicago que esnifaba coca en forma de cristales, de cristales azules. Y el tipo perdió la cabeza y empezó a gritar que los Federales le perseguían y corrió calle abajo y metió la cabeza en un cubo de basura. Y yo le dije:

»—Pero ¿qué demonios estás haciendo?

»Y él va y responde:

»—¡Fuera de aquí o te pego un tiro! Ahora estoy bien escondido.

—Cuando llegue el momento estarás allí, ¿verdad?

Joe miró al Marinero y extendió las manos con gesto impotente de yonqui.

El Marinero habló con voz temblorosa que se te recomponía en la cabeza, pronunciando las palabras con dedos fríos:

—Tu contacto se ha esfumado, chico.

El chico se sobresaltó. Su cara de golfo, con negras cicatrices de la droga, conservaba cierta salvaje inocencia decaída; animales asustadizos mirando a través de grises arabescos de terror.

—No te entiendo, Jack.

El Marinero se destacó brutal y penetrante a la claridad de la droga. Volvió la solapa de la chaqueta, mostrando una aguja hipodérmica cubierta de moho y cardenillo:

—Retirado por el bien de la causa... Siéntate y toma un trozo de pastel de fresa a

cuenta de los gastos de representación. A tu mono le gusta. Ponle lustroso.

El chico notó que le tocaba el brazo a través de unos tres metros de cafetería matinal. De pronto, se sintió aspirado hasta la mesa del Marinero, aterrizando con un inaudible schlup. Miró a los ojos al Marinero, un universo verde agitado por negras corrientes frías.

—¿Es usted agente, míster?

—Prefiero la palabra vector. —Su sonora risa vibraba a través de la substancia del muchacho.

—¿Lo tienes, tío? Traje la pasta...

—No quiero tu dinero, guapo: quiero tu Tiempo.

—No lo cojo.

—¿Quieres un fije? ¿De verdad lo quieres? ¿Quieres chutarte?

El Marinero agitó algo color rosa y vibró desenfocado.

—Sí.

—Tomaremos el Independiente. Tienen su policía especial y no llevan pistola, sólo porra. Recuerdo que una vez yo y el Marica caímos por Queen Plaza. No te acerques a la estación de Queen Plaza, hijo mío... un sitio maldito... plagado de pasma. Demasiados ángulos de tiro. La bofia sale aplastante del meadero apestando a amoníaco como leones ardiendo... caen encima de una vieja ratera que roba a borrachos y la acojonan a tope... por lo menos, cinco meses y veintinueve días... o más incluso... condena que se aplica por «vago y maleante»... Así que Marica, Alguacil, Marinero, tened cuidado, cuidado con esa línea antes de poneros a trabajar allí...

El metro pasa como una exhalación con negro estruendo de hierro.

EL EXTERMINADOR HACE UN BUEN TRABAJO

El Marinero tocó suavemente la puerta, siguiendo los dibujos de roble pintado con lento deslizarse, dejando delicadas espirales de húmedo polvo iridiscente. Su brazo se coló por una abertura. Corrió un cerrojo interior y se apartó para que entrara el chico.

Pesado, incoloro olor a muerte llenaba la habitación vacía.

—Este antro no se aireó desde que el Exterminador lo fumigó debido a las paranoias de la coca, daban picotazos —dijo el Marinero como disculpándose.

El chico lanzó sus sentidos como dardos en alocada exploración. Un apartamento junto al ferrocarril, vibrando con silencioso movimiento. Junto a una de las paredes de la cocina un recipiente de metal —¿era exactamente metal?— terminaba en una especie de acuario o depósito medio lleno de verde fluido traslúcido. Objetos mohosos, cosas inservibles de utilidad desconocida cubrían el suelo: un suspensorio destinado a proteger algún órgano delicado, en forma de abanico aplastado; bragueros, algodones y vendas; un yugo en forma de U de piedra porosa color de rosa; pequeños tubos de plomo abiertos por uno de los extremos.

Las corrientes de movimiento de los dos cuerpos agitaron hedores estancados; atrofiado olor juvenil de vestuarios polvorientos, cloro de piscinas, semen reseco. Otros olores se enroscaban en volutas color de rosa alcanzando puertas ignoradas.

El Marinero buscó bajo el fregadero y extrajo un envoltorio que se deshizo y se deslizó entre sus dedos convertido en polvo amarillo. Colocó cuentagotas, agujas y cuchara sobre una mesa llena de platos sucios... pero ninguna antena de cucaracha palpó las migas de pan en la oscuridad.

—El Exterminador hace bien su trabajo —dijo el Marinero—. Casi demasiado bien, en ocasiones.

Hundió la mano en una lata cuadrada de polvo amarillo de insecticida pyrethrum, y sacó un paquete plano envuelto con papel de arroz rojo y dorado.

«Como un paquete de petardos», pensó el chico. A los catorce años había perdido dos dedos... Un accidente con fuegos artificiales el cuatro de julio... después en el hospital, la primera caricia, silenciosa, posesiva de la droga.

—La cosa explota aquí, chico. —El Marinero se llevó la mano a la nuca. Se abrió de piernas obscenamente mientras abría el paquete, un completo atadijo de cartones y cuerdas.

—Heroína pura al cien por cien. Apenas quedará alguien vivo... y es toda tuya.

—Entonces, ¿qué quiere usted de mí?

—Tiempo.

—No entiendo.

—Yo tengo algo que tú quieres —su mano tocó el envoltorio. Se dirigió a la habitación de enfrente, su voz remota y difusa—. Tú tienes algo que yo quiero...

cinco minutos aquí... una hora en otro sitio... dos... cuatro... ocho... Quizá me esté adelantando... Cada día muero un poco... Es preciso tener tiempo.

Volvió a la cocina. Su voz sonora y clara.

—Cinco años cada uno. En la calle nadie hace mejor precio —tocó con el dedo la línea divisoria de la nariz del chico y añadió—: Justamente la mitad.

—Señor, no sé de qué me está hablando.

—Ya lo sabrás, hijo mío... en su momento.

—De acuerdo, ¿qué debo hacer?

—Entonces, ¿aceptas?

—Sí, bueno... —miró el paquete—. Sea lo que sea, acepto.

El chico sintió una descarga atravesándole la carne. El Marinero le colocó una mano sobre los ojos y sacó un huevo escrotal de color rosa con un ojo cerrado, latiendo. Negra piel ardía dentro de la carne translúcida del huevo.

El Marinero acarició el huevo con desnudas manos inhumanas —largos zarcillos negro-rosados, gruesos, fibrosos, nacían de las yemas de unos cortos dedos. El miedo a la Muerte y la respiración, deteniendo la circulación de su sangre. Se apoyó contra una pared que pareció ceder ligeramente. Recuperó el centro focal de la droga.

El Marinero estaba calentando un chute.

—Cuando llegue el momento estarás ahí, ¿verdad? —dijo tanteando la vena del muchacho, acariciando su carne de gallina con dedos de vieja. Clavó la aguja. Una orquídea roja floreció en la base del cuentagotas. El Marinero apretó la goma observando cómo entraba la solución en la vena del chico, sorbida por silenciosa sangre sedienta.

—Jesús! —dijo el chico—. Nunca me había picado nada como esto.

Encendió un pitillo y observó la cocina, estremecido por la necesidad de azúcar.

—¿No te colocas tú? —preguntó.

—¿Con esa leche azucarada de mierda? La droga es una calle de dirección única. No tiene regreso. Jamás se puede volver.

Me llaman el Exterminador. Durante un breve punto de intersección desempeñé ese trabajo y asistí a la danza del vientre de las cucarachas ahogadas por el polvo amarillo del py-rethrum («Difícil de conseguir ahora, señora... la guerra. Le dejaré un poco... dos dólares»). Regaba con el producto grandes chinches pegadas al empapelado color rosa de siniestros hoteles para gente de teatro en North Clark y envenenaba a las ratas, ocasionales comedoras de cachorros humanos. ¿Y tú no?

Mi cometido actual: encontrar a los que aún viven y *exterminarlos*. Pero no los cuerpos, sino los «moldes», ya entienden —¡ah! olvidaba que no pueden entender—. Quedan sólo unos pocos. Pero bastaría con uno solo para que se estropease. El peligro, como siempre, procede de los agentes que se han pasado al otro bando: A. J., el Somatén, el Armadillo Negro (portador de tripanosomas de la enfermedad de

Chafas, no se ha bañado desde la epidemia de 1935 en Argentina, ¿recuerda?), y Lee y el Marinero y Benway. Y sé que hay algún agente por ahí fuera esperándome en la sombra. Porque todos los agentes se pasan al enemigo y todos los de la resistencia se venden...

EL ÁLGEBRA DE LA NECESIDAD

«El Gordo» Terminal llega de los Tanques de Presión de la Ciudad, donde chorros abiertos de vida lanzan un millón de formas, comidas inmediatamente, quienes las comen anulados por pelusas de tiempo negro...

Pocos consiguen llegar a La Plaza, un sitio donde los Tanques vacían una corriente de mareas periódicas que trae formas de supervivencia armadas con defensas de barro venenoso, carne podrida, hongos y olores verdes que chamuscan los pulmones y atan el estómago con nudos apretados...

Porque los nervios de «El Gordo» estaban despellejados y pelados para sentir los espasmos de muerte de un millón de excitaciones frías... «El Gordo» aprendió El Algebra de la Necesidad y sobrevivió...

Un viernes «El Gordo» se dejó caer por La Plaza, un feto simiesco, gris translúcido, con ventosas en las pequeñas manos blandas de un púrpura grisáceo y una boca redonda de lamprea, de cartílago frío y gris, forrada de negros dientes eréctiles en busca de las marcas dejadas por los pinchazos de la droga...

Y un tipo rico pasó y clavó la vista en el monstruo y «El Gordo» rodó por el suelo meándose y cagándose de miedo, y se comió su propia mierda, y el tipo aquel, conmovido ante semejante tributo a la potencia de su mirada, dejó caer una moneda de su bastón de los viernes (el viernes es el domingo musulmán cuando habitualmente los ricos distribuyen limosnas).

Así que «El Gordo» aprendió a servir La Carne Negra y creció hasta que su cuerpo se convirtió en una cosa barriguda como un acuario...

Y sus ojos muertos de periscopio barrieron la superficie del mundo... Entre su estela de adictos, unos monos de un gris translúcido se clavaron como harpones en las marcas de la droga y allí se colgaron para chupar, y todo eso vino a confluir en «El Gordo», así que su sustancia crecía y crecía llenando plazas, restaurantes y salas de espera del mundo con fluido gris de la droga.

Los Boletines procedentes del Cuartel General del Partido son redactados en forma de charadas obscenas por hebefrénicos y latahs y monos, los Sollubis pedorrean en código, los negros abren y cierran la boca y envían mensajes con sus dientes de oro, los perturbadores árabes envían señales de humo lanzando grandes eunucos adiposos —son los que hacen el mejor humo, suspendido en el aire negro y sólido como mierda— en hogueras de gasolina ardiendo en un montón de basura mosaico de melodías, tristes flautas de mendigos jorobados, viento frío, soplando desde una tarjeta postal del Chimborazo, flautas del Ramadán, música de piano en calle barrida por el viento, fragmentarias comunicaciones de la policía, folleto de propaganda sincronizado con un SOS por riña callejera.

Dos agentes se han identificado el uno al otro gracias a las actividades sexuales

que registran extraños micrófonos, se pasan jodidos secretos atómicos en un código tan complicado que solamente dos físicos de todo el mundo pretenden entenderlo, y cada uno de ellos se opone categóricamente a la interpretación del otro. Después, el agente receptor será ahorcado, culpable de posesión dolosa de un sistema nervioso y repetirá el mensaje en los espasmos del orgasmo transmitidos por electrodos conectados al pene.

Ritmos respiratorios de viejo cardíaco, movimientos de una bailarina del vientre, chuf chuf chuf de una motora surcando el agua aceitosa. El camarero deja caer una gota del martini del Hombre del Traje de Franela Gris, el cual coge el tren de las 6.12 horas sabiendo que ha sido *localizado*.

Yonquis salen por la ventana del retrete del restaurante chino cuando el tren elevado pasa *retumbando*. El Cojo, hicieron con él un rodeo en el Waldorf y parió una *camada de ratas*. (Hacer el rodeo: en la germanía de Nueva York significa liquidar al hijoputa dondequiera que se lo encuentre. Una rata es una rata es una rata es una rata. Es un confidente.) Vírgenes prudentes contemplan absortas al coronel inglés que cabalga blandiendo en su lanza un pécari aullando. El marica elegante que patrocina el bar de la esquina de su calle para que reciba un boletín de la Madre Muerta, vive en sinapsis y evocará a la excitante Institutriz Castigadora. Los chicos que se masturban en el retrete de colegio se reconocen entre sí como agentes de Galaxia X, se citan en un local nocturno de ínfima categoría donde se sientan miserables y siniestros bebiendo vinagre de vino y comiendo limones para confundir al saxo tenor, un árabe progre con gafas azules, sospechoso de ser Emisor del Enemigo. La red mundial de yonquis, conectados a un cable de semen rancio... tratando de picarse en habitaciones amuebladas... temblando en el amanecer enfermo... (Los hombres del viejo Pete fuman el Humo Negro en la trastienda de una lavandería china. El Niño Melancólico muere de una sobredosis de Tiempo o de un corte de la respiración durante el pavo frío en Arabia-París-Ciudad de México-Nueva York-Nueva Orleans— Los vivos y los muertos... en carencia o colocados... colgados y descolgados y colgados de nuevo... llegan con la onda luminosa de la droga y El Contacto está comiendo chop suey en la calle Dolores... mojando un bollo en Bickfords... perseguido por La Bolsa por una manada de gente que ladra. Palúdicos del mundo se unen en un estremecido protoplasma. El miedo sella el mensaje de estiércol con una cuenta uniforme. Incontrolados ruidosos copulan ante los aullidos de un negro que arde. Bibliotecarios enfermos de soledad se unen en besos del alma que apestan a halitosis. ¿Esa sensación persistente hermano? ¿Dolor de garganta tenaz e inquietante como viento abrasador de la tarde? Bienvenido al Club Internacional de la Sífilis— «Mezodiz Epizcopal God damn iz» (frase utilizada en EEUU. para demostrar el deterioro del habla típico de la paresia) o el primer toque del chancro nos convierte en miembros por derecho propio. El vibrante zumbido silencioso de lo profundo del bosque y de

los acumuladores de orgones, el súbito silencio de ciudades cuando los policías yonquis e incluso los Oficinistas suenan abriendo canales de colesterol en busca de contacto. Fuegos de artificio del orgasmo estallan sobre el mundo. Una fumeta se pone en pie de un salto gritando: «¡Me dio el muermo!», y se hunde en la noche mexicana abatiendo los terminales cerebrales del mundo. El Verdugo grita al oído de su implacable víctima. Navajeros abrasados por adrenalina. El cáncer está a la puerta con un Telegrama Cantado...

HAUSER Y O'BRIEN

Cuando se me echaron encima aquella mañana a las ocho en punto, comprenda que era mi última oportunidad, mi única oportunidad. Pero ellos no lo sabían. ¿Cómo iban a saberlo? Sólo un arresto rutinario. Aunque no rutinario del todo.

Hauser estaba desayunando cuando llamó El Teniente:

—Quiero que usted y su compañero detengan a un individuo llamado Lee, William Lee, ya que van al centro. Está en el Hotel Lamprea, en la Ciento Tres, justo a la salida de Broadway.

—Sí. Sé dónde está eso. También le recuerdo a él.

—Bien, habitación 606. Limítense a detenerlo. No me pierdan tiempo poniéndolo todo patas arriba. Pero traigan todos los libros, cartas, manuscritos. *Todo*, impreso, a máquina o escrito a mano. ¿Entendido?

—Entendido. Pero ¿cuál es el asunto... ? ¿Libros... ?

—Hagan simplemente lo que les digo. —El Teniente colgó.

Hauser y O'Brien. Llevaban unos veinte años en la Brigada de Estupefacientes de la ciudad. Veteranos como yo. Llevo en esto de la droga unos diecisiete años. No eran malos si se tiene en cuenta que eran policías. Por lo menos, O'Brien no lo era. O'Brien iba de bueno, y Hauser hacía de malo. Una pareja de comedia. Hauser tenía la costumbre de pegar antes de decir nada, sólo para romper el hielo. Entonces O'Brien te daba un cigarrillo Old Gold —hay que ser policía para fumar Old Gold— y empezaba con el número ese de la zanahoria delante.

No era mal tío y hubiera preferido no hacerlo. Pero se trataba de mi única oportunidad.

Precisamente estaba intentando pegarme el chute mañanero cuando abrieron la puerta con una llave maestra. En la mesa, delante de mí, estaba un sobre con droga, aguja, jeringuilla —cogí la costumbre de usar una jeringuilla normal en México y nunca volví a usar cuentagotas—, alcohol, algodón y un vaso de agua.

—Vaya, vaya... —dice O'Brien—. Mucho tiempo sin vernos, ¿eh?

—Ponte la chaqueta, Lee —dice Hauser. Había sacado la pistola. Siempre la saca cuando hace un arresto, por el efecto psicológico y para impedir una fuga por el servicio o la ventana.

—¿Puedo pegarme un toque primero, muchachos? —pregunté—. Quedará suficiente como prueba.

Me preguntaba cómo podría llegar hasta la maleta si me decían que no. La maleta no estaba cerrada con llave, pero Hauser tenía la pistola en la mano.

—Quiere picarse —dijo Hauser.

—Vamos, Bill, sabes que no podemos permitirte eso —dijo O'Brien con voz suave de policía bueno, arrastrando el nombre con una familiaridad grasienta,

insinuante, brutal y obscena.

Por supuesto que quería decir:

—¿Qué puedes hacer por *nosotros,* Bill?

Me miró y sonrió. La sonrisa siguió allí demasiado tiempo, odiosa y desnuda, la sonrisa de un viejo pervertido, resumiendo toda la malignidad negativa de la ambigua función de O'Brien.

—Podría entregaros a Marty el Duro —dije.

Sabía que querían echarle el guante a Marty. Llevaba traficando cinco años y no podían colgarle nada encima. Marty era un veterano, y tenía mucho cuidado con quien trabajaba. Tenía que conocer a un tipo y conocerlo bien, antes de aceptar su dinero. Nadie puede decir que le han metido en el talego por mi culpa. Mi reputación en ese sentido es impecable, pero Marty no me quería atender, porque no me conocía bastante. Así de desconfiado era Marty.

—¡Marty! —dijo O'Brien—. ¿Puedes comprarle algo?

—Claro que puedo.

Desconfiaban. Un hombre no puede ser policía toda la vida sin desarrollar una capacidad intuitiva especial.

—De acuerdo —dijo Hauser al fin—. Pero será mejor que te portes bien, Lee.

—Me portaré perfectamente. Créanme que apreciaré esto.

Me até el pañuelo para el chute, las manos me temblaban de ansia, un drogadicto arquetípico.

«Exactamente un viejo yonqui, muchachos, un viejo inofensivo, tembloroso, destrozado por la droga.» Ese fue el número que les monté. Como esperaba, Hauser apartó la vista en cuanto empecé a buscarme la vena. Es un espectáculo bien poco agradable.

O'Brien estaba sentado en el brazo de una butaca fumándose un Old Gold. Miraba hacia fuera por la ventana, con expresión del que piensa en lo que hará cuando se jubile.

Encontré la vena en seguida. Un chorro de sangre entró en la jeringuilla durante unos instantes, intenso y sólido como una cuerda roja. Apreté el émbolo con el pulgar, notando que la droga se extendía por mis venas para alimentar a un millón de células hambrientas de droga, para proporcionar fuerza y vivacidad a cada nervio y a cada músculo. No me miraban. Llené la jeringuilla de alcohol.

Hauser jugueteaba con su pistola de cañón corto, un Colt especial para policías, y examinaba la habitación. Podía olfatear el peligro lo mismo que un animal. Con la mano izquierda empujó la puerta del retrete y miró dentro. Se me contrajo el estómago y pensé: «Si ahora mira la maleta estoy perdido.»

Hauser se volvió hacia mí bruscamente.

—¿Todavía no acabaste? —gruñó—. Será mejor que no trates de enmierdarnos

con el asunto de Marty —las palabras brotaron tan desagradables que incluso se sorprendió él mismo.

Cogí la jeringuilla llena de alcohol y moví la aguja para estar seguro de que la tenía bien ajustada.

—Sólo un par de segundos —dije.

Solté un delgado chorrito alcanzándole los ojos con un movimiento de la jeringuilla. Hauser lanzó un bramido de dolor. Pude verle frotándose los ojos con la mano izquierda como si tratara de quitarse una venda invisible cuando me agaché, arrodillándome mientras buscaba la maleta. Abrí la maleta y mi mano izquierda se cerró sobre la culata de la pistola (soy diestro, pero disparo perfectamente con la izquierda). Sentí el impacto del disparo de Hauser antes de oírlo. El proyectil se hundió en la pared, a mi espalda. Disparando desde el suelo, alcancé con dos rápidos disparos el vientre de Hauser, allí donde se le había levantado el chaleco y dejaba ver un par de centímetros de camisa blanca. Lanzó un gruñido que me hizo vibrar y se dobló hacia adelante. Rígido de miedo, O'Brien buscaba con la mano la pistola de su sobaquera. Con la derecha me sujeté la muñeca de la otra mano para impedir que la pistola se moviera (la pistola tiene el martillo limado y sólo dispara en doble acción), y le disparé en medio de su frente roja, unos dos centímetros por debajo de la línea plateada del pelo. Su pelo era gris la última vez que lo había visto. Hacía de eso unos quince años. Mi primer arresto. Se le apagaron los ojos. Mis manos ya estaban reuniendo todo lo que necesitaba, metiendo en una cartera de mano los cuadernos de notas, la droga y una caja de cartuchos. Me metí la pistola en el cinturón y salí al pasillo mientras me ponía la chaqueta.

Se oía al recepcionista y al botones subiendo las escaleras. Cogí el montacargas, bajé y atravesé el vestíbulo vacío hacia la calle.

Era un hermoso día de invierno. Sabía que no tenía demasiadas posibilidades, pero cualquier posibilidad, por pequeña que sea, es mejor que ninguna, y desde luego, que ser sometido a experimentos con ST6, o como fueran las iniciales.

Tenía que conseguir droga en seguida. Además de aeropuertos, estaciones de tren y terminales de autobuses, cubrirían todas las zonas por donde circula la droga y los contactos. Cogí un taxi hasta Washington Square, me apeé y caminé por la calle. Cuatro hasta encontrarme con Nick en una esquina. Siempre se puede encontrar a un traficante. Basta con conjurarle como a un espíritu.

—Escucha, Nick —le dije—. Tengo que irme de la ciudad. Necesito ligarme una buena cantidad de heroína. ¿Puedes conseguírmela ahora mismo?

Caminábamos por la calle Cuatro. La voz de Nick parecía infiltrarse en mi conciencia desde un lugar inconcreto. Un espíritu, una voz sin cuerpo. Decía:

—Sí, puedo hacerlo. Tengo que ir de una carrera a la parte alta.

—Cogeremos un taxi.

—De acuerdo, pero no puedo llevarte hasta el tipo. Ya sabes.

—Entiendo. Vamos.

íbamos en taxi en dirección norte. Nick hablaba con voz apagada, muerta.

—Últimamente nos están pasando un material raro. No es que sea exactamente flojo... No sé. Es diferente. Quizá esté mezclado con algo sintético... Metadona o algo así.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¿Ya?

—Bueno... Pero esto que te voy a pasar yo ahora es bueno. De hecho, es casi de lo mejorcito que he visto nunca... Pare aquí mismo.

—Por favor, date prisa —dije.

—Será cuestión de unos diez minutos a no ser que se le haya terminado el material y tenga que ir a buscarlo... Lo mejor será que te sientes en algún sitio de por aquí cerca y te tomes un café o algo... Este es un sitio peligroso.

Me senté ante un mostrador y pedí café. Señalé un trozo de pastel que había debajo de un plástico. Mojé el pastel en el café mientras rezaba para que, aunque fuera sólo por esta vez, por favor Señor, lo consiguiese, y no me volviera diciendo que el tipo se había largado y que era preciso darse una vuelta por East Orange o Greenpoint.

Bueno, aquí volvía. Se paró detrás de mí. Me vuelvo y le miro con miedo a preguntar. Extraño, pensé, aquí estoy sentado con una oportunidad sobre cien de vivir en las próximas veinticuatro horas —debía tenerlo siempre presente, no podía arriesgarme a olvidarlo y tener que pasar los tres o cuatro meses siguientes esperando en la celda de los condenados a muerte—. Y aquí estaba preocupado por un trapicheo de droga. Pero sólo me quedaba como para unos cinco chutes, y sin droga quedaría inmovilizado... Nick movió la cabeza diciendo que sí.

—No me lo des aquí —dije—. Vamos a coger un taxi.

Cogimos un taxi y salimos para la otra parte de la ciudad. Extendió la mano y cogí el paquete, luego deslicé un billete de cincuenta dólares en la mano de Nick. Lo miró y mostró las encías en una sonrisa desdentada diciendo:

—Muchas gracias... Esto me pondrá en casa...

Me recosté en el asiento dejando que mi mente funcionara sin esfuerzo. Haz funcionar a tu mente demasiado a fondo y se te joderá como un fusible sobrecargado... Y yo no tenía margen de error. Los norteamericanos tienen un horror especial a perder el control, a dejar que las cosas sucedan a su manera sin interferencias ajenas. Les gustaría entrar en su propio estómago y digerir la comida y sacar luego la mierda a paladas.

La mente responderá a mayor cantidad de preguntas si aprendes a relajarte y a esperar la respuesta. Como en una de esas máquinas que piensan, metes la pregunta, te sientas y esperas...

Buscaba un nombre. Mi mente estaba clasificando nombres: descarté inmediatamente a A. P. —Amante de la Pasma—, a N.S. —Nacido Soplón—, y a B.T.P.G. —Buen Tío Pero Gallina... dejándolos a un lado para considerarlos, sopesarlos, examinarlos a fondo, buscando el nombre, la respuesta.

—A veces, sabes, tengo que esperar hasta tres horas. Otras veces, se arregla el asunto en seguida, como ahora —dijo Nick con una sonrisa de sorna que utilizaba como puntuación. Una especie de disculpa por el mero hecho de ponerse a hablar en el mundo telepático del adicto donde sólo el factor cantidad —¿Cuántos dólares? ¿Cuánta droga?— requiere expresión. El sabía, y yo también, todo lo que se puede saber de la espera. El negocio de la droga funciona sin horario, y eso en todos los planos. Nadie llega a tiempo a no ser por casualidad. El adicto vive el Tiempo-droga. Su cuerpo es el reloj y la droga corre a través de él como en un reloj de arena. El tiempo tiene sentido para él sólo en relación con su necesidad. Entonces, irrumpe bruscamente en el tiempo de los otros y, como todos los desplazados, los viajantes, debe esperar, a no ser que se enrede en el tiempo de no-droga.

—¿Y qué puedo decirle? Sabe que estoy dispuesto a esperar lo que sea —dijo riendo Nick.

Pasé la noche en los baños públicos Siempre Duros —la homosexualidad es la mejor pantalla que puede utilizar un agente— donde un ayudante italiano gruñón crea una atmósfera enervante al barrer continuamente el dormitorio con rayos infrarrojos y ver en la oscuridad.

(«¡Atentos en la esquina nordeste! ¡Lo veo!», dirige la luz del foco, asoma la cabeza por las trampillas del suelo y las paredes de los reservados, así que muchas locas tienen que ser sacadas con camisas de fuerza.)

Me tendí allí en mi cubículo mirando al techo... escuchando los gruñidos y chillidos y peleas en esa pesadilla a media luz, sin orden ni concierto, frustrado el deseo...

—¡Que te den pol saco!

—Ponte dos pares de gafas y a lo mejor entonces consigues ver algo.

Salí al despuntar el día y compré un periódico... Nada... Llamé por teléfono desde la cabina de una botica... y pregunté por Estupefacientes:

—Teniente González, ¿quién llama?

—Quiero hablar con O'Brien —un momento de estática, cables que se unen... conexiones interrumpidas...

—No hay nadie que se llame así en este departamento. ¿Quién es *usted*?

—Entonces quiero hablar con Hauser.

—Mire, señor mío, no hay ningún O'Brien ni ningún Hauser en este departamento. ¿Qué quiere usted?

—Verá, es algo importante... He conseguido información sobre un gran

cargamento de heroína procedente de... Quiero hablar con Hauser o con O'Brien... No trataré con nadie que no sean ellos.

—No cuelgue... Le pondré con Alcibíades.

Empecé a preguntarme si aún quedaba alguien con nombre anglosajón en el departamento.

—Quiero hablar con Hauser o con O'Brien.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que en este departamento no hay ningún Hauser ni ningún O'Brien... ? Y ahora dígame quién llama.

Colgué y me alejé de la zona en un taxi... En el taxi comprendí lo que había pasado... Había quedado aparte del espacio-tiempo, encerrado como el culo de una anguila se tapa cuando deja de comer camino del mar de los Sargazos... Bloqueado... Nunca volvería a tener una Clave, un Punto de Intersección... La pasma te dejaba al margen por ahí fuera... relegado junto a Hauser y O'Brien a un pasado de droga atascado en el ayer donde la heroína siempre es a dólar el gramo y puedes conseguir yen en la lavandería china de Sioux Falls... El aspecto más lejano del espejo del mundo, viajando por el pasado con Hauser y O'Brien... tratando de aferrar el ámbito todavía informe de las Burocracias Telepáticas, los Monopolios de Tiempo, el Control de Drogas, los Adictos al Agua Pesada:

—Pensé en eso hace trescientos años.

—Su plan era, ahora, irrealizable e inútil... como los planos de la máquina voladora de Da Vinci.

PREFACIO ATROFIADO
¿Y TÚ NO?

¿Por qué todo este gasto de papel para llevar a La Gente de un sitio a otro? ¿Quizá para ahorrarle al Lector la tensión de los súbitos cambios espaciales y mantenerle en plan Agradable? Y así se saca un billete, se llama a un taxi, se sube a un avión. Es posible entonces abrir los ojos en la cálida cueva forrada de piel de melocotón mientras Ella (la azafata del avión, claro) se inclina sobre nosotros ofreciendo chicle, dramamina, nembutal incluso.

—Ofréceme paregórico, mona, y te escucharé.

Yo no soy el American Express... Si ves a uno de los míos por Nueva York paseando con ropa normal y a la frase siguiente está en Timboctú ligándose a un joven de ojos de corza herida, es posible presumir que él (el tipo que no vivía en Timboctú) se haya trasladado hasta allí utilizando los medios de comunicación normales.

Lee El Agente (un doble-cuatro-ocho-dieciséis) está haciendo una cura para descolgarse... un viaje espacio-temporal tan portentosamente familiar como las esquinas donde vende droga para el adicto... curas pasadas y futuras traen y llevan imágenes a través de la sustancia espectral vibrando en vientos silenciosos de Tiempo acelerado... Métete un pinchazo... De cualquier cosa...

Imagen oficial mordiéndose los nudillos, instantáneas de la crisis cuando se rueda por el suelo de la celda de la comisaría... «¿Cómo te sentaría un fije de *Heroína*, Bill? Ja ja ja.»

Medias impresiones esbozadas que se disuelven en luz... bolsas de ectoplasma podrido expulsadas por un viejo yonqui tosiendo y escupiendo con la enfermedad mañanera...

Viejas fotografías violeta y sepia que se retuercen y crujen como barro al sol: Ciudad de Panamá... Bill Gains suelta el rollo para sacarle paregórico a un boticario chino.

—Tengo unos galgos... perros de carreras con pedigrí... Todos enfermos de disentería... el clima tropical... cuando hacen sus necesidades... ¿Me comprende? La mierda... *Mis galgos se están muriendo*. —Sollozó... Los ojos se le encienden de luz azul... La llama se apagó... olor de metal ardiendo... —Adminístrese con cuentagotas... ¿Y usted no... ? Dolores de la menstruación... mi mujer... madre anciana... almorranas... ulceradas, sangrando. —Se inclinó sobre el mostrador. El boticario se sacó el palillo de la boca, miró la punta y luego dijo que no con la cabeza....

Gains y Lee saquearon el paregórico de la República de Panamá, desde David a Darién... Se apartaron uno del otro con un ruido... Los yonquis tienen tendencia a

fundirse en un solo cuerpo... Hay que tener cuidado, especialmente en los sitios vigilados... Gains vuelve a Ciudad de México... Esqueleto desesperado que hace muecas debido a la carencia crónica disimulada con codeína y barbitúricos... quemaduras de pitillo en su albornoz... manchas de café en el suelo... humeante infiernillo de petróleo.... llama naranja oxidado...

La Embajada no da más detalles que el lugar de la sepultura en el Cementerio Norteamericano...

Y Lee vuelve al sexo y al dolor y tiempo y al yage, amarga alucinación del Amazonas...

Recuerdo una ocasión después de una sobredosis de mayún (que es cannabis seco y pulverizado muy fino hasta adquirir la consistencia de azúcar verde molido, luego se mezcla con algún producto dulce o algo semejante, teniendo entonces sabor a pudin arenoso. La elección del producto con el que se mezcla es arbitraria)... Estoy volviendo a ver a Lulú o a Johnny, o quizá venga de la Habitación del Chico (hedor de infancia atrofiada y de enseñanza de hábitos higiénicos), miro por la sala de estar de esta villa en las afueras de Tánger y, de pronto, no sé dónde estoy. Quizá haya abierto la puerta equivocada y en un determinado momento El Propietario, El Dueño Que Llegó Allí Primero se me echará encima y aullará:

—*¿Qué está haciendo aquí? ¿Quién es usted?*

Yo no sé qué estoy haciendo aquí ni quién soy. Decido actuar con serenidad y a lo mejor consigo orientarme antes de que aparezca El Propietario... Así que en lugar de ponerte a gritar «¿Dónde estoy?», tranquilo y a mirar para saberlo aproximadamente... No estabas allí al *Principio*. Tampoco estabas allí al *Final*... Tu conocimiento de lo que está pasando sólo puede ser superficial y relativo... ¿Qué sé yo en realidad de este maldito rostro amarillo de joven yonqui subsistiendo gracias al opio en bruto? Traté de decirle: «Uno de estos días te despertarás con el hígado por los suelos», y de explicarle cómo preparar el opio en bruto para que no fuera veneno puro. Pero sus ojos resbalan sobre mí y no quiere saber nada... y no puedes decirle nada... Un fumador no quiere saber nada, sólo fumar... Y un yonqui, lo mismo... Estrictamente la aguja y a llamarse Andana...

Así que supongo que todavía está sentado en su villa española estilo 1920 de las afueras de Tánger comiendo ese opio en bruto lleno de mierda y piedras y paja... todo a la vez por miedo a que se pierda algo...

Sólo hay una cosa de la que puede escribir un escritor: *lo que está ante sus sentidos en el momento de escribir...* Soy un aparato para grabar... No pretendo imponer «relato», «argumento», «continuidad»... En la medida en que consigo un registro *Directo* de ciertas áreas del proceso psíquico, quizá desempeñe una función concreta... No pretendo entretener...

«Posesión», lo llaman... A veces una entidad se mete en el cuerpo —perfiles

vacilantes en amarilla mermelada de naranja— y las manos se mueven para destripar a la puta que pasa o para estrangular al feto con la esperanza de aliviar la escasez crónica de viviendas. Como si yo estuviera normalmente allí, pero sujeto a perder la cabeza de vez en cuando... *¡Falso! ¡Nunca estoy aquí... !* Algo que nunca posee *totalmente*, pero de alguna manera está en situación de impedir movimientos imprudentes... Patrullar es, de hecho, mi ocupación principal... Por severas que sean las medidas de Seguridad, siempre estoy *Afuera*, en algún sitio, dando órdenes y *Dentro* de esta camisa de fuerza de mermelada que cede y se deforma, pero que se rehace siempre antes de cada movimiento, pensamiento, impulso, marcado por el sello de la inspección ajena...

Los escritores hablan del dulce olor enfermizo de la muerte, cuando cualquier yonqui puede asegurar que la muerte no tiene olor... y al mismo tiempo un olor que corta la respiración y olería a través de las circunvoluciones color rosa y los carnales filtros de sangre seca... el olor a muerte es inequívocamente un olor y ausencia total de olor... la ausencia de olor hiere el olfato primero porque toda vida orgánica tiene olor... se siente la suspensión del olor como los ojos sienten la oscuridad, los oídos el silencio, el sentido del equilibrio y el de localización, la tensión y la falta de peso...

Siempre se huele y se hace que otros lo huelan durante las épocas de carencia... Un yonqui en carencia puede hacer invisible todo un apartamento con el olor a muerte que despide..., pero una buena ventilación atraerá nuevamente el hedor habitual que nos hemos acostumbrado a respirar... También puedes percibir el olor durante uno de esos cuelgues a tope que de pronto empiezan a crecer en progresión geométrica como un incendio forestal...

La cura siempre significa: *¡Déjalo todo! ¡Salta!*

Un amigo mío se encontró desnudo en la habitación de un segundo piso de un hotel de Marrakech... (trata de procesar a una madre tejana que cuando era pequeño lo vestía con ropa de niña... Tosco pero efectivo método para corregir el protoplasma infantil). Los otros ocupantes son árabes, tres árabes... cuchillo en mano... vigilándole... destellos de metal y puntos de luz como briznas de ópalo en la glicerina... Las reacciones animales más lentas le conceden un segundo entero para decidirse: inmediatamente atraviesa la ventana y cae a la calle abarrotada de gente como una estrella fugaz, su estela de cristal brillando al sol... un tobillo roto y un hombro astillado... vestido con una cortina transparente color rosa, con la barra de la cortina como bastón, cojea hasta la Comisaría de Policía...

Antes o después, El Somatén, El Paleto, Lee El Agente, A. J., Clem y Jody, Los Gemelos Ergot, Hassan O'Leary El Magnate de las Secundinas, El Marinero, El Exterminador, Andrew Keif, «El Gordo» Terminal, el doctor Benway, Schafer «El Dedos», tienden a decir lo mismo con las mismas palabras para ocupar, en ese punto de intersección, idéntica posición en el espacio-tiempo. Utilizando un aparato vocal

común completado con todos los aditamentos metabólicos para ser la misma persona —un modo de lo más adecuado para expresar *Reconocimiento*: el yonqui desnudo al sol...

El escritor se ve a sí mismo leyendo en el espejo como siempre... Debe verificarlo de vez en cuando para asegurarse de que El Destino de La Acción Separada no ha ocurrido, no puede ocurrir.

Cualquiera que haya mirado un espejo sabe lo que este delito es y lo que significa en términos de pérdida del control cuando el reflejo ya no obedece... Demasiado tarde para llamar por teléfono a la *Policía*...

Personalmente, yo deseo terminar mis servicios a partir de este momento porque no puedo seguir vendiendo las materias primas de la muerte... El suyo, señor, es un caso sin esperanza y además molesto...

—La defensa no tiene sentido en el estado actual de nuestros conocimientos —dijo El Abogado Defensor levantando la vista del microscopio electrónico...

Lleva tu asunto al Walgreen.

Roba todo lo que veas.

Nosotros no somos responsables.

No sé cómo describírselo al lector blanco.

Puedes escribir o gritar o canturrear al respecto... o pintarlo... o representarlo... o cagarlo en forma de móviles... *Siempre que no te decidas a hacerlo*...

Los senadores se ponen en pie de un salto y braman pidiendo la Pena de Muerte con inflexible autoridad de virus yen... Muerte a los drogadictos, muerte a los invertidos sexuales (me refiero a los perversos), muerte al psicópata que ofende la carne acobardada y sin gracia con la rota inocencia animal de elástico movimiento...

El viento sombrío de la muerte ondula sobre la tierra, palpando, husmeando el crimen de la vida separada, impulsores de la carne congelada de miedo, estremeciéndose bajo una vasta curva de probabilidad...

Bloques de población desaparecen en un juego de damas de genocidio... Puede jugar todo el que quiera...

La Prensa Liberal y La Prensa No Tan Liberal y La Prensa Reaccionaria aúllan su aprobación: «Sobre todo debe de erradicarse el mito de la experiencia a otro nivel... » Y hablan oscuramente de ciertas duras realidades... vacas con aftosa... profilaxis...

Los grupos de poder del mundo cortan frenéticamente las líneas de conexión...

El Planeta deriva al azar hacia un destino de insecto...

La Termodinámica ha vencido por abandono... los orgones siguen en la línea de salida... Cristo desangrado... El Tiempo se agota...

Puedes meterte en EL ALMUERZO DESNUDO en cualquier punto de intersección... He escrito muchos prefacios. Atrofian y amputan lo espontáneo como se amputa el dedo pequeño del pie en una enfermedad del África Occidental limitada

a la raza negra y la rubia que pasa exhibe su tobillo de bronce cuando un dedo con la manicura hecha salta por la terraza del club, recuperado y puesto a tus pies por un Lebrel Afgano...

EL ALMUERZO DESNUDO es una heliografía, un Manual de Bricolaje... Lascivias de negros insectos se abren en vastos paisajes de otros planetas... Conceptos abstractos, desnudos como fórmulas algebraicas, reducidos a estiércol negro o a un par de cojones envejecidos...

Manual de Bricolaje que extiende los planos de la experiencia al abrir la puerta al final de una gran sala... Puertas que sólo se abren en *Silencio*... EL ALMUERZO DESNUDO exige Silencio al Lector. Por lo demás, éste se toma el pulso...

Robert Christie conocía El Servicio de Información Telefónica... Muerte a los conos viejos... guarda vello púbico en un dije... ¿Y tú no?

Robert Christie, estrangulador al por mayor de mujeres —suena como un adorno — ahorcado en 1953.

Jack el Destripador, Espadachín Literal de la década de 1890, nunca lo atraparon con el culo al aire... escribió cartas a la Prensa.

—La próxima vez incluiré una oreja simplemente para divertirme. ¿Y tú no?

—¡Oh, tengan cuidado! ¡Ahí van otra vez! —dijo la carroza cuando se le rompió el cordón y las pelotas se le cayeron al suelo... —. Cójalas, tenga la bondad, James, y no sea mierda. No se quede ahí mientras las pelotas del amor ruedan hacia la carbonera.

Limpiacristales gritan por toda la estación, pegan a los cajeros.

Dilaudid, salva a este pobre inútil (el Dilaudid es morfina concentrada y deshidratada).

El sheriff con chaleco negro escribe a máquina un certificado de defunción:

—Es mejor hacerlo legal y no referirse a los estupefacientes.

Violación del artículo 334 de la Ley de Salud Pública... Obtuvo un orgasmo por métodos fraudulentos...

Johnny a cuatro patas y Mary chupándosela y dejando correr sus dedos por las nalgas y paseándolos por el bosque de pelos con las pelotas dentro...

Por encima de la silla rota y a través de la ventana del cobertizo de las herramientas blanqueado con cal batido por un frío viento de primavera al borde del acantilado de caliza que se hunde en el río... fragmento de luna humeante cuelga en el cielo azul de cerámica... afuera sobre una larga línea de semen a lo largo del suelo polvoriento...

Motel... Motel... Motel., roto arabesco de neón... soledad que gime a través del continente como sirenas de niebla sobre las quietas aguas aceitosas de ríos con mareas periódicas...

Cojón exprimido como limón seco apestando rodea el culo con un cuchillo cortar

un trozo de hash para la pipa de agua... glup... glup... señal de lo que solía ser yo...

—El río está servido, señor.

Hojas muertas tupen la fuente y geranios crecen silvestres con la menta, trazan un camino hecho por la máquina de cortar el césped.

El playboy maduro se pone su impermeable firmado de 1920, arroja a su mujer aullando dentro de la trituradora de desperdicios... Pelos, mierda y sangre expulsan 1963 sobre la pared...

—Sí señor, muchachos, la mierda pegó realmente duro en el Sesenta y Tres —dijo el viejo profeta aburrido que puede hacer mear en cualquier dirección espacio-temporal... —. Ahora se me ocurre porque fue justo dos años antes de que se extendiera un brote de aftosa humana en un meadero de Bolivia y se propagó por medio de un abrigo de Chinchilla confiscado en Kansas City... Y una tal Liz afirmaba ser la Inmaculada Concepción y parió a un mono araña por el ombligo... Se dice que el matasanos que participó en aquel punto tenía el mono subido a la espalda por aquella época...

Yo, William Seward, capitán de este metro lleno de fumadores de hash, voy a domar al monstruo del lago Ness con una inyección de rotenone y voy a hacer un rodeo a la ballena blanca. Reduciré a Satanás a la Obediencia Automática, y sublimaré a los perversos subsidiarios. Desterraré al candirú de vuestras piscinas y promulgaré una bula acerca del Control de Nacimientos Inmaculados...

—Cuando con mayor frecuencia pasa una cosa, más única y maravillosa es —dijo el pretencioso joven nórdico sobre el trapecio estudiando sus deberes masónicos.

—Los judíos no creen en Jesucristo, Clem... Lo único que quieren es meterles mano a las muchachas cristianas...

Ángeles adolescentes cantan sobre las paredes de los retretes públicos del mundo.

—Ven y menéatela... —1920.

—Gimpy trapichea con mierda de lactosa... —Johnny ahorcado últimamente, en 1952.

(Deteriorado tenor embutido en un corsé canta *Danny Deever* travestido...)

Las muías no paren en este condado decente... Violación del artículo 334 de la Ley de Salud Pública.

Bueno, ¿dónde están los porcentajes? ¿Quién puede decirlo? No poseo La Palabra... En casa sentado en el bidet... El Rey anda suelto con un lanzallamas y el asesino del rey, torturado en la efigie de diez mil vagabundos, baja a la calle para cagar en las gradas del estadio.

El joven Dillinger salió de la casa y nunca miró hacia atrás.

—No mires hacia atrás, muchacho... Te convertirás en estatua de sal lamida por alguna vaca vieja.

Proyectil de policía en la avenida... Rotas alas de Ícaro, aullidos de un muchacho

que se quema inhalado por el viejo yonqui... ojos vacíos como una vasta llanura... (alas de buitre chasqueando en el aire seco).

El Cangrejo, envejecido Decano de los Rateros Borrachos Dormidos, se pone el traje de crustáceo para rondar la zona del cementerio... con garras de acero arranca los dientes y las coronas de oro de los vagos dormidos con la boca abierta... Si el vago se incorpora y ofrece resistencia, las garras traseras del Cangrejo se abren y se cierran presentando dudosa batalla en las llanuras de las Locas.

El Ladronzuelo, jodido por una prolongada condena en la cárcel, expulsado del cementerio por falta de pago, entra protestando en el bar de locas con una papeleta de empeño mohosa para recuperar los cojones negros de la Ciudad donde vendedores castrados cantan la canción del IBM.

Los cangrejos jugueteaban en el bosque... luchando duramente con el ángel toda la noche, siguen un camino desviado hasta la cueva de caliza oxidada.

Yen Negro eyacula sobre los pantanos salinos donde no crece nada, ni siquiera una mandrágora...

Ley de los porcentajes... Unos pocos pollos... Única manera de vivir...

—Hola, Cash.

—¿Seguro que lo tiene ahí?

—Claro que sí, seguro... Vamos adentro.

Tren nocturno a Chicago... Conocer a una chica en el pasillo y veo que está puesta y le pregunto dónde puedo conseguir.

—Ven conmigo, solete.

Quiero decir que no es una adolescente, sino una mujer hecha y derecha...

—¿Qué te parece un fije primero?

—Naaa, no quedarías en condiciones.

Tres intentos... despertar temblando enfermo en el cálido viento primaveral que entra por la ventana, agua que quema los ojos como si fuera ácido...

—Date la vuelta... Te lo meteré en el culo.

Introduce profundamente la aguja, la saca y da masaje al músculo.

Se lame una gota de sangre de su dedo.

El hombre se da la vuelta todo empalmado disolviéndose en la bruma gris de la droga.

En un valle de cocaína e inocencia jóvenes de ojos tristes cantan buscando a un tal Danny que se ha perdido...

Esnifamos durante toda la noche y follamos cuatro veces... dedos sobre la tabla negra... raspan el hueso blanco. Mi casa es la casa de la heroína del mar y la casa del chulo del Hombre...

El bateador se agita inquieto:

—Ocúpate de esto, ¿quieres, chico? Tengo que ver a un tipo por lo del mono.

La Palabra está dividida en unidades que juntas formarán una pieza y así deben ser tomadas, pero las piezas pueden ser consideradas en cualquier orden ya que están unidas en sentidos contrarios, dentro y fuera, arriba y abajo, como en una combinación amorosa interesante. Este libro expulsa las páginas en todas direcciones, caleidoscopio de panoramas, popurrí de melodías y ruidos callejeros, pedos y protestas y las cortinas metálicas del comercio que se bajan, aullidos de dolor y angustia y aullidos de simple lamentación, gatos copulando y rechinantes berridos de la cabeza de toro cortada, murmullos de brujo en trance de nuez moscada, cuellos rotos y mandrágoras que aúllan, sollozos del orgasmo, heroína silenciosa como el amanecer en células sedientas. Radio El Cairo gritando como una subasta frenética de tabaco, y flautas del Ramadán abanicando al yonqui enfermo como un ratero de borrachos en el amanecer gris del metro palpando con dedos delicados los frescos billetes de banco...

Esta es la Revelación y la Profecía de lo que puedo sintonizar sin FM en mi receptor de cristal de los años veinte con antena de semen... Amable lector, vemos a Dios a través de nuestros agujeros del culo en el flash del orgasmo... Por esos orificios se transfigura tu cuerpo... El camino hacia FUERA es el camino hacia DENTRO.

Y ahora yo, William Seward, liberaré a mi horda de palabras... Mi corazón vikingo se desliza por el gran río cenagoso donde los motores chuf chuf chuf en el crepúsculo de la jungla y árboles enteros flotan con enormes serpientes en las ramas y lémures de ojos tristes observan la orilla, a través de los campos del Missouri (el Muchacho encuentra una punta de flecha de color rosa) y a lo lejos silba el tren, vuelve hacia mí hambriento como un golfillo que no sabe trapichear con el culo que Dios le dio... Amable lector, La Palabra saltará sobre ti con garras de acero de hombre-leopardo, cortará dedos de manos y pies como un cangrejo terrestre oportunista, te colgará y atrapará tu semen como un perro escrutable, se enroscará en tus muslos como una serpiente grande y venenosa y te inyectará una dosis de ectoplasma rancio... ¿Y por qué un perro *escrutable*?

El otro día volvía de ese largo almuerzo que pasa de boca a culo todos los días de nuestra vida, cuando veo a un muchacho árabe que está enseñando a su perrito blanco y negro a caminar sobre las patas traseras... Y un gran perro amarillento se acerca al chico buscando una caricia y el chico lo aparta y el perro amarillo aúlla y le tira un bocado al otro más pequeño, y sus gruñidos dirían si, como los humanos, tuviera el don de la palabra:

—Eso es un crimen contra natura.

Por eso digo que el perro amarillento es Escrutable... Y déjenme decir de pasada, y yo siempre estoy de pasada como un maricón sincero, que el Oriente Inescrutable necesita un montón de sal para poder tragárselo... Este cronista se mete veinte gramos

de morfa al día y se queda sentado durante ocho horas inescrutable como una cagada.

—¿En qué está *pensando*? —dice inquieto el Turista norteamericano...

A lo que contesto:

—La morfina ha deprimido mi hipotálamo, sede de la libido y la emoción, y como el cerebro anterior sólo opera de segunda mano en función de las titilaciones del cerebro posterior, pues al ser un tipo sustitutivo de ciudadano sólo puede emocionarse por detrás, debo informar de la virtual ausencia de hechos cerebrales. Soy consciente de su presencia, pero como para mí carece de connotaciones afectivas, dado que mis afectos los ha desconectado el que me vende la droga debido a falta de pago, no me interesa lo que usted hace... Venga o vaya, cague o métase por el culo una lima o una serpiente (lo que sería muy adecuado para un marica), al Muerto y al Yonqui se la suda... Son *Inescrutables*.

—¿Dónde están los servicios? —pregunté a una acomodadora rubia.

—Por aquí, señor... Dentro hay sitio para uno más.

—¿Ha visto a Rosa Pantopón? —preguntó el viejo yonqui del abrigo negro.

El sheriff de Texas ha liquidado a su cómplice, el veterinario, Browbeck El Nervioso, que estaba metido en un negocio de heroína para caballos... Un caballo enfermo de aftosa necesita un poco de heroína para calmar el dolor y quizá parte de esta heroína atraviese la pradera desierta y relinche por Washington Square... Los yonquis corren gritando:

—¡Yuuuupi! ¡Arriba Silver!

—Pero ¿dónde está la *cuadrista*?

Este arquetipo patético irrumpió gritando en el salón de té elegante con adornos de bambú, calle Juárez, México, DF... allí estaba acusado de violar a una menor... un coño te arranca los pantalones y estás preparado para que te acusen de violación, hermano...

Chicago llamando... venga por favor... Chicago llamando... venga por favor... ¿Qué pensaría si consiguiera las gomas en Puyo? Un sitio muy húmedo, lector...

—¡Quítatela! ¡Quítatela!

La carroza se encuentra a sí misma viniendo en la otra dirección como representación burlesca de la adolescencia, se pone de rodillas y le penetra su doble de antiguos tiempos... avenida abajo hacia el Museo de la calle del Mercado muestra toda clase de masturbaciones y prácticas solitarias... los jóvenes necesitan algo especial...

Estaban maduros para ser desplumados, olvidados allá abajo en el maizal... perdidos en pequeños fragmentos de placer y rollos de papel ardiendo...

Leer la metástasis con dedos de ciego.

Mensaje fósil de la artritis...

—Vender es una adicción mayor que usar. —Lola La Chata, México, D. F.

Aspirante terror de las marcas de la aguja, grito submarino voceando sordos avisos nerviosos del ansia por venir, palpitante mordisco rabioso...

—Si Dios hizo algo mejor se lo guardó para él —solía decir el Marinero, su transmisión ralentizada por veinte nembutales.

(Fragmentos de asesinato cayendo lentos como briznas de ópalo en la glicerina.)

Vigilándote y canturreando una y otra vez *El adiós a la feria de Johnny*.

Trapicheando a pequeña escala para pagarse la propia adicción...

—Y usa ese alcohol —dice dejando sobre la mesa un mechero de alcohol.

—Jodido, no puedes —esperar— los yonquis ansiosos me ponen perdidas las cucharas todo el tiempo calentándolas con cerillas.... Lo único que me falta para ir al trullo con una ruina encima es que la pasma se ligue una cuchara quemada en mi casa...

—Creía que lo estabas dejando... No me parecía bien joderte la cura.

—Se necesitan muchos huevos para descolgarse, chaval.

Buscando una vena en la carne que se derrite. El reloj de arena de la droga vierte los últimos gramos negros en los riñones...

—Zona seriamente afectada —murmuró mientras se apretaba el pañuelo.

—La Muerte era el Héroe de su Cultura —dijo mi mujer levantando la vista de los códices mayas... —. Obtuvieron el fuego y la palabra y la semilla de maíz de la Muerte... La muerte se convierte en semillas de maíz.

Los Días Ouab han llegado
duros vientos despellejados de odio y desgracia
impulsaron el chute.

—Quítame de delante esas jodidas fotos porno —le dije a ella. El Veterano Schmecker se recostó en el respaldo de la silla, lleno de licor y de barbitúricos... una desgracia para su sangre.

—¿Es que es usted uno de esos artistas de los barbitúricos?

Amarillentos aromas a jerez callejero y a hígado ocluido salieron de su ropa cuando hizo un gesto de yonqui adelantando la mano con la palma hacia arriba pidiendo su ración...

olor a chiles y a abrigos mojados y a testículos atrofiados...

Me miró a través de la carne provisional, ectoplásmica de la cura... quince kilos materializados en un mes cuando te descuelgas... blanda masilla rosada que se desvanece al primer toque silencioso de droga... lo he visto... cinco kilos perdidos en diez minutos... allí tieso con la jeringuilla todavía en la mano... sosteniéndose los pantalones con la otra.

Acre hedor a metal enfermo.

Caminando en un cubo de basura hacia el cielo... hogueras de gasolina dispersas... humo que cuelga negro y sólido como excrementos en el aire inmóvil... manchando

la blanca película del calor de mediodía... D. L. camina a mi lado... un reflejo de mis encías desdentadas y mi cabeza sin pelo... carne distribuida sobre los podridos huesos fosforescentes consumidos por lentas llamas frías... D. L. lleva una lata de gasolina abierta y el olor de la gasolina lo envuelve... Al cruzar una colina de hierro oxidado encontramos a un grupo de nativos... caras planas, bidimensionales, de pez carroñero...

—Échale gasolina encima y préndele fuego...

DEPRISA

relámpago blanco... aullido de insecto mutilado...

Me despierto con sabor a metal en la boca de regreso de los muertos.

siguiendo el olor incoloro de la muerte

placenta de un reseco mono gris

punzadas espectrales de amputación...

—Chaperos esperando algún pagano —dijo Eduardo y murió de una sobredosis en Madrid...

Trenes con municiones arden a través de las circunvoluciones color rosa de carne tumescente... desencadenan flashes de orgasmo... instantáneas a gran velocidad de movimiento detenido... brazo liso y marrón doblado para encender un cigarrillo...

Se quedó allí, con un sombrero de paja de los años veinte que alguien le había dado... suplicando con palabras blandas como pájaros muertos en la calle oscura...

—No más... No más... No *más*...

Un mar hirviente de martillos neumáticos en el crepúsculo violeta y pardo teñido de olor a metal podrido de la cañería del gas... rostros de trabajadores jóvenes vibran desenfocados en halos amarillos de lámparas de carburo... cañerías rotas destripadas...

—Están reconstruyendo la Ciudad.

Lee asintió con aire ausente:

—Sí... Siempre...

En cualquier caso es un mal movimiento hacia el Ala Oriental...

Si lo supiera me alegraría decírtelo...

—No bien... *no bueno*... yo mismo buscando....

—No tenel... Volvel vielnes.

Tánger, 1959

APÉNDICE

CARTA DE UN EXPERTO ADICTO A LAS DROGAS PELIGROSAS
(Publicada originalmente en *The British Journal of Addiction, Vol* 53, Núm. 2)

Venecia,
3 de agosto de 1956

Querido doctor:

Gracias por su carta. Incluyo el artículo sobre los efectos de las diversas drogas que he usado. No sé si es adecuado para su publicación. No tengo ninguna objeción que hacer a que se utilice mi nombre.

Sin problemas con la bebida. Sin deseos de utilizar ninguna droga. Un estado general de salud excelente. Por favor, dé recuerdos de mi parte al señor... Utilizo diariamente su método de ejercicios con resultados excelentes.

He estado pensando en escribir un libro sobre los estupefacientes, pero necesito encontrar un colaborador adecuado que se ocupe de la parte técnica.

Suyo
WILLIAM BURROUGHS

El uso del opio y de derivados del opio lleva a un estado que define y describe el término «adicción». (El término se usa en sentido amplio para designar todo a lo que alguien está habituado o necesita. Hablamos de adicción a los caramelos, al café, tabaco, clima cálido, televisión, novelas policíacas, crucigramas.) Aplicado inadecuadamente de este modo, el término pierde precisión y utilidad. El uso de la morfina lleva a la dependencia metabólica de la morfina. La morfina se convierte en una necesidad biológica, lo mismo que el agua, y quien la usa puede morir si se le priva súbitamente de ella. El diabético morirá sin insulina, pero no es adicto a la insulina. Su necesidad de insulina no fue creada por el uso de insulina. Necesita insulina para mantener un metabolismo normal. El adicto necesita morfina para mantener un metabolismo de morfina, y de ese modo impedir el penoso y doloroso retorno a un metabolismo normal.

He usado diversas drogas «estupefacientes» durante un período de veinte años. Algunas de tales drogas son adictivas en el sentido expuesto arriba. La mayoría no lo son:

OPIÁCEOS. —Durante un período de doce años he usado opio, fumado y tomado oralmente (la inyección subcutánea provoca abscesos. La inyección en la vena es desagradable y quizá peligrosa), heroína inyectada intramuscularmente, en la vena,

subcutáneamente, esnifada (cuando no podía conseguir aguja), morfina, dialudid, pantopón, eukodal, paracodina, dionina, codeína, demerol, metadona. Todos estos productos, en mayor o menor grado, habitúan. No hay mucha diferencia en lo que se refiere al modo en que se administre la droga; fumada, esnifada, inyectada, tomada oral o rectalmente, al final el resultado será el mismo: adicción. Y es tan difícil interrumpir el hábito a fumar como el hábito a inyectarse endovenosamente. La idea de que el hábito de inyectarse es particularmente peligroso se deriva de un miedo irracional a las agujas —(«Las inyecciones envenenan la sangre»— como si la sangre se envenenara menos con las sustancias absorbidas por el estómago, los pulmones o las mucosas). El demerol probablemente sea menos adictivo que la morfina. También satisface menos al adicto y es menos efectivo como analgésico. Si bien es cierto que un hábito de demerol es más fácil de cortar que un hábito de morfina, indudablemente el demerol es más dañino para la salud, y de modo específico para el sistema nervioso. En cierta ocasión usé demerol durante tres meses y padecí algunos síntomas bastante molestos: temblor de manos (con morfina mis manos siempre están firmes), pérdida progresiva de la coordinación, contracciones musculares, obsesiones paranoicas, miedo a la locura. Finalmente, contraje una oportunísima intolerancia hacia el demerol —sin duda una medida de autoconservación— y cambié a metadona. Todos mis síntomas desaparecieron de inmediato. Debo añadir que el demerol es tan astringente como la morfina, que ejerce un efecto incluso más intenso sobre el apetito y las funciones sexuales, aunque, por el contrario, no produzca contracción de las pupilas. A lo largo de un período de muchos años me he puesto miles de inyecciones con agujas sin esterilizar y, de hecho, sucias, y nunca contraje infección alguna hasta que usé el demerol. Entonces padecí una serie de abscesos, uno de los cuales tuvo que ser sajado y drenado. En resumen, el demerol me parece que es una droga más peligrosa que la morfina. La metadona resulta completamente satisfactoria para el adicto. Es un excelente analgésico y, por lo menos, tan adictiva como la morfina.

He tomado morfina para calmar dolores agudos. Cualquier opiáceo elimina realmente el dolor en la misma medida en que elimina los síntomas de carencia. La conclusión es obvia: cualquier opiáceo que elimine el dolor crea hábito, y cuanto más efectivamente quita el dolor, mayor hábito crea. La molécula que crea el hábito y la molécula que quita el dolor probablemente sean idénticas en la morfina; y el proceso mediante el cual la morfina quita el dolor, es el mismo proceso que lleva a la tolerancia y a la adicción. Una morfina que no cree hábito es, aparentemente, la Piedra Filosofal de nuestros días. Por otra parte, los derivados de la apomorfina pueden ser extremadamente efectivos para controlar el síndrome de carencia. Pero no es posible pedir que esta droga sea también un analgésico.

Los fenómenos de la adicción a la morfina son bien conocidos y no hay razón

para exponerlos de nuevo aquí. Sin embargo, me parece que existen algunos aspectos que han recibido una atención insuficiente: se ha señalado la incompatibilidad metabólica entre la morfina y el alcohol, pero nadie ha avanzado una explicación al respecto, al menos que yo sepa. Si un morfinómano bebe alcohol no experimenta sensaciones agradables o eufóricas. Hay una sensación de incomodidad creciente, y la necesidad de otra inyección. Parece que el alcohol sea rechazado por el hígado. En cierta ocasión, intenté beber cuando aún no me había recuperado del todo de una ictericia (entonces no usaba morfina). La sensación metabólica fue la misma. En un caso, el hígado estaba parcialmente paralizado por la ictericia, en el otro, literalmente ocupado metabolizando la morfina. En ninguno de los dos casos era capaz de metabolizar el alcohol. Si un alcohólico se hace morfinómano, la morfina desplaza invariable y totalmente al alcohol. He conocido a algunos alcohólicos que empezaron a usar morfina. Fueron capaces de tolerar grandes dosis de morfina de modo inmediato sin efectos desagradables, y en cuestión de días dejaron de tomar alcohol. Lo contrario nunca ocurre. El morfinómano no puede tolerar alcohol cuando está usando morfina o sufriendo una carencia de ella. La capacidad para tolerar alcohol es una señal indudable de desintoxicación. En consecuencia, la morfina nunca puede sustituirse directamente por alcohol. Claro que un adicto desintoxicado, puede empezar a beber y convertirse en un alcohólico.

Durante el período de carencia, el adicto es extremadamente consciente de su entorno. Las impresiones sensitivas se intensifican hasta llegar a convertirse en alucinaciones. Los objetos familiares parecen agitarse con una vida furtiva y temblorosa. El adicto sufre el asalto de una oleada de sensaciones externas y viscerales. Puede experimentar fulgurantes momentos de belleza y de nostalgia, pero la impresión general es extremadamente dolorosa. (Es posible que sus sensaciones sean dolorosas debido a su intensidad. Una sensación agradable puede volverse intolerable una vez que ha alcanzado una determinada intensidad.)

He observado dos reacciones especiales al principio de un estado de carencia: 1) Todo parece amenazador; 2) Una paranoia no muy intensa. Los médicos y las enfermeras parecen monstruos del mal. En el curso de varias curas yo mismo me he sentido rodeado por lunáticos peligrosos. Hablé con uno de los pacientes del doctor Dent que acababa de desintoxicarse de un hábito de pethidina. Me informó de una experiencia idéntica, y de que durante 24 horas las enfermeras y el médico le «parecían brutales y repugnantes». Y todo parecía siniestro. He hablado con otros adictos que experimentaron las mismas reacciones. Por tanto, parece que la base psicológica de las ideas paranoicas durante la carencia es algo evidente. La similitud específica de estas reacciones indica la existencia de un origen metabólico común. La semejanza entre estos fenómenos de carencia y ciertos estados de intoxicación con otras drogas salta a la vista. El hashish, la Bannisteria Caapi (harmalina), el peyote

(mescalina) provocan estados de aguda sensibilidad con alucinaciones. Todo parece vivo. Las ideas paranoides son frecuentes. La intoxicación con Bannisteria Caapi reproduce de modo específico el estado de carencia. Todo parece amenazante. Las ideas paranoides son especialmente agudas en las sobredosis. Tras haber tomado Bannisteria Caapi, yo estaba convencido de que el Brujo y su ayudante conspiraban para asesinarme. Parece que los estados metabólicos del cuerpo son capaces de reproducir los efectos de diversas drogas.

En Estados Unidos los adictos a la heroína reciben una cura de reducción involuntaria por parte de los traficantes que diluyen progresivamente su mercancía con lactosa y barbitúricos. Como consecuencia de ello, muchos de los adictos que desean tratarse padecen adicción leve y pueden quedar desintoxicados en poco tiempo (de siete a ocho días). Se recuperan rápidamente sin medicación. Entretanto, cualquier tranquilizante, antialérgico o sedante les proporciona cierto alivio, especialmente si es inyectado. El adicto se siente mejor si sabe que hay alguna sustancia ajena circulando por su sangre. El tolserol, la toracina y otros «tranquilizantes» similares, todas las variedades de barbitúricos, el cloral, el paraldehído, los antihistamínicos, la cortisona, la reserpina, y hasta el shock (¿queda la lobotomía muy lejos?), todo eso se ha utilizado con resultados generalmente calificados de «alentadores». Mi propia experiencia indica que estos resultados deben aceptarse con cierta reserva. Por supuesto, está indicado el tratamiento de los síntomas, y todos esos productos (con la posible excepción del que se utiliza con más frecuencia: los barbitúricos) tienen un lugar en el tratamiento del síndrome de carencia. Pero ninguna de estas drogas es, en sí misma, la solución para la carencia. Los síntomas de la carencia varían de acuerdo con el metabolismo individual y las características físicas. Los individuos con pecho de pollo, propensos a la fiebre de heno y al asma padecen graves síntomas alérgicos durante la carencia: catarro de nariz, estornudos, picores, ojos llorosos, dificultad para respirar. En tales casos, la cortisona y los antihistamínicos pueden producir alivio concreto. Los vómitos pueden controlarse con antieméticos, tales como la toracina.

Me he sometido a diez «curas» en el curso de las cuales fueron utilizados todos estos productos. He recurrido a reducciones rápidas, reducciones lentas, sueño prolongado, apomorfina, antihistamínicos, y a un sistema francés que implicaba la utilización de un producto inútil conocido por «amorfina»... es decir, a todo, menos al electroshock. (Me interesaría conocer los resultados de nuevos experimentos con electroshock sobre otras personas.) El éxito de cualquier tratamiento depende del grado y duración de la adicción, del estado de carencia (los productos que son eficaces en el período final o ligero de la carencia, pueden resultar desastrosos durante la fase aguda), los síntomas individuales, la salud, edad, etc. Un método puede ser completamente ineficaz en unas ocasiones, pero dar excelentes resultados

en otras. O un tratamiento que no me resultó bien a mí, puede ayudar a otra persona distinta. No trato de emitir juicios definitivos, sino de informar con respecto a mis reacciones ante diversos productos y métodos de tratamiento.

Curas de reducción.— Es la forma más corriente de tratamiento, y todavía no se ha descubierto ningún método que pueda reemplazarla en los casos de adicción intensa. Debe suministrársele al paciente algo de morfina. Si hay una regla que sea aplicable a todos los casos de adicción, tal regla es precisamente ésta. Pero la morfina debe suprimirse lo más rápidamente posible. He seguido curas de reducción lenta y en todos los casos el resultado fue desesperanzador y eventualmente inútil. Las reducciones imperceptibles tienden a convertirse en reducciones interminables. Cuando un adicto quiere curarse, en la mayoría de los casos ya ha experimentado en diversas ocasiones los síntomas de la carencia. Espera pasar momentos muy desagradables y está preparado a pechar con ellos. Pero si las molestias provocadas por la carencia se prolongan a lo largo de dos meses, en lugar de diez días, es posible que no esté dispuesto a soportarlas. No es la intensidad, sino la duración de las molestias lo que termina con los deseos de resistir. Si el adicto toma habitualmente cierta cantidad, aunque sea pequeña, de cualquier opiáceo para aliviar la debilidad, el insomnio, la depresión, el nerviosismo de la etapa final de la carencia, los síntomas pueden prolongarse indefinidamente, y la recaída es casi segura.

Curas de sueño.— La teoría suena bien. Uno se duerme y se despierta curado. Dosis industriales de hidrato de cloral, barbitúricos, toracina, sólo provocan un estado de pesadilla semiconsciente. La carencia de sedación, tras 5 días, ocasiona un severo shock. Vuelven a aparecer los síntomas agudos de carencia de morfina. El resultado final fue un síndrome combinado de horror incomparable. Ninguna de las curas que he seguido resultó tan dolorosa como este supuesto método indoloro. El ciclo de sueño y vigilia está profundamente alterado durante la carencia. Añadir a esto una sedación masiva parece contraindicado hasta decir basta. La carencia de morfina es suficientemente traumática sin necesidad de añadir una carencia de barbitúricos. Tras dos semanas en el hospital (cinco días de sedación, diez días de «descanso») me encontraba tan débil que caí al suelo cuando intentaba caminar por una ligera pendiente. Considero que las curas de sueño son el peor método para tratar la carencia.

Antihistamínicos.— *El* empleo de antihistamínicos se basa en la teoría alérgica de la carencia. La falta súbita de morfina precipita la superproducción de histaminas con los consiguientes síntomas alérgicos. (En el shock resultado de lesión traumática con dolor agudo se liberan grandes cantidades de histamina que pasan a la sangre. Durante un dolor agudo se toleran dosis de morfina tóxicas, y lo mismo pasa durante

la adicción. Los conejos, que tienen un elevado índice de histamina en la sangre, son extremadamente resistentes a la morfina.) Mi propia experiencia con antihistamínicos no ha sido concluyente. En cierta ocasión seguí una cura en la que sólo se utilizaron antihistamínicos y los resultados fueron buenos. Pero entonces mi adicción era ligera, y cuando empecé el tratamiento llevaba 72 horas sin morfina. Desde entonces, he usado antihistamínicos con cierta frecuencia para combatir los síntomas de carencia con resultados poco satisfactorios. De hecho, los antihistamínicos parecen incrementar mi depresión e irritabilidad (no suelo padecer los típicos síntomas alérgicos).

Apomorfina.— La apomorfina es indudablemente el mejor método para tratar la carencia de todos los que he experimentado. No elimina por completo los síntomas, pero los reduce hasta un nivel soportable. Los síntomas agudos, tales como los calambres de piernas y estómago, los estados convulsivos o maníacos, los elimina por completo. De hecho, el tratamiento con apomorfina implica menos molestias que una cura por reducción. La recuperación es más rápida y completa. Creo que nunca conseguí eliminar por completo el deseo de tomar morfina hasta que seguí un tratamiento con apomorfina. Quizá la necesidad «psicológica» de morfina que persiste tras una cura, no sea en absoluto psicológica, sino metabólica. Las variaciones más potentes de la fórmula de apomorfina podrían resultar cualitativamente más efectivas para tratar todas las formas de adicción.

Cortisona.— La cortisona parece proporcionar cierto alivio, especialmente cuando se inyecta endovenosamente.

Toracina.— Procura cierto alivio, pero no mucho. Efectos secundarios —depresión, perturbaciones de la visión, indigestión— compensan los dudosos beneficios.

Reserpina.— Nunca noté que este producto proporcionara otro efecto que no fuera una ligera depresión.

Tolserol.— Resultados despreciables.

Barbitúricos.— Es algo bastante corriente recetar barbitúricos para combatir el insomnio de la carencia. En realidad, el uso de barbitúricos retrasa el retorno del sueño normal, prolonga el período de carencia, y puede llevar a una recaída. (El adicto tiene la tentación de tomar un poco de codeína o de paregórico con su nembutal. Unas cantidades muy pequeñas de opiáceos, que resultarían inocuas para una persona normal, restablecen inmediatamente la adicción en un adicto curado.) Mi experiencia es indudable que confirma la afirmación del doctor Dent acerca de que los barbitúricos están contraindicados.

Cloral y paraldehídos.— Es probable que sean preferibles a los barbitúricos, si es necesaria una sedación, pero la mayoría de los adictos vomitan el paraldehído inmediatamente. También he probado, por propia iniciativa, las drogas siguientes durante el período de carencia:

Alcohol.— Absolutamente contraindicado en cualquiera de las fases de carencia. El uso del alcohol exacerba invariablemente los síntomas de carencia y lleva a la recaída. El alcohol sólo puede ser tolerado una vez que el metabolismo vuelve a la normalidad. En los casos de adicción intensa esto suele llevar un mes.

Bencedrina.— Puede aliviar temporalmente la depresión de la fase final de la carencia, pero es desastrosa en la fase aguda. Contraindicada en cualquiera de las fases dado que produce un estado de nerviosismo para el que la morfina es la respuesta psicológica.

Cocaína.. — Lo de arriba vale doblemente en el caso de la cocaína.

Cannabis indica (marihuana).— En la fase final o en carencias ligeras alivia la depresión y aumenta el apetito. En las carencias agudas es un desastre total. (En cierta ocasión fumé marihuana durante la primera fase de carencia y los resultados fueron de pesadilla.) La cannabis es un sensibilizador. Si uno ya se siente mal, le hará sentirse peor. Contraindicado.

Peyote; Bannisteria caapi.— No me he aventurado a realizar experimentos. Pensar en una intoxicación de Bannisteria superpuesta a los síntomas de una carencia aguda hace vacilar el cerebro. Conozco a un hombre que utilizó peyote en la fase final de la carencia, y que afirmaba que carecía de cualquier deseo de tomar morfina, pero que en definitiva murió por envenenamiento de peyote.

En los casos de adicción intensa, los síntomas físicos de la adicción se prolongan durante un mes por lo menos.

Jamás he visto ni oído hablar de un psicótico que fuera morfinómano, es decir, de alguien que mostrara síntomas psicóticos mientras estaba adiccionado a un opiáceo. De hecho, los adictos son personas tristemente cuerdas. Quizá haya una incompatibilidad metabólica entre esquizofrenia y adicción a los opiáceos. Por otra parte, la carencia de morfina provoca a menudo reacciones psicóticas —usualmente cierta paranoia—. Es interesante notar que productos y métodos que dan resultados en la esquizofrenia, sean utilizados también durante la carencia: antihistamínicos, tranquilizantes, apomorfina, electroshock.

Sir Charles Sherington define el dolor como «el acompañante psíquico de un reflejo protector imperativo».

El sistema nervioso vegetativo se expande y se contrae como respuesta a los ritmos viscerales y a los estímulos externos; se expande ante los estímulos que experimenta como placenteros —sexo, alimentos, contactos sociales agradables, etc. —, y se contrae ante el dolor, la ansiedad, el miedo, la incomodidad, la depresión. La morfina altera el ciclo de expansión y contracción, descarga y tensión. Se desactiva la actividad sexual, se inhibe la peristalsis, las pupilas dejan de reaccionar ante luz y oscuridad. El organismo no se contrae ante el dolor, ni se expande ante las fuentes de placer habituales. Se adapta a un ciclo propio de la morfina. El adicto es inmune al aburrimiento. Es capaz de estarse mirando la punta de los zapatos durante horas, o de permanecer simplemente en la cama. No necesita contactos sexuales, ni sociales, tampoco trabajo, diversión, ejercicio... no necesita nada excepto morfina. La morfina puede aliviar el dolor debido quizá a que proporciona al organismo algunas de las cualidades de los vegetales. (El dolor quizá carezca de sentido para las plantas que son, en su mayor parte, inmóviles, incapaces de tener reflejos protectores.)

Los científicos buscan un tipo de morfina que no sea adictiva, que elimine el dolor sin proporcionar placer, pues los adictos quieren —o creen que quieren— euforia sin adicción. No veo cómo podrían separarse las funciones de la morfina. Creo que cualquier producto que elimine el dolor, reprimirá la función sexual, inducirá euforia y provocará adicción. El producto que elimine el dolor y que sea perfecto, lo más probable es que cree hábito con una sola aplicación. (Si alguien está interesado en desarrollar una droga semejante, creo que la dehidro-oxi-heroína podría ser un buen punto de partida.)

El adicto existe en un estado asexual, atemporal, indoloro. El retorno a los ritmos de la vida animal implica el síndrome de carencia. Dudo que esa transición pueda llevarse a cabo placenteramente. A lo más que se podría llegar es a la carencia indolora.

COCAÍNA.— La cocaína es la droga más estimulante que he utilizado jamás. La euforia tiene su centro en la cabeza. Quizá la droga active directamente las conexiones del placer del cerebro. Sospecho que una corriente eléctrica en el punto preciso produciría el mismo efecto. La estimulación completa con la cocaína sólo puede conseguirse por medio de la inyección por vía endovenosa. Los efectos placenteros no duran más de cinco o diez minutos. Si la droga se inyecta intramuscularmente, la rápida eliminación anula los efectos. Y lo mismo sucede, pero reforzado, si se esnifa.

Una práctica corriente entre los cocainómanos consiste en pasarse la noche entera chutándose cocaína a intervalos de un minuto; alternan con chutes de heroína, o de cocaína y heroína mezcladas en la misma inyección, lo que se llama un «speed ball». (Nunca he conocido a un cocainómano que fuera también morfinómano.)

La necesidad de cocaína puede llegar a ser intensa. Yo mismo me he pasado días

enteros de una botica a otra para conseguir que me despacharan una receta de cocaína. Es posible desear la cocaína de modo muy intenso, pero no existe una necesidad metabólica del producto. Si no es posible conseguir cocaína, uno puede comer, irse a dormir y olvidar el asunto. He hablado con personas que usaron cocaína durante años y, de pronto, se quedaron sin la posibilidad de conseguirla. Ninguna de ellas experimentó síntomas de carencia. De hecho, es difícil aceptar que un estimulante del cerebro frontal pueda llegar a ser adictivo. La adicción parece ser monopolio exclusivo de los sedantes.

El uso continuado de la cocaína ocasiona nerviosismo, depresión, y a veces psicosis con alucinaciones paranoicas. El nerviosismo y la depresión resultantes del uso de la cocaína sólo pueden aliviarse con más cocaína. También se eliminan con morfina. El uso de cocaína por parte de un morfinómano siempre lleva a la utilización de inyecciones de morfina más abundantes y frecuentes.

CANNABIS INDICA (hashish, marihuana).— Los efectos de esta droga han sido descritos con frecuencia: trastornos en la percepción espacio-temporal, sensibilidad aguda para las impresiones, fuga de ideas, risa convulsiva, estupidez. La marihuana es un sensibilizador y sus efectos no siempre son agradables. Hace que una situación mala sea peor. La depresión se vuelve desesperación, la ansiedad pánico. Ya he mencionado mi horrible experiencia con marihuana durante un período agudo de carencia de morfina. En cierta ocasión le di marihuana a un invitado que estaba ligeramente ansioso con respecto a algo («Estoy inquieto», había dicho). Tras fumar medio cigarrillo, se puso en pie de un salto y, gritando «¡Tengo miedo!», salió de la casa corriendo.

Un aspecto particularmente enervante de la intoxicación con marihuana es la perturbación de la orientación afectiva. No se sabe si algo gusta o no, si una sensación es agradable o desagradable.

El uso de la marihuana varía mucho con cada individuo. Unos la fuman constantemente, otros a veces, y a no pocos les desagrada de modo muy intenso. Parece que es especialmente impopular entre los morfinómanos, muchos de los cuales adoptan una actitud puritana con respecto a los fumadores de marihuana.

Los efectos desagradables de la marihuana se han exagerado mucho en Estados Unidos. Nuestra droga nacional es el alcohol. Tendemos a considerar el uso de cualquier otra droga con especial horror. Cualquiera que se entregue a esos vicios extranjeros se expone a la ruina completa de cuerpo y mente. La gente cree lo que quiere creer sin tener en cuenta los hechos. La marihuana no crea hábito. Nunca he observado que su uso moderado produzca efectos peligrosos. Las psicosis, por efecto de la droga, quizá sean consecuencia de un uso prolongado y excesivo.

BARBITÚRICOS.— Los barbitúricos son indudablemente adictivos si se toman en

grandes cantidades a lo largo de cualquier período de tiempo (aproximadamente un gramo diario creará adicción). El síndrome de carencia es más peligroso que el de carencia de morfina, e incluye alucinaciones con convulsiones semejantes a las epilépticas. Los adictos a veces se hieren al caer sobre pisos de cemento (los pisos de cemento son el corolario habitual de una brusca carencia). Los morfinómanos a veces toman barbitúricos para potenciar raciones inadecuadas de morfina. Algunos de ellos se vuelven, además, adictos a los barbitúricos.

En una ocasión tomé dos cápsulas de nembutal (de gramo y medio cada una de ellas) todas las noches a lo largo de cuatro meses, y no padecí síntomas de carencia. La adicción a los barbitúricos es cuestión de cantidad. Probablemente no se trate de una adicción metabólica como la de la morfina, sino de una reacción mecánica debido a una sedación excesiva del cerebrofrontal.

El adicto a los barbitúricos ofrece un espectáculo impresionante. Es incapaz de coordinación, se tambalea, se cae de los taburetes de la barra de un bar, se queda dormido en mitad de una frase, se le cae la comida de la boca. Se muestra confuso, pendenciero y estúpido. Y, además, casi siempre usa otras drogas, cualquiera que se le ponga a mano: alcohol, bencedrina, opiáceos, marihuana. Los consumidores de barbitúricos están muy mal vistos en la sociedad de los adictos: «Vagabundos del nembutal. Son gente sin ninguna clase.» El siguiente paso es gas y leche, o se ponen a esnifar amoníaco. «El excitante de las limpiarretretes.»

A mi juicio los barbitúricos crean la peor forma de adicción posible, desagradable, dañina, y difícil de tratar.

BENCEDRINA.— Es un estimulante cerebral, como la cocaína. Grandes dosis provocan insomnio prolongado y sensaciones estimulantes. El período de euforia es seguido de una terrible depresión. La droga tiende a incrementar la ansiedad. Causa indigestión y pérdida del apetito.

Sólo conozco un caso en el que la carencia de bencedrina fue seguida de síntomas claros. Se trataba de una conocida mía que usó cantidades increíbles de bencedrina a lo largo de seis meses. Durante este período desarrolló una psicosis producida por la droga y estuvo hospitalizada durante diez días. Continuó usando bencedrina, pero de pronto ya no pudo obtenerla. Sufrió un agudo ataque de asma. No podía respirar y la piel se le puso azul. Le di una dosis de antihistamínico (teferene) que la mejoró instantáneamente. Los síntomas no volvieron a manifestarse.

PEYOTE (mescalina).— Es indudablemente un estimulante. Dilata las pupilas y mantiene despierto. El peyote provoca intensas náuseas. Los consumidores experimentan dificultades para mantenerlo dentro del estómago el tiempo suficiente para que produzca efecto; un efecto que es similar, en ciertos aspectos, al de la marihuana. Se acentúa la sensibilidad ante las impresiones y especialmente para los colores. La intoxicación con peyote provoca una peculiar conciencia vegetal o

identificación con la planta. Todo se parece a una planta de peyote. Es fácil comprender por qué los indios creen que hay un espíritu que reside en el cactus del peyote.

Una sobredosis puede ocasionar parálisis respiratoria y muerte. Conozco un caso de éstos. No existen motivos para creer que el peyote sea adictivo.

BANNISTERIA CAAPI (harmalina, bannisterina, telepatina).— La Bannisteria caapi es una enredadera de crecimiento rápido. Al parecer, el principio activo se encuentra en la madera de la enredadera recién cortada. La corteza interior es la que se considera más activa, y las hojas no se usan nunca. Se necesita una gran cantidad de planta para sentir todos los efectos de la droga. Para una persona se necesitan unos cinco trozos de enredadera de unos veinte centímetros cada uno. La planta se machaca y se cuece por espacio de dos horas o más junto a las hojas de un arbusto identificado como *Palicourea sp. rubiaceae*.

El yage o ayahuasca (los nombres indios más usuales de la Bannisteria caapi) es un estupefaciente alucinógeno que provoca un profundo desarreglo de los sentidos. En sobredosis es un veneno que provoca convulsiones. El antídoto es un barbitúrico o cualquier otro sedante anticonvulsivo potente. Quien tome yage por primera vez debe tener preparado un sedante en previsión de una sobredosis.

Las propiedades alucinógenas del yage le han convertido en un producto que usan los brujos para incrementar sus poderes. También lo usan como curalotodo en el tratamiento de diversas dolencias. El yage hace descender la temperatura del cuerpo y, en consecuencia, es relativamente útil en el tratamiento de la fiebre. Es un poderoso antihelmíntico, indicado en el tratamiento de las lombrices estomacales o intestinales. El yage induce un estado de anestesia de la conciencia, y se utiliza en ritos donde los iniciados deben someterse a pruebas dolorosas, tales como la flagelación o las picaduras de hormigas.

Según mis informaciones, sólo es activa la enredadera recién cortada. No encontré manera de secar, extraer o conservar el principio activo. Las tinturas no resultan activas. La planta seca es completamente inerte. La farmacología del yage requiere investigación de laboratorio. Dado que el extracto en bruto es tan poderoso y alucinógeno, es posible que se puedan obtener resultados más espectaculares aún con variedades sintéticas. Indudablemente el asunto requiere mayor investigación[1].

No he apreciado efecto dañino alguno que pueda atribuirse al uso del yage. Los brujos que lo usan constantemente parecen disfrutar de una salud normal. La tolerancia se adquiere en seguida, así que pronto se puede beber el extracto sin náuseas ni cualquier otro efecto molesto.

El yage es un estupefaciente único. La intoxicación con yage es, en algunos aspectos, similar a la intoxicación con hashish. En ambos casos hay un cambio del punto de vista, una extensión de la conciencia más allá de la experiencia ordinaria.

Pero el yage provoca un desequilibrio de los sentidos más profundo con evidentes alucinaciones. La visualización de resplandores azules es algo peculiar de la intoxicación con yage.

Hay un amplio espectro de actitudes con respecto al yage. Muchos indios y la mayoría de los consumidores blancos parecen considerarlo simplemente como un intoxicante más, semejante al alcohol. En otros grupos tiene una utilización y un significado ritual. Entre los jíbaros, los jóvenes toman yage para entrar en contacto con los espíritus de sus antepasados y recibir informaciones de su vida futura. También es usado en los ritos de iniciación para anestesiar a los iniciados que deban sufrir duras pruebas. Todos los brujos lo usan en su práctica cotidiana de adivinar el futuro, encontrar objetos perdidos o robados, descubrir al autor de un crimen, diagnosticar y tratar enfermedades.

El alcaloide de la Bannisteria caapi fue aislado en 1923 por Fisher Cárdenas. Lo denominó telepatina y también bannisterina. Rumf demostró que la telepatina era idéntica a la harmina, el alcaloide del Perganum Harmala.

La Bannisteria caapi, evidentemente, no provoca adicción.

NUEZ MOSCADA.— Los presos y los marinos a veces recurren a la nuez moscada. Se toma más o menos una cucharada mezclada con agua. Los resultados son vagamente similares a los de la marihuana, y aparecen algunos efectos secundarios: dolor de cabeza y náuseas. Aun suponiendo que fuera posible hablar de adicción a la nuez moscada, es probable que antes de que llegara a tener lugar esta adicción sobreviniera la muerte. Sólo he tomado nuez moscada en una ocasión.

Los indios de Sudamérica utilizan bastantes estupefacientes de la familia de la nuez moscada. Usualmente esnifan el polvo seco de la planta. Los brujos absorben estas sustancias tóxicas y caen en estados convulsivos. Se piensa que sus movimientos y gruñidos tienen un significado profético. Un amigo mío estuvo gravemente enfermo durante tres días tras experimentar en América del Sur con una droga de la familia de la nuez moscada.

DATURA-ESCOPOLAMINA.— Los morfinómanos se envenenan con cierta frecuencia al tomar morfina en combinación con escopolamina.

En una ocasión conseguí algunas ampollas que contenían morfina y cantidades inapreciables de escopolamina. Me puse seis ampollas en una sola inyección y el resultado fue un estado psicótico que duró varias horas; durante ese tiempo me atendió el dueño de la casa donde estaba. Al día siguiente no recordaba nada de lo ocurrido.

Las drogas del grupo de la datura son usadas por los indios de Sudamérica y México. Las muertes, se dice, son frecuentes.

La escopolamina ha sido utilizada por los rusos como droga de verdad, con

resultados dudosos. El sujeto es posible que se vea obligado a revelar sus secretos, pero es absolutamente incapaz de recordarlos. A menudo, la historia falsa y la información secreta están inextricablemente mezcladas. Creo que la mescalina ha tenido mucho éxito para arrancar informaciones a sospechosos.

La adicción a la morfina es una enfermedad metabólica producida por el uso de morfina. En mi opinión, el tratamiento psicológico no sólo es inútil, sino que está contraindicado. Estadísticamente, la gente que se vuelve morfinómana es la que tiene acceso al producto: médicos, enfermeras, cualquier contacto con el mercado negro. En Persia, donde el opio se vende sin control en tiendas especiales, el 70 por 100 de la población adulta es adicta. Según esto, ¿debemos psicoanalizar a varios millones de persas para descubrir los conflictos profundos y las ansiedades que les han llevado al consumo de opio? Creo que no es el caso. Según mi propia experiencia, la mayoría de los adictos no son neuróticos y no necesitan psicoterapia. El tratamiento con apomorfina y el acceso a la apomorfina en caso de recaída, indudablemente arrojarían un porcentaje más elevado de curas permanentes que cualquier programa de «rehabilitación psicológica».



William S. Burroughs nació en el seno de una familia acomodada. Su abuelo inventó una máquina de sumar que serviría para fundar la Burroughs Adding Machines, empresa que aún existe, aunque es más conocida como Burroughs Corporation. Terminó sus estudios en la Universidad de Harvard en 1936. Ya desde pequeño descubrió sus inclinaciones homosexuales y su pasión por las armas de fuego, que le acompañó toda su vida. Tras un periodo terriblemente autodestructivo durante los años cincuenta tras una primeriza incursión en la literatura *pulp* (es el caso de *Yonqui*), se dedicó a partir de los sesenta a escribir con bastante continuidad.

Su obra tiene una importante carga autobiográfica, y en ella se plasma su adicción a diversas sustancias, como la heroína. La experimentación, el surrealismo y la sátira constituyen, además, algunos de los elementos más destacados de sus novelas.

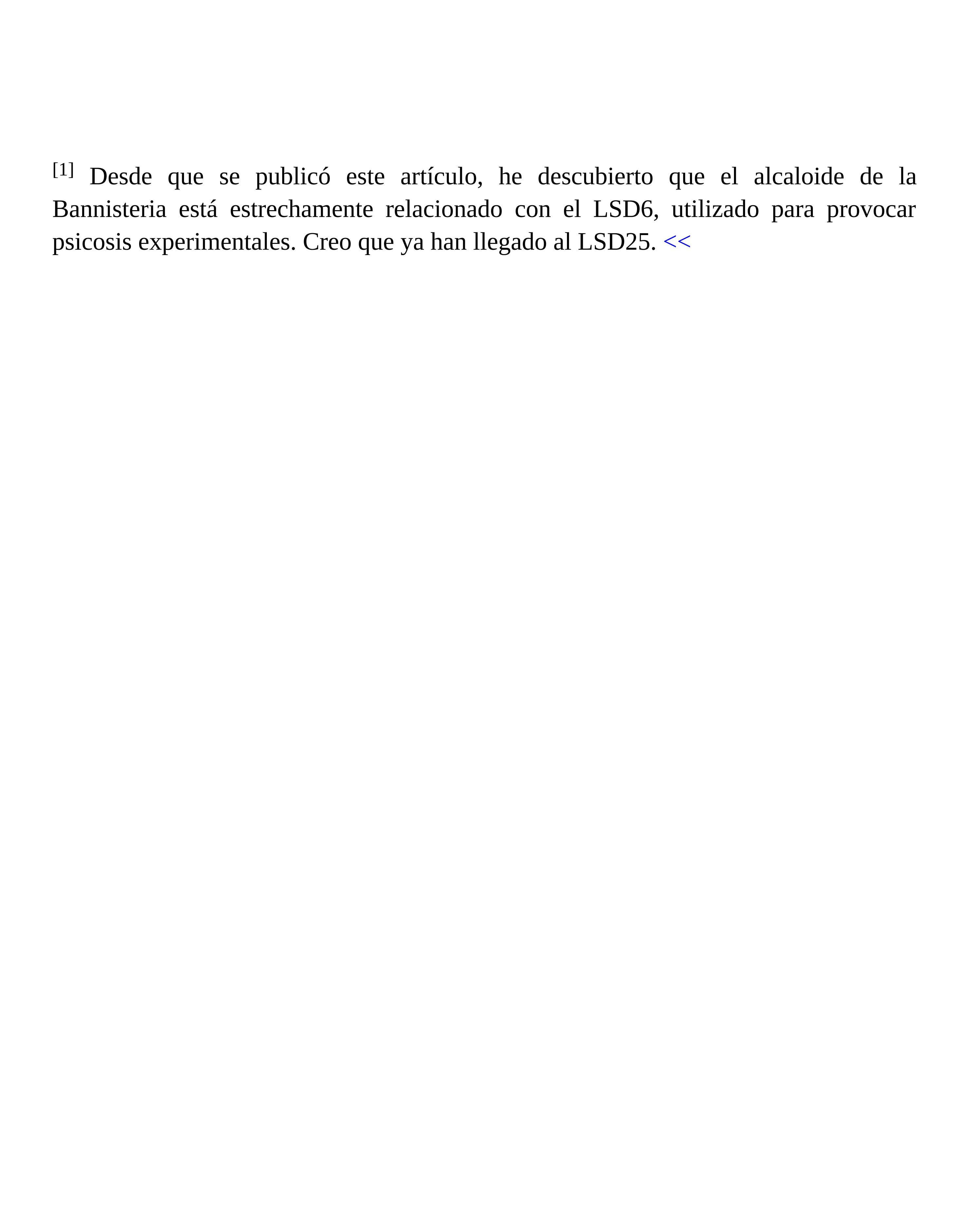
Sus primeras publicaciones se engloban dentro de la Generación Beat, esto es, el grupo de intelectuales y artistas estadounidenses que definieron y dieron forma a la cultura tras la Segunda Guerra Mundial. No en vano, Burroughs mantuvo importantes contactos con escritores como Allen Ginsberg, Gregory Corso, Jack Kerouac y Herbert Huncke. Con Allen Ginsberg (del que se cree que fue amante) mantuvo una duradera amistad, de cuya correspondencia escrita se han editado recopilaciones como el libro "Las cartas de la ayahuasca". Pero la influencia de su literatura trascendió ampliamente este movimiento, dejándose sentir posteriormente en otras manifestaciones artísticas de tipo contracultural.

En los años 1960 Burroughs se integró a la Iglesia de la Cienciología, que abandonó poco después. Consideró que las técnicas y filosofía de la Cienciología le

ayudaron, pero que sería necesario estudiarla más a fondo; pero era escéptico sobre la organización en sí, considerando que promovía un entorno que no aceptaba ninguna discusión crítica. Sus posteriores escritos críticos sobre esta organización le acarrearon una batalla epistolar.

Ingresó en la «Academia Estadounidense de las Artes y las Letras» en 1984.

Notas



[1] Desde que se publicó este artículo, he descubierto que el alcaloide de la Bannisteria está estrechamente relacionado con el LSD6, utilizado para provocar psicosis experimentales. Creo que ya han llegado al LSD25. <<